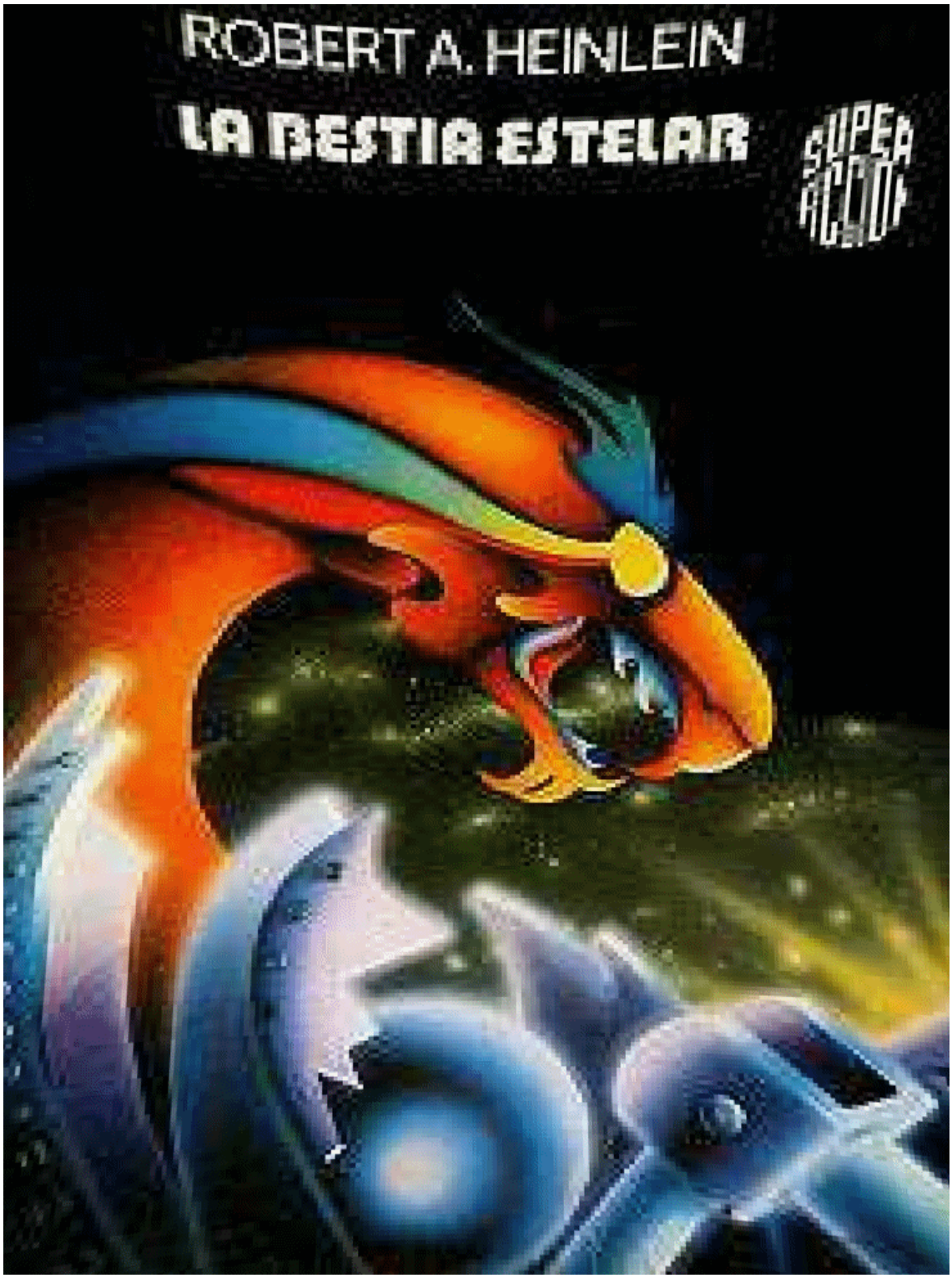
LA BESTIA ESTELAR
ROBERT A. HEINLEIN



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Diane y Clark

1 EL DÍA L

Como de costumbre, Lummox estaba hambriento, lo cual era un estado normal entre los de su raza; siempre estaban dispuestos a comer, incluso tras una comida abundante. También estaba aburrido, cosa no tan habitual, y la causa era que su amigo más íntimo, John Thomas Stuart, había estado fuera durante todo el día, pues había salido con su amiga Betty.

Una tarde no suponía nada; Lummox podía retener la respiración durante todo ese tiempo. Pero él identificaba las señales y comprendía la situación; John Thomas había alcanzado aquella etapa de su vida en que pasaría más y más tiempo con Betty, u otras criaturas semejantes, y cada vez menos con él. Después vendría un período bastante lar-go durante el cual John Thomas casi nunca estaría con Lummox, pero al término del cual llegaría un nuevo John Thomas que crecería hasta llegar a ser un interesante com-pañero de juegos.

Lummox sabía que este ciclo era necesario e inevitable; sin embargo, le esperaba una época muy fastidiosa. Caminó pesadamente y con indiferencia por el patio trasero de la mansión de los Stuart, buscando algo: un saltamontes, un petirrojo, cualquier cosa que valiera la pena observar. Durante un rato contempló un hormiguero. Una hilera in-terminable de hormigas arrastraba miguitas blancas en una dirección, que parecía ser la de su casa, mientras otra hilera que avanzaba en dirección opuesta iba en busca de más migajas. Así se entretuvo durante media hora.

Cuando se cansó de las hormigas, se dirigió a su propia casa. Su pata número siete aplastó el hormiguero, pero él no se dio cuenta. Su casa podía contenerle totalmente, y constituía el edificio terminal de una hilera de construcciones cuyo tamaño disminuía progresivamente; la del extremo opuesto hubiera constituido una adecuada perrera para un chihuahua.

Frente a su cobertizo había varias balas de paja. Lummox arrancó una pequeña can-tidad y se puso a masticarla perezosamente. No tomó más porque eso era el límite de lo que podía robar sin que lo advirtiesen. Nada le impedía comerse todo el montón de heno..., pero sabía que John Thomas le reñiría y tal vez incluso se negara a rascarle con el rastrillo durante una semana o más. Las regias de comportamiento doméstico requerí-an que Lummox no tocase otro alimento que el forraje que le colocaban en su pesebre; generalmente solía obedecer, pues odiaba las disensiones y le humillaba la desaproba-ción.

Además, no quería paja. La había tomado para cenar la noche anterior, la volvería a comer esta noche, y de nuevo mañana por la noche. Lummox quería algo más sólido y aromático. Caminó hasta la cerca baja que separaba el patio trasero del jardín de la se-ñora Stuart, asomó la cabeza por encima de la cerca y miró anhelante los rosales de aquélla. La cerca no era más que un símbolo que señalaba la línea que él no debía cru-zar.. Lummox la cruzó una vez, pocos años antes, y probó las rosas..., sólo un bocado, un simple aperitivo para abrir el apetito, pero la señora Stuart armó tal tremolina que ni siquiera ahora quería pensar en ello. Estremeciéndose al evocar aquel recuerdo, se alejó apresuradamente de la cerca.

Recordó entonces unos rosales que no pertenecían a la señora Stuart, y

que por lo tanto, en la opinión de Lummox, no pertenecían a nadie. Estaban en el jardín de los Do-nahue, los vecinos del otro lado. Había una manera posible, en la que había estado pen-sando Lummox últimamente, de llegar hasta esas rosas «sin dueño».

La propiedad de los Stuart estaba rodeada por un muro de cemento de tres metros de altura. Lummox nunca trató de encaramarse sobre él, aunque había mordisqueado el borde en alguna ocasión. En la parte trasera, el muro presentaba una abertura, para dar paso al barranco que cruzaba la propiedad y que recogía las aguas de ésta, formando un arroyo. Esta abertura estaba cerrada por una maciza reja de troncos muy gruesos, asegurados con flejes extremadamente fuertes. Los troncos verticales se hundían en el lecho del arroyuelo y el contratista que instaló la verja aseguró a la señora Stuart que bastaría para detener a Lummox, a una manada de elefantes o a cualquier cosa que pudiese pasar arrastrándose entre tronco y tronco.

Lummox sabía que el contratista en cuestión estaba equivocado, pero nadie le pidió su opinión y él no la manifestó. John Thomas tampoco había expresado la suya, pero parecía sospechar la verdad; ordenó con mucho énfasis a Lummox que no derribase la reja.

Lummox le había obedecido. Se limitó a olfatearla, pero los troncos habían sido empapados en una sustancia que les daba un sabor realmente insoportable; así que los dejó en paz.

Pero Lummox no se sentía responsable de lo que hiciesen las fuerzas naturales. Hacía unos tres meses había advertido que las lluvias primaverales habían erosionado el fondo del barranco de tal manera que dos de los troncos verticales ya no estaban hundi-dos en él, sino que descansaban sobre el lecho seco del torrente. Lummox le había esta-do dando vueltas a esto durante algunas semanas, y llegó a la conclusión de que con un suave empujón los troncos se separarían por abajo. Un empujón algo mayor podría abrir un espacio más ancho sin necesidad de derribar la verja.

Lummox bajó al torrente para comprobar si sus ideas eran exactas. El fondo del ba-rranco había sufrido aún con mayor intensidad la acción de las últimas lluvias; uno de los troncos verticales tenía el extremo a algunos centímetros por encima del lecho de arena. El contiguo apenas si descansaba sobre el suelo. Lummox sonrió como un ser de sencilla mentalidad y cuidadosamente, con la mayor delicadeza, colocó su cabeza entre los dos enormes troncos. Luego empujó suavemente.

En la parte superior crujió la madera y la presión disminuyó de pronto. Sorprendido, Lummox retiró su cabeza y miró hacia arriba. El extremo superior de un tronco se había soltado de su sujeción y giraba sobre una viga horizontal, más baja. Lummox rió para sus adentros. Qué lástima..., pero ya no podía evitarse. No era de los que se lamentaban por lo que ya no tiene remedio; lo hecho, hecho está. Sin duda John Thomas se enfada-ría..., pero entre tanto aquí había un paso a través de la verja. Bajó la cabeza como un jugador de rugby y siguió empujando. Se escucharon algunos quejidos de la madera que protestaba y cedía, mezclados con los estallidos más agudos de flejes rotos, pero Lum-mox hizo caso omiso; ahora ya estaba en el otro lado, y podía considerarse libre.

Se detuvo y se fue elevando como un gusano, levantando las patas números uno y tres, dos y cuatro, del suelo, y miró a su alrededor. Era ciertamente divertido estar fuera; se preguntó por qué no lo había hecho antes. Hacía mucho tiempo que John Thomas no lo sacaba, ni siquiera para dar un corto paseo.

Estaba aún mirando a su alrededor, olfateando el aire de la libertad, cuando una criatura de aspecto fiero se abalanzó sobre él aullando y ladrando furiosamente. Lum-mox le reconoció en seguida: era un corpulento y musculoso mastín que correteaba por la vecindad, sin dueño al parecer; frecuentemente habían intercambiado insultos a través de la verja. Lummox no tenía nada contra los perros; en el curso de su larga relación con la familia Stuart había conocido a varios de ellos y le habían parecido una compañía bastante agradable en ausencia de John Thomas. Pero este mastín era otra cuestión. Se creía el amo del barrio, actuaba como un matón, aterrorizando a los gatos, y desafiaba una y otra vez a Lummox a salir fuera y pelear como un perro.

A pesar de todo, Lummox le sonrió, abrió su boca de par en par y con una vocecita ceceante de niña que surgía de su interior, llamó al mastín con el peor nombre que se le ocurrió. El perro empezó a emitir sonidos entrecortados. Probablemente no comprendía lo que le había dicho Lummox, pero sí que éste le había insultado. Recobró el dominio de sí mismo y renovó el ataque, ladrando aún más fuerte y armando un estrépito infernal mientras saltaba alrededor de Lummox, abalanzándose de vez en cuando hacia los flan-cos de éste para morderle las patas.

Lummox permanecía en guardia, observando al perro pero sin hacer el menor mo-vimiento. Añadió a su primera observación una afirmación verídica acerca de los ante-pasados del perro, y otra que ya no lo era tanto acerca de las costumbres de éste; ambas contribuyeron a mantener al mastín en un estado de frenética agitación. Pero en la sép-tima vuelta el perro se acercó demasiado al lugar que hubiera ocupado el primer par de patas de Lummox de haber tenido éste sus ocho patas en el suelo; Lummox bajó rápi-damente su cabeza, como una rana dispuesta a atrapar una mosca. Abrió una boca enorme y se zampó bonitamente al perro. No está mal, pensó Lummox mientras lo en-gullía. No está mal del todo..., y el collar era una verdadera golosina. Consideró si debía volverse otra vez al patio atravesando de nuevo la verja, ahora que ya había tomado un bocadillo, negando rotundamente haber salido. Sin embargo, no podía quitarse de la ca-beza aquellos rosales sin dueño..., y sin duda John Thomas le pondría inconvenientes si trataba de salir otra vez. Caminó pegado a la pared trasera de los Stuart, y luego dio la vuelta junto a su extremo y entró en los terrenos vedados de los Donahue.

John Thomas Stuart XI volvió a casa poco antes de cenar, después de dejar a Betty Sorensen en su casa. Al aterrizar advirtió que su mascota no estaba a la vista, pero supu-so que estaría en el cobertizo. Su mente no se hallaba ocupada por Lummox, sino por el antiquísimo hecho de que las hembras no actúan según la lógica, al menos tal como en-tienden la lógica los varones.

Planeaba ingresar en la Escuela Técnica del Oeste; Betty quería que ambos asistie-ran a la Universidad Estatal. Él le señaló que en la

universidad no podría seguir los cur-sos que le interesaban; Betty insistió en que sí podría, y aportó varias referencias que lo demostraban, le dijo que no era el nombre de un curso lo que importaba, sino el nombre del profesor que lo daba. La discusión terminó sin resultados cuando ella se negó a ad-mitir que él fuere una autoridad.

Aflojó las correas de su helicóptero individual abstraído en sus pensamientos, di-ciéndose cuán falta de lógica era la mente femenina, y estaba guardando el aparato en el vestíbulo, cuando su madre irrumpió ante él.

—¡John Thomas! ¿Dónde has estado?

Trató de pensar qué error podía haber cometido. Era una mala señal que su madre le llamase «John Thomas»... «John» o «Johnnie» querían decir que todo iba bien o incluso «Johnnie, muchacho». Pero «John Thomas» significaba generalmente que en su ausen-cia el muchacho había sido acusado, juzgado y sentenciado.

—¿Eh? Pues ya te lo dije a la hora de comer, mamá. He salido con Betty. Volamos hasta...

—¡Eso ahora no importa! ¿Sabes lo que ha hecho esa bestia?

Ya se lo temía. ¡Lummox! Ojalá no fuese el jardín de su madre. Tal vez Lum había vuelto a derribar su propia casa. Si era así, su madre no tardaría en apaciguarse. Quizá tendría que construirle otra mayor.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó cautelosamente.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué no ha ocurrido? John Thomas, esta vez tendrás que des-hacerte de él. Esto ya es el colmo.

—Tranquilízate mamá —se apresuró a responder—. No podemos deshacernos de Lum. Tú se lo prometiste a papá.

Ella no respondió directamente.

—Con la policía viniendo cada diez minutos, y esa enorme y peligrosa bestia cam-pando por sus respetos, y...

—¿Cómo? Espera un momento, mamá; Lum no es peligroso; es tan manso como un gatito. ¿Qué ha sucedido?

—¡Todo lo malo que te puedas imaginar!

Poco a poco él le fue arrancando algunos detalles. Lummox había salido a dar un paseo; eso estaba claro. John Thomas esperaba sin mucha convicción que no hubiese comido nada de hierro o acero; el hierro tenía un efecto explosivo sobre su metabolis-mo. Aún recordaba la vez en que Lummox se comió aquel coche de segunda mano, un Buick.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por las palabras de su madre:

—...y la señora Donahue está hecha una furia. Ya puede estarlo, sus rosas de con-curso...

Oh, eso era bastante feo. Trató de recordar a cuánto ascendían sus ahorros en la ac-tualidad. Tendría que pedir excusas además, e imaginar algún medio de aplacar a aque-lla arpía. Entre tanto, pegaría con un hacha a Lummox en las orejas; Lummox sabía lo valiosas que eran las rosas, y no tenía la menor excusa.

—Mira, mamá, no sabes cuánto lo siento. Voy a salir en seguida a ver si consigo meter algo de juicio en su dura cabezota. Le mostraré que estoy tan enfadado, que ni si-quiera se atreverá a respirar sin mi permiso.

Y John Thomas se dispuso a marcharse.

—¿Adónde vas? —le preguntó ella.

—¿Eh? Pues a hablar con Lum. Ya estoy harto y…

—No seas estúpido. No está aquí.

—¿Eh? ¿Dónde está?

John Thomas volvió a rogar de nuevo al cielo que Lummox no hubiese conseguido encontrar algún objeto de hierro. Lo del Buick no fue realmente culpa de Lummox, y además pertenecía a John Thomas, pero…

—No sabemos por dónde andará ahora. El jefe Dreiser dice…

—¿Le anda buscando la policía?

—¡Ya podías figurártelo, muchacho! Lo persigue toda una patrulla. El señor Dreiser quería que yo bajase a la ciudad para llevármelo a casa, pero yo le dije que tendría que llamarte a ti, como única persona capaz de manejar a esa bestia.

—Pero, mamá, Lummox te hubiera obedecido. Siempre lo ha hecho. ¿Por qué se lo ha llevado el señor Dreiser a la ciudad? Él ya sabe que Lum vive aquí. Eso de llevarlo a la ciudad puede asustar al pobrecillo. Lum es un animalito muy tímido; seguramente no le gustará…

—¡Un animalito! Nadie se lo ha llevado a la ciudad.

—Eso es lo que has dicho.

—Yo no he dicho tal cosa. Si puedes mantenerte tranquilo, te contaré lo que ha pa-sado.

Al parecer, la señora Donahue sorprendió a Lummox cuando éste se había comido sólo cuatro o cinco de sus rosales. Dando pruebas de mucho valor y muy poco juicio, ella le acometió con una escoba, chillando y golpeándole en la cabeza. La señora no si-guió la suerte del mastín, aunque podría habérsela zampado de un bocado; Lummox te-nía un sentido de la propiedad tan fino como el de cualquier gato doméstico. A las per-sonas no había que comerlas; en realidad eran casi invariablemente amigas. Pero aque-llo hirió sus sentimientos en lo más íntimo, y se alejó pesadamente haciendo pucheros.

La siguiente acción atribuida a Lummox aconteció a unos tres kilómetros de distan-cia, y una media hora después de la primera. Los Stuart vivían en los alrededores de Westville; esa zona estaba separada de la ciudad propiamente dicha por extensos cam-pos. Un tal señor Ito poseía una pequeña granja en la región, donde cultivaba verduras para las mesas de los gourmets.

El señor Ito, al parecer, no sabía qué era aquello que descubrió arrancándole las co-les y engulléndolas. La larga residencia de Lummox en la vecindad no era ciertamente un secreto, pero el señor Ito no sentía el menor interés por las vidas de las otras perso-nas, y era la primera vez que veía a Lummox.

Con todo, no mostró más admiración que la señora Donahue. Se precipitó al interior de su casa y salió de ella armado con un cañón que había pertenecido a su abuelo…, una reliquia de la Cuarta Guerra Mundial, de la clase conocida popularmente como «cañón antitanque».

El señor Ito afirmó el cañón sobre una hilera de tiestos y disparó apuntando al lugar en que Lummox se habría sentado, si hubiese sido creado para tal finalidad. El estampi-do asustó al señor Ito, que no había disparado nunca aquel arma, y el fogonazo le dejó momentáneamente ciego.

Cuando se frotó los ojos y consiguió ver nuevamente, aquel ser había desaparecido.

Pero era fácil ver la dirección que había tomado. Este encuentro no humilló a Lummox, como le había ocurrido con la señora Donahue; esta vez era presa de un ver-dadero pánico. Mientras engullía la ensalada verde, estaba de cara a los invernaderos del señor Ito. Cuando la explosión cosquilleó sus oídos, Lummox partió a gran velocidad en dirección hacia donde tenía vuelta la cabeza. De ordinario ponía sus patas en el suelo por este orden: 1, 4, 5, 8, 2, 3, 6, 7 y vuelta a empezar, lo cual era bueno para velocida-des que iban desde un paso lento hasta una especie de trote de caballo; ahora adoptó desde el principio un galope doble moviendo las patas 1, 2, 5, 6 simultáneamente, y al-ternándolas con 3,4,7,8.

Lummox había atravesado los invernaderos antes de que hubiese reparado en su presencia, abriendo en ellos un túnel por el que podría pasar un camión mediano. Frente a él, a unos cinco kilómetros, se hallaba la ciudad de Westville. Hubiera sido mucho mejor para él haber ido en dirección opuesta, hacia las montañas.

John Thomas Stuart escuchó el confuso relato de su madre con creciente aprensión. Cuando se enteró de lo que había pasado con los invernaderos del señor Ito, dejó de pensar en sus ahorros y empezó a preguntarse qué bienes podría convertir en efectivo. Su helicóptero era casi nuevo, pero no bastaría para pagar la indemnización. Se pregun-tó si podría hacer algún trato con el banco. De una cosa estaba seguro: su madre no que-rría ayudarle.

Luego fueron llegando más informes. Lummox, al parecer, había seguido a campo traviesa hasta que alcanzó la carretera que conducía a la ciudad. Mientras tomaba una taza de café, el conductor de un camión transcontinental se quejó a un guardia de tráfi-co, diciendo que acababa de ver un robot pedestre del tamaño de un camión y sin núme-ro de matrícula, y que el maldito no parecía prestar la menor atención a las señales de tráfico. El camionero, aprovechó la ocasión para lanzar una diatriba contra los conduc-tores mecánicos, diciendo que no había nada que pudiera sustituir a un conductor huma-no, sentado en la cabina y con el ojo alerta ante cuanto pudiese suceder. El agente de tráfico no había visto a Lummox, pues estaba tomando café cuando éste pasó, y no se mostró muy impresionado por lo que le dijo el conductor, quien evidentemente hablaba influido por sus prejuicios. Sin embargo, telefoneó.

El centro de control de tráfico de Westville no prestó atención al informe: estaba to-talmente ocupado por un caos de terror.

John Thomas interrumpió a su madre:

—¿Ha resultado alguien herido?

—¿Herido? No lo sé. Probablemente. John Thomas, tienes que librarte de esa bestia en seguida.

Él ignoró la orden; no parecía el momento indicado para discutir.

—¿Qué más ha pasado?

La señora Stuart no lo sabía con detalle. Cerca del centro de la población, Lummox se encontró con un ramal de la autopista aérea. Entonces avanzaba lentamente y con va-cilación; el tráfico y la gran cantidad de personas le confundieron. Saliendo de la calza-da, subió a una acera

rodante. La acera se detuvo, pues no había sido diseñada para so-portar un peso de seis toneladas; hubo un cortocircuito, los fusibles saltaron y el tránsito de peatones en la hora de más aglomeración del día resultó afectado a lo largo de veinte manzanas del distrito comercial.

Las mujeres chillaron, los niños y los perros añadieron sus voces a la confusión ge-neral, los agentes de tráfico trataron de restablecer el orden, y el pobre Lummox, que no había querido hacer daño a nadie ni tampoco tenía intención de visitar el distrito comer-cial; cometió una equivocación perfectamente comprensible... Los grandes escaparates del Bon Marché le parecieron un refugio ideal para escapar a todo aquel galimatías. La durísima sustancia transparente de los escaparates se suponía que era irrompible, pero no se había contado con que a Lummox se le podía ocurrir que allí sólo había aire. Entró en el escaparate y trató de esconderse en un dormitorio expuesto a la venta. Como es de suponer, no lo consiguió del todo.

La siguiente pregunta de John Thomas fue interrumpida por un golpe en el techo; alguien había aterrizado. Miró hacia arriba.

—¿Esperas a alguien, mamá?

—Probablemente es la policía. Dijeron que querían...

—¿La policía? ¡Dios mío!

—No te vayas..., tienes que verles.

—No me iba —respondió él, desolado y oprimió un botón para abrir la entrada del techo.

Momentos después, un sargento y un agente de tráfico aparecieron en la puerta.

—¿Señora Stuart? —empezó a decir el sargento con toda cortesía—. A sus órdenes, señora. Nosotros... —Vio a John Thomas, que trataba de pasar inadvertido—. ¿Es usted John T. Stuart?

John tragó saliva.

—Sí, señor.

—Entonces venga inmediatamente. Discúlpenos, señora. ¿O acaso quiere venir también?

—¿Quién, yo? Oh, no, estoy mejor aquí.

El sargento asintió, con expresión de alivio.

—Bien, señora. Vamos, joven. No hay que perder un minuto.

Tomó a John por el brazo. Éste trató de desasirse.

—Oiga, ¿qué es esto? ¿Trae usted una orden del juez o algo parecido?

El sargento se detuvo; luego dijo lentamente:

—No, hijo, no tengo una orden del juez. Pero si usted es el John T. Stuart que estoy buscando..., y sé que lo es, a menos que desee que se tomen medidas drásticas y defini-tivas respecto a ese bicho del espacio, o lo que sea, que usted ha estado ocultando, hará mejor en no rechistar y venir con nosotros.

—Oh, si es así iré —se apresuró a decir John.

—Muy bien. Y trate de portarse como es debido.

John Thomas Stuart guardó silencio y le siguió.

En los tres minutos que tardó el coche patrulla en volar hasta la ciudad, John Tho-mas trató de enterarse de lo peor.

—Oiga, señor sargento. ¿Ha habido algún herido? Dígame, ¿lo ha

habido?

—Sargento Mendoza —respondió el sargento—. Espero que no, aunque no lo sé.

John consideró aquella ambigua respuesta.

—Bien... ¿Está aún Lummox en el Bon Marché?

—¿Es así como se llama..., Lummox? No me parece un nombre bastante fuerte. No, le echamos de allí. Ahora está bajo el viaducto del Arroyo del Oeste..., supongo.

Aquella respuesta tenía cierto sarcasmo.

—¿Qué quiere usted decir con eso de «supongo»?

—Verá, primero bloqueamos la calle Mayor y Hamilton, después le hicimos salir del almacén utilizando extintores de incendios. Era la única cosa que parecía capaz de importunarle; los perdigones rebotaban sobre su piel. Dígame, ¿de qué está hecha la piel de ese animal? ¿De acero?

—Oh, no exactamente.

La ironía del sargento Mendoza se acercaba más a la verdad de lo que se imaginaba; John Thomas seguía preguntándose con inquietud si Lummox se habría comido algún objeto de hierro. Después de digerir el Buick, el crecimiento de Lummox se activó ex-traordinariamente; en dos semanas pasó del tamaño de un hipopótamo a sus desusadas dimensiones actuales, un crecimiento mucho mayor que el que había tenido desde su nacimiento. Se volvió extraordinariamente flaco, y parecía un andamiaje recubierto por una lona, pues su esqueleto, que no tenía nada de terrenal, empujaba a través de su piel; se requirieron tres años de un régimen muy elevado en calorías para rellenarlo de nuevo. Desde aquel día John Thomas trató de mantener el metal alejado de Lummox, especial-mente el hierro, a pesar de que su padre y su abuelo habían tenido por costumbre echar-le de vez en cuando pedacitos de chatarra, como golosina.

—Por último los extintores de incendios consiguieron expulsarlo..., sólo que estor-nudó y derribó a dos hombres. Después de eso y puesto que no podíamos encontrarle a usted, seguimos utilizando más extintores para obligarle a marchar por la calle Hamil-ton, con la intención de empujarlo hasta el campo, donde no podría hacer tanto daño... La operación iba bastante bien, pues sólo derribaba de vez en cuando algún farol o pisa-ba algún que otro coche, cuando llegamos al lugar donde queríamos hacerle volver hacia Hillcrest y conducirlo de nuevo a su casa. Pero se nos escapó y se dirigió hacia el viaducto, tropezó con el pretil, se cayó y... bueno, ya lo verá usted ahora mismo. Ya es-tamos.

Media docena de coches de la policía se cernían sobre el extremo del viaducto. Ro-deando aquella zona había muchos coches aéreos particulares y un autobús aéreo o dos; los coches patrulla los mantenían apartados a conveniente distancia. Había también va-rios centenares de personas con helicópteros individuales, revoloteando como murciéla-gos en todas direcciones entre los vehículos y haciendo aún más difícil la actuación de la policía. En tierra, unos cuantos agentes, reforzados por policías de la brigada de ur-gencia, que llevaban brazales, trataban de impedir el avance de la multitud y desviaban el tráfico del viaducto y de la carretera de carga que corría bajo él. El conductor del sar-gento Mendoza se abrió paso entre los coches que había en el aire, mientras hablaba por un teléfono colocado

en su pecho. El coche del jefe Dreiser, de un rojo brillante, se se-paró del embotellamiento que había al extremo del viaducto y se aproximó a ellos.

Ambos coches se detuvieron, separados por unos pocos metros y a unos treinta me-tros sobre el viaducto. John Thomas veía la enorme abertura del pretil causada por la caída de Lummox, pero no veía a éste; el viaducto se lo impedía. La portezuela del co-che de mando se abrió y el jefe Dreiser se asomó por ella; parecía azorado y su calva es-taba cubierta de sudor.

—Digan al chico Stuart que se asome un momento.

John Thomas bajó una ventanilla e hizo lo que se le ordenaba.

—Usted dirá, señor.

—Oye chico, ¿puedes dominar a ese monstruo?

—Ciertamente, señor.

—Ojalá sea cierto. ¡Mendoza! Déjelo en tierra, y que lo pruebe.

—A la orden, jefe.

Mendoza dijo algo al conductor, que hizo avanzar el coche hasta más allá del via-ducto y se dispuso a tomar tierra allí. Entonces pudieron ver a Lummox; se había refu-giado bajo el extremo del puente, empequeñeciéndose... en relación con su tamaño ante-rior. John Thomas se asomó y llamo.

—¡Lum! ¡Lummie, chiquitín! Ven con papá.

La criatura se agitó y el extremo del viaducto se agitó con ella. Sacó el cuerpo unos cuatro metros y miró a su alrededor con azoramiento.

—¡Aquí, Lum! ¡Aquí arriba!

Lummox distinguió a su amigo y su rostro se contrajo en una mueca idiota. El sar-gento Mendoza barbotó:

—Aterriza, Slats. Terminemos de una vez.

El conductor descendió un poco y luego dijo ansiosamente:

—Ya es suficiente, sargento. Ese bicho nos puede alcanzar.

—Muy bien, muy bien. —Mendoza abrió la portezuela y echó por ella una escala de cuerda—. ¿Puede usted bajar por aquí, hijo?

—Claro.

Mientras Mendoza le daba una mano, John Thomas se escurrió por la portezuela y se sujetó a la escala. Empezó a bajar por ella, hasta llegar a un punto en que ésta se ter-minaba; aún quedaba a dos metros por encima de la cabeza de Lummox. Mirando abajo, dijo:

—Levanta la cabeza, bonito, y bájame.

Lummox levantó otro par de patas del suelo y puso cuidadosamente su ancho crá-neo debajo de John Thomas, quien se dejó caer sobre él, tambaleándose ligeramente y sujetándose para no caer. Lummox lo bajó suavemente hasta el suelo.

John Thomas saltó al suelo y se volvió para verle. Bueno, al parecer la caída no había causado daño a Lum; por lo menos, eso era un consuelo. Se lo llevaría a casa y después lo examinaría centímetro a centímetro.

Entre tanto, Lummox se restregaba las patas y emitía un sonido que se parecía mu-cho a un ronroneo. John puso una cara seria:

—¡Lummie, eres malo! Malo, sí, muy malo... ¿Te parece bien lo que has hecho?

Lummox parecía azorado. Bajó su cabeza hasta el suelo, miró a su amigo y abrió su bocaza de par en par.

—Yo no tenía intención de hacerlo —protestó con su voz de niñita.

—¡No tenías intención de hacerlo! Claro, tú nunca la tienes. Te arrancaré tus patas delanteras y te las haré tragar. Sí, te las haré tragar, ¿te enteras? Te daré una paliza hasta hacerte papilla, y entonces te utilizaré como alfombra. Hoy, desde luego, te irás a la ca-ma sin cenar. ¡Vamos, con que no tenías intención de hacerlo!

El coche rojo brillante se acercó y se colocó sobre ellos. —¿Todo va bien? —preguntó el jefe Dreiser. —Desde luego.

—Perfectamente. Escuche mi plan. Voy a hacer que se levante aquella barrera. Us-ted lo llevará hasta Hillcrest, haciéndole subir por el extremo superior de la zanja. Allí le esperará la escolta; colóquense ustedes detrás de ella y síganla todo el camino de vuelta a su casa. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor.

John Thomas vio que el arroyo había sido bloqueado en ambas direcciones con pa-rapetos antidisturbios, unos tractores con un pesado blindaje en su parte delantera, lo que permitía establecer una barricada temporal a todo lo ancho de una calle o plaza. Es-tos vehículos eran de uso obligatorio para la fuerza pública desde los Tumultos del 91, pero él no podía recordar que hubiesen sido utilizados en Westville hasta entonces y empezó a comprender que el día en que Lummox se decidió a ir a la ciudad no sería fá-cilmente olvidado.

Pero estaba contento de que Lummox hubiese sido demasiado tímido para mordis-quear aquellas corazas de acero. Empezaba a abrigar la esperanza de que su mascota había estado lo bastante entretenida toda la tarde como para tener tiempo de comer al-gún objeto de metal. Se volvió hacia él.

—Bueno, saca tu feo corpachón de ese agujero. Volvemos a casa.

Lummox obedeció de buena gana; el viaducto volvió a temblar cuando él lo rozó.

—Hazme una silla.

La parte central del cuerpo de Lummox se hundió unos sesenta centímetros. Se puso a pensar intensamente en ello, y la parte superior de su cuerpo adquirió una forma va-gamente parecida a una silla.

—Estate quieto —le ordenó John Thomas—. No quiero que me hagas papilla un dedo.

Lummox obedeció, temblando ligeramente, y el joven trepó por su costado, aga-rrándose a los pliegues de la dura piel de Lummox. Una vez en su lomo, se acomodó en la silla como un rajá dispuesto para una cacería de tigres.

—Perfectamente. Ahora sube despacio hasta la carretera. ¡No, no!, da la vuelta, pe-dazo de bruto. Hacia arriba, no hacia abajo.

Dócilmente, Lummox dio la vuelta y emprendió la marcha.

Abrían la comitiva dos coches patrulla, y otros dos la cerraban. El coche rojo del je-fe Dreiser se mantenía sobre ellos a una prudente distancia. John Thomas se retrepó en la improvisada silla y se dedicó a pensar; primero, en lo que diría a Lummox, y segun-do, en lo que diría a su madre. El primer discurso era desde luego más fácil; le salía con perfecta fluidez y adornado de hermosos epítetos; pero en el segundo se atascaba a cada momento.

Estaban a medio camino de su casa cuando una persona, volando

rápidamente en un helicóptero individual, se aproximó a la pequeña comitiva. Aquella persona pareció ig-norar la luz roja de advertencia que parpadeaba en el coche del jefe de policía, y des-cendió oblicuamente hacia la enorme bestia estelar. A John Thomas le pareció recono-cer el chapucero estilo de Betty aun antes de poder distinguir sus facciones; y vio que no se había engañado. La tomó en sus brazos cuando ella paró el motor.

El jefe Dreiser abrió violentamente una ventanilla y asomó su cabeza por ella. Betty le interrumpió a la mitad de su furiosa perorata.

—¡Por Dios, jefe Dreiser! ¿Qué modo de hablar es ése?

El se detuvo, y su expresión cambió.

—¿Es usted Betty Sorensen?

—Claro que sí. Y debo decir, jefe, que después de tantos años de verle enseñando en la Escuela Dominical, nunca me hubiera imaginado tener que oírle emplear un len-guaje tan inconveniente. Si con eso cree dar buen ejemplo, me parece que yo...

—Señorita, tenga cuidado con lo que dice.

—¿Yo? Pero si era usted quien empleaba...

—¡Basta! Por hoy ya he tenido bastante. Ponga otra vez en marcha su aparato y vá-yase inmediatamente. Éste es un asunto oficial. Ahora lárguese.

Ella miró a John Thomas y le guiñó un ojo, luego su rostro asumió una expresión de inocencia angelical.

—Lo siento, jefe, pero no puedo.

—¿Cómo? ¿Por qué no puede?

—Se me ha terminado el combustible. Ha sido un aterrizaje forzoso.

—Betty, no trate usted de tomarme el pelo.

—¿Yo? ¿Tomarle el pelo? ¡Vamos, diácono Dreiser!

—Ya le daré yo diácono. Si tiene el depósito vacío, baje de esa bestia y vuélvase a pie a su casa. Es peligroso permanecer aquí.

—¿Lummie peligroso? Lummie es incapaz de hacer daño a una mosca. Y además, ¿quiere usted que vuelva sola a casa? ¿Por una carretera en pleno campo, y siendo casi de noche? Me sorprende eso en usted.

Dreiser, rezongando, terminó por cerrar la ventanilla. Betty se desprendió de su apa-rato y se acomodó en el asiento que Lummox había preparado sin que se lo dijesen, al lado del de John Thomas. Éste la miró.

—Hola, guapa.

—Hola, cabezota.

—Ignoraba que conocieses al jefe.

—Yo conozco a todo el mundo. Ahora cállate. He venido aquí, a toda velocidad y bastante furiosa, después de oír las noticias por radio. Ni tú ni Lummox seríais capaces de salir de ésta, aunque fuese Lummox el que pensara más de los dos, así que me decidí a venir. Ahora cuéntamelo todo, sin ocultarme los detalles más espantosos. No le ocul-tes nada a mamá.

—Eres muy buena chica.

—No perdamos el tiempo con cumplidos. Ésta es probablemente la única oportuni-dad que tenemos de hablar en privado antes de que empiecen a meterse contigo, de mo-do que no pierdas tiempo y cuéntamelo todo.

—¿Qué crees que eres? ¿Un abogado?

—Mejor que eso, ya que no tengo el cerebro abarrotado de rancios

precedentes. Puedo hacer labor creativa.

—Bien…

Con Betty a su lado, se sentía mucho mejor. Ahora ya no estaban Lummox y él so-los contra un mundo hostil. Le contó todo cuanto sabía, mientras ella escuchaba en si-lencio.

—¿Ha resultado alguien herido? —le preguntó por último.

—No lo creo. Por lo menos, no lo mencionaron.

—Lo hubieran hecho. —Betty se enderezó—. Entonces no tenemos por qué pre-ocuparnos.

—¿Cómo? ¿Con cientos, tal vez miles de personas, que reclamarán una indemniza-ción? Me agradaría saber lo que entiendes por preocuparse.

—Personas heridas —le respondió ella—. Todo lo demás puede resolverse. Tal vez podamos declarar insolvente a Lummox.

—¡Valiente estupidez!

—Si crees que eso es una estupidez, es que no has estado nunca ante un tribunal.

—¿Y tú?

—No cambies de conversación. Después de todo, Lummox fue atacado con armas mortíferas.

—Que no le hicieron daño; sólo unas cuantas cosquillas.

—Eso está fuera de lugar. Indudablemente le causaron una gran angustia. No estoy segura de que después de eso pueda considerársele responsable de lo que ha sucedido. Deja que me concentre.

—¿Te importa que yo también piense?

—No, mientras no oiga el ruido del mecanismo. A callar.

La comitiva prosiguió en silencio hasta llegar a la mansión de los Stuart. Cuando se detuvieron, Betty le dio un consejo:

—No admitas nada. Nada en absoluto. Y no firmes nada. Si me necesitas, llámame.

La señora Stuart no salió a recibirlos. El jefe Dreiser inspeccionó la brecha en la verja en compañía de John Thomas, mientras Lummox miraba también por encima de sus espaldas. El jefe observó en silencio a John Thomas, mientras éste tomaba un cordel y lo ataba a ambos extremos de la abertura.

—¡Ya está! Ahora ya no podrá salir de nuevo.

Dreiser se tiró del labio inferior.

—Hijo, ¿estás bien de la cabeza?

—Usted no lo entiende, señor. La verja no lo detendría aunque la reparásemos… No sé de nada que pueda detenerle. Pero ese cordel lo detendrá. ¡Lummox!

—¿Qué quieres, Johnnie?

—¿Ves ese cordel?

—Sí, Johnnie.

—Si lo rompes, te rompo la cabezota. ¿Me entiendes?

—Sí, Johnnie.

—Y te prohíbo que vuelvas a salir del patio, a menos que yo te saque.

—Muy bien, Johnnie.

—¿Me lo prometes?

—Sí, Johnnie. Con todo mi corazón.

—En realidad, no tiene corazón —prosiguió Johnnie—. Tiene un sistema circulato-rio descentralizado. Es como...

—No me importa que tenga bombas hidráulicas, mientras no se mueva de casa.

—No se moverá. Nunca se ha ido, ni ha roto una promesa, aunque no tenga cora-zón.

Dreiser se mordió el dedo pulgar.

—Muy bien. Esta noche dejaré un hombre aquí con un portófono. Y mañana pon-dremos vigas de acero en lugar de esos troncos.

John se disponía a decir «oh, no, acero no», pero lo pensó mejor. Dreiser preguntó:

—¿Qué ocurre?

—¿Eh?, no, nada.

—No le quites el ojo de encima.

—No saldrá.

—Será mejor para él. Supongo que te das cuenta de que ambos estáis arrestados, ¿eh? Lo que pasa es que no hay manera de encerrar bajo llave a ese monstruo. —Dreiser prosiguió en tono bondadoso—: Vamos, no te preocupes. Tú eres un buen chico y todo el mundo apreciaba a tu padre. Ahora tengo que hablar con tu madre. Quédate aquí has-ta que llegue uno de mis hombres... y le presentaré a ese... ejem... a ese bicho —terminó, lanzando una mirada suspicaz a Lummox.

Se alejó hacia la casa. John Thomas pensó que era el momento de contarle las cua-renta a Lummox, pero no se veía con ánimos.

2 EL DEPARTAMENTO DE ASUNTOS ESPACIALES

John Thomas Stuart XI se sentía terriblemente deprimido, y pensaba que nadie podía su-frir tanto como él y Lummox. En realidad, no era el único que lo pasaba mal en Westvi-lle. Al señor Ito le acechaba una dolencia fatal, que pronto acabaría con su vida..., la ve-jez. En todos los hogares de la ciudad había personas que sufrían en silencio. Diversas razones —dinero, salud, orgullo— les mantenían encerrados en sus casas.

Mas lejos, en la capital del Estado, el gobernador contemplaba desesperado los do-cumentos que tenía ante sí, y que constituían las pruebas que iban a enviar a la cárcel a su más íntimo amigo. Mucho más lejos, en Marte, un explorador abandonaba su coche oruga averiado y se disponía a intentar el largo viaje de regreso al Puesto Avanzado, al que

nunca llegaría.

Infinitamente más lejos, a veintisiete años luz, la astronave «Bolívar» penetraba en una transición interespacial. Un defecto en un minúsculo relé haría que éste funcionase una décima de segundo después de lo debido. De resultas de ese hecho, la astronave «Bolívar» permanecería vagando durante muchos años entre las estrellas. Nunca halla-ría el modo de volver a su base.

Inconcebiblemente lejos de la Tierra, en el interior de otra galaxia, una raza de crus-táceos arbóreos perdía terreno progresivamente ante una raza de anfibios más jóvenes y agresivos. Transcurrirían varios miles de años terrestres antes de la total extinción de los crustáceos, pero el resultado de la lucha entablada era indudable. Desde el punto de vis-ta humano, era algo lamentable, porque la raza de crustáceos poseía unas facultades mentales y espirituales que se hubieran complementado felizmente con las humanas, fa-voreciendo la mutua cooperación. Pero cuando los primeros terrestres desembarquen allí, dentro de unos once mil años, los crustáceos habrán sido aniquilados desde mucho tiempo atrás.

En la Tierra, en la capital de la Federación, Su Excelencia el Muy Honorable Henry Gladstone Kiku, subsecretario permanente de Asuntos Espaciales, no estaba preocupado en lo más mínimo por los crustáceos sentenciados, porque nunca sabría de su existencia. Tampoco estaba preocupado por la astronave «Bolívar», pero lo estaría. Además de la pérdida de la astronave en sí, la pérdida de uno de sus pasajeros originaría una larga se-rie de problemas a Henry Kiku y a sus colaboradores.

Todas y cada una de las cosas que sucedían fuera de la ionosfera de la Tierra eran de la incumbencia de Henry Kiku, al igual que todo cuanto concernía a las relaciones entre la Tierra y cualquier parte del Universo explorado. Incluso asuntos que aparente-mente eran sólo terrestres caían bajo su jurisdicción, si afectaban o se veían afectados de algún modo por algo de origen extraterrestre, interplanetario o interestelar... Un campo muy amplio, a decir verdad.

Los problemas que se le presentaban incluían cosas como, por ejemplo, el trasplante de hierba de los desiertos de Marte, debidamente modificada, a la meseta tibetana. El departamento de Kiku no dio su aprobación al proyecto hasta después de haber exami-nado cuidadosa y matemáticamente las posibles repercusiones que tendría en la indus-tria lanar australiana, juntamente con una docena de otros factores. Se andaba entonces con pies de plomo, tras el fracaso en Madagascar con el asunto de las raíces marcianas en forma de baya. Las decisiones de índole económica no preocupaban a Henry Kiku, por importantes que fuesen; pero en cambio había otras que lo mantenían despierto toda la noche, como su decisión de no otorgar escolta policíaca a los estudiantes de Proción VII que venían a Goddard en intercambio escolar, a pesar del auténtico peligro que co-rrían entre terrestres provincianos llenos de prejuicios contra seres cuyos miembros, ojos u otras partes de su anatomía no tenían nada de terrestre; los cefalópodos de aquel planeta eran muy susceptibles, y algo muy parecido a una escolta policíaca era lo que utilizaban comúnmente para castigar a sus criminales.

Henry Kiku disponía de una extensa plana mayor de colaboradores,

desde luego, y también contaba con la ayuda de su ministro. Éste pronunciaba discursos, recibía visitas importantes, concedía entrevistas y descargaba a Kiku de unas obligaciones ciertamente pesadas. Mientras el ministro se portase debidamente ocupándose de sus asuntos, efec-tuando apariciones en público y dejando que el subsecretario gobernase a su antojo el departamento, contaba con la completa aprobación de Kiku. Desde luego, si no conse-guía descargarle de parte de su trabajo o aliviarle de sus obligaciones, Kiku era capaz de encontrar un medio de deshacerse de él. Pero hacía quince años que no se veía obligado a emplear tan drásticas medidas. Aún no había llegado a una decisión en lo que concer-nía al ministro, pero en ese momento no pensaba en él. En lugar de eso; estudiaba el Proyecto Cerbero de energía para la estación investigadora de Plutón. Se encendió una luz sobre su mesa y levantó la mirada, a tiempo de ver cómo se abría la puerta que co-municaba su despacho con el del ministro, el cual entró silbando Llévame al baile; pero Kiku no reconoció la melodía.

El ministro dijo:

—Hola, Henry. No, no te levantes.

Henry Kiku no había hecho el menor gesto de levantarse.

—¿Cómo está usted, señor ministro? ¿En qué puedo servirle?

—En muy poco, en muy poco. —Se detuvo junto a la mesa de Kiku y tomó en sus manos la carpeta del proyecto—. ¿Qué estás estudiando? Cerbero, ¿eh? Henry, esto co-rresponde a los ingenieros. ¿Por qué tenemos que preocuparnos nosotros?

—Tiene aspectos —respondió Kiku midiendo sus palabras— que nos incumben.

—Así lo supongo. El presupuesto y otras zarandajas. —Sus ojos buscaron la línea que decía: COSTE CALCULADO: 3,5 megapavos y 7,4 vidas—. ¿Qué es esto? Yo no puedo presentarme ante el Consejo y pedir que lo aprueben. Es grotesco.

—Los primeros cálculos daban más de ocho megapavos y un centenar de vidas.

—El dinero no me importa, pero este otro apartado... ¿Quieres que pida al Consejo que firme la sentencia de muerte para siete hombres y cuarto? No querrás que haga eso, sería inhumano. Pero dime, ¿qué diablos es eso de cuatro décimas de hombre? ¿Cómo se puede matar una fracción de hombre?

—Señor ministro —respondió pacientemente su subordinado—, todo proyecto de más envergadura que lograr un columpio para el patio de la escuela entraña una proba-ble pérdida de vidas. Pero aquí el factor de riesgo es pequeño; quiero decir que siguien-do adelante, con el Proyecto Cerbero gozaremos de mayor seguridad, por término me-dio, que si nos quedamos en la Tierra. Ésa es mi opinión.

—¿Cómo? Entonces, ¿por qué no lo has dicho así? ¿Por qué no lo has expuesto de ese modo en el Proyecto?

—Este informe es para que lo estudie yo..., para que lo estudiemos nosotros única-mente. Él informe que se presentará al Consejo subrayará todas las medidas de seguri-dad sin incluir el cálculo de muertes, que es aproximado.

—Así que es aproximado, ¿eh?

El ministro dejó el informe y pareció perder interés en él.

—¿Algo más, señor?

—¡Ah, sí! Henry, ¿conoces a ese dignatario rargiliano que tengo que recibir hoy? El doctor..., como se llame.

—El doctor Ftaeml —dijo Kiku dirigiendo una mirada al tablero de avisos colocado encima de la mesa—. La entrevista se celebrará dentro de una hora y siete minutos.

—Pues me temo que tendré que pedirte que me sustituyas. Preséntale mis excusas. Dile que me retienen los asuntos de estado.

—¿Lo cree prudente, señor? Yo no se lo aconsejaría. Él espera verse recibido por un alto funcionario como usted y los rargilianos son muy meticulosos en cuestiones de protocolo.

—Oh, vamos, ese indígena no se dará cuenta de la sustitución.

—Le aseguro que sí, señor.

—Bien, pues que se crea que tú eres yo. No me importa. Pero yo no puedo recibirle. El Presidente me ha invitado a ir al juego de pelota con él; y una invitación del Presi-dente es una orden, como tú sabes muy bien.

Kiku sabía que no era nada de eso. Pero se calló.

—Muy bien, señor.

—Gracias, amigo.

El ministro se marchó sin dejar de silbar.

Cuando se cerró la puerta, Kiku accionó con gesto avinagrado una hilera de conmu-tadores que había en el tablero de su mesa. Ahora estaba aislado y nadie podía llegar hasta él utilizando teléfono, video, tubo, autoescritor o cualquier otro medio parecido, como no fuese a través de un timbre de alarma que su secretaria sólo había utilizado una vez en doce años. Puso los codos sobre la mesa, se cubrió la cabeza con las manos y se peinó el crespo cabello, con los dedos.

Esto, aquello, lo de más allá... y siempre algún latoso en el momento más inoportu-no. ¿Por qué se marchó de África? ¿Por qué le vino aquella desazón por convertirse en funcionario público? Una desazón que desde hacía mucho tiempo se había convertido en simple hábito.

Se enderezó y abrió el cajón del centro. Estaba atiborrado de prospectos de Kenya; tomó unos cuantos y al poco rato se hallaba enfrascado en la comparación de los méri-tos respectivos de una docena de granjas. Una de ellas era una verdadera ganga, si podía pagarla..., más de 300 hectáreas, la mitad en cultivo, y siete pozos de agua potable. Miró el mapa y las fotografías y se sintió mejor. Después de un rato los guardó y cerró el ca-jón.

Se vio obligado a admitir que, a pesar de que lo que había dicho a su jefe era cierto, su reacción nerviosa se basaba principalmente en el inveterado temor que le causaban las serpientes. Si el doctor Ftaeml fuese cualquier otra cosa en lugar de rargiliano, o si los rargilianos no fuesen medusas antropoides, a él no le hubiera importado. Desde lue-go, sabía que los tentáculos que brotaban de la cabeza de los rargilianos no eran serpien-tes, pero su estómago ignoraba este hecho. Tenía que encontrar el tiempo necesario para someterse antes a un tratamiento hipnótico... No, no tenía tiempo; en lugar de eso, sería mejor que tomase una pildora.

Suspirando, volvió a accionar los conmutadores. La bandeja de los asuntos por des-pachar empezó a llenarse inmediatamente, y se encendieron todas las luces de los ins-trumentos de comunicación. Pero las luces eran de

color ámbar en lugar de rojo sangre; ignoró su existencia y miró los papeles que caían en la bandeja. Casi todo eran asuntos de trámite pendientes de su aprobación, aplicando sus directrices, sus subordinados o los subordinados de éstos solían resolver todos los asuntos. De vez en cuando comprobaba un nombre o una acción sugeridos y echaba la hoja en la bandeja de salida.

Llegó un radiotipo que no era un simple asunto de trámite, pues concernía a una criatura que al parecer era extraterrestre, pero de tipo y origen no determinados. El inci-dente en que se había visto envuelta parecía de poca monta..., un pequeño alboroto en una de las aldeas indígenas de la parte occidental del continente. Pero el hecho de que se tratase de una criatura extraterrestre obligaba automáticamente a la policía a informar a Asuntos Espaciales, y la falta de clasificación de la criatura extraterrestre impedía que se tomase una acción rutinaria, por lo que se le había enviado el informe.

Henry Kiku jamás había visto a Lummox, y aunque le hubiese visto no hubiera sen-tido por él ningún interés especial. Pero sabía que cada contacto con lo de «allá fuera» era único. El universo era ilimitado en su variedad. Presumir algo sin conocimiento pre-vio, razonar por analogía, dar por sabido lo desconocido, no era más que invitar al de-sastre.

Kiku repasó su lista de personal para ver a quién podía enviar. Todos y cada uno de sus funcionarios de carrera tenían atribuciones para actuar como un tribunal de jurisdic-ción ordinaria y superior en cualquier caso relacionado con seres extraterrestres, pero ¿cuál de ellos estaba en la Tierra y libre de servicio?

Ya lo tenía. Sergei Greenberg era el hombre. El Departamento de Inteligencia Co-mercial podría pasarse sin su jefe durante un día o dos. Accionó un commutador.

—¿Sergei?

—Diga, jefe.

—¿Está ocupado?

—Verá, sí y no. Me estoy cortando las uñas y tratando de hallar una razón suficien-te para obligar a los contribuyentes a darme más dinero.

—Deberían hacerlo, ¿verdad? Le envío ahora mismo una nota.

Kiku puso el nombre de Greenberg en el radiotipo y lo dejó caer en la bandeja de salida; esperó unos segundos hasta que vio a Greenberg recogerlo en su bandeja de lle-gada.

—Léalo.

Greenberg lo hizo y después levantó la mirada.

—Usted dirá lo que se hace, jefe.

—Telefonee al juez local que ese asunto pasa a nuestra jurisdicción, después salga para allá y vea de qué se trata.

—«Tus deseos son órdenes para mí, ¡oh rey!» Imagino que la criatura es terrestre, después de todo. Apuesto doble contra sencillo a que soy capaz de identificarlo sí no lo es.

—Nada de apuestas, por lo menos en esa proporción. Aunque probablemente tenga usted razón. Pero podría tratarse de una «situación especial»; no podemos correr ries-gos.

—Ya mantendré a raya a los sabuesos locales, jefe. ¿Dónde está el villorrio? ¿Westville? ¿Es así como se llama?

—¿Cómo voy a saberlo? Es usted quien tiene el informe delante.

Greenberg le echó una ojeada.

—¡Atiza! Es en las montañas... Tal vez requerirá dos o tres semanas, jefe. ¿Le pare-ce bien?

—Si se toma más de tres días, se los descontaré de sus vacaciones anuales.

Kiku cerró el conmutador y se enfrascó en otros asuntos. Atendió a una docena de llamadas, despachó totalmente los asuntos de trámite, pero la bandeja volvió a llenarse, y advirtió finalmente que había llegado la hora de recibir al rargiliano. Se le puso la car-ne de gallina al pensarlo y rebuscó apresuradamente en su mesa tratando de hallar una de las píldoras especiales que su médico le había aconsejado que no tomara con dema-siada frecuencia. Acababa de engullirla cuando una luz empezó a parpadear y su secre-taria le dijo:

—¡Señor! Está aquí el doctor Ftaeml.

—Hágale pasar.

Kiku murmuró algo en una lengua que sus antepasados utilizaban para la magia y para hacer conjuros... contra las serpientes, por ejemplo. Cuando la puerta se abrió su rostro asumió la expresión conveniente a la recepción de un visitante distinguido.

3 «...UNA PREGUNTA IMPROCEDENTE»

La vista sobre el caso de Lummox no se vio aplazada por la intervención del Departa-mento de Asuntos Espaciales, sino que se aceleraron los trámites. El delegado del De-partamento, Sergei Greenberg pidió permiso al juez para que le dejara utilizar la sala del tribunal; y le rogó asimismo que reuniese a los implicados, Lummox incluido, a las diez de la mañana siguiente. Al juez O'Farrell no le parecía bien la presencia de la criatura estelar.

—¿Es indispensable que comparezca?

Greenberg le respondió que sí, puesto que la relación de ese ser con el caso era la única razón que le obligaba a intervenir.

—Señor juez, a los del Departamento Espacial no nos gusta inmiscuirnos en sus cuestiones locales. Una vez haya visto e interrogado a la criatura, me daré probablemen-te por satisfecho. El motivo de mi intervención es precisamente la existencia de esa su-puesta criatura

extraterrestre. Por lo tanto, le ruego que la convoque al Tribunal.

—Verá, es que es demasiado grande para meterla en la sala. Hace ya algunos años que no la veo, y según creo aún ha crecido más..., aunque antes tampoco hubiera cabido. ¿No puede ir a verla donde se encuentra ahora?

—Posiblemente, aunque debo admitir que tengo el prejuicio de querer que estén re-unidos en el tribunal todos los elementos de un juicio. ¿Dónde está?

—Arrestada en su domicilio, junto con su dueño. Poseen una casa en las afueras, a algunas millas de la ciudad.

Greenberg reflexionó. Aunque era un hombre conformista al que no importaba dormir o comer mal, cuando se trataba de algo concerniente al Departamento Espacial, prefería que los otros hiciesen las cosas; de lo contrario, nunca podrían resolverse todos los asuntos pendientes del Departamento.

—Me gustaría evitar ese viaje al campo, pues debo retener mi aeronave y regresar a la capital mañana por la tarde, si es posible. Me reclaman allí asuntos urgentes..., el tra-tado con Marte.

Ésa era la mentira que utilizaba siempre Greenberg cuando quería dar prisa a al-guien que no pertenecía al Departamento.

El juez O'Farrell dijo que lo arreglaría.

—Levantaremos un cobertizo provisional en el prado contiguo al tribunal.

—¡Magnífico! Hasta mañana, señor juez. Gracias por todo.

El juez O'Farrell se hallaba pescando dos días atrás, cuando sucedió lo de Lummox. Los destrozos ya habían sido reparados cuando volvió, y tenía por principio inamovible no oír ni leer informes periodísticos ni habladurías sobre los casos que tenía que juzgar. Cuando telefoneó al jefe Dreiser, esperó que no habría dificultades en traer a Lummox.

El jefe Dreiser pegó un brinco fenomenal.

—Señor juez, ¿ha perdido usted el juicio?

—¿Eh? ¿Qué le pasa, diácono?

Dreiser trató de explicárselo, pero el juez hizo caso omiso de sus objeciones. Enton-ces, ambos telefonearon al alcalde. Pero éste había salido también a pescar con el juez, y le dio la razón a éste. Sus palabras fueron:

—Jefe, me sorprende usted. No podemos permitir que un alto funcionario de la Fe-deración imagine que nuestra pequeña ciudad está tan atrasada que no puede resolver un asuntillo como ése.

Dreiser refunfuñó, pero llamó a las Industrias del Acero y Soldadura de los Estados Montañosos.

El jefe Dreiser decidió trasladar a Lummox antes del amanecer, pues deseaba dejar-lo instalado antes de que las calles estuvieran animadas por coches y viandantes. Pero nadie se acordó de advertir previamente a John Thomas; lo despertaron a las cuatro de la madrugada causándole una impresión tremenda e interrumpiéndole en medio de una pesadilla. Al principio, creyó que algo malo le había sucedido a Lummox.

Cuando se enteró de la situación, no se mostró muy dispuesto a cooperar; era un su-jeto que tardaba en ponerse en movimiento, uno de esos individuos que por la mañana tienen muy poca glucosa en la sangre y que

no sirven para nada hasta después de haber-se tomado un copioso desayuno..., que él insistía en tomar inmediatamente.

El jefe Dreiser perdía los estribos. La señora Stuart, en tono de suficiencia maternal, dijo:

—Pero, querido, ¿no crees que harías mejor en...?

—Primero voy a desayunar. Y Lummox también.

Dreiser dijo:

—Muchacho, estás completamente equivocado. Si te empeñas en mantener esa acti-tud, lo pasarás mucho peor. Anda, vamos. Ya desayunarás en la ciudad.

John Thomas seguía en sus trece. Su madre le reprendió con aspereza:

—¡John Thomas! Tienes que obedecer, ¿me oyes? Siempre tienes que poner dificul-tades, igual que hacía tu padre.

La mención de su padre le afirmó aún más en su actitud de desafío. Dijo con sar-casmo:

—Me extraña que no me defiendas, mamá. Me enseñaron en la escuela que a un ciudadano no puede sacársele de su casa por el simple capricho de un policía. Pero tú pareces deseosa de ayudarle a él, en lugar de a mí. ¿A favor de quién estás?

Ella le miró asombrada, pues su hijo había sido siempre muy dócil y obediente.

—¡Pero, John Thomas! ¡Qué modo es ése de hablar a tu madre!

—Sí —intervino Dreiser—. Si no hablas a tu madre como es debido te daré una bo-fetada..., extraoficialmente, desde luego. Si hay algo que no puedo sufrir es un hijo que trata mal a sus padres. —Desabotonándose la guerrera, sacó un papel doblado—. El sar-gento Mendoza me habló de la argucia que empleaste con él el otro día, y por lo tanto he venido preparado. Aquí tienes la citación del juez. ¿Vendrás ahora o tendré que lle-varte a rastras?

El jefe de Policía permanecía inmóvil golpeando levemente el papel contra la palma de su mano, sin ofrecérselo a John Thomas; pero cuando éste trató de alcanzarlo, se lo entregó y esperó a que terminase de leerlo.

—¿Y bien? ¿Estás satisfecho?

—Es una orden del tribunal —dijo John Thomas— convocándome juntamente con Lummox.

—Así es en efecto.

—Pero la hora fijada es para las diez. No dice que no puedo desayunar antes, mien-tras me presente a las diez.

El jefe hizo una profunda inspiración, aumentando visiblemente de volumen. Su rostro sonrojado se puso escarlata, pero no replicó.

John Thomas dijo:

—¿Mamá? Voy a prepararme el desayuno. ¿Quieres que te lo prepare también?

Ella miró a Dreiser; después de nuevo a su hijo y se mordió los labios.

—No importa —dijo gruñendo—. Ya me lo prepararé yo. Señor Dreiser, ¿quiere tomar café con nosotros?

—¿Eh? Es usted muy amable, señora. Pues sí lo tomaré. He estado levantado toda la noche.

John Thomas los miró:

—Salgo un momento para echar una mirada a Lummox. —Vacilando, prosiguió—: Siento haber sido algo brusco, mamá.

—Será mejor que no hablemos más de ello —le respondió su madre fríamente.

Él intentaba decir algo en su disculpa, pero se lo pensó mejor y salió. Lummox ron-caba suavemente, tendido medio dentro y medio fuera de su casa. Su ojo centinela esta-ba erguido sobre su cuello, como sucedía siempre que la bestia dormía; al aproximarse John Thomas, giró hacia él y lo examinó, pero la parte de Lummox que montaba guar-dia reconoció al joven; la criatura estelar siguió durmiendo. Satisfecho, John Thomas volvió a entrar en casa.

La atmósfera se suavizó durante el desayuno; cuando John Thomas se hubo comido dos platos de gachas de avena, huevos revueltos y tostadas, y bebido medio litro de ca-cao, se hallaba dispuesto a conceder que el jefe Dreiser había cumplido con su deber y que probablemente no fastidiaba a la gente por gusto. A su vez, el jefe, bajo la influen-cia del suculento desayuno, llegó a la conclusión de que aquel chico no era tan malo como parecía, y que con mano firme y algún que otro cachete se le podría hacer andar derecho. Era una lástima que sólo cuidase de él su madre; parecía una señora muy fina y distinguida. Persiguió un pedazo de huevo con su tostada, consiguió capturarlo y dijo:

—Me siento mucho mejor, señora Stuart, se lo aseguro. Para un viudo resulta muy peligroso probar la cocina casera..., pero no me atrevo a decírselo a mis hombres.

La señora Stuart se llevó una mano a la boca.

—¡Oh, me había olvidado de ellos! —Y añadió—: Puedo preparar más café en un momento. ¿Cuántos son?

—Cinco. Pero no se preocupe, señora, ya desayunarán cuando terminen el servicio. —Se volvió hacia John Thomas—. ¿Estás listo, muchacho?

—Hum... —John Thomas se volvió hacia su madre—. ¿Por qué no les ofrecemos desayuno también, mamá? Aún tengo que despertar a Lummox y darle de comer.

Cuando Lummox se hubo despertado y hubo comido y John Thomas le explicó lo que hada al caso, cuando los cinco policías hubieron tomado una segunda taza de café después de un opíparo desayuno, la atmósfera era más propia de una fiesta social que de una detención. Eran ya más de las siete cuando la comitiva salió a la carretera.

Eran las nueve cuando consiguieron meter a Lummox en el cobertizo temporal anexo al tribunal, y dejarle en él. A Lummox le encantó el olor a acero, y quiso detener-se a mordisquearlo; John Thomas tuvo que ponerse muy serio. Entró en compañía de Lummox y le hizo mimos y carantoñas mientras los operarios soldaban la puerta. Se sintió bastante preocupado al ver la maciza jaula de acero, porque nunca había dicho al jefe Dreiser que el acero era completamente inútil contra Lummox.

Era ya bastante tarde, especialmente teniendo en cuenta que el jefe estaba muy or-gulloso de su chiquero. No había habido tiempo de ponerle cimientos, y, por lo tanto, el jefe ordenó que construyesen una casa de vigas de acero, con techo, fondo y costados, pero con un lado abierto hasta que Lummox fuese encerrado en ella.

Librodot

«Bien —pensó John Thomas—, todos son muy sabios y ni siquiera se han molesta-do en preguntarme nada.»

Se limitó a advertir a Lummox que no comiese ni un pedazo de la jaula, bajo terri-bles amenazas de castigo... y confió que todo fuera bien.

Lummox se sentía inclinado a discutir; desde su punto de vista, aquello era tan es-túpido como tratar de encerrar a un niño hambriento rodeándole de montones de paste-les. Uno de los trabajadores se detuvo, bajó su soplete y dijo:

—Oiga, yo diría que ese bicho estaba hablando.

—Hablaba, en efecto.

—¡Oh! —El obrero miró a Lummox y después volvió a su trabajo. Oír hablar a un extraterrestre no constituía ninguna novedad, especialmente en los programas estereofó-nicos; el hombre pareció darse por satisfecho. Pero pronto volvió a interrumpirse en su trabajo—. No estoy de acuerdo con que hablen los animales —declaró.

John Thomas no respondió; aquella observación no suscitaba ninguna clase de res-puesta.

Ahora que tenía tiempo, John Thomas sentía deseos de examinar algo que tenía Lummox y que le había preocupado mucho. Observó los primeros síntomas la mañana siguiente al desastroso paseo de Lummox; dos bultos situados donde Lummox hubiera tenido las paletillas de haber contado con ellas. Ayer le habían parecido mayores, lo que le inquietó porque suponía que eran simples golpes, aunque Lummox se magullaba muy raramente.

Cabía la posibilidad de que Lummox se hubiese herido durante la accidentada per-secución de que fue objeto. El proyectil que le disparó el señor Ito no le hizo el menor daño; sólo había una ligera quemadura en el lugar donde le alcanzó la carga explosiva, pero eso era todo; una carga que hubiera destruido un tanque, para Lummox apenas fue como un buen puntapié a una mula, capaz de causarle sobresalto, pero no daño.

Lummox podía haberse lastimado al atravesar los invernaderos, aunque esto parecía improbable. Lo más probable era que se hubiera herido al caer por el viaducto. John Thomas sabía que semejante caída mataría a cualquier animal terrestre de dimensiones considerables, como un elefante por ejemplo. Claro que Lummox, cuyo cuerpo se basa-ba en una química no terrenal, no era ni con mucho tan frágil como un elefante; sin em-bargo, podía haberse hecho daño.

¡Repámpanos! Los bultos eran mayores que nunca, auténticos tumores, y la piel que los recubría parecía más suave y delgada; ya no era la coraza que recubría a Lummox completamente. John Thomas se preguntó si un ser como Lummox podía sufrir cáncer a consecuencia de un golpe. No lo sabía, y no conocía a nadie que pudiese saberlo. Lum-mox nunca había estado enfermo en todo cuanto alcanzaban los recuerdos de John Thomas, y su padre jamás había dicho que sufriese alguna enfermedad. Era siempre el mismo, ayer, hoy y siempre, con la excepción de que aumentaba de tamaño.

Por la noche, tendría que ver el diario de su abuelo juntamente con las notas de su bisabuelo. Tal vez había pasado algo por alto. Oprimió uno de los bultos, tratando de hundir sus dedos en él; Lummox se agitó con inquietud. John Thomas se detuvo y pre-guntó con ansiedad:

—¿Te duele?

—No —respondió con voz infantil—, me haces cosquillas.

Esa respuesta no le satisfizo. Sabía que Lummox era muy propenso a tener cosqui-llas, pero generalmente se requería algo como un zapapico para causárselas. Aquellos bultos parecían muy sensibles. Se disponía a seguir investigando cuando oyó que le lla-maban.

—¡John! ¡Johnnie!

Se volvió. Betty Sorensen estaba en el exterior de la jaula.

—Hola, Bella Durmiente —la saludó—. ¿Recibiste mi recado?

—Sí, pero sólo después de las ocho. Ya conoces el reglamento del dormitorio. Hola, Lummox. ¿Cómo está mi pequeñín?

—Muy bien —respondió Lummox.

—Por eso te he llamado —respondió John Thomas—. Esos idiotas me han sacado de la cama antes del amanecer. Valiente estupidez.

—Te conviene ver la salida del sol. ¿Pero a qué viene todo esto? Yo creía que la vista se celebraba la semana que viene.

—Así tenía que ser. Pero algún pez gordo del Departamento del Espacio ha anun-ciado su llegada desde la capital, para encargarse de la dirección del juicio.

—¿Cómo?

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? ¡Nada, si te parece! Yo no conozco a ese hombre de la capital. Creí que sólo tendría que entendérmelas con el juez O'Farrell. Sé lo que le preocupa. Este nuevo juez..., bueno, no sé. En segundo lugar, tengo algunas ideas que aún no he tenido tiempo de desarrollar. —Betty frunció el ceño—. Tendremos que pedir un aplazamien-to.

—¿Para qué? —preguntó John Thomas—. ¿Por qué no nos limitamos a presentar-nos ante el tribunal y decir la verdad?

—Johnnie, no tienes remedio. Si bastara con eso, no harían falta los tribunales.

—Tal vez resultase una mejora.

—Pero... Mira, cabezota, no te quedes ahí haciendo ruidos estúpidos. Si tenemos que presentarnos antes de una hora... —Miró el reloj de la torre del viejo edificio del tribunal—. Mucho menos que eso. Tenemos que movernos con rapidez. Por lo menos, tenemos que presentar esa reivindicación de casa solariega.

—Eso es otra estupidez. No la aceptarán. No podemos considerara Lummox como una casa solariega. No es un pedazo de terreno.

—Se puede reivindicar la propiedad de una vaca, de dos caballos y de una docena de cerdos. Un carpintero puede reivindicar la Propiedad de sus herramientas. Una actriz puede hacer lo mismo con su guardarropa.

—Pero no es el mismo concepto jurídico. Yo he seguido el mismo curso de Dere-cho mercantil que tú. Se reirían de ti.

—No te burles. Trata de eso en la sección II de la misma ley. Si exhibieses a Lum-mox durante el carnaval, sería considerado «herramienta de tu oficio», ¿no? Son ellos quienes tienen que demostrar que no es así. Lo que hay que hacer es registrar a Lum-mox como bien exento de todo gravamen antes de que se emita un veredicto contra ti.

—Si no pueden sacarme dinero a mí, se lo sacarán a mi madre.

—No, no lo harán. Ya lo he comprobado. Puesto que tu padre invirtió su

dinero en un consorcio, legalmente ella no tiene un céntimo.

—¿Dice eso la ley? —preguntó él con expresión de duda.

—¡Pues claro, hombre! La ley será aquello que consigas meter en la cabeza de un tribunal.

—Betty, me resultas muy maquiavélica. —Deslizándose entre los barrotes, se vol-vió y dijo:

—Lummox, estaré fuera un minuto. No te muevas de aquí.

—Muy bien.

Frente al tribunal había una gran multitud, formada por personas que contemplaban boquiabiertos a Lummox. El jefe Dreiser había ordenado que se colocasen barreras con cuerdas, y una pareja de agentes las vigilaban, para que la multitud no las arrancase. Los dos jóvenes pasaron agachándose bajo las cuerdas y se abrieron paso entre la gente has-ta la escalera del tribunal. La oficina del secretario estaba en el segundo piso: en ella en-contraron a su ayudante, una anciana señora.

La señorita Schreiber era de la misma opinión que John Thomas respecto a conside-rar a Lummox como exento de costas. Pero Betty señaló que era el secretario quien te-nía que decidir aquella cuestión, y citó un caso ficticio acerca de un hombre que reivin-dicó la propiedad de un eco múltiple. La Schreiber llenó a regañadientes los formula-rios, aceptó la modesta propina y les entregó una copia certificada.

Eran casi las diez. John Thomas salió corriendo escaleras abajo. Se paró en seco al ver que Betty se había detenido ante una báscula automática.

—Vamos, Betty —le dijo—. Ahora no hay tiempo para eso.

—No me peso —respondió ella, mientras se miraba en el espejo de la báscula—. Me estoy acicalando. Quiero causar muy buena impresión.

—Pero si estás muy bien.

—¡Caramba, Johnnie, un cumplido en tu boca!

—No es un cumplido. Apresúrate. Tengo que decirle algo a Lummox.

—Plántate en diez mil. Yo te apoyaré.

Se borró las cejas, volvió a pintárselas según el modelo de madame Satán, que esta-ba de moda, y decidió que le daba el aspecto de más vieja. Pensó pintarse un dado en la mejilla derecha, pero desechó la idea, pues supuso que a Johnnie no le gustaría que per-diese más tiempo. Salieron corriendo al exterior.

Perdieron algunos minutos tratando de convencer al policía de que ellos eran los dueños de aquel animal. Johnnie vio que junto a la jaula de Lummox había dos hom-bres, y echó a correr.

—¡Oigan! ¡Ustedes dos! ¡Apártense de ahí!

El juez O'Farrell se volvió pestañeando.

—¿Por qué tiene tanto interés en que nos vayamos, joven?

Su acompañante se volvió, pero sin decir nada.

—¿Quién, yo? Porque soy su dueño. No está acostumbrado a la presencia de extra-ños. De modo que vuelvan al otro lado de la cuerda, ¿eh? —Se dirigió a Lummox—: Todo va bien, chiquitín. Johnnie está aquí contigo.

—¿Cómo le va, juez?

—Ah, hola, Betty. —El juez la miró como si no comprendiese a qué se debía su presencia allí; entonces se volvió hacia John Thomas—: Supongo que es usted el joven Stuart. Soy el juez O'Farrell.

—Oh, discúlpeme, señor juez —respondió John Thomas, poniéndose colorado hasta las orejas—. Creí que era un simple mirón.

—Un error muy natural. Señor Greenberg, éste es el joven Stuart..., John Thomas Stuart. Joven, le presento al honorable Sergei Greenberg, delegado especial del Depar-tamento de Asuntos Espaciales. —Miró a su alrededor—. Ah, sí..., la señorita es Betty Sorensen, señor delegado. Betty, ¿por qué te has pintado la cara de ese modo?

Ella, muy digna, pasó por alto la pregunta.

—Tengo mucho gusto en conocerle, señor delegado.

—Puede llamarme Greenberg, señorita Sorensen. —Greenberg se volvió hacia Johnnie—. ¿Tiene usted algo que ver con el famoso John Thomas Stuart?

—Yo soy John Thomas XI —respondió Johnnie con sencillez—. Supongo que se refiere a mi tatarabuelo.

—Efectivamente; ya me figuraba que sería ese. Yo nací en Marte, casi a los pies de su estatua. No tenía idea de que su familia tuviese que ver con esto. Tal vez tengamos tiempo después para charlar un poco sobre historia marciana.

—Debo reconocer que no he estado nunca en Marte —dijo Johnnie.

—¿No? Es sorprendente. Bueno, en realidad usted es joven todavía.

Betty escuchaba atentamente y decidió que este juez, si era lo que parecía, aún sería más fácil de manejar que el juez O'Farrell. Era difícil acordarse de que el nombre de Johnnie tuviese algún significado especial, sobre todo cuando no lo tenía. Al menos en Westville.

Greenberg prosiguió:

—Me ha hecho usted perder dos apuestas, señor Stuart.

—¿De veras?

—Sí; pensaba poder demostrar que esa criatura no provenía del espacio exterior. Me equivoqué; esa enorme bestia no ha nacido ciertamente en la Tierra. Pero estaba igualmente seguro de que, caso de ser extraterrestre, descubriría su lugar de origen. No soy un zoólogo especializado en fauna exótica, pero en mi profesión hay que tratar de estar al corriente en tales materias..., aunque sea mirando tas fotografías. Sin embargo, me doy por vencido. ¿Qué es y de dónde proviene?

—Oh, pues verá, es Lummox, simplemente. Así es como le llamamos. Mi bisabuelo lo trajo en el «Rastro de Fuego», en su segundo viaje.

—¿Hace tanto tiempo? Bien, eso nos aclara algo el misterio; sucedió antes de que el Departamento Espacial llevase un registro de estos hechos. En realidad, antes de que se crease el Departamento. Pero aun así, no comprendo cómo esa bestia no figura en los li-bros de Historia. He leído el relato del viaje que efectuó «Rastro de Fuego» y recuerdo efectivamente que trajo algunos animales exóticos. Pero no recuerdo que mencionase a éste, lo que no deja de ser extraño, teniendo en cuenta que los seres extraterrestres eran una novedad en aquellos días.

—Oh, es que... verá, señor, el capitán no sabía que Lummox estuviese a bordo. Mi bisabuelo lo trajo en una bolsa de mano y lo sacó de la nave sin que nadie se diese cuen-ta.

—¿En una bolsa de mano? —exclamó Greenberg, mirando boquiabierto la desme-surada figura de Lummox.

—Sí, señor. Desde luego, Lummie era entonces más pequeño.

—Lo supongo.

—Tengo fotografías suyas. Tenía el tamaño de un perrito faldero, poco más o me-nos. Con más patas, desde luego.

—Sí, claro. Con más patas. Aunque me recuerda más a un triceratops que a un pe-rrito faldero. ¿No le sale muy cara su manutención?

John Thomas respondió animadamente:

—Oh, no. Lummie come cualquier cosa. No es muy remilgado —y John Thomas miró con aprensión los barrotes de acero—. Además, puede pasarse mucho tiempo sin comer. ¿No es verdad, Lummie?

Lummox estaba echado con las patas dobladas, dando muestras de la infinita pa-ciencia de que sabía hacer acopio cuando era necesario. Escuchaba la conversación que sostenía su amo con Greenberg, sin perder de vista a Betty y al juez. Abrió entonces su enorme boca, y dijo:

—Sí, pero no me gusta.

Greenberg enarcó las cejas y dijo:

—No sabía que perteneciese a la clase de los dotados de un aparato fonador.

—¿Un qué? Ah, claro que sí. Lummie habla desde que mi padre era niño; aprendió en seguida. Voy a presentarles. Mira, Lummie..., quiero que conozcas al señor delegado Greenberg.

Lummox miró a Greenberg sin interés, y dijo:

—¿Cómo está usted, señor delegado Greenberg?

Pronunció muy claramente la frase formularia de cortesía, pero el nombre y título ya no le salieron tan bien.

—Muy bien, gracias, ¿y usted, Lummox?

Se le quedó mirando, pero en aquel instante en el reloj del tribunal sonaron las diez. El juez O'Farrell se volvió y le dijo:

—Es la hora, señor delegado. Creo que será mejor que empecemos.

—No hay prisa —respondió Greenberg, con aspecto abstraído—, el juicio no puede empezar hasta que nosotros estemos allí. Me interesa esta investigación. Señor Stuart, ¿cuál es el C.R.I. de Lummox en la escala humana?

—¿Eh? Ah, su cociente relativo de inteligencia. No lo sé, señor.

—Pero, buen Dios, ¿nadie ha intentado saberlo aún?

—Verá, pues no, señor..., es decir sí, señor. Le hicieron algunos tests en tiempos de mi abuelo, pero se enfadó tanto por la manera como trataban a Lummie, que los echó a todos con cajas destempladas. Desde entonces hemos procurado mantenerle alejado de los extraños. Pero es muy inteligente. Interróguelo.

El juez O'Farrell susurró a Greenberg:

—Ese bruto es más torpe que una mula, aunque sepa remedar algo el lenguaje humano. Lo sé muy bien.

John Thomas dijo con indignación:

—Le he oído, señor juez. ¡Eso no son más que prejuicios!

El juez se disponía a responder, pero Betty le atajó:

—¡Johnnie! Ya sabes lo que te dije..., déjame hablar a mí.

Greenberg pareció ignorar aquella interrupción:

—¿Se ha hecho algún intento para aprender su lenguaje?

—¿Cómo dice?

—No, ya veo. Y tal vez lo trajeron a la Tierra antes de que supiese hablar su propio lenguaje. Pero debe tener uno; es un axioma entre los xenistas que los centros de habla sólo se encuentran en aquellos sistemas nerviosos que los utilizan. Es decir, él no podría haber aprendido un idioma humano, aunque sea de un modo imperfecto, si los indivi-duos de su propia raza no se comunicasen oralmente. ¿Sabe escribir?

—¿Cómo quiere que sepa, señor? No tiene manos.

—Sí, es verdad. Bien, haciendo un cálculo aproximado con ayuda de la teoría, me atrevo a apostar que tiene un promedio relativo de menos de 40. Los xenologistas han descubierto que los seres de tipo elevado, equivalentes a los humanos, siempre presen-tan tres características: centros de habla, manipulación y, a causa de estas dos cosas, ar-chivo de recuerdos. Por lo tanto, podemos asegurar que la raza a que pertenece Lummox utilizaba un lenguaje. ¿Ha estudiado usted xenología?

—No mucho, señor —admitió tímidamente John Thomas—, sólo algunos libros que encontré en la biblioteca. Pero pienso profundizar en la xenología y en la biología exóti-ca cuando estudie esas materias en la universidad.

—Tanto mejor para usted. Es un campo muy amplío. Le sorprendería saber cuán di-fícil es encontrar xenistas en número suficiente para el Departamento Espacial. Pero mi razón al hacerle esta pregunta era la siguiente: como usted sabe, mi departamento ha in-tervenido en este caso. Y el motivo es él. —Greenberg señaló a Lummox—. Existía la posibilidad de que su mascota perteneciese a alguna raza que tuviese algún tratado de amistad con nosotros. En dos o tres ocasiones, aunque le parezca extraño, algún extran-jero que ha visitado nuestro planeta ha sido confundido con un animal salvaje, con... di-gamos «infortunados» resultados. —Greenberg frunció el ceño al recordar la terrible ocasión, prontamente silenciada, en que un miembro de la familia del embajador de Llador fue hallado muerto y embalsamado en una tienda de curiosidades de las Islas Vírgenes—. Pero aquí no hay tal riesgo.

—Oh, creo que no, señor. Lummox es... como uno más de la familia.

—Eso pensaba. —El delegado se dirigió al juez O'Farrell—: ¿Puedo hacerle una consulta a solas, juez?

—No faltaba más.

Los dos hombres se alejaron; Betty se acercó a John Thomas.

—Todo irá bien —le susurró— si sabes tener la lengua quieta.

—¿Qué he hecho yo? —protestó él—. ¿Y qué te hace creer que todo irá bien?

—Es cosa que salta a la vista. Le eres simpático, al igual que Lummox.

—No veo de qué me va a servir eso cuando se trate de pagar el escaparate del Bon Marché y todos esos faroles callejeros.

—Procura que no te aumente la tensión arterial y déjate llevar por mí. Antes de ter-minar, serán ellos los que nos darán dinero. Ya lo verás.

Un poco más lejos, Greenberg decía al juez O'Farrell:

—Oiga, juez, por lo que he podido ver me parece que el Departamento de Asuntos Espaciales tendrá que retirarse de este caso.

—¿Cómo? No lo entiendo.

—Me explicaré. Desearía aplazar la vista durante veinticuatro horas, a

fin de que el Departamento compruebe mis conclusiones. Entonces es posible que me retire y deje el asunto en manos de las autoridades locales. Me refiero a usted, desde luego.

El juez O'Farrell se pellizcó el labio inferior.

—No me gustan los aplazamientos de última hora, señor delegado. Siempre me ha parecido incorrecto reunir a las personas, obligándolas a abandonar sus ocupaciones, originándoles gastos e inconvenientes, para decirles que vuelvan otro día. Eso resta se-riedad a la administración de justicia.

Greenberg frunció el ceño.

—Es cierto. Déjeme ver si podemos resolverlo de otro modo. A juzgar por lo que dice el joven Stuart, considero que este caso no requiere nuestra intervención, según la política xénica de la Federación, aun admitiendo que el centro de interés sea extraterres-tre y, por lo tanto, una causa legal de intervención, si fuese necesario. Aunque el Depar-tamento tiene poder para ello, este poder sólo se ejerce cuando es necesario evitar com-plicaciones con los gobiernos de otros planetas. La Tierra posee cientos de miles de animales extraterrestres; hay en ella más de treinta mil xenianos no humanos, ya sean residentes o visitantes, que poseen una situación legal al amparo de sus tratados, que hace que se les considere «humanos», aunque evidentemente no lo sean. Hemos de te-ner en cuenta la fuerza que aún tiene la xenofobia, particularmente en nuestras capas so-ciales más bajas y en los centros alejados de población. ¡No, no me refiero a Westville! La naturaleza humana es como es, y cada uno de esos extranjeros constituye una causa potencial de peligro para nuestras relaciones exteriores.

»Perdóneme por repetirle lo que ya sabe; era necesario dejarlo bien sentado. Nues-tro Departamento no puede acudir a todos lados para sonar las narices de nuestros visi-tantes xenianos..., incluso a aquellos que tienen narices. No disponemos del personal necesario y mucho menos del deseo de hacerlo. Si uno de ellos se ve envuelto en alguna complicación, por lo general es suficiente avisar al magistrado local, poniéndole al co-rriente de las obligaciones que nos impone el tratado que tenemos con el planeta mater-no de nuestro visitante xeniano. Sólo en contados casos interviene el propio Departa-mento. Pero en mi opinión, el caso que nos ocupa no se ajusta a estas condiciones. En primer lugar, parece que nuestro amigo Lummox es un «animal» que está dentro de la ley y...

—¿Es que cabía dudar de eso? —preguntó el juez, asombrado.

—Sí, en efecto. Ésa es la razón de que yo me encuentre aquí. Pero, a pesar de su li-mitada capacidad de hablar, sus restantes limitaciones impiden a este ser alcanzar un ni-vel en que pudiéramos considerarlo como un ser civilizado; por lo tanto, no pasa de ser un animal, y posee únicamente los derechos corrientes que tienen los animales bajo nuestras leyes humanas. Por consiguiente, mi Departamento no se da por aludido.

—Comprendo. Bien, nadie lo maltratará, por lo menos mientras esté bajo mi juris-dicción.

—Lo supongo. Pero el Departamento tampoco está interesado en el caso por otra razón de peso. Vamos a suponer que esa criatura fuese «humana» en el sentido que las leyes, la costumbre y los tratados han dado a esta palabra desde el día en que estableci-mos nuestro primer contacto con la

Gran Raza de Marte. No es así, pero vamos a supo-ner que lo sea.

—De acuerdo —convino el juez O'Farrell.

—Concedido, pues. Sin embargo, no es de la incumbencia del Departamento, por-que... Diga, juez, ¿conoce la historia del «Rastro de Fuego»?

—Muy vagamente, de los días en que iba a la escuela. Nunca he estudiado a fondo la exploración interplanetaria. Ya tengo bastante con nuestra confusa y embrollada Tie-rra.

—Cierto. Bien, pues el «Rastro de Fuego» realizó tres de los primeros vuelos inter-planetarios de transición, cuando tales viajes eran tan temerarios como el que intentó Colón. No sabían a dónde iban y sólo tenían nociones muy confusas de cómo regresarí-an... De hecho, el «Rastro de Fuego» jamás regresó de su tercer viaje.

—Sí, sí, ya recuerdo.

—La cuestión es que el joven Stuart me dice que esa tosca criatura de estúpida son-risa es un recuerdo del segundo viaje del «Rastro de Fuego». Eso es todo cuanto necesi-to saber. No tenemos tratados con ninguno de los planetas que visitó esa nave, ni rela-ciones comerciales o de otro tipo. Legalmente no existen. Por consiguiente, las únicas leyes a aplicar a Lummox han de ser nuestras propias leyes. Mi Departamento no tiene pues por qué intervenir y, aunque lo hiciese, un jurisconsulto especializado como yo tendría que atenerse enteramente a las leyes terrestres. Y para eso usted está mejor cali-ficado que yo.

El juez O'Farrell asintió.

—Bien, no tengo objeciones que hacer y acepto que el asunto vuelva a mi jurisdic-ción. ¿Empezamos de una vez?

—Sólo un momento. Sugerí un aplazamiento porque este caso tiene aspectos muy curiosos. Deseo consultar al Departamento para asegurarme de que mi teoría es correcta y de que no se me ha pasado por alto algún precedente o ley importante. Pero estoy dis-puesto a retirarme en seguida si usted puede asegurarme una cosa. Esa criatura..., tengo entendido que, a pesar de su dócil aspecto, resultó destructora, incluso peligrosa.

O'Farrell asintió.

—Eso creo yo..., extraoficialmente, desde luego.

—Bien, ¿ha habido alguna demanda pidiendo que sea destruida?

—Verá usted —respondió lentamente el juez—, hablando de nuevo de un modo no oficial, puedo decirle que sé que tal demanda será hecha. Me he enterado privadamente de que nuestro jefe de Policía intenta pedir al tribunal que ordene la destrucción de ese ser, como una medida de seguridad pública. Preveo también demandas parecidas por parte de otras personas.

Greenberg mostró preocupación en su semblante.

—¿Cree usted que llegarán a eso? Y bien, ¿cuál será su actitud? Como presidente del tribunal, ¿piensa permitir que ese animal sea destruido?

El juez O'Farrell repuso:

—Señor, su pregunta me parece fuera de lugar.

Greenberg enrojeció.

—Le ruego que me perdone. Pero tengo que decirlo de un modo u otro. ¿No se da usted cuenta de que este ejemplar es único? Dejando aparte lo

que ha hecho o lo peli-groso que pueda ser, aunque esto último me ofrece bastantes dudas, el interés que ofrece para la ciencia es tal que su vida debiera ser conservada. ¿Puede usted asegurarme que no ordenará su destrucción?

—Señor, me está usted apremiando para que juzgue un caso por anticipado. ¡Su ac-titud me parece muy inconveniente!

El jefe Dreiser escogió aquel momento tan delicado para venir corriendo.

—Señor juez, le he estado buscando por todas partes. ¿Es que no va a empezar el juicio? Tengo siete hombres que...

O'Farrell le interrumpió.

—Jefe, le presento al señor delegado Greenberg. Señor delegado, nuestro jefe de Policía.

—Encantado, jefe.

—¿Cómo está usted, señor delegado? Señores, respecto a este juicio, me gustaría saber...

—Mire, jefe —le interrumpió el juez bruscamente—, hágame el favor de decir a mi alguacil que lo tenga todo a punto. Ahora, le agradecería que nos dejase solos.

—Pero...

El jefe se calló y terminó por marcharse, murmurando algo entre dientes que podía excusársele, teniendo en cuenta que estaba agotado. O'Farrell se volvió hacia Green-berg.

El delegado tuvo tiempo, durante aquella interrupción, de recordar que se suponía que él estaba desprovisto de emociones personales. Dijo suavemente:

—Retiro esa pregunta, juez. No tenía intención de hacer preguntas inconvenientes. —Sonrió—. En otras circunstancias podría haberme visto detenido por desacato a la au-toridad, ¿no es eso?

O'Farrell esbozó una sonrisa gruñona.

—Es posible.

—¿Tienen una prisión bonita? Dispongo de siete meses de permiso, y nunca se me presenta la oportunidad de utilizarlo.

—No tendría que trabajar tanto. Yo siempre encuentro tiempo para pescar, por mu-cho trabajo que tenga. «Alá no resta al tiempo concedido al hombre las horas pasadas en la pesca».

—Me parece un sentimiento excelente. Pero sigo teniendo un problema. ¿Ya sabe que podría aplazar la vista mientras consulto al Departamento?

—Desde luego. Puede hacerlo si lo desea. Sus decisiones no tienen que verse afec-tadas por mis opiniones personales.

—No. Pero estoy de acuerdo con usted; los aplazamientos de última hora son des-corteses.

Pensaba que consultar al Departamento equivaldría, en este caso, a consultar a Hen-ry Kiku..., y ya le parecía oír al subsecretario haciendo agrias observaciones acerca de «la falta de iniciativa y de responsabilidad», y diciendo «por el amor del cielo, ¿no hay nadie en esta casa de locos capaz de tomar una simple decisión?» Greenberg tomó la suya.

—Creo que es mejor para los intereses del Departamento que no me retire del caso por ahora. Pienso asistir al juicio y encargarme de él, al menos durante las primeras se-siones.

O'Farrell sonrió satisfecho.

—Lo suponía. Tengo mucho interés en oírle. Según tengo entendido, ustedes, los juristas del Departamento de Asuntos Espaciales, esgrimen a veces argumentos legales muy poco usuales.

—¿Eso cree? Espero que no sea así. Pienso atenerme al Derecho que me enseñaron en Harvard.

—¿En Harvard? ¡Pero si yo también estudié allí! ¿Aún siguen tan aferrados a Rein-hardt?

—Al menos lo seguían cuando yo estuve allí.

—¡Vaya, vaya, qué mundo tan pequeño! Lamento que sea un condiscípulo quien tenga que cargar con este caso, que mucho me temo será de alivio.

—¿Acaso no lo son todos? Bueno, vamos a empezar los fuegos artificiales. ¿Por qué no nos sentamos en el mismo banco? Probablemente será usted quien cerrará el ca-so.

Se dirigieron hacia el edificio del tribunal. El jefe Dreiser, que estaba echando chis-pas a cierta distancia, observó que el juez O'Farrell se había olvidado por completo de su presencia. Se disponía a seguirlo, cuando advirtió que el joven Stuart y Betty Soren-sen estaban aún al otro lado de la jaula de Lummox. Tenían las cabezas muy juntas y no repararon en la ausencia de los dos magistrados. Dreiser se dirigió hacia ellos a grandes zancadas.

—¡Eh! ¡Adentro en seguida, Johnnie Stuart! Ya hace veinte minutos que debieras estar en la sala del tribunal.

John Thomas se mostró sorprendido.

—Pero yo creía... —empezó a decir, advirtiendo entonces que el juez y Greenberg ya se habían ido—. ¡Oh, sólo un momento, señor Dreiser! Tengo que decirle una cosa a Lummox.

—Tú no tienes nada que decir a esa bestia ahora. Vamos.

—Pero, jefe...

Dreiser lo agarró por el brazo y emprendió la marcha. Teniendo en cuenta que pesa-ba unos cincuenta kilos más que Johnnie, éste no tuvo más remedio que ir tras él. Betty trató de interponerse:

—¡Pero diácono Dreiser! ¡Vaya un modo de comportarse!

—Le ruego que no se meta en esto, señorita —respondió Dreiser. Y continuó hacia el tribunal arrastrando a John Thomas. Betty optó por callarse y seguirles. Pensó en echar la zancadilla al jefe de Policía, pero desistió de ello.

John Thomas se inclinó ante lo inevitable. Había querido imprimir en la mente de Lummox, en el último instante, la necesidad de permanecer quieto, sin comerse los ba-rrotes de acero. Pero el señor Dreiser no había querido escucharle. A John le parecía que la mayoría de los adultos nunca escuchaban lo que se les decía.

Lummox no dejó de advertir su marcha. Se levantó, haciendo crujir los barrotes, y siguió a John Thomas con la mirada, mientras se preguntaba qué debía hacer. Betty vol-vió la cabeza y dijo:

—¡Lummox, pórtate bien y no te muevas de ahí! Volvemos en seguida.

Lummox continuó de pie, mirándolos y pensando. Una orden de Betty no era real-mente una orden. ¿O sí lo era? Había precedentes que le hicieron

reflexionar.

Por último, optó por tumbarse de nuevo.

4 EL REO EN EL BANQUILLO

Los murmullos de la sala del tribunal cesaron al entrar O'Farrell y Greenberg. Un algua-cil gritó:

—¡Orden en la sala!

Los espectadores corrieron en busca de asiento. Un joven con sombrero se interpuso en el camino de los dos magistrados.

—¡Un momento, por favor! —gritó, mientras los fotografiaba—. Una más... Sonría, juez, como si el delegado acabase de decir algo divertido.

—Con una basta. Y haga el favor de descubrirse.

O'Farrell pasó por su lado como una exhalación. El fotógrafo se encogió de hom-bros, pero no se quitó el sombrero.

El alguacil tenía el rostro rojo y sudoroso, y ante él estaban esparcidos varios ins-trumentos. Dijo:

—Lo siento, señor juez. Un momentito. —Se inclinó sobre el micrófono y dijo—: Probando, uno, dos, tres, cuatro... Cincinnati..., sesenta y seis. —Levantó la mirada—. Este sistema de grabación me ha dado mucho trabajo.

—Debía de haberlo comprobado antes.

—Ya lo sé, señor juez, pero es que no encontré a nadie que me sustituyese... Lo cierto es que lo comprobé y funcionaba perfectamente. Pero cuando lo puse de nuevo, a las diez menos diez, falló un transistor y me ha costado mucho localizar la avería.

—Bueno, bueno —dijo O'Farrell con impaciencia, disgustado por el hecho de que aquello ocurriese en presencia de un visitante distinguido—. Quite sus instrumentos de mi banco, haga el favor.

Greenberg se apresuró a decir:

—Si no le importa, prefiero no utilizar el banco. Nos reuniremos en torno a una gran mesa, al estilo de un consejo de guerra. Me parece un sistema más expeditivo.

O'Farrell se mostró desolado.

—Siempre he mantenido las antiguas formalidades en este tribunal. Pensaba que va-lía la pena hacerlo.

—Me parece muy justo. Supongo que todos los que nos vemos obligados a ejercer la profesión jurídica, adquirimos determinados hábitos. No se

puede hacer nada por evi-tarlo. No hay más que ver el caso de Minatare: suponga que intentase, por cortesía, adaptarse a su forma de juzgar un caso. Allí creen que el juez debe hacer unas ablucio-nes antes de encaramarse a la esfera que le está destinada, en la que tiene que permanecer, sin probar alimento ni bebida, hasta que tome una decisión. Francamente, yo no po-dría adaptarme a esas costumbres. ¿Y usted?

Al juez O'Farrell le molestó que aquel joven voluble y locuaz pudiese inferir que existía un paralelo entre el serio ceremonial de su estrado y aquellas prácticas paganas. Recordó con inquietud las tres tortas de trigo, acompañadas de salchichas y huevos, con que había empezado el día.

—Verá..., son otros pueblos y otras costumbres —rezongó.

—Exactamente. Y muchas gracias por su amabilidad.

Greenberg hizo una seña al alguacil, y ambos empezaron a reunir las mesas de los abogados para formar una mayor, antes de que O'Farrell pudiese hacerle ver que si había citado el viejo dicho, había sido para rechazar el asunto de plano. Poco después, unas quince personas tomaban asiento en torno a la mesa así compuesta. Greenberg se volvió hacía el alguacil, que se hallaba en su pupitre, con los auriculares puestos e inclinado sobre sus aparatos, en la actitud característica de los técnicos electrónicos.

—¿Funciona ya su equipo?

—Perfectamente.

—Muy bien. Queda abierta la vista.

El alguacil habló por el micrófono, anunciando la hora, la fecha, el lugar, la natura-leza y la jurisdicción del tribunal, y el nombre y títulos del magistrado que presidía, pronunciando mal el nombre de pila de Sergei Greenberg, el cual no le corrigió. Entró un ujier con las manos llenas de ceniceros, y el alguacil dijo, apresuradamente:

—Se hace saber, para conocimiento público y general, que todos aquellos que ten-gan algo que alegar ante este tribunal deben presentarse y...

—Déjelo —le interrumpió Greenberg—. Gracias de todos modos. Este tribunal ce-lebrará ahora una audiencia preliminar con el fin de esclarecer los sucesos y acciones en que tomó parte el lunes pasado una criatura extraterrestre, residente en la localidad y conocida por el nombre de Lummox. Me refiero al enorme bruto que se encuentra ence-rrado en una jaula no lejos de aquí. Alguacil, vaya a sacarle una fotografía, por favor, y adjúntela al sumario.

—Como mande usía.

—Este tribunal anuncia que en esta audiencia se podrá llegar a una determinación final sobre los hechos antes citados. En otras palabras, que todo el mundo haga fuego a discreción; esta sesión puede ser única. El tribunal admitirá reclamaciones relativas a este ser extraterrestre y escuchará al propio tiempo las alegaciones pertinentes.

—Una pregunta, señor juez.

—Diga.

—Con la venia del tribunal; mi cliente y yo no tenemos objeciones que hacer si sólo se trata de una encuesta preliminar. ¿Pero volveremos a los procedimientos ordinarios si continúa la vista?

Librodot

—Este tribunal, por el hecho de haber sido convocado por la Federación y actuando de acuerdo con el corpus legal conocido por el nombre popular de «Costumbres de civi-lizaciones», que engloba convenios, tratados, etcétera, entre dos o más planetas de la Federación u otras civilizaciones con cuyos miembros los planetas de la Federación mantengan relaciones diplomáticas, no se halla afectado por los procedimientos locales. Es propósito de este tribunal llegar al esclarecimiento de la verdad y, una vez conocida, alcanzar la imparcialidad..., la imparcialidad bajo la ley. El tribunal no se opondrá a las leyes y costumbres locales, mientras éstas no se opongan a la ley superior. Pero cuando las costumbres locales se limiten únicamente a cuestiones de procedimiento, este tribu-nal ignorará tales formulismos y seguirá juzgando de acuerdo con lo antedicho. ¿Me entienden?

—Ejem, creo que sí, señor. Tal vez presentaré objeciones más adelante.

El hombrecillo de mediana edad que pronunció estas palabras parecía algo turbado.

—Todos ustedes son libres de presentar las objeciones que quieran en cualquier momento. También pueden apelar contra mis decisiones. No obstante... —Greenberg sonrió con simpatía—. Dudo que eso les sirva de mucho. Hasta hoy siempre he conse-guido que mis decisiones fuesen ratificadas invariablemente.

—Yo no intentaba insinuar —respondió el hombrecillo altivamente— que este tri-bunal careciese de validez...

—¡Claro, claro!, continuemos la vista. —Greenberg recogió un fajo de papeles—. Aquí tengo una demanda presentada por Bon Marché Merchandising Corporation contra Lummox, John Thomas Stuart XI... («Ese nombre aún sigue molestándome», dijo en un aparte al juez O'Farrell), Marie Brandley Stuart y otros; y otra semejante presentada por la Compañía de Seguros Mutuos Occidentales, aseguradores de Bon Marché. Hay otra, presentada contra los mismos demandados por K. Ito y su compañía de seguros, Riesgos del Nuevo Mundo, S. A., y otra más, presentada por la ciudad de Westville, también co-ntra los mismos demandados. Y, finalmente, hay una demanda presentada por Isabelle Donahue. También algunas querellas criminales..., una por albergar a un animal peligro-so, otra por deliberada ocultación del mismo, otra por negligencia y otra por representar dicho animal un peligro público.

John Thomas se iba poniendo cada vez más pálido a medida que se le imputaban es-tos cargos. Greenberg le miró y le dijo:

—No han omitido nada, ¿verdad, hijo? Anímese..., el condenado siempre tiene de-recho a un suculento almuerzo...

John Thomas se esforzó por sonreír pero fue una sonrisa triste. Betty le dio unas palmaditas en la rodilla.

Aún había otra hoja en el montón; Greenberg la puso junto a las demás sin leerla. Era una petición firmada por el jefe de Policía de la ciudad de Westville, solicitando al tribunal que ordenase la destrucción de aquella peligrosa bestia, conocida por el nombre de Lummox, y más tarde identificada como tal, etcétera. En lugar de leerla, Greenberg levantó la mirada y dijo:

—Creo que ahora le toca a usted.

El interpelado era el abogado que había puesto en duda los métodos del tribunal; se presentó como Alfred Schneider y afirmó que representaba a los Seguros Mutuos Occi-dentales y al Bon Marché.

—El caballero que está a mi lado es el señor De Grasse, gerente del Bon Marché.

—Muy bien. El siguiente por favor.

Greenberg comprobó que estaban presentes los principales demandantes, con sus abogados. En la cabecera de la mesa se sentaban, además de él, el juez O'Farrell, John Thomas, Betty y el jefe Dreiser. Y un poco más apartados Isabelle Donahue y su aboga-do, Beanfield; Schneider y De Grasse, por el Bon Marché; Lombard, abogado de la ciu-dad de Westville; el abogado de la compañía aseguradora de K. Ito y el hijo de este úl-timo (que representaba a su padre); los agentes de policía Karnes y Mendoza (testigos) y la madre de John Thomas, acompañada por Postle, el abogado de los Stuart.

Greenberg dijo a Postle:

—Según creo, defiende usted también al señor Stuart.

Betty le interrumpió:

—¡No, por Dios! A Johnnie lo defiendo yo.

Greenberg enarcó las cejas.

—Iba a preguntar precisamente qué hace usted aquí. ¿Es usted acaso abogado?

—Verá..., considéreme su asesor.

O'Farrell se inclinó hacia Greenberg y le susurró al oído:

—Esto es descabellado, señor delegado. Esa chica no es abogado; la conozco muy bien. Le tengo mucho afecto, pero francamente, no la creo muy inteligente. —Añadió con severidad y en voz alta—: Betty, no tienes nada que hacer aquí. Vete y deja de hacer tonterías.

—Verá usted, juez, es que...

—Un momento, señorita —intervino Greenberg—. ¿Puede alegar algo para presen-tarse como asesora del señor Stuart?

—Desde luego. Soy la asesora que él quiere.

—Hum, una razón muy sólida. Aunque quizá no sea suficiente. —Se dirigió enton-ces a John Thomas—: ¿Es cierto eso?

—Oh, sí, señor.

El juez O'Farrell murmuró:

—¡No hagas eso, hijo! Te la vas a cargar.

Greenberg susurró a su vez:

—Eso temo. —Frunciendo el ceño, se dirigió a Postle—: ¿Está dispuesto a actuar en defensa de la madre y el hijo?

—Sí.

—¡No! —le contradijo Betty.

—Pero, ¿no estarían más protegidos los intereses del señor Stuart en las manos de un abogado profesional que en las suyas? No, no me responda usted; quiero que lo haga el propio señor Stuart.

John Thomas se puso colorado y tartamudeó:

—Yo..., yo no quiero a ése.

—¿Porqué?

John Thomas no parecía dispuesto a dar su brazo a torcer. Betty dijo

Librodot

con sarcasmo:

—Porque a su madre no le gusta Lummox, ésa es la razón. Y...

—¡Eso no es cierto! —atajó Marie Stuart.

—Es cierto... Y ese viejo fósil de Postle está de acuerdo con ella. ¡Lo que ellos quieren es deshacerse de Lummox!

O'Farrell carraspeó cubriéndose la boca con el pañuelo. Postle enrojeció. Greenberg dijo gravemente:

—Señorita, levántese y pida disculpas al señor Postle.

Betty miró al delegado, bajó los ojos y se levantó, diciendo humildemente:

—Señor Postle, lamento que sea usted un fósil. Quiero decir que lamento haber di-cho que era usted un fósil.

—Siéntese —dijo Greenberg secamente—. Y en adelante tenga más cuidado con lo que dice. Señor Stuart, no puede obligarse a nadie a aceptar un defensor que no sea de su agrado. Pero me pone usted en un dilema. Legalmente es usted menor de edad, y ha escogido como defensor a otro persona menor de edad. Eso no quedará muy bien en el sumario. —Se pellizcó la barbilla—. ¿No podría ser que usted o su defensora..., o am-bos a la vez quisieran llegar a un juicio nulo por error del tribunal?

Betty, repuso:

—Oh, no, señor.

Mostraba una actitud de afectada inocencia; había contado, en efecto, con esa posi-bilidad, que no había mencionado a John Thomas.

—Con la venia de usía...

—Diga, señor Lombard.

—Esto me parece enormemente ridículo. La joven aquí presente no tiene lugar en este tribunal. No es un jurisconsulto; por lo tanto, no puede actuar como abogado. Me disgusta verme obligado a recordar estas verdades elementales al respetado tribunal, pe-ro lo que aquí procede hacer es colocarla entre el público y nombrar un abogado. ¿Se me permite sugerir que ocupe ese puesto el defensor público?

—Se acepta la sugerencia. ¿Es eso todo, señor Lombard?

—Sí, señor juez.

—Permítame añadir que a este tribunal le desagrada verse aconsejado; le ruego, pues, que no vuelva a hacerlo.

—Sí, señor juez.

—Este tribunal cometerá sus propios errores de la manera que le parezca más con-veniente. Según la costumbre que ha presidido la formación de este tribunal, no es nece-sario que el defensor sea de carrera... o, como usted dice, un jurisconsulto, un abogado diplomado. Si le parece insólito, permítame asegurarle que los sacerdotes-abogados hereditarios de Deflai aún lo encuentran más extraño. Pero es la única regla que tiene aplicación universal. Sin embargo, le doy las gracias por su sugerencia. ¿Quiere levan-tarse el defensor público?

—Sí, señor juez. Me llamo Cyrus Andrews.

—Gracias. ¿Está preparado para tomar la defensa?

—Sí. Necesitaré una tregua para consultar con mi cliente.

—Naturalmente. Bien, señor Stuart. ¿Nombra este tribunal al señor Andrews como su abogado defensor, o como defensor asociado?

—¡No! —respondió de nuevo Betty.

—Me dirigía al señor Stuart, señorita Sorensen. ¿Qué responde?

John Thomas miró a Betty.

—No, señor juez.

—¿Porqué no?

—Voy a responderle yo —intervino Betty—. Hablo más de prisa que él; por eso me encargo de su defensa. No aceptamos los servicios del señor Andrews porque el aboga-do público actúa contra nosotros en una de esas estúpidas demandas que han presentado contra Lummox; y porque el abogado que representa a Westville y el señor Andrews tienen un bufete a medias. Son socios.

Greenberg se volvió hacia Andrews:

—¿Es cierto eso, señor?

—Pues sí, estamos asociados, señor juez. Comprenderá usted que en una ciudad tan pequeña como ésta...

—Sí, lo comprendo. Pero comprendo también la objeción de la señorita Sorensen. Gracias, señor Andrews.

—Con la venia.

—¿Qué quiere ahora, señorita?

—Puedo ayudarle a salir del atolladero. Me daba en la nariz que algún entrometido trataría de echarme. Por lo tanto, me curé en salud. Soy dueña a medias.

—¿Dueña a medias?

—De Lummox, claro, ¿Ve usted? —Sacó un papel de su bolso y se lo mostró—. Un documento de venta, completamente legal.

Por lo menos tiene que serlo, porque lo copié del libro de texto.

Greenberg lo estudió.

—La forma parece correcta. Lleva fecha de ayer, lo que la hace a usted voluntaria-mente responsable, alcanzando la responsabilidad a sus intereses desde un punto de vis-ta civil. No afecta a cuestiones criminales de fecha anterior.

—¡Bah! No hay cuestiones criminales.

—Eso aún tiene que decidirse. Y no diga, «bah»; no es un término legal. La cues-tión aquí es saber si el firmante de este documento puede vender esta posesión. ¿Quién es el dueño de Lummox?

—¡Johnnie, claro! Así constaba en el testamento de su padre.

—¿Ah, sí? ¿Es cierto eso, señor Postle?

Postle habló en susurros con Marie Stuart; después repuso:

—Es cierto, señor juez. Esa criatura llamada Lummox es propiedad de John Tho-mas Stuart, menor de edad. La participación de la señora Stuart en esa pertenencia se efectúa a través de su hijo.

—Muy bien —dijo Greenberg entregando el documento de venta al secretario—. Tome nota de él.

Betty volvió a sentarse y dijo:

—Bien, señor juez, nombre a quien quiera. Pero permítame intervenir cuando lo juzgue necesario.

Greenberg suspiró.

—¿Cree que habrá alguna diferencia sí nombro a otro?

—No mucha, supongo.

—Constará en el sumario que ustedes dos, después de haber sido debidamente ad-vertidos y aconsejados, insisten en actuar en su propia defensa. El tribunal asume a dis-gusto la carga de proteger sus derechos y aconsejarles en cuestiones legales.

—Oh, no se ponga así, señor Greenberg. Tenemos confianza en usted.

—Preferiría que no me la tuviesen —dijo él secamente—. Pero continuemos. Ese caballero del extremo... ¿Quién es usted?

—¿Yo, señor juez? Soy el corresponsal de Prensa Galáctica en la localidad. Me llamo Hovey.

—¿Ah, sí? El secretario redactará un resumen para la prensa. Más tarde concederé la entrevista acostumbrada, si alguno lo desea. Sin embargo, no deseo que me fotografí-en con ese Lummox. ¿Hay más señores de la prensa?

Se levantaron otros dos.

—El ujier les pondrá sillas detrás de la barra.

—Gracias, señor juez. Pero antes...

—Fuera de la barra, por favor. —Greenberg miró en torno suyo—. Creo que eso es todo..., no, aún queda aquel caballero del rincón. ¿Su nombre, por favor?

El interpelado se levantó. Vestía un traje gris a rayas y su porte era altivo y digno.

—Con la venia de este tribunal diré que me llamo T. Ornar Esklund, y que soy doc-tor en Filosofia.

—No hace falta pedir la venia del tribunal para eso, doctor. ¿Es usted parte litigan-te?

—Sí, señor. Estoy aquí como amicus curiae, amigo del tribunal.

Greenberg frunció el ceño.

—Este tribunal desea escoger sus propios amigos. ¿Cuál es su ocupación, doctor?

—Con la venia, señor. Soy secretario ejecutivo de la Liga Humana para la conser-vación de la Tierra. —Greenberg ahogó un gruñido, pero Esklund no lo advirtió, pues se había inclinado para recoger un gran manuscrito—. Como es harto sabido, desde que se inició la impía práctica de los viajes interplanetarios, nuestra madre Tierra, que nos fue concedida por la Ley Divina, se ha visto cada vez más infestada por criaturas..., será mejor que digamos bestias, de dudoso origen. Las pestilentes consecuencias de este sacrílego tráfico se ven en todos...

—¡Doctor Esklund!

—¿Señor?

—¿Qué le ha traído a este tribunal? ¿Actúa como defensor de alguno de los encar-tados?

—No exactamente, señor juez. En sentido amplio, puede considerárseme como el abogado de toda la humanidad. La sociedad a la cual tengo el honor...

—¿No tiene algo más concreto que presentar? ¿Una petición, acaso?

—Sí —respondió Esklund sombríamente—, tengo una petición que presentar.

—Preséntela.

Esklund rebuscó entre sus papeles y sacó una hoja, que fue pasada a Greenberg, el cual ni siquiera la miró.

—Diga ahora brevemente en qué consiste su petición. Hable con claridad y en di-rección al micrófono más próximo.

—Bien..., con la venia del tribunal: la sociedad a la cual tengo el honor de pertene-cer, una liga que comprende a toda la humanidad, ruega..., no, exige que sea destruida la bestia no terrestre que ya ha asolado esta pacífica comunidad. Su destrucción está san-cionada y ordenada por aquellos sagrados...

—¿Es ésta su petición? ¿Quiere que este tribunal ordene que sea destruido el ser ex-traterrestre conocido por Lummox?

—Sí, pero aún más que eso, tengo aquí una cuidadosa documentación en refuerzo de mis argumentos, de mis irrebatibles argumentos, diría, que...

—Un momento. La palabra «exige» que ha utilizado usted, ¿figura en la petición?

—No, señor juez, esa palabra ha salido de mi corazón, de la plenitud de...

—Su corazón le ha llevado a usted a sentir desprecio. ¿Quiere enmendar la frase?

Esklund se ¡e quedó mirando fijamente y luego dijo a regañadientes:

—Retiro esa palabra. Mi intención no era despreciar a nadie.

—Muy bien. Se admite la petición; el secretario tomará nota de ella, en espera de nuestra decisión. Hablemos ahora de ese discurso que tiene usted intención de hacer; a juzgar por el tamaño de su manuscrito, calculo que durará unas dos horas, ¿no es eso?

—Sí, creo que dos horas serán suficientes, señor juez —respondió Esklund, algo apaciguado.

—Bien. ¡Ujier!

—¿Señor juez?

—¿Puede usted montar un estrado ahí fuera?

—Creo que sí, señor.

—Excelente. Colóquelo en el prado. Doctor Esklund, todos estamos a favor de la li-bertad de expresión, así es que diviértase. Podrá hablar desde ese estrado durante dos horas.

El doctor Esklund se volvió del color de la berenjena.

—¡Ya oirá hablar de nosotros!

—Sin duda.

—¡Conocemos a los de vuestra calaña! ¡Traidores a la humanidad! ¡Renegados! Ju-gando con...

—Llévense a este hombre.

El ujier cumplió la orden, sonriendo. Uno de los periodistas los siguió. Greenberg dijo amablemente:

—Parece que ahora sólo quedamos los indispensables. Tenemos varias demandas ante nosotros, pero todas se atienen a los mismos hechos. A menos que alguien tenga algo que objetar, oiremos primero la declaración testifical de todas las demandas, para pasar luego a estudiar éstas una por una. ¿Objeciones?

Los abogados se miraron. Finalmente, el abogado del señor Ito dijo:

—Señor juez, me parece que sería más correcto oírlas una por una.

—Es posible. Pero si lo hacemos así, por Navidad aún estaremos aquí. Me disgusta hacer venir tantas veces a personas atareadas. Pero gozan

ustedes del privilegio de cele-brar un juicio de cada uno de los hechos ante un jurado..., sin olvidar, si pierden, que su patrocinado tendrá que sufragar las costas suplementarias él solo.

El hijo de K. Ito tiró de la manga de su abogado y le susurró algo al oído. El aboga-do asintió y dijo:

—Aceptamos una audiencia conjunta..., por lo que se refiere a los hechos.

—Muy bien. ¿Hay otras objeciones? —Nadie presentó ninguna. Greenberg sé vol-vió a O'Farrell—: Juez, ¿está provista esta sala de detectores de mentiras?

—¿Eh? Desde luego. Aunque apenas los uso.

—A mí me gustan. —Se volvió hacia los demás—. Los detectores de mentiras se-rán conectados. No se requerirá a nadie que los emplee excepto en el caso de que al-guien se niegue a declarar. Este tribunal, como es su privilegio, tomará nota y subrayará el hecho de que alguien se niegue a utilizar un detector de mentiras.

John Thomas susurró a Betty:

—Mira de no resbalar, Bella Durmiente.

Ella le respondió:

—¡No te preocupes por mí! Mira de no resbalar tú.

El juez O'Farrell dijo a Greenberg:

—Tardarán algún tiempo en prepararlos. ¿No sería mejor que interrumpiésemos la sesión para ir a almorzar?

—Ah, sí, el almuerzo. Atención todos..., este tribunal no suspenderá la vista para ir a comer. Voy a pedir al ujier que encargue café y bocadillos o lo que ustedes quieran, mientras ese empleado conecta los detectores. Comeremos en esta misma mesa. Entre tanto... —Greenberg buscó cigarrillos en sus bolsillos—. ¿Alguien tiene un fósforo?

En su celda, Lummox, después de considerar la difícil cuestión del derecho que te-nía Betty para dar órdenes, llegó a la conclusión de que posiblemente ella gozaba de una situación especial. Cada uno de los John Thomas que había conocido había introducido en su vida a una persona equivalente a Betty; cada uno había insistido en que la persona en cuestión fuese complacida en todos sus humores y caprichos. El John Thomas actual había iniciado ya su proceso con Betty; por consiguiente, era mejor seguir la corriente a ésta, siempre que no se tratase de cosas graves. Se tendió en el suelo y se puso a dormir, dejando de guardia a su ojo vigilante.

Durmió inquieto, turbado por el sabroso olor del acero. Transcurrido un tiempo se despertó y se desperezó, agitando la jaula. Le parecía que John Thomas llevaba dema-siado tiempo ausente. Pensándolo bien, no le gustaba la manera como aquel hombre se había llevado a John Thomas..., no, no le gustaba en lo más mínimo. Se preguntó qué debía hacer. ¿Qué diría John Thomas si estuviese allí?

El problema era demasiado complejo. Volvió a tenderse y probó los barrotes. Se contuvo para no comérselos; simplemente probó su sabor. Algo mohosos, decidió, pero buenos.

Mientras tanto, el jefe Dreiser había terminado su declaración, que fue seguida por la de Karnes y Mendoza. No surgió ninguna discusión y los detectores de mentiras per-manecieron silenciosos; el señor De Grasse

Librodot

insistió en ampliar parte de la declaración. El abogado de K. Ito declaró que su cliente había disparado contra Lummox; se permi-tió al hijo de Ito que describiese las consecuencias y mostrase fotografías. Sólo faltaba el testimonio de Isabelle Donahue para completar la historia de lo sucedido el día L.

Greenberg se volvió hacia el abogado, de ésta:

—Señor Beanfield, ¿desea hacer preguntas a su cliente o prosigue el juicio?

—Continúe, señor juez. Es posible que haga aún un par de preguntas.

—Tiene usted derecho a ello. Señora Donahue, cuéntenos lo que pasó.

—Con mucho gusto. Señor juez, distinguidos visitantes, a pesar de no hallarme acostumbrada a hablar en público, a mi manera creo que soy...

—Éso no importa ahora, señora Donahue. Limítese a los hechos y a lo sucedido el lunes por la tarde.

—¡Pero si es lo que hacía!

—Muy bien, prosiga. Cuéntelo sencillamente.

Ella lanzó un bufido.

—¡Bien! Estaba echada, tratando de descansar unos minutos..., tengo tantas respon-sabilidades a que atender: clubs, comités de caridad y otras organizaciones semejantes...

Greenberg contemplaba el detector de mentiras que la demandante tenía sobre la cabeza. La aguja oscilaba nerviosamente, pero sin permanecer el tiempo suficiente en la zona roja como para poner en marcha el timbre de alarma. Decidió que no valía la pena advertirla.

—... cuando de pronto me sobresaltó un ruido indefinible.

La aguja saltó al rojo, se encendió una luz de color rubí y el timbre empezó a sonar estrepitosamente. Se oyeron risitas; Greenberg se apresuró a intervenir:

—Orden en la sala. El ujier tiene orden de echar a todos aquellos que alboroten.

Isabelle Donahue se interrumpió súbitamente al oír sonar el timbre. Su abogado, con rostro ceñudo, le tiró de la manga y dijo:

—No haga caso, señora. Limítese a contar al tribunal el ruido que oyó, lo que vio y lo que hizo a continuación.

—Está aconsejando a la testigo —objetó Betty.

—No importa —dijo Greenberg—. Alguien tiene que hacerlo.

—Pero...

—No se acepta la objeción. La testigo puede continuar declarando.

—¡Bien! Pues..., como decía, oí aquel ruido y me pregunté qué podría ser. Atisbé al exterior y vi a esa gran bestia de rapiña corriendo en todas direcciones con aspecto amenazador y...

El timbre sonó de nuevo; una docena de espectadores no pudieron contener la risa. La señora Donahue dijo airada:

—¿No pueden parar ese timbre? ¿Cómo quieren que declare con ese maldito ruido?

—¡Orden! —gritó Greenberg—. Si continúa el alboroto, el tribunal tendrá que de-tener a alguien. —Prosiguió, dirigiéndose a Isabelle Donahue—: Una vez que un testigo ha aceptado el uso del detector de mentiras, la decisión ya no puede alterarse. Pero los datos que nos proporciona este instrumento son

sólo informativos; el tribunal no se halla obligado por ello. Continúe.

—Bueno. Ya lo esperaba. No he dicho una mentira en mi vida.

El timbre permaneció silencioso; Greenberg pensó que ella debía de creerlo de bue-na fe.

—Quiero decir —añadió el juez— que el tribunal forma su propio juicio de los hechos, sin permitir que una máquina lo haga por él.

—Mi padre siempre decía que aparatos como éste eran engendro del diablo. Decía que un hombre de negocios honrado no debería....

—Por favor, señora Donahue.

Beanfield le susurró al oído que se reportase. Ella prosiguió, más calmada:

—Bien, allí estaba esa criatura, esa enorme bestia propiedad del chico de la casa de al lado. Estaba comiéndose mis rosales.

—¿Y usted qué hizo?

—No sabía qué partido tomar. Empuñé lo primero que tuve a mano, una escoba, y me precipité hacia la puerta. Cuando salí fuera, la bestia se abalanzó sobre mi y...

¡Riiiiiiiiiiing!

—¿Le parece que lo repitamos de nuevo, señora Donahue?

—Bien..., de todos modos, yo me precipité hacia él y empecé a golpearle en la ca-beza. El animal gruñía, y con sus grandes dientes.

¡Riiiiiiiiiiing!

—¿Qué pasó luego, señora Donahue?

—Verá, el cobardón dio media vuelta y salió corriendo de mi jardín. No sé adonde fue. Pero me dejó mi hermoso jardín hecho una ruina.

La aguja osciló pero no sonó el timbre.

Greenberg se volvió hacia el abogado de la dama:

—Señor Beanfield, ¿ha examinado usted los daños sufridos en el jardín de la señora Donahue?

—Sí, señor juez.

—¿Quiere decirnos la extensión de los daños?

Beanfield decidió que más valía perder una cliente que verse descubierto ante todo el tribunal por aquel maldito juguete.

—Fueron devorados cinco rosales, señor juez, total o parcialmente. El césped resul-tó pisoteado en parte y se produjo un agujero en un seto ornamental.

—¿Importancia de las pérdidas?

El abogado respondió, midiendo cuidadosamente sus palabras:

—La cantidad que exigimos como indemnización se halla ante usía.

—Eso no responde a mi pregunta, señor Beanfield.

Beanfield se encogió mentalmente de hombros y borró a la señora Donahue de su lista de clientes.

—Oh, alrededor de unos doscientos dólares, señor juez, como daños y perjuicios. Pero el tribunal tendría que aumentar la suma, por molestias y angustia mental causada a mi cliente.

Isabelle Donahue puso el grito en el cielo:

—¡Esto es absurdo! ¡Eran mis rosas de exposición!

La aguja saltó, pero volvió con demasiada rapidez a su posición anterior y el timbre no sonó. Greenberg preguntó cansadamente:

—¿De qué exposición está hablando, señora Donahue?

Su abogado intervino:

—Estaban al lado mismo de las famosas plantas de concurso de la señora Donahue. La valiente acción de esta señora salvó las flores de más precio, afortunadamente.

—¿Tiene que añadir algo más?

—Creo que no. Puedo presentar fotografías, selladas y reconocidas.

—Muy bien.

Isabelle Donahue fulminó a su abogado con la mirada.

—¡Vaya! Pues yo sí tengo algo más que añadir. Insisto absolutamente en una cosa, y es que sea destruida esa peligrosa bestia sedienta de sangre.

Greenberg se volvió hacia Beanfield:

—¿Debemos considerar esto como una petición formal, señor abogado, o como simple retórica?

Beanfield parecía estar sobre ascuas.

—Hemos presentado una petición en este sentido, señor juez.

—El tribunal la admite.

Betty intervino diciendo:

—¡Eh, espere un momento! Lo único que Lummie hizo fue comerse unas cuantas de sus viejas y arrugadas...

—Después, señorita Sorensen.

—Pero...

—Después, se lo ruego. Ya tendrá oportunidad de hablar. El tribunal estima que ya posee todos los datos pertinentes. ¿Desea alguien presentar nuevos hechos o interrogar a otros testigos? ¿O presentar a otro declarante?

—Sí, nosotros —dijo Betty al instante.

—¿Ustedes qué?

—Nosotros queremos llamar a un nuevo testigo.

—Muy bien. ¿Está aquí?

—Sí, señor juez. Es decir, afuera. Es Lummox.

Greenberg pareció reflexionar.

—¿Entiendo que me proponen que haga comparecer a, ejem, Lummox, para que és-te asuma su propia defensa?

—¿Por qué no? Sabe hablar.

Un periodista se volvió bruscamente hacia uno de sus colegas y le susurró algo; después salió a toda prisa de la sala. Greenberg se mordió los labios.

—Ya lo sé —admitió—. Yo mismo cambié con él unas cuantas palabras. Pero la fa-cultad de hablar no es suficiente por sí sola para que un testigo sea competente. Un niño puede aprender a hablar antes de tener un año, pero sólo muy raramente un niño de tier-na edad, digamos de menos de cinco años, será considerado con capacidad para testi-moniar. Este tribunal admite que miembros de razas no humanas, no humanas en el sen-tido biológico, pueden declarar como testigos. Pero nada nos hace creer ni nos da mues-tra que este ser extraterrestre a que nos referimos tenga competencia para hacerlo.

John Thomas, con voz abrumada, susurró al oído de Betty:

—¿Te has vuelto loca? ¡No sabemos lo que puede decir Lummie!

—¡Chitón! —Betty se volvió hacia Greenberg—: Mire, señor delegado, ha

dicho usted un buen número de palabras, pero ¿qué significan? Se dispone a sentenciar a Lummox, y ni siquiera desea tomarse la molestia de hacerle una pregunta. Dice usted que no está capacitado para declarar. Bien, he visto a otros testigos que tampoco lo es-taban mucho. Apuesto a que si coloca un detector de mentiras en la cabeza de Lummox, el timbre no sonará. Sí, ya se que hizo cosas que no debiera haber hecho. Se comió algunas raquíticas y viejas rosas y las coles del señor Ito. ¿Qué hay de horrible en eso? Cuando usted era niño, ¿no dio alguna vez un puntapié a un perro, cuando creía que na-die le veía?

Respiró profundamente.

—Suponga que cuando dio ese puntapié a aquel perro, alguien vino y le golpeó en la cara con una escoba, o disparó un arma contra usted. ¿No se hubiera asustado? ¿No hubiera salido corriendo? Lummie posee sentimientos amistosos. Aquí todos lo saben..., o si no lo saben es que son más estúpidos e irresponsables que él. ¿Pero trató alguien de hablarle razonablemente? ¡Oh, no!, lo aterrorizaron, le dispararon cañones y le dieron un susto de muerte, terminando por precipitarlo por un puente. Dice usted que Lummie es incompetente. ¿Quién es competente aquí? ¿Todas esas personas que lo trataron tan mal, o Lummie? Ahora no se conforman con menos que matarlo. Si un niño diese un puntapié a un perrito, supongo que el remedio no sería cortarle la cabeza, sólo para ase-gurarse de que no volviese a hacerlo. ¿Es que nos hemos vuelto locos? ¿Qué farsa es és-ta?

Betty se interrumpió, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Sus dotes his-triónicas le habían sido muy útiles en la escuela de arte dramático; pero con gran sorpre-sa por su parte, se dio cuenta de que esta vez las lágrimas eran reales.

—¿Ha terminado?—preguntó Greenberg.

—Creo que sí. Al menos de momento.

—Debo reconocer que se ha expresado con mucha emoción. Pero un tribunal no se deja ganar por la emoción. Su tesis es que la mayor parte de los daños, digamos todos los daños menos los rosales y las coles, se debieron a actos improcedentes realizados por seres humanos, y que por lo tanto no hay que atribuir la responsabilidad de ellos a Lummox ni a su dueño.

—Creo que así es, señor juez. La cola suele seguir al perro. ¿Por qué no pregunta a Lummie cuál fue su impresión?

—Ya llegaremos a eso. Pero, por otra parte, no puedo aceptar la validez de su ana-logía. Nos referimos ahora, no a un niño, sino a un animal. Si este tribunal decretase la destrucción de ese animal, no lo haría animado por un espíritu de venganza o de castigo, porque se presume que los animales no entienden tales valores. El propósito sería pre-ventivo, con el fin de que un peligro potencial no llegase a convertirse en un peligro verdadero para las vidas o las propiedades. El niño de su ejemplo puede ser dominado por los brazos de su niñera, pero ahora nos enfrentamos con una criatura cuyo peso es de algunas toneladas, capaz de aplastar a un hombre inadvertidamente en una de sus ca-ricias. No existe paralelo con el niño de su ejemplo.

—¿No lo hay, eh? Ese niño puede crecer y hacer volar toda la ciudad sólo con oprimir un botoncito. ¡De modo que cortadle la cabeza antes de que crezca! ¡No le pre-guntéis por qué dio el puntapié al perro, no le preguntéis

nada! Es un niño malo..., cor-tadle la cabeza y así evitaréis ulteriores complicaciones.

Greenberg volvió a morderse los labios:

—¿Es pues su deseo que el tribunal examine a Lummox?

—Eso es lo que he dicho, ¿no?

—No estoy muy seguro de lo que ha dicho. El tribunal considerará esa decisión.

Lombard se apresuró a intervenir:

—Me opongo, señor juez. Si ese extraordinario...

—Retenga su objeción, por favor. El tribunal se retirará a deliberar durante diez mi-nutos. Entre tanto, continúen todos en su sitio.

Greenberg se levantó y se alejó. Sacó un cigarrillo, descubrió de nuevo que no tenía cerillas y volvió a meterse el paquete en el bolsillo.

¡Condenada muchacha! Él había dispuesto las cosas para que aquel caso fuese sobre ruedas, aumentando su prestigio ante el Departamento y dejando satisfecho a todo el mundo... a excepción del joven Stuart, pero eso no podía evitarlo; del muchacho y de aquella precoz y descarada jovencita que lo tenía dominado.

No podía permitir que aquel ejemplar único fuese destruido, pero había querido hacer las cosas con suavidad..., negarse a la demanda de aquella vieja arpía, inspirada evidentemente por el resentimiento, y decir al jefe de Policía, en privado, que retirase la otra. La demanda presentada por la Liga Humana para la Conservación de la Tierra no le preocupaba. ¡Pero aquella insolente muchacha, que hablaba cuando debía escuchar, haría que pareciese que un tribunal departamental se veía impulsado a arriesgar la segu-ridad pública a causa de una dosis de palabrería sentimental y antropomórfica!

¡Malditos sean sus lindos ojos azules!

También le acusarían de haberse dejado influenciar por aquellos lindos ojos. Era una lástima que la joven no fuese fea.

El dueño del animal era el responsable de los daños que éste había causado; había un millar de casos de «animales extraviados» que lo justificaban..., puesto que éste no era el planeta Tencora. Éso de que la culpa era de las personas que lo habían asustado era simple palabrería. Pero aquel ser extraterrestre, como ejemplar único para la ciencia, valía mucho más que los daños que había causado; su decisión no afectaría económica-mente al muchacho.

Comprendió que se había dejado llevar a un estado anímico muy poco judicial. La solvencia del demandado era asunto que no le incumbía.

—Ruego a usía que me disculpe, pero le agradecería que no tocase esas cosas.

Levantó la mirada, dispuesto a reprender a quien fuese, y se encontró ante el algua-cil. Vio entonces que había estado jugueteando con los interruptores y controles de la mesa de éste. Retiró rápidamente sus manos.

—Discúlpeme.

—Una persona que no entienda el funcionamiento —dijo el alguacil en son de ex-cusa— puede provocar muchas complicaciones.

—Es cierto. Desgraciadamente, muy cierto. —Se alejó bruscamente—. Que se res-tablezca el orden en la sala.

Sentándose, se volvió hacia Betty Sorensen:

—El tribunal decreta que Lummox no es testigo competente.

Betty se quedó boquiabierta.

—¡Su señoría es muy injusto!

—Posiblemente.

Ella meditó un momento.

—Solicitamos que el tribunal se reúna en otro sitio.

—¿Dónde ha aprendido a pedir tales cosas? El lugar ya estaba señalado cuando in-tervino el Departamento, y no vamos a cambiarlo ahora. Procure callarse un ratito, hágame el favor.

Betty enrojeció.

—¡Tendría usted que dimitir!

Greenberg intentaba mostrar calma y modales olímpicos. Ahora tuvo necesidad de hacer tres profundas inspiraciones.

—Señorita —dijo midiendo sus palabras—, durante todo el tiempo ha estado usted tratando de embrollar la sesión de este tribunal. No es necesario que hable ahora de nuevo; ya lo ha hecho en exceso. ¿Me entiende?

—¡No he hablado en exceso, seguiré hablando y no le he entendido!

—¿Cómo? ¿Quiere repetir lo que ha dicho?

—No, será mejor que lo retire..., si no ya le veo a usted acusándome de insulto a la autoridad.

—No, no, sólo quería recordarlo. No creo haber oído nunca una afirmación tan ta-jante. No importa. Limítese a contener su lengua, si es que sabe cómo hacerlo. Más tar-de le permitiré hablar de nuevo.

—Sí, señor juez.

Greenberg se volvió hacia los restantes juristas.

—El tribunal declaró antes que estaba dispuesto a terminar la vista hoy mismo. El tribunal no ve ninguna razón que se oponga a ello. ¿Tienen algo que objetar?

Los abogados se agitaron inquietos, mirándose entre sí. Greenberg se volvió hacia Betty.

—¿Usted qué dice?

—¿Yo? Creía que no tenía voto.

—¿Terminamos la vista hoy?

Ella miró a John Thomas y dijo sombríamente:

—No hago ninguna objeción. —Inclinándose luego hacia éste, susurró—: ¡Oh, Johnnie, he hecho lo posible!

Él le acarició la mano por debajo de la mesa.

—Ya sé que lo has hecho, mi Bella Durmiente.

Greenberg hizo como que no oía. Prosiguió con una voz fría y oficial:

—Este tribunal tiene ante él para su examen una demanda solicitando la destrucción del ser extraterrestre llamado Lummox, alegando que es peligroso e ingobernable. Los hechos no corroboran esta alegación; por lo tanto, la demanda es rechazada.

Betty empezó a dar boqueadas y agudos chillidos. John Thomas pareció sorprendi-do de momento, pero luego sonrió por primera vez.

—Orden, orden —dijo Greenberg con suavidad—. Tenemos aquí otra demanda en el mismo sentido, pero inspirada en diferentes motivos. —

Exhibió el documento firma-do por la Liga Humana para la Conservación de la Tierra—. Este tribunal declara no ser de su competencia dicha demanda, y, por lo tanto, se deniega. Respecto a las cuatro querellas criminales, quedan rechazadas. La ley requiere…

El abogado que representaba a Westville inició una protesta:

—Pero, señor juez…

—Si tiene alguna objeción que presentar, resérvela. En este caso no hallo intención criminal, y por lo tanto queda claro que no pudo haber crimen. No obstante, la ley exige que los ciudadanos ejerzan una debida prudencia a fin de proteger a los demás, y es bajo esa luz como debe enjuiciarse este caso. La prudencia se basa en la experiencia, perso-nal y delegada, y no es una presciencia imposible. A juicio de este tribunal, las precau-ciones adoptadas eran prudentes a la luz de la experiencia…, es decir, de la experiencia hasta la tarde del lunes. —Volviéndose, se dirigió a John Thomas—. Lo que yo quiero decir, joven, es esto: las precauciones que usted adoptó eran «prudentes» en la medida de lo que sabía entonces. Pero ahora está mejor enterado. Si esa bestia vuelve a escapar-se, seremos más duros con usted.

Johnnie tragó saliva.

—Sí, señor.

—Quedan los daños y perjuicios. Aquí nuestro criterio es diferente. El tutor de un menor de edad o el dueño de un animal son responsables de los daños cometidos por el niño o animal en cuestión, pues la ley sostiene que es preferible que sean el dueño o el tutor quienes sufran las consecuencias, en lugar de la tercera persona inocente. Excepto por una sola cosa, que de momento no mencionaré, los actos aquí juzgados caen dentro de esta regla. En primer lugar, permítaseme observar que una o más de las demandas presentadas alegan daños reales, pidiendo al mismo tiempo una actuación punitiva y ejemplar. Esta petición de castigo queda rechazada; no hay motivo para ella. Creo que sólo existen los daños reales en todos los casos, y los abogados así lo han declarado. Por lo que se refiere a las costas, el Departamento de Asuntos Espaciales, en el interés pú-blico, se hace cargo de las mismas.

Betty le comentó a John Thomas:

—Hicimos bien en declararlo una propiedad. Mira cómo sonríen esos buitres de las compañías de seguros.

Greenberg prosiguió:

—He dicho que hacía una reserva. Se presenta indirectamente la cuestión de que Lummox pueda no ser un animal y, por consiguiente, no se le pueda considerar un bien, sino que pueda tratarse de un ser sensible e inteligente, en el sentido que dan a esta ex-presión las «Costumbres de civilizaciones», siendo por lo tanto dueño de sus propios ac-tos. —Greenberg vaciló. Temía que su alegato no fuese encontrado válido—. Hace mu-cho tiempo que hemos colocado a la esclavitud fuera de la ley; ningún ser sensible e in-teligente puede ser propiedad de un tercero. Pero si Lummox es un ser de esta categoría, ¿qué debemos hacer? ¿Puede hacerse responsable a Lummox de sus actos? No parece que posea el suficiente conocimiento de nuestras costumbres para ello, y tampoco pare-ce que se encuentre entre nosotros por su libre elección. ¿Son sus dueños putativos sus guardianes de

Librodot

hecho, y por lo tanto los responsables? Todas estas preguntas se reducen a una: ¿es Lummox un bien mueble, o un ser libre?

»Este tribunal ha expresado su opinión, en el momento oportuno, de que Lummox no podía declarar como testigo... de momento. Pero este tribunal no está capacitado para pronunciar una decisión final, por mucho que crea que Lummox es una bestia.

»El tribunal iniciará, por consiguiente, una encuesta por su cuenta, con el fin de de-terminar la naturaleza de Lummox. Entretanto, éste pasará a depender de las autoridades locales, las cuales serán responsables tanto de su seguridad como de la seguridad públi-ca respecto a él.

Una mosca hubiera tenido trabajo en escoger entre tantas bocas abiertas. El primero en recobrarse de su asombro fue el abogado de la Sociedad Mutua de Seguros Occiden-tales, Schneider.

—Pero, señor juez... ¿Cómo va a quedar este asunto?

—Lo ignoro.

—Pero... suplico a usía que se enfrente con los hechos. La señora Stuart no tiene propiedades ni bienes embargables; es la beneficiaría de un consorcio. Lo mismo puede decirse del muchacho. Esperábamos poder embargar a la propia bestia; reportaría un buen precio en el mercado adecuado. Pero ahora usía, si me permite la expresión, ha volcado el carro de las manzanas. Si uno cualquiera de esos científicos empieza una lar-ga serie de tests, que durarán tal vez años, o arroja dudas acerca de la naturaleza de bien mueble de la bestia..., bien, ¿qué haremos nosotros? ¿Tendremos que demandar a la ciudad?

Lombard se puso en pie de un salto.

—Oiga, ustedes no pueden poner un pleito a la ciudad. La ciudad se halla entre los perjudicados. Según esta teoría...

—Orden —dijo Greenberg con firmeza—. Ninguna de estas preguntas puede res-ponderse ahora. Todas las acciones civiles continuarán hasta que la naturaleza de Lum-mox sea esclarecida. —Miró al techo—. Aún hay otra posibilidad. Según parece, esta criatura vino a la Tierra en el «Rastro de Fuego». Si mi recuerdo de la historia es correc-to, todos los ejemplares traídos en esa nave eran propiedad del gobierno. Si Lummox es un bien mueble, puede resultar no ser de propiedad privada. En ese caso, la situación puede complicarse y dar lugar a un litigio más arduo.

Schneider parecía anonadado y Lombard mostraba un semblante colérico. John Thomas parecía confundido; le susurró a Betty:

—¿Qué está diciendo? Lummox me pertenece a mí.

—Chitón... —murmuró Betty—. Ya te dije que lo sacaríamos de ésta. Oh, el señor Greenberg es un corderillo.

—Pero...

—¡A callar! Pronto habremos ganado.

El hijo de K. Ito había guardado silencio durante toda la vista, excepto cuando se levantó a declarar. Pero ahora volvió a levantarse.

—Señor juez.

—Diga, señorito.

—No entiendo una palabra. Yo no soy más que un granjero, pero querría saber una cosa. ¿Quién pagará los invernaderos de mi padre?

John Thomas se puso en pie.

Librodot

—Yo —dijo sencillamente.

Betty le tiró de la manga.

—¡Siéntate, idiota!

—Cállate, Betty. Ya has hablado bastante. —Betty se calló—. Señor Greenberg, to-do el mundo ha hablado. ¿Puedo ahora decir algo?

—Adelante.

—He oído muchas cosas durante todo el día. Unos, que decían que Lummox es pe-ligroso, cuando en realidad no lo es. Otros, que querrían verlo muerto, sólo por despe-cho... ¡Sí, a usted me refiero señora Donahue!

—Diríjase al tribunal, por favor —dijo Greenberg amablemente.

—Usted también ha dicho una serie de cosas. No las he entendido todas, pero si us-ted quiere perdonarme, señor, le diré que algunas de ellas me han parecido una perfecta majadería. Le ruego que me disculpe.

—Estoy seguro de que no tenía intención de ofenderme.

—Desde luego. Por ejemplo, analicemos lo que ha dicho acerca de si Lummox es o no un bien mueble, o si tiene la suficiente inteligencia para votar. Lummox es muy inte-ligente, y creo que nadie lo sabe mejor que yo. Lo que ocurre es que no ha podido estu-diar y nunca ha viajado. Mas eso nada tiene que ver con quien sea o deje de ser su pro-pietario. Me pertenece a mí; de la misma manera que yo le pertenezco... Nos criamos juntos. Ahora bien, ya sé que soy responsable de los daños causados el lunes... ¿Quieres estarte quieta, Betty? Ahora no puedo pagarlos, pero los pagaré. Yo...

—Un momento, joven. El tribunal no permite que contraiga usted compromisos sin ser aconsejado antes por su abogado. Si tiene esa intención, el tribunal se verá obligado a nombrarle un abogado.

—Usted dijo que podía hablar.

—Continúe. Que conste que eso no le obliga a usted.

—Sí, me obliga, porque pienso hacerlo. No tardaré en recibir el dinero para mi be-ca, que cubre casi el importe de los daños. Creo que podré...

—¡John Thomas! —le gritó su madre encolerizada—. ¡Tú no harás eso!

—Mamá, es mejor que no te metas. Sólo iba a decir que...

—Tú no vas a decir nada. Señor juez, él es...

—¡Orden! —interrumpió Greenberg—. Nada de esto le obliga. Continúa hablando, muchacho, continúa.

—Gracias, señor. De todos modos ya he terminado. Pero tengo algo más que decir-le, señor. Lummie es tímido. Yo puedo manejarlo porque confía en mí, pero si usted cree que voy a permitir que un grupo de extraños le toquen, y lo hurguen, y le hagan preguntas estúpidas, y lo llenen de confusiones y de embrollos, será mejor que lo piense de nuevo... ¡Porque no estoy dispuesto a tolerarlo! Lummie está enfermo. Las impresio-nes recibidas han sido demasiado fuertes para él. El pobrecillo...

Lummox esperó a John Thomas más tiempo del que deseaba, porque no estaba muy seguro de adónde había ido su amo. Le había visto desaparecer entre la multitud sin es-tar muy seguro de si había entrado o no en la gran casa contigua. Trató de dormir des-pués de haberse despertado por primera vez, pero lo jaula se hallaba rodeada de miro-nes, y se despertaba a cada instante, porque su circuito de guardia no tenía mucho crite-rio propio. No es que él lo considerase así; se dio cuenta simplemente de que su sistema de alarma funcionaba casi sin interrupción.

Librodot

Por último, decidió que ya era hora de encontrar a John Thomas y volver a casa. Hizo pedazos mentalmente las órdenes de Betty; después de todo, ésta no era Johnnie.

Por lo tanto, aguzó su oído hasta el punto de «búsqueda», y trató de localizar a Johnnie. Escuchó durante largo rato y oyó varias voces, la voz de Betty..., pero ésta no le interesaba. Continuó escuchando.

¡Aquí estaba Johnnie, al fin! Afinó su mecanismo de escucha, y prestó atención. Sí, se hallaba en la gran casa. ¡Caramba! La voz de Johnnie tenía el mismo tono que cuan-do discutía con su madre. Lummox aguzó aún más el oído y trató de descubrir qué su-cedía.

Hablaban de cosas incomprensibles para él. Pero una cosa estaba clara; alguien tra-taba mal a Johnnie. ¿Sería su madre? Sí, la oyó una vez, y sabía que tenía el privilegio de tratar mal a Johnnie, del mismo modo que Johnnie podía reñirle a él, sin que eso im-portase. Pero había alguien más, varias personas, y ninguna de ellas gozaba de tal privi-legio.

Lummox decidió que había llegado el momento de actuar, y se puso en pie.

John Thomas nunca pasó en su discurso de «El pobrecillo...». Se oyeron gritos y chillidos en el exterior; todos los que se hallaban en la sala se volvieron para ver qué su-cedía. Los gritos se fueron acercando rápidamente, y Greenberg se disponía a enviar al ujier a ver qué pasaba, cuando de pronto resultó innecesario. La puerta de la sala se bombeó primero y después saltó de sus goznes, apareciendo por la abertura la parte de-lantera de Lummox, que derribó parte de la pared arrastrando, a modo de collar, el mar-co de la puerta. Abriendo la boca, dijo con su vocecita:

—¡Johnnie!

—¡Lummox! —gritó su amo—. ¡No te muevas de ahí! ¡No avances ni un centíme-tro!

Todos los rostros lucían en su expresión la mezcla de diversos sentimientos. El más interesante era el del delegado espacial, Greenberg.

5 DEPENDE DEL PUNTO DE VISTA

Henry Kiku abrió el cajón de su mesa y contempló su colección de píldoras. Su úlcera de estómago volvía a atormentarle. Tragó la pildora conveniente y volvió a enfrascarse en sus asuntos.

Leyó un oficio de la Sección de Ingeniería del Departamento recomendando que quedasen en tierra todas las naves interplanetarias del

tipo Pelícano, hasta que se les hubiesen hecho ciertas modificaciones. El subsecretario no se molestó en leer el informe adjunto de los ingenieros. Estampó su firma y anotó al margen: «QUE SE HAGA EFECTIVA INMEDIATAMENTE». Luego depositó los documentos en la bandeja de salida. La seguridad en los viajes interplanetarios era de la incumbencia del ingeniero BuEcon; a Kiku no le interesaba lo más mínimo la ingeniería; se limitaría a respaldar las decisio-nes de su ingeniero jefe, o a sustituirlo si no estaba satisfecho con su trabajo.

Pero tuvo que admitir de mala gana que los importantes financieros, dueños de las naves del tipo Pelícano, no tardarían en tirar de la oreja al ministro..., y que éste, pre-ocupado por la fuerza política de dichos caballeros, le endosaría el mochuelo.

El nuevo ministro empezaba a fastidiarle. Le costaba mucho amoldarse a sus cos-tumbres.

El documento siguiente parecía de puro trámite y desprovisto de interés; le había si-do enviado cumpliendo la orden de que todo lo relativo al ministro, por rutinario que fuese, pasara por su despacho. Según el resumen que tenía delante, una organización denominada «Amigos de Lummox», presidida por una tal Beulah Murgatroyd, pedía una audiencia al ministro de Asuntos Espaciales, pero los enviarían al encargado de re-laciones públicas, Wes Robbins, el cual les prodigaría efusivas muestras de afecto, y ni él ni el ministro se verían molestados por aquellos importunos. Se divirtió ante la idea de castigar al ministro enviándole a esa tal Murgatroyd, pero no fue más que una fanta-sía pasajera; el tiempo de aquél debía reservarse para cosas más importantes, como por ejemplo la colocación de primeras piedras, y no perderlo atendiendo a sociedades de chiflados. Todas las organizaciones denominadas «Amigos de esto o aquello», solían estar formadas casi siempre por gentes que tenían un propósito oculto, además del surti-do normal de badulaques y figurones profesionales. Pero tales grupos podían llegar a constituir un estorbo; por consiguiente, no había que concederles nunca lo que pedían.

Archivó el documento y examinó el memorándum redactado por el ingeniero jefe BuEcon: un virus se había apoderado de la gran fábrica de levadura de San Luis; el in-forme mostraba una posibilidad de carencia en proteínas, y unas medidas de raciona-miento más drásticas. El hambre que pudiesen sufrir en la Tierra tampoco interesaba di-rectamente a Kiku, pero observó pensativo el documento mientras la regla de cálculo de su cabeza barajaba unas cuantas cifras. Después llamó a un ayudante.

—Wong, ¿ha visto el informe BuEcon Ay0428?

—Sí, creo que sí, jefe. ¿Lo de la fábrica de levadura de San Luis?

—Sí. ¿Qué ha hecho usted a ese respecto?

—Pues..., nada. Eso no me concierne, creo.

—No le concierne, ¿eh? Pero sí le conciernen las estaciones exteriores, ¿no es eso?. Repase sus horarios de embarque para los próximos dieciocho meses, póngalos de acuerdo con Ay0428, y proyecte. Tal vez tenga que comprar ganado australiano, y hacer que pase a depender de nosotros. No podemos tolerar que nuestro pueblo sufra hambre porque algún mentecato de San Luis dejó caer sus calcetines en un tanque de levadura.

—Sí, señor.

Librodot

Kiku volvió a concentrarse en su trabajo. Se dio cuenta con disgusto de que se había mostrado demasiado brusco con Wong. Su actual estado de ánimo pensó, no era culpa de Wong, sino del doctor Ftaeml.

No, tampoco era culpa de Ftaeml..., ¡era culpa suya! Sabía que no debía albergar prejuicios raciales, por lo menos mientras ocupase aquel cargo. De un modo intelectual se daba cuenta de que él estaba relativamente a salvo de persecuciones que pudiesen surgir de diferencias en el color de la tez y del cabello, y en el contorno facial, por la so-la razón de que criaturas tan extravagantes como el doctor Ftaeml habían logrado que las diferencias entre las distintas razas humanas pareciesen mucho menos importantes.

Sin embargo, la verdad era que odiaba hasta la misma sombra de Ftaeml. No podía evitarlo.

Si aquel mamarracho llevara un turbante, sería otra cosa..., pero se empeñaba en ex-hibirse con aquellas asquerosas serpientes, que bullían y se meneaban como un vivero de gusanos. Pero, oh, no; los rargilianos se enorgullecían de ellas. Con sus modales pa-recían sugerir que aquel que no las llevase, no era humano.

A pesar de todo, Ftaeml era un sujeto decente. Redactó una nota, invitando a Ftaeml a cenar con él; no podía aplazarlo más. Después de todo, se aseguraría una profunda preparación hipnótica; no quería dificultades durante la cena. Su úlcera le produjo una punzada de dolor ante esa idea.

Kiku no reprochaba al rargiliano que hubiese creado un problema difícil al Depar-tamento; los problemas difíciles eran meras cuestiones de trámite. Era sólo que..., bien, ¿por qué no se afeitaba la cabeza aquel monstruo?

La visión del doctor Ftaeml con la cabeza rapada, llena de bultos y abolladuras, hizo sonreír a Kiku; se entregó de nuevo a su trabajo con el ánimo más sosegado. El asunto siguiente era un informe..., ¡ah, sí!, Sergei Greenberg. Buen chico, ese Sergei. Alcanza-ba ya la pluma para dar su aprobación incluso antes de terminar de leerlo, pero de pron-to, en vez de firmar, dudó un segundo con la mirada perdida en el vacío; luego, oprimió un botón.

—¡Archivo! Envíenme el informe completo de la misión del señor Greenberg, ésa de la que regresó hace unos días.

—¿Tiene usted el número de referencia, señor?

—Búsquelo usted. Espere..., sí, es el Rt0411, con fecha del sábado. Lo deseo inme-diatamente.

Apenas había despachado una docena más de documentos cuando, unos segundos después, el tubo de entrega produjo un ruido sordo y un pequeño cilindro cayó sobre su mesa. Lo introdujo en su máquina de leer y se retrepó en su sillón, con el pulgar derecho apoyado en una palanca, a fin de controlar la velocidad del manuscrito a través de la pantalla.

En menos de siete minutos había pasado ante él, no sólo una transcripción completa del juicio, sino también el informe de Greenberg acerca de todo cuanto había sucedido después. Kiku podía leer como mínimo dos mil palabras por minuto con ayuda de la máquina; consideraba una pérdida de tiempo las grabaciones orales y las entrevistas personales. Pero cuando la máquina se detuvo, se decidió por un informe oral. Se incli-nó hacia el intercomunicador interior y dio vuelta a una llave.

—Greenberg.

Éste apareció en la pantalla, sentado detrás de su mesa.

—Hola, jefe.

—Venga, por favor.

Dio vuelta al conmutador sin la menor cortesía.

Greenberg pensó que el estómago de su jefe debía de molestarle bastante otra vez. Pero era demasiado tarde para decir que tenía algún asunto urgente fuera del Departa-mento; subió apresuradamente las escaleras y compareció ante su jefe con su acostum-brada sonrisa jovial.

—Hola, jefe.

—Buenos días. He leído el informe de su intervención.

—¿De veras?

—¿Qué edad tiene usted, Greenberg?

—¿Yo? Treinta y siete años.

—Ya. ¿Cuál es su actual jerarquía?

—¿Cómo dice, señor? Oficial diplomático de segunda clase..., propuesto para pri-mera.

¿Qué diablos era aquello? Kiku lo sabía tan bien como él; probablemente sabía in-cluso el número que calzaba.

—Lo bastante mayor como para tener juicio —musitó Kiku—. Rango suficiente pa-ra ser nombrado embajador... o agregado a un embajador de carrera. Sergei, ¿a qué se debe que sea usted tan enormemente estúpido?

Los músculos de la mandíbula de Greenberg se contrajeron, pero no dijo nada.

—¿Y bien?

—Señor —respondió Greenberg con voz glacial—, usted es mayor y con más expe-riencia que yo. ¿Puedo preguntarle por qué es tan enormemente grosero?

La boca de Kiku se contrajo en un rictus, pero no llegó a sonreír.

—Pregunta muy acertada. Mi psiquiatra dice que es porque soy un anarquista que se ha equivocado de profesión. Ahora siéntese y discutiremos la causa de que sea usted tan duro de mollera. Encontrará cigarrillos en el brazo del sillón.

Greenberg se sentó, se dio cuenta de que no tenía cerillas y pidió lumbre a Kiku.

—No fumo —respondió éste—. Creía que eran de ésos que se encienden solos. ¿No lo son?

—Oh, sí, es verdad.

Greenberg encendió un cigarrillo.

—¿Ve usted? No sabe hacer uso de sus ojos y oídos. Sergei, cuando esa bestia habló, usted debiera haber aplazado la vista hasta saber más cosas de ella.

—Es posible.

—¡Es posible! Hijo mío, sus timbres de alarma subconscientes debían estar reso-nando como el timbre de un despertador el lunes por la mañana. En realidad, dejó usted que le echasen a la cara toda suerte de suposiciones e indirectas, una vez terminado el juicio, o cuando creyó que había terminado. Y por una joven, una niña casi. Me alegro de no haber leído los periódicos; apostaría a que se lo han tomado a chacota.

Greenberg enrojeció. Él sí había leído los periódicos.

Librodot

—Entonces, cuando estuvo hecho un verdadero lío, en lugar de tratar de salir del embrollo y hacer frente a su reto... ¿Hacerle frente cómo? Aplazando la vista, desde luego, y ordenando que se abriese la encuesta que usted debiera haber ordenado desde el principio, para...

—¡Pero si la ordené...!

—No me interrumpa: aún no he acabado con usted. Luego procedió a emitir un ve-redicto del que no hay precedentes desde que Salomón ordenó que partiesen al niño en dos. ¿Dónde estudió usted Derecho?

—En Harvard —respondió Greenberg sombríamente.

—Ya... Bueno, no debería mostrarme demasiado duro con usted; está coaccionado. Pero por los setenta y siete dioses con siete lados de los Sarvanchil, ¿qué se le ocurrió hacer después? Primero, rechazar una petición de las propias autoridades locales para que ese bruto fuese destruido en interés de la seguridad pública. Luego, se contradice, concede la petición y les dice que lo maten..., con la sola condición de que este Depar-tamento dé antes su acostumbrada aprobación. Todo eso en menos de diez minutos. Hijo, no me importa que usted dé en público la impresión de ser un perfecto zoquete, pero ¿debe incluir también al Departamento?

—Jefe —dijo Greenberg con humildad—, admito que me equivoqué. Y cuando vi que me había equivocado, hice lo único que podía hacer: anulé mi anterior veredicto. Esa bestia es realmente peligrosa y en Westville no existen los medios para tenerla en-cerrada. Si no hubiese sido ir más allá de mis poderes, hubiera ordenado que la destru-yesen inmediatamente, sin esperar la aprobación del Departamento..., su aprobación.

—¡Vaya!

—Era yo, y no usted, señor, quien estaba allí. Usted no vio cómo se bombeaba aquella sólida pared, ni presenció la destrucción subsiguiente.

—Eso no me impresiona. ¿Ha visto alguna vez una ciudad totalmente arrasada por una bomba nuclear? ¿Qué importancia tiene la pared de la sala de un tribunal? Proba-blemente algún contratista de obras sin escrúpulos hizo antes su agosto al construirla con materiales defectuosos.

—¡Pero, jefe... debiera usted haber visto la jaula que rompió previamente! Estaba hecha con vigas de acero soldadas. Las arrancó como si hubiesen sido de paja.

—Recuerdo que usted me dijo haberlo examinado mientras estaba en esa jaula. ¿Por qué no procuró que lo encerrasen en un sitio de donde no pudiese escaparse?

—Pues, porque no concierne al Departamento la provisión de mazmorras.

—Muchacho, todo lo que esté relacionado de algún modo con «allá afuera», con-cierne especialmente a este Departamento. Y usted lo sabe. Cuando lo sepa tanto dor-mido como despierto, de la punta de los cabellos hasta la punta de los pies, entonces empezará a ser un hombre del Departamento Espacial. No le enviamos allí para que cumpliese una fastidiosa rutina, como si fuese un presidente honorario cualquiera que va a probar la sopa de una casa de caridad. Era de suponer que usted iría allí con ojos y oídos alerta, tratando de descubrir cualquier «situación especial». Pero falló. Ahora háble me de esa bestia. He leído el informe y he visto su fotografía. Pero no es bastante; me falta una impresión, directa, personal.

—Verá, es de un tipo multipedal no equilibrado, con ocho patas. Su dorso tiene unos dos metros y pico de altura. Es...

Kiku se enderezó:

—¿Ocho patas? ¿Y manos?

—¿Manos? No.

—¿No tiene algún tipo de órganos manipuladores? ¿Un pie modificado?

—No, no tiene nada de eso, jefe...; de haberlo tenido, hubiera ordenado inmediata-mente una investigación a fondo. Las patas tienen el tamaño de barriles para clavos, y son muy delicadas. ¿Por qué?

—Pomada. Siga.

—La impresión que produce es de una mezcla entre rinoceronte y triceratops, aun-que sus articulaciones son completamente diferentes a todo ser viviente de nuestro pla-neta. Su joven dueño le llama Lummox. Es una bestia bastante atractiva, pero estúpida. Ése es el peligro; es tan enorme y poderoso que existe la posibilidad de que hiera a al-guien por su misma estupidez y falta de tino. Habla, en efecto, pero no mejor que un ni-ño de cuatro años. De hecho, al oír su vocecita, uno tiene la impresión de que tiene a una niña en la panza.

—¿Por qué dice usted que es estúpido? Al parecer, su dueño afirma que es inteli-gente.

—Es un prejuicio, jefe. Yo he hablado con esa bestia, y he podido cerciorarme de que es estúpida.

—No veo por ningún lado que usted haya conseguido demostrarlo. Asegurar que un ser extraterrestre es estúpido porque no sabe hablar nuestra lengua, es como decir que un italiano es un analfabeto sólo porque chapurrea el inglés. Es un corolario ilógico.

—Pero mire, jefe, no tiene manos. Y su cociente de inteligencia es inferior al de los monos. Tal vez sobrepase al de un perro, aunque no es probable.

—Bien, admito que su punto de vista es ortodoxo, según la teoría xenológica, pero nada más. Algún día esa suposición se levantará para abofetear a los xenistas clásicos. Descubriremos una civilización que no necesitará sujetar y tomar las cosas con manos o garras, sino que las habrá superado.

—¿Quiere que apostemos a que no?

—No. ¿Dónde está ahora ese Lummox?

Greenberg se mostró confundido.

—Jefe, el informe que he redactado se encuentra ahora en el laboratorio fotográfico, a fin de microfilmarlo. De un momento a otro se lo enviarán a su despacho.

—Así que el lío continuó... A ver, cuénteme.

—Me hice bastante amigo del juez local y le rogué que me mantuviera informado de todo lo que sucediese. Desde luego, les era imposible encerrar a ese bicho en la cár-cel local; la verdad es que no hay allí nada que pueda contenerlo con suficiente solidez. Lo encerraron a su costa, desde luego. Y no había tiempo de construir nada que ofrecie-se la solidez requerida. Créame, la jaula que rompió era muy fuerte. Pero el jefe de poli-cía empezó a darle vueltas al asunto y a devanarse los sesos; se acordó de un depósito de agua vacía cuyas paredes, de más de nueve metros de altura, están construidas con cemento armado y reforzado. Forma parte de un sistema contra

Librodot

incendios. Así es que construyeron una rampa y condujeron a Lummox a ese depósito, quitando luego la ram-pa. Parecía una buena treta; esa criatura no puede saltar.

—Sí, no está mal.

—Desde luego. Pero eso no es todo. El juez O'Farrell me dijo que el jefe de policía estaba tan enfadado que no quiso esperar el permiso del Departamento; así es que deci-dió efectuar la operación inmediatamente.

—¿Cómo?

—Déjeme terminar. No comunicó a nadie su proyecto, pero accidentalmente o de manera premeditada aquella noche la válvula de entrada estaba abierta, y el depósito se llenó. A la mañana siguiente, Lummox apareció en el fondo. Ello hizo creer al jefe Dreiser que aquel «accidente» había tenido éxito, y dio a la bestia por ahogada.

—¿Y qué pasó?

—Aquello no molestó a Lummox en lo más mínimo. Pasó varias horas dentro del agua, pero cuando el depósito se vació, él se despertó, se enderezó y dijo: «Buenos dí-as».

—Probablemente es un anfibio. ¿Qué medidas ha tomado usted para poner coto a esos actos arbitrarios?

—Espere un momento, señor. Dreiser sabía que las armas de fuego y los explosivos eran inútiles, ya ha visto el sumario, al menos los que sería prudente emplear en una po-blación. Así es que probó entonces el veneno. Como no sabía una palabra acerca de la naturaleza de la criatura, los utilizó de una docena de tipos distintos, y en cantidades su-ficientes como para causar la muerte a un centenar de personas. Se los administró mez-clados con la comida.

—¿Y bien?

—Lummox se los zampó como si tal cosa. Ni siquiera le dieron sueño; en realidad, parecieron estimularle el apetito, porque terminó por devorar la válvula de entrada, y el depósito empezó a llenarse de nuevo. Tuvimos que cortar el agua en la sala de bombas.

Kiku soltó una risita.

—Ese Lummox empieza a gustarme. ¿Dice usted que devoró la válvula? ¿De qué estaba hecha?

—Lo ignoro. De la aleación acostumbrada para esa clase de piezas, supongo.

—Parece un bocado algo fuerte para su régimen. Quizá tiene buche, como los pája-ros.

—No me sorprendería.

—¿Y qué hizo entonces el jefe?

—Todavía no ha hecho nada. Pedí a O'Farrell que dijese a Dreiser que corría el pe-ligro de terminar en una penitenciaría a treinta años luz de Westville, como siguiese empeñado en obstaculizar la labor del Departamento. Eso le calmó, y ahora está tratan-do de ver si resuelve el problema de otro modo. Parece que su última ocurrencia consis-te en arrojar a Lummox a un foso lleno de cemento fresco y esperar a que muera allí cuando fragüe. Pero O'Farrell, de todos modos, consiguió parar los pies de ese... in-humano.

—Por lo tanto, Lummox sigue aún en el depósito, esperando que

Librodot

nosotros hagamos algo, ¿no es cierto?

—Eso es, señor. Por lo menos ayer aún estaba.

—Bien, puede esperar allí, supongo, hasta que nos decidamos a emprender una ac-ción ulterior.

Kiku cogió el informe de Greenberg, con la recomendación anexa.

Greenberg dijo:

—¿Debo suponer que rechaza usted la petición, señor?

—No. ¿Qué le ha hecho imaginar tal cosa? —Firmó la orden que autorizaba la des-trucción de Lummox, y dejó que desapareciese por la bandeja de salida—. Yo no acos-tumbro a anular las decisiones de mis hombres sin despedirlos..., y tengo ya otro trabajo para usted.

—¡Oh!

Greenberg sintió una súbita compasión; había esperado, confiadamente, que su jefe anularía la sentencia de muerte de Lummox. Bien, qué se le iba a hacer. Era una lástima, pero aquella bestia era realmente peligrosa.

Kiku prosiguió:

—¿Le dan a usted miedo las serpientes?

—No. Más bien me agradan.

—¡Magnífico! Aunque es un sentimiento que yo soy incapaz de imaginar. A mí siempre me han dado un miedo mortal. Una vez, cuando era niño, en África..., pero no importa. ¿Ha trabajado alguna vez en estrecha colaboración con rargilianos? No lo re-cuerdo.

Greenberg lo comprendió de pronto.

—Utilicé los servicios de un intérprete rargiliano en el asunto Vega-VI. Esa gente y yo nos llevamos muy bien.

—Ojalá a mí me ocurriese lo mismo. Sergei, tengo entre manos algunos asuntos en los que interviene un intérprete rargiliano, un tal doctor Ftaeml. Tal vez haya oído hablar de él.

—En efecto, señor.

—Tengo que admitir que, para ser un rargiliano —y pronunció esta palabra recal-cando todas sus letras—, el doctor Ftaeml es bastante aceptable. Pero me da en la nariz que surgirán complicaciones en este asunto, y la fobia que siento contra esa gente me deja sin olfato para el peligro. De modo que le nombro mi ayudante, para que olfatee por mí.

—Creía que no confiaba usted en mi nariz, jefe.

—Dejaremos que el ciego conduzca al ciego, si me permite que le obsequie con una metáfora. Quizás entre ambos olfatearemos mejor.

—Como quiera, señor. ¿De qué asunto se trata?

—Verá...

Antes de que Kiku pudiera responder, se encendió la luz del interfono y la voz de su secretaria le anunció:

—Está aquí su hipnoterapeuta, señor.

El subsecretario consultó su reloj y dijo:

—Hay que ver cómo pasa el tiempo... —Dirigiéndose luego al interfono, dijo—: Hágalo pasar a mi gabinete particular. Voy allá en seguida. —Continuó, dirigiéndose a Greenberg—: Ftaeml estará aquí dentro de media hora. No tengo tiempo de explicarle; tengo que prepararme para la entrevista. Sabrá de qué se trata si se toma la molestia de consultar mi carpeta de asuntos urgentes. —Kiku echó una mirada a su bandeja de en-

trada, que se había llenado hasta rebosar mientras hablaban—. No tardará usted ni cinco minutos. El resto del tiempo, dedíquelo a despachar todos esos papelotes. Firme «por orden» y aparte lo que crea que yo debo revisar..., ¡pero procure no retener más de me-dia docena de asuntos, o de lo contrario le envío nuevamente a Harvard!

Se levantó apresuradamente, mientras mentalmente se decía que debía ordenar a su secretaria, desde su gabinete particular, que anotase todo lo que entrara durante la próxima media hora, para que él lo viese después, pues quería comprobar cómo se des-envolvía el muchacho. Kiku, que tenía negros presentimientos respecto a la duración de su vida, quería dejar las cosas dispuestas de tal modo que Greenberg lo sustituyese. En-tretanto, tenía que hacerle la vida lo más dura posible.

El subsecretario se dirigió a su gabinete particular; la puerta se apartó y se plegó a un lado; Greenberg quedó solo. Alcanzó la carpeta de asuntos urgentes. Como Kiku había dicho, el expediente que ostentaba el nombre «Ftaeml» no era voluminoso. Vio que tenía como subtítulo «La bella y la bestia», y se preguntó por qué. El jefe tenía sen-tido del humor, pero daba más vueltas que una veleta y era bastante difícil seguirlo.

De pronto enarcó las cejas. Los rargilianos, incansables intérpretes, agentes comi-sionistas y comerciantes, siempre intervenían en las negociaciones entre distintas razas; la presencia del doctor Ftaeml en la Tierra hacía suponer a Greenberg que algo le pasa-ba a una raza no humanoide..., no humana en su mentalidad, formada por criaturas tan diferentes psicológicamente, que la comunicación con ellas se hacía muy difícil. Pero no esperaba que el culto doctor representase a una raza de la que Sergei nunca había oído hablar, unos seres llamados hroshii.

Cabía la posibilidad de que Greenberg se hubiese olvidado por completo de ese pueblo cuyo nombre sonaba como un estornudo; quizá se trataba de una raza poco im-portante, de bajo nivel cultural, de poca potencia económica, o que aún no utilizaba la navegación interplanetaria. Tal vez intervinieron por primera vez en la Comunicación de civilizaciones mientras él había estado metido hasta las cejas en los asuntos relacio-nados con el Sistema Planetario. Una vez la raza humana hubo establecido contacto con otras razas que realizaban viajes interestelares, las adiciones a la familia de «seres humanos» legales llegaron a tales cotas que era casi imposible para un hombre mante-nerse al corriente; cuanto más ensanchaba sus horizontes la humanidad, más costaba distinguir esos horizontes.

¿O tal vez conocía a los hroshii bajo otro nombre? Greenberg marcó el nombre en el Diccionario Universal electrónico, que lo procesó. Luego la pantalla se iluminó con estas palabras: NO HAY INFORMACIÓN.

Greenberg probó sin la hache aspirada, en la presunción de que aquella palabra pu-diese haber degenerado en las bocas de los que no pertenecían a aquella raza, pero obtu-vo la misma respuesta.

Abandonó la búsqueda. Él Diccionario Universal del Museo Británico no acumula-ba más datos de los que tenía el subsecretario en su despacho; las diferentes partes del diccionario ocupaban todo un edificio en otro lugar de la capital, y un ejército de enci-clopedistas y especialistas en cibernética y semántica lo atiborraban continuamente de datos. Podía estar seguro de que, fuesen quienes fuesen los hroshii, la Federación nunca había oído

hablar de ellos.

Era sorprendente.

Cuando se repuso de su sorpresa, Greenberg siguió leyendo. Se enteró de que los hroshii aún no habían desembarcado en la Tierra pero se hallaban al alcance de las on-das espaciales, en una órbita de estacionamiento situada a unos 80.000 kilómetros de distancia. Esta vez su asombro fue mayor. Se enteró a continuación de que la razón por la que no había oído hablar de su llegada era que el doctor Ftaeml había advertido con urgencia a Henry Kiku para que evitase que las naves patrulla y otras similares desafia-sen e intentasen contener a los extranjeros.

Fue interrumpido por la devolución de su informe sobre el caso Lummox, que os-tentaba la confirmación de la sentencia de puño y letra de Kiku. Meditó un momento, y luego añadió el siguiente párrafo: «Se aprueba la recomendación, pero esta acción no será llevada a efecto hasta después de haberse realizado un completo análisis científico de la criatura. Las autoridades locales delegarán su custodia, cuando sean requeridas pa-ra ello, a la Sección de Ciencia Xénica, que se encargará del transporte y escogerá la en-tidad que deberá proseguir la evaluación».

Greenberg firmó la adición con el nombre de Kiku y volvió a depositar el documen-to en la bandeja. Admitió que la orden resultaba ahora muy astuta, porque tenía la segu-ridad de que una vez los xenobiólogos hubiesen puesto sus manos sobre Lummox ya no querrían soltarlo. Sintió de pronto un gran alivio en su corazón. La otra acción había si-do equivocada; ésta era acertada.

Volvió su atención de nuevo a los hroshii, y sus cejas volvieron a enarcarse. No habían venido para establecer relaciones con la Tierra, sino para rescatar a uno de los suyos. Según el doctor Ftaeml, estaban convencidos de que en la Tierra se retenía a un hroshia, y pedían que se lo entregasen.

A Greenberg le pareció que acababa de meterse en un melodrama barato. Ese pue-blo con nombre de estornudo se había equivocado de planeta para jugar a policías y la-drones. Un ser no humano en la Tierra, sin pasaporte, sin el correspondiente expediente personal en el archivo del Departamento, sin una razón concreta y autorizada para visi-tar la Tierra, se encontraría tan desvalido como un recién nacido. Lo detendrían en un abrir y cerrar de ojos. ¡Qué idiotas! Ni siquiera podría pasar de la cuarentena. ¿Por qué no se limitaba el jefe a decirles que se volviesen a casita?

Además, ¿cómo se figuraban que su compatriota había llegado a la superficie de la Tierra? ¿A pie? ¿O haciendo el salto del ángel? Las astronaves no aterrizaban; se comu-nicaban con la Tierra por medio de naves de enlace. Le parecía oírla —pues se trataba de una hembra— diciendo al sobrecargo de una de aquellas naves:

—Le ruego que me perdone, señor, pero he huido de mi marido, que se halla en una parte distante de la Vía Láctea. ¿Le importa que me esconda debajo del asiento y usted me lleva como polizón hasta su planeta?

—No tiene usted billete ni pasaporte —replicaría el sobrecargo.

Las compañías encargadas de aquellos viajes de enlace detestaban a los polizones; Greenberg lo notaba cada vez que presentaba su propio pasaporte diplomático.

Librodot

Algo le desazonaba..., entonces recordó lo que le había preguntado el jefe acerca de si Lummox tenía manos. Comprendió que el jefe pudo haberse preguntado si Lummox sería el hroshia desaparecido, puesto que los hroshii, según Ftaeml, tenían ocho patas. Greenberg sonrió. Lummox no era capaz de construir y pilotar astronaves, ni él ni nin-guno de su familia. Claro, el jefe no había visto a Lummox y por lo tanto no sabía lo ab-surda que era esa idea.

Además, Lummox llevaba en la Tierra más de cien años.

La verdadera cuestión consistía en saber qué había que hacer con los hroshii, ahora que se había establecido contacto con ellos. Todo cuanto viniese de «allá fuera» era in-teresante, educativo y provechoso para la humanidad, una vez hubiese sido analizado. Y una raza que había accedido a los viajes interestelares sería todo eso sin lugar a dudas. Estaba casi seguro de que su jefe quería entretenerlos, con el propósito de establecer con ellos relaciones permanentes. Correspondía, pues, a Greenberg mantener aquella políti-ca y ayudar a su jefe a superar su trastorno emocional al tener que enfrentarse con un rargiliano.

Leyó por encima el resto del informe. Lo que sabía hasta aquel momento fue lo que leyó en la sinopsis; el resto del informe no era más que una transcripción de las floridas circunlocuciones de Ftaeml. Entonces volvió a colocar el expediente en la carpeta, y empezó a despachar el trabajo del jefe.

Kiku anunció su llegada mirando por encima del hombro de Sergei y diciendo:

—Esa bandeja sigue tan llena como siempre.

—Ah, hola, jefe. Sí, pero piense cómo hubiera estado si yo no hubiese leído los in-formes de trámite.

Greenberg cedió el sillón a su jefe.

Kiku asintió.

—Ya lo sé. A veces me limito a poner «no aprobado» en todos los impares.

—¿Se encuentra mejor?

—Me veo capaz de escupirle a la cara. ¿Qué tiene una serpiente que no tenga yo?

—Le felicito.

—El doctor Morgan es muy capacitado. Acuda a él si alguna vez le fallan los ner-vios.

Greenberg sonrió:

—Jefe, lo único que me incomoda es el insomnio durante las horas de trabajo. Ya no puedo dormir en mi despacho como solía hacer.

—Ésos son los primeros síntomas. Sin embargo, ahora está a tiempo de que le curen tos mecánicos de la mente. —Kiku consultó su reloj—. ¿Aún no hay noticias de nuestro amigo de los cabellos móviles?

—Todavía no.

Greenberg le comunicó las medidas que había tomado en algunos asuntos. Kiku lo aprobó, y Sergei se sintió rebosante de satisfacción. Luego le habló de la revisión que había hecho del caso Lummox. Lo dijo dando un rodeo.

—Jefe, al estar sentado en su sillón, las cosas se ven diferentes.

—Eso ya lo descubrí yo hace años.

—Mientras estaba ahí sentado me puse a pensar en esa última

intervención mía.

—¿Por qué? Ese asunto ya está resuelto.

—Eso creía yo también. No obstante..., bien, de todos modos...

Y le contó en pocas palabras el cambio que había introducido en la orden.

Kiku volvió a asentir. Estuvo a punto de decir a Greenberg que le había ahorrado el trabajo de imaginar un medio de llegar al mismo resultado salvando las apariencias, pe-ro resolvió no decírselo. En lugar de ello se inclinó sobre la mesa.

—Mildred. ¿Sabe algo del doctor Ftaeml?

—Acaba de llegar, señor.

—Muy bien. Condúzcalo a la sala de conferencias del este, por favor.

Cerró el conmutador y se volvió hacia Greenberg:

—Bueno, hijo, vamos a encantar a esas serpientes. ¿Ha traído la flauta?

6 EL ESPACIO ES PROFUNDO, EXCELENCIA

—Doctor Ftaeml, tengo el gusto de presentarle a mi colaborador, Sergei Greenberg.

El rargiliano hizo una profunda inclinación, y sus rodillas dobles y sus articulacio-nes no humanas convirtieron aquel gesto en un curioso rito.

—Conozco al distinguido señor Greenberg por su gran reputación, gracias a un compatriota mío que tuvo el privilegio de trabajar con él. Es un honor para mí, señor.

Greenberg utilizó en su respuesta la misma cortesía ampulosa que empleaba el lin-güista cósmico.

—Desde hace mucho esperaba tener la suerte de conocer personalmente el ilustrado espíritu del doctor Ftaeml, pero jamás me había atrevido a concebir que tal esperanza se convirtiese en realidad. Soy su más humilde servidor y alumno, señor.

—Doctor —interrumpió Henry Kiku—, el delicado asunto que le trae es de tal im-portancia que, debido a mis constantes ocupaciones, no he podido concederle la delica-da atención que merece. El señor Greenberg tiene la categoría de embajador extraordi-nario y ministro plenipotenciario de la Federación y está designado especialmente para esta misión.

Greenberg miró de reojo a su jefe, pero no mostró sorpresa. Ya había advertido que su jefe había dicho, «colaborador» en lugar de «ayudante». Lo habrá considerado una maniobra elemental para realzar el prestigio de uno

Librodot

de sus funcionarios, debido al pro-tocolo, pero no esperaba aquel súbito nombramiento. Tenía la seguridad de que Kiku no había pedido al Consejo que lo aprobase; sin embargo, las credenciales estaban sobre la mesa. Se preguntó si el nuevo nombramiento afectaría también al sueldo.

Decidió que el jefe dejaba ver que aquel fastidioso asunto no tenía mucha importan-cia. ¿O quizá se proponía únicamente desembarazarse del medusoide?

Ftaeml volvió a inclinarse:

—Estaré encantado de trabajar con su excelencia.

Greenberg sospechó que el rargiliano no se dejaba engañar tan fácilmente; no obs-tante, era probable que en realidad le encantase, pues ello adjudicaba también al medu-soide el rango de embajador.

Una ayudante trajo refrescos; ellos se dispusieron a cumplir el ritual. Ftaeml esco-gió un vino francés, mientras Greenberg y Kiku escogieron el único artículo rargiliano disponible..., algo llamado «vino» porque el lenguaje no daba para más, pero que pare-cía pan mojado en leche y sabía a ácido sulfúrico. Greenberg hizo ver que le gustaba sobremanera, aunque evitó cuidadosamente que pasara de sus labios.

Observó con admiración que su jefe conseguía tragarse aquello.

El rito del intercambio de bebidas, seguido por el setenta por ciento de las civiliza-ciones, dio tiempo a Greenberg para medir con la mirada a Ftaeml. El medusoide iba vestido con una costosa parodia de los trajes de etiqueta terrestres: chaqueta recortada, corbata de pajarita y pantalones cortos a rayas. Su atavío le ayudaba a ocultar el hecho de que, a pesar de que era un humanoide bifurcado con dos piernas, dos brazos y una cabeza al extremo de un tronco alargado, no tenía nada de humano, como no fuese en el sentido legal de la palabra.

Pero Greenberg había crecido con los Grandes Marcianos y había tratado desde en-tonces con muchos otros pueblos; no esperaba que los «hombres» pareciesen hombres, y no tenía el menor prejuicio en favor de la forma humana. A sus ojos, Ftaeml era bello e incluso gracioso. Su piel seca y quitinosa, de color violeta con bultos verdes, era tan suave y decorativa como la de un leopardo. La ausencia de nariz no importaba, y se veía compensada por la boca movible y sensitiva.

Greenberg llegó a la conclusión de que Ftaeml llevaba la cola enrollada en torno al cuerpo bajo sus ropas, a fin de mantener la ilusión de que su aspecto era el de un terres-tre, además de ir vestido como uno de ellos. Los rargilianos eran capaces de llegar don-de fuera, en su afán de conformarse a la antigua regla que dice: «adonde fueres, haz lo que vieres». El otro rargiliano con el que había trabajado Greenberg no llevaba ropa al-guna (puesto que los habitantes de Vega-VI no la utilizaban), y mantenía su cola enhies-ta como un gato orgulloso. Greenberg se estremeció al pensar en Vega-VI, pues allí se había visto obligado a taparse los oídos.

Dirigió una mirada a los zarcillos del medusoide. No tenían forma de serpiente, pe-ro su jefe debía de tener una cierta prevención. Desde luego, medían unos treinta centí-metros de largo y eran tan gruesos como su pulgar, pero no tenían ojos, bocas ni dien-tes..., no eran más que zarcillos. Muchísimas razas tenían zarcillos parecidos. ¿Qué eran los dedos sino zarcillos cortos?

Librodot

Kiku dejó su copa al mismo tiempo que Ftaeml dejaba la suya.

—Doctor, ¿ha consultado con sus superiores?

—He tenido ese honor, señor. Y aprovecho esta oportunidad para agradecerle la na-ve exploradora que ha puesto tan amablemente a mi disposición para realizar los inevi-tables viajes de ida y vuelta desde la superficie de su encantador planeta hasta la nave del pueblo que tengo el privilegio de representar. Sin el menor deseo de menoscabar las atenciones recibidas por parte del gran pueblo a quien ahora sirvo, me atrevo a decir que su nave es más adecuada a su finalidad, y más cómoda para un ser de mi raza, que los aparatos auxiliares que ellos transportan en la suya.

—Olvídelo. Nos encanta poder hacer un favor a un amigo.

—Me abruma con sus atenciones, señor subsecretario.

—Bien, ¿y qué le dijeron?

El doctor Ftaeml encogió todo su cuerpo.

—Me apena tener que informarle que se muestran inflexibles.

Insisten en que la hembra de su especie que se encuentra en la Tierra les sea devuel-ta sin la menor dilación.

Kiku frunció el ceño.

—No dudo que usted les habrá explicado que nosotros no tenemos tal criatura y que jamás hemos oído hablar de ella. Por si fuese poco, no tenemos ninguna razón para creer que haya estado alguna vez en nuestro planeta, y por el contrario, fuertes razones para creer que jamás ha estado en él.

—Se lo dije. Le ruego que perdone mi descortesía al traducirle su respuesta en tér-minos groseros pero inequívocos. —Se encogió para disculparse—. Dicen que usted miente.

Kiku no se dio por ofendido, pues sabía que un rargiliano en funciones de represen-tante era tan impersonal como un teléfono.

—Ojalá mintiese. Si así fuera, podría entregarles su criatura, y asunto concluido.

—Le creo —dijo Ftaeml de pronto.

—Gracias. ¿Por qué?

—Ha empleado usted el subjuntivo.

—¡Oh! ¿Les dijo que había más de siete mil variedades de criaturas no terrestres en la Tierra, representadas por unos cuantos cientos de miles de individuos? ¿Que de esos individuos, unos treinta mil son seres inteligentes, pero que de esos seres inteligentes, sólo unos cuantos tienen algo parecido a las características físicas de los hroshii? ¿Y que aun esos pocos pueden demostrar perfectamente cuál es su raza y planeta de origen?

—Yo soy rargiliano, señor. Les dije eso y mucho más, en su propio lenguaje, haciéndoselo ver tan claramente como usted mismo podría hacérselo ver a otro terrestre. Lo hice vivir ante sus ojos.

—Le creo. —Kiku tamborileó con los dedos sobre la mesa—. ¿Puede sugerirme al-go?

—Un momento —intervino Greenberg—. ¿Tiene una fotografía de un hroshii típi-co? Tal vez podría ayudarnos.

—«Hroshiu» —le corrigió Ftaeml—. O mejor, en este caso, «hroshia». Lo siento. No utilizan la simbología de la imagen. Desgraciadamente, yo no estoy equipado para sacar una fotografía.

Librodot

—¿Es una raza sin ojos?

—No, excelencia. Su vista es muy buena, agudísima. Pero sus ojos y sus sistemas nerviosos son algo diferentes a los suyos. Lo que ellos entienden por «imagen» para us-tedes no tendría el menor significado. Incluso para mí resulta difícil, y eso que es de to-dos admitido que mi raza es la más sutil en la interpretación de las abstracciones simbó-licas. Sí un rargiliano...

Se interrumpió, mostrándose satisfecho de sí mismo.

—Bien..., pues descríbanos uno. Utilice su talento semántico, justamente famoso.

—Con mucho gusto. Los hroshii que tripulan esta nave son todos del mismo tama-ño, pues pertenecen a la clase militar...

Kiku le interrumpió:

—¿La clase militar? ¿Es que es una nave de guerra, doctor? Usted no me lo dijo.

Ftaeml parecía apenado.

—Consideré que era un hecho a la vez evidente y desagradable.

—Sí, eso creo.

Kiku se preguntó si debía advertir al Estado Mayor de la Federación. Aún no era el momento, decidió. Sentía gran repugnancia ante la intromisión del elemento militar en las negociaciones, pues creía que una demostración de fuerza no sólo era admitir el fra-caso por parte de los diplomáticos, sino que impedía también toda ulterior posibilidad de acuerdo pacífico. Este parecer era perfectamente racional, pero en él seguía siendo una emoción.

—Prosiga, por favor.

—Los individuos de la clase militar son de tres sexos; las diferencias que hay entre ellos no son muy aparentes a primera vista y no tienen por qué preocuparnos. Mis com-pañeros de viaje y anfitriones son tal vez unos quince centímetros más altos que esta mesa, y su longitud es vez y media la estatura de ustedes. Tienen cuatro pares de patas y dos brazos. Sus manos son pequeñas y suaves y extremadamente diestras. En mi opi-nión, son desusadamente hermosos y en ellos la forma sirve a la función con rara gracia. Son notablemente hábiles manejando máquinas, instrumentos y haciendo toda clase de delicadas manipulaciones.

Greenberg se tranquilizó un poco mientras Ftaeml hablaba. A pesar de todo, se hallaba dominado por la acuciante impresión de que aquella criatura llamada Lummox podía pertenecer a los hroshii. Con todo, comprendía que esa idea sólo había surgido de una casual igualdad en el número de patas. ¡Como si un avestruz tuviese que ser un hombre porque también es bípedo! Deseaba clasificar a Lummox en una categoría de-terminada, y no cejaría en su empeño hasta lograrlo; pero aquella categoría no le corres-pondía.

El doctor Ftaeml continuaba:

—... pero la característica principal de los hroshii, no explicada por estos simples hechos de tamaño, forma, estructura corporal y función mecánica, es una abrumadora impresión de gran poder mental. Tan abrumadora, en realidad —el medusoide soltó una risita de embarazo— que casi me sentí persuadido de renunciar a mis honorarios profe-sionales y considerar este servicio como un privilegio.

Greenberg se sintió muy impresionado. Aquellos hroshii realmente debían de tener algo especial; los rargilianos, a pesar de ser unos agentes honrados, dejarían morir de sed a un hombre antes que comunicarle la palabra local para obtener agua, si no les pa-gaban al contado. Su actitud mercenaria poseía la cualidad de la devoción.

—Lo único —añadió Ftaeml— que me salvó de cometer ese exceso fue saber que por lo menos en una cosa yo era mejor que ellos. No son lingüistas. A pesar de que su propia lengua es rica y poderosa, es el único idioma que son capaces de aprender bien. Incluso tienen menos aptitudes lingüísticas que vuestra propia raza. —Ftaeml extendió sus grotescas manos en un gesto puramente francés (o una perfecta y estudiada imita-ción de él) y añadió—: De modo que mantuve mi propia estima y les cobré el doble.

Dejó de hablar. Kiku se quedó mirando sombríamente a la mesa y Greenberg se li-mitó a esperar. Finalmente, Kiku dijo:

—¿Qué sugiere?

—Mi apreciado amigo, sólo hay un partido que tomar. La hroshia que buscan tiene que serles entregada.

—Pero nosotros no la tenemos.

Ftaeml simuló un suspiro humano.

—Es verdaderamente lamentable.

Greenberg le miró agudamente; aquel suspiro no indicaba convicción. Comprendía que Ftaeml consideraba aquel callejón sin salida como algo tremendamente emocionan-te, lo cual era ridículo; un rargiliano, después de aceptar el papel de intermediario, de-seaba invariablemente que las negociaciones llegasen a buen puerto; un fracaso le hacía perder prestigio a sus propios ojos.

Sergei habló:

—Doctor Ftaeml, cuando se encargó de esa misión para los hroshii, ¿esperaba que podríamos encontrar a esa hroshia?

Los zarcillos de la extraña criatura se abatieron de pronto; Greenberg enarcó una ce-ja y dijo secamente:

—No, ya sé que no lo esperaba. ¿Puedo preguntarle, pues, por qué aceptó semejante misión?

Ftaeml respondió lentamente y sin su acostumbrada confianza:

—Señor, uno no puede negarse tan fácilmente a aceptar un encargo de los hroshii..., créame, no se puede.

—¡Caramba con esos hroshii! Doctor, ¿querrá usted perdonarme si le digo que aún no ha logrado hacerme comprender claramente a ese pueblo? Nos ha dicho que son de una mentalidad muy poderosa, hasta tal punto que una mentalidad superior de una raza muy avanzada, me refiero a usted, se siente casi «abrumado» en su presencia. Indica que son también poderosos en otros aspectos, hasta tal punto que usted, miembro de una raza libre y orgullosa, se ve obligado a obedecer sus deseos. Ahora los tenemos aquí en una sola nave, enfrentándose a todo un planeta, un planeta tan poderoso que ha sido ca-paz de crear una hegemonía más extensa que cualquiera de las anteriores en esta porción del espacio... y sin embargo dice que sería «lamentable» que no satisfaciéramos su im-posible demanda.

—Sí, todo eso es verdad —respondió Ftaeml con cautela.

—Cuando un rargiliano habla profesionalmente, yo no puedo dejar de

creerle, sin embargo, me cuesta creer esto último. Estas supercriaturas... ¿Por qué no hemos oído hablar nunca de ellas?

—El espacio es profundo, excelencia.

—Cierto. No dudo que existen miles de grandes razas que los terrestres nunca hemos conocido ni nunca conoceremos. ¿Debo inferir que éste es también el primer contacto de su raza con los hroshii?

—No. Los conozco desde hace mucho tiempo, desde mucho antes de conocerles a ustedes.

—¿Eh? —Greenberg dirigió una rápida mirada a Kiku, y prosiguió—: ¿Cuáles son las relaciones de Rargil con los hroshii? ¿Y por qué no han sido comunicadas a la Fede-ración?

—Excelencia, ¿es un reproche esta última pregunta? Si es así, me veo obligado a responder que en estos momentos no represento en modo alguno a mi gobierno.

—No —le tranquilizó Greenberg—, era una simple pregunta. La Federación siem-pre trata de extender sus relaciones diplomáticas lo más lejos posible. Nos sorprendió saber que su raza, que blasona de su amistad con la nuestra, estuviese enterada de la existencia de una poderosa civilización y no hubiese comunicado ese hecho a la Federa-ción.

—¿Puedo decir, excelencia, que me sorprende su sorpresa? El espacio es profundo, y los de mi raza somos grandes viajeros desde hace mucho tiempo. Tal vez la Federa-ción no ha hecho las preguntas adecuadas. Por lo que se refiere a su primera pregunta, mi pueblo no tiene relaciones diplomáticas ni relaciones de ninguna clase con los pode-rosos hroshii. Éstos son un pueblo que, como ustedes dicen, sólo se ocupa de sus pro-pios asuntos, y nosotros estamos muy contentos, como dirían ustedes, de mantenernos fuera de su camino. Han transcurrido muchos años, más de cinco de los siglos terrestres, desde la última vez que una nave hroshia apareció en nuestro cielo para pedirnos un servicio. Es mejor así.

Greenberg dijo:

—Cuanto más voy sabiendo, más confuso me parece todo esto. ¿Se detuvieron en Ragil para recoger a un intérprete en lugar de venir directamente aquí?

—No fue así exactamente. Aparecieron en nuestro cielo y nos preguntaron si tenía-mos conocimiento de la existencia de ustedes. Nosotros les respondimos que sí, ¡porque cuando los hroshii preguntan, hay que responderles! Les indicamos su planeta y yo tuve el honor no buscado de ser escogido como representante suyo. —Se encogió de hom-bros—. Y aquí me tienen. Permítanme añadir que sólo me enteré del objeto de su viaje cuando estábamos profundamente adentrados en el espacio.

Greenberg se había dado cuenta de que existía un cabo suelto.

—Un momento. Dice que le retuvieron con ellos, emprendieron el viaje a la Tierra, y le dijeron en el curso del mismo que iban en busca de una hroshia desaparecida. Debió de ser entonces cuando comprendió que la misión fracasaría. ¿Por qué?

—¿No es evidente? Nosotros los rargilianos, para decirlo en su idioma preciso y en-cantador, somos los mayores chismosos del espacio. Quizás usted diría «historiadores», pero yo quiero decir algo más significativo que eso. Chismosos. Vamos a todas partes, conocemos a todo el mundo,

Librodot

hablamos todas las lenguas. No me hacía falta «comprobar en los archivos» para saber que los hombres de la Tierra nunca habían estado en el pla-neta de los hroshii. Si ustedes hubiesen establecido tal contacto, se habrían visto obliga-dos a concentrar su atención en ellos, y hubiera surgido una guerra, lo cual habría sido conocido en todo el espacio interestelar. Se habrían enterado hasta las ratas... hermosa frase, ésta; tengo que ver una rata antes de irme. El hecho habría sido comentado y sal-pimentado con sabrosas anécdotas por los rargilianos. Por lo tanto, comprendí que debí-an estar equivocados; no encontrarían lo que buscaban.

—En otras palabras —comentó Greenberg—, ustedes les indicaron un planeta equi-vocado..., y nos hicieron cargar con el muerto.

—Por favor —protestó Ftaeml—. Nuestra identificación fue perfecta, se lo aseguro, no de su planeta, porque los hroshii no sabían de dónde vinieron ustedes, sino de uste-des mismos. Las criaturas que ellos deseaban localizar eran hombres de la Tierra, hasta el último detalle; desde las uñas hasta sus órganos internos.

—Sin embargo, usted sabía que se equivocaban, doctor. Yo no soy el formidable fi-lólogo que es usted, y me parece ver sin embargo una contradicción, o una paradoja.

—Permítame que me explique. Los que nos ocupamos del estudio de las palabras, sabemos lo poco que valen. Una paradoja sólo puede existir en las palabras, nunca en los hechos que éstas ocultan. Puesto que los hroshii describieron exactamente a los hombres de la Tierra, y puesto que yo sabía que los hombres no conocían a los hroshii, llegué a la única conclusión lógica: que existe otra raza en esta galaxia tan parecida a la suya como dos conchas gemelas, o como dos guisantes. Aunque..., ¿no suelen emplear más el término «habas»?

—«Guisantes» es el modismo correcto —respondió Kiku.

—Gracias. Su idioma es rico; tengo que refrescarlo mientras esté aquí. ¿Querrá us-ted creerlo?..., el primer hombre que me lo enseñó, me hizo aprender modismos inacep-tables en la sociedad educada. Por ejemplo, «fresco como una...».

—Sí, sí —se apresuró a decir Kiku—. Lo creo. Algunos de nuestros compatriotas tienen un sentido del humor muy curioso. ¿Y llegó usted a la conclusión de que en al-gún lugar de esta nebulosa hay una raza tan parecida a nosotros, que podrían ser nues-tros hermanos gemelos? Esa idea me parece estadísticamente improbable, totalmente imposible.

—El universo entero, señor subsecretario, es tan improbable que llega a ser ridículo. Por lo tanto, nosotros los rargilianos sabemos que Dios es un humorista.

El medusoide hizo un gesto peculiar en los de su raza, y luego lo repitió cortésmen-te a la manera humana, haciendo uno de los más vulgares gestos de reverencia de uso en la Tierra.

—¿Explicó usted a sus clientes la conclusión a que había llegado?

—Sí, señor, y se la repetí cuidadosamente en la última consulta que me hicieron. El resultado era previsible.

—¿Ah, sí?

—Todas las razas tienen sus cualidades y sus debilidades propias. Los hroshii, una vez han llegado, gracias a su poderoso intelecto, a formarse una

Librodot

opinión, no cambian tan fácilmente de idea. «Más tercos que una mula», es la expresión precisa que emplean us-tedes.

—La terquedad engendra terquedad, doctor Ftaeml.

—¡Por favor, mi querido señor! Espero que no caerá en esa tentación. Déjeme co-municarles que no han podido encontrar a su querida criatura, pero que están organizan-do búsquedas más minuciosas. Soy amigo de ustedes; no quiero admitir que esta nego-ciación pueda haber fracasado.

—Nunca en mi vida he roto una negociación —respondió amargamente Kiku—. Cuando uno se ve incapaz de convencer a sus contrincantes, a veces puede sobrevivir-les. Pero no veo qué más podemos ofrecerles. A no ser esa única posibilidad de que hablamos la última vez... ¿Ha traído usted las coordenadas de su planeta? ¿O se negaron a entregárselas?

—Las traigo. Ya le dije que no se negarían a entregármelas; los hroshii no temen en los más mínimo que otras razas sepan dónde pueden encontrarlos; eso les deja indife-rentes. —Ftaeml abrió la cartera de mano que, o bien era una imitación de una cartera terrestre, o había sido adquirida en la Tierra—. Sin embargo, no fue nada fácil. Sus con-ceptos espaciales tuvieron que ser traducidos a los que colocan a Rargil como verdadero centro del Universo, para cuyo fin fue necesario que primero les convenciese de la ne-cesidad, y después explicase las unidades espacio-tiempo que usamos en Rargil. Y aho-ra, con gran vergüenza por mi parte, pues tengo que admitir que no soy hábil en los mé-todos que usan ustedes para calcular la forma del universo, no tengo más remedio que pedirles que me ayuden a traducir nuestras cifras a las de ustedes.

—No tiene por qué avergonzarse —respondió Kiku—, porque yo mismo tampoco sé una palabra de nuestros métodos de navegación interplanetaria. Usamos especialistas para estas cosas. Un momento. —Tocó una moldura ornamental de la mesa de confe-rencias—. Póngame con BuAstro.

—Ya se han marchado todos —respondió una voz femenina—, excepto el oficial de navegación de guardia.

—Entonces, llámelo. Dese prisa.

Poco después, una voz masculina dijo:

—El doctor Warner, oficial nocturno de guardia, al habla.

—Soy Kiku, doctor, ¿resuelve usted correlaciones de espacio y tiempo?

—Desde luego, señor.

—¿Puede hacerlo a partir de datos rargilianos?

—¿Rargilianos? —El oficial de guardia lanzó un suave silbido—. Eso es otra cosa, señor. El doctor Singh es quien podría hacerlo.

—Envíemelo inmediatamente.

—Es que... verá, ya se ha ido a su casa, señor. No volverá hasta mañana por la ma-ñana.

—No quiero saber dónde está, sino que me lo envíe inmediatamente. Utilice la alarma policíaca y la llamada general si es necesario. Quiero que venga ahora.

—Es que..., sí señor.

Kiku se volvió de nuevo hacia Ftaeml:

—Espero poder demostrar que ninguna astronave terrestre visitó jamás a los hroshii. Afortunadamente, guardamos los informes de navegación espacial de todos los viajes interestelares. Mi idea es ésta: ha llegado el

momento de que se enfrenten las partes di-rigentes en esta negociación. Gracias a sus hábiles servicios de intérprete, les haremos ver que no tenemos nada que ocultar, que los servicios de nuestra civilización están completamente a su disposición, y que nos gustaría ayudarles a encontrar su hijo pródi-go, pero que éste..., o ésta, no está aquí. Después, si tienen algo que sugerir, nosotros, con mucho gusto... —Kiku se interrumpió al ver abrirse una puerta en el fondo de la es-tancia. Dijo con voz inexpresiva—: ¿Cómo está usted señor ministro?

Roy MacClure, ministro de Asuntos Espaciales de la Comunidad Federada de Civi-lizaciones, entró en la estancia. Sus ojos parecieron iluminarse únicamente al ver a Ki-ku.

—¡Por fin te encuentro, Henry! Te he buscado por todas partes. Aquella estúpida muchacha no sabía dónde habías ido, pero supuse que no habías salido del edificio. De-bieras...

Kiku lo sujetó fuertemente por el codo y dijo:

—Señor ministro, permítame que le presente al doctor Ftaeml, embajador de facto de los poderosos hroshii.

MacClure se dirigió a él sin mirarlo:

—¿Cómo está, doctor? ¿O debería decir excelencia?

—Doctor es suficiente, señor ministro. Estoy bien, gracias. ¿Me permite que le pre-gunte cómo va su salud?

—Oh, bastante bien, bastante bien, y aún iría mejor si no se presentase todo de re-pente. A propósito... ¿Me permite que le quite a mi principal colaborador? Lo siento muchísimo, pero acaba de suceder algo urgente.

—No faltaba más, señor ministro. Mi mayor deseo es verle a usted contento.

MacClure miró inquisitivamente el medusoide, pero se encontró incapaz de inter-pretar su expresión..., si es que aquel ser tenía expresión, rectificó para sus adentros.

—Confío en que le tratarán bien, doctor.

—Sí, muchas gracias.

—Magnífico. Realmente lo siento, pero... Henry, hazme el favor.

Kiku saludó al rargiliano inclinando la cabeza y después abandonó su asiento, mos-trando un rostro tan inexpresivo que Greenberg se estremeció. Kiku susurró algo al oído de MacClure, tan pronto como se hubieron apartado de la mesa.

MacClure miró a los otros dos, y respondió luego en un susurro que Greenberg pu-do oír:

—¡Sí, sí! Pero te digo que esto es de una importancia crucial, Henry. ¿Cómo se te ocurrió hacer aterrizar esas naves sin consultármelo?

La respuesta de Kiku fue inaudible. McClure prosiguió:

—¡Valiente sandez! Bien, no tendrás más remedio que salir y dar la cara. No pue-des...

Kiku se volvió bruscamente:

—Doctor Ftaeml, ¿no tenía usted intención de volver esta noche a la nave hroshii?

—No hay prisa. Estoy a sus órdenes, señor.

—Es usted amabilísimo. ¿Me permite que lo deje en las siempre buenas manos del señor Greenberg? Es como si se tratase de mí mismo.

El rargiliano se inclinó.

—Lo consideraré como un honor.

—Me permito esperar que mañana gozaré de nuevo de su agradable compañía.

El doctor Ftaeml volvió a inclinarse.

—Hasta mañana. Señor ministro, señor subsecretario..., a sus órdenes.

Éstos se marcharon. Greenberg no sabía si reír o llorar; se sentía inquieto por toda su raza. El medusoide le observaba en silencio.

Greenberg sonrió con media boca y dijo:

—Doctor, ¿incluye juramentos la lengua rargiliana?

—Señor mío, puedo decir palabrotas en más de un millar de lenguas. Algunas po-seen blasfemias que harían sonrojarse a las piedras. ¿Quiere que le enseñe algunas?

Greenberg se recostó en su silla y soltó una sonora carcajada.

—Doctor, usted me gusta. Realmente me gusta. Se lo digo, créame, sin tener en cuenta nuestro deber profesional que nos obliga a ser corteses.

Ftaeml contrajo sus labios en una buena imitación de una sonrisa humana.

—Gracias, señor. El sentimiento es mutuo... y se agradece.

¿Puedo decir, sin intención de ofender a nadie, que el modo de recibirnos que tienen a veces los habitantes de su gran planeta es algo que hay que tomarse con filosofía?

—Lo sé, y créame que lo lamento. Mis compatriotas, la mayoría de ellos, están hon-radamente convencidos de que los prejuicios de su aldea nativa fueron decretados por el Todopoderoso. Ojalá fuese de otro modo.

—No tiene usted que avergonzarse. Créame, señor, ésa es la única convicción que se ve compartida por todas las razas del universo, lo único que tenemos todos en común. Y mi raza no es excepción. Si usted supiese idiomas... Todos los idiomas llevan en ellos un retrato de los seres que los hablan, y los modismos y giros de todas las lenguas repi-ten incansablemente: es un extranjero y, por lo tanto, un bárbaro.

Greenberg sonrió torcidamente.

—Es desalentador, ¿verdad?

—¿Desalentador? ¿Por qué tiene que serlo? En realidad, es para morirse de risa. Es el único chiste que no se cansa de repetir Dios, porque su humor nunca se marchita. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Cuál es su deseo? ¿Quiere que continuemos examinando este asunto? ¿O simplemente su proposito es que continuemos conversando amigable-mente hasta el regreso de su... colaborador?

Greenberg comprendió que el rargiliano le decía, lo más cortesmente posible, que él no podía actuar sin Kiku. Greenberg decidió que no podía esperar lo contrario. Y ade-más, tenía hambre.

—¿No hemos trabajado ya bastante por hoy, doctor? ¿Quiere concederme el honor de cenar conmigo?

—¡No sabe cuánto me gustaría! Pero..., ¿conoce usted nuestros peculiares regíme-nes?

—Ciertamente. Recuerde que pasé varias semanas en compañía de un compatriota de usted. Podemos ir al Hotel Universal.

—Sí, claro.

El doctor Ftaeml no parecía muy entusiasmado.

—¿O tal vez preferiría otra cosa?

—He oído hablar de sus restaurantes con espectáculo. ¿Sería posible? ¿O es...?

—¿Un club nocturno? —Greenberg reflexionó—. ¡Sí! El Club Cósmico. Su cocina puede preparar cualquiera de los platos que sirven en el Hotel Universal.

Se disponían a marcharse cuando se abrió una puerta y un hombre delgado y more-no asomó la cabeza por ella.

—Oh, discúlpeme. Creía que el señor Kiku estaba aquí.

Greenberg recordó de pronto que su jefe había llamado a un matemático relativista.

—Un momento. Supongo que es usted el doctor Singh.

—Sí.

—Lo siento, pero el señor Kiku ha tenido que marcharse, dejándome a mí en su lu-gar.

Los presentó y explicó el problema; Singh examinó el rollo de papel rargiliano e hizo un signo de asentimiento.

—Requerirá cierto tiempo.

—¿Puedo ayudarle en algo, doctor? —preguntó Ftaeml.

—No será necesario. Sus notas son muy completas.

Una vez tranquilizados sobre aquel particular, Greenberg y Ftaeml se dirigieron hacia la ciudad.

El espectáculo del Club Cósmico incluía un malabarista, que deleitó a Ftaeml, y co-ristas, que deleitaron a Greenberg. Ya era tarde cuando Greenberg dejó a Ftaeml en una de las habitaciones especiales reservadas para los huéspedes no humanos del Departa-mento Espacial en el Hotel Universal. Greenberg bostezaba al descender en el ascensor, pero decidió que la velada había valido la pena en lo que se refería al afianzamiento de las relaciones extranjeras.

A pesar de estar muy cansado, pasó por el Departamento. Ftaeml había revelado una cosa, durante la velada, que él creyó que su jefe debía saber, aquella misma noche, si podía encontrarlo. Si no, tendría que dejarle una nota sobre su mesa. El rargiliano, en-tusiasmado ante las proezas del malabarista, manifestó su pena porque tales cosas pron-to dejarían de existir.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Greenberg.

—Cuando la poderosa Tierra sea volatilizada... —empezó a decir el medusoide, pe-ro se interrumpió.

Greenberg trató de sonsacarle, pero el rargiliano insistió en que había estado bro-meando.

Sergei se preguntó si aquello significaría algo realmente. Pero el humor rargiliano solía ser mucho más sutil; por lo tanto, resolvió comunicárselo a Kiku lo antes posible. Tal vez aquella extraña nave requiriera una descarga de frecuencias paralizadoras, una bomba «cascanueces» y una dosis de vacío.

El guarda nocturno le detuvo a la puerta.

—Señor Greenberg..., el subsecretario le busca desde hace media hora.

Dio las gracias al guarda y subió las escaleras de dos en dos. Encontró a

Kiku incli-nado sobre la mesa de su despacho; la bandeja de entrada estaba abarrotada como siem-pre, pero el subsecretario no le concedía ninguna atención. Levantó la mirada y dijo calmosamente:

—Buenas noches, Sergei. Mire esto.

Y le tendió un informe...

Era la traducción que Singh había hecho de las notas de Ftaeml. Greenberg siguió las coordenadas geocéntricas inferiores e hizo una rápida suma.

—¡Más de novecientos años luz! —contestó—. Y además, en esa dirección. No me extraña que jamás nos hayamos encontrado. No son exactamente lo que se llama veci-nos de rellano, ¿eh?

—Eso ahora no importa —le advirtió Kiku—. Observe la fecha. Este cómputo sirve a los hroshii para alegar cuándo y dónde fueron visitados por una de nuestras naves.

Greenberg miró la fecha y sintió que se le helaba la sangre. Se dirigió a la máquina de respuestas y empezó a registrar una pregunta.

—No se moleste en hacerlo —le dijo Kiku—. Su recuerdo es exacto. El «Rastro de Fuego». En su segundo viaje.

—El «Rastro de Fuego»... —repitió Greenberg como alelado.

—Sí. Nunca supimos qué ruta siguió y, por lo tanto, no podíamos conjeturarlo. Pero sabemos exactamente cuándo fue allí. Concuerda con este informe. Es una hipótesis mucho más sencilla que la de esas dos razas gemelas de que habla el doctor Ftaeml.

—Desde luego. —Miró a su jefe—. Entonces... es Lummox.

—Sí, es Lummox.

—Pero es que no puede ser. No tiene manos. Es más estúpido que un conejo.

—No, no puede ser. Pero es.

7 DE VUELTA A CASA

Cuando Lummox se cansó de estar en el depósito, hizo una brecha en la pared del mis-mo —procurando hacer el menor daño posible— y se volvió a casa. Estaba harto de dis-cutir, así que poco le importaba que John Thomas le riñera por haberse escapado.

Ignoró a las personas que armaban un gran escándalo a causa de su fuga, y se limitó a tener cuidado de no pisar a nadie. Incluso cuando lo rociaron con aquellas malditas mangueras, cerró los ojos y sus hileras de

Librodot

narices, y siguió su camino de regreso a casa.

John Thomas lo encontró por el camino, después de que el jefe de policía, que se hallaba en un estado rayano en el histerismo, fuera a buscarle. Se saludaron y se hicie-ron toda clase de preguntas. Lummox hizo una silla para John Thomas y luego siguió marchando con decisión hacia su casa.

El jefe Dreiser chillaba como un loco:

—¡Obliga a dar la vuelta a ese bruto!

—Hágalo usted —le respondió sombríamente Johnnie.

—¡Esto te costará muy caro!

—¿Pero qué he hecho?

—Tú..., querrás decir qué no has hecho. Esa bestia se ha escapado y...

—Yo ni siquiera estaba allí —señaló John Thomas, mientras Lummox seguía an-dando como si tal cosa.

—Sí, pero... ¡Eso no tiene nada que ver! Ahora está libre; tu obligación es ayudar a la ley y lograr que lo encierren de nuevo. John Stuart, te vas a meter en un buen lio.

—Francamente, no lo creo. Fue usted quien me lo quitó, quien hizo que le condena-sen y quien dice que ya no me pertenece. Incluso quiso matarlo, no lo niegue, sin espe-rar a que el Gobierno diese su conformidad. Si me pertenece de verdad, tendría que po-nerle un pleito. Si no me pertenece, me importa un comino que Lummox se haya esca-pado de ese depósito. —John Thomas se inclinó y miró a Dreiser—. ¿Por qué no sube en su coche, jefe, en lugar de agotarse corriendo a nuestro lado?

El jefe Dreiser aceptó a regañadientes el consejo y permitió que su chófer lo reco-giese. Cuando subió a su coche, ya había recobrado parte del dominio de sí mismo. Se asomó por la ventanilla y dijo:

—John Stuart, no quiero perder el tiempo discutiendo contigo. Lo que yo haya hecho o dejado de hacer, no tiene nada que ver con esto. Los ciudadanos tienen la obli-gación de colaborar con los agentes del orden siempre que sea necesario. Te pido ofi-cialmente, y tengo conectado el micrófono de este coche mientras lo hago, que me ayu-des a conducir de nuevo esa bestia al depósito.

John Thomas mostró una expresión de inocencia.

—¿Y después podré irme a casa?

—¿Eh? Desde luego.

—Gracias, jefe. Pero, ¿cuánto tiempo cree que permanecerá en el depósito después de que yo lo deje en él y me vuelva a casa? ¿O es que tiene la intención de alquilar mis servicios como miembro permanente de sus fuerzas policiales?

El jefe Dreiser se dio por vencido, y Lummox continuó su camino a casa.

Sin embargo, Dreiser consideró aquello como una derrota temporal; la tozudez que le convertía en un buen agente de policía no lo abandonó. Tuvo que admitir que el pú-blico estaría probablemente más seguro con aquella bestia encerrada en su casa, y entre tanto él podría imaginar algún medio seguro de matarlo. La orden del subsecretario de Asuntos Espaciales, permitiéndole destruir a Lummox, llegó a sus manos y Dreiser se sintió mejor. El viejo juez O'Farrell se había mostrado bastante sarcástico ante sus fra-casos.

La cancelación de aquella orden, y su rectificación aplazando indefinidamente la muerte de Lummox nunca llegó hasta él. Un empleado nuevo en la oficina de comuni-caciones del Departamento Espacial cometió un ligero error, consistente en la trasposi-ción de dos símbolos; como resultado, la cancelación fue enviada a Plutón; y el anexo, por el hecho de ir unido a la misma, siguió idéntico camino.

Por lo tanto, Dreiser permanecía sentado en su despacho con la sentencia de muerte en la mano, pensando a qué medios recurriría para liquidar a la bestia. ¿Electrocutarla? Quizá..., pero ni siquiera podía conjeturar cuántas descargas serían necesarias. ¿Dego-llarla como a un cerdo? El jefe tenía serias dudas acerca de la clase de cuchillo que de-bería utilizar, y de lo que haría el bruto entre tanto.

Las armas de fuego y los explosivos no servían. ¡Un momento! Podría hacer que el monstruo abriera la boca de par en par, y disparar entonces apuntando a su gaznate y utilizando una carga explosiva que lo hiciese papilla interiormente. ¡Matarlo al instante, sí señor! Muchos animales tenían una coraza —tortugas, rinocerontes, armadillos y otros—, pero siempre en el exterior, nunca dentro. Aquel bruto no era una excepción; el jefe Dreiser había echado algunas miradas por su bocaza cuando probó con el veneno. Aquella bestia podía ser exteriormente todo lo acorazada que se quisiera; pero en el in-terior, era rosada, húmeda y suave como cualquier otro animal.

Veamos..., habría que conseguir que el chico Stuart dijese al bruto que abriese la boca y..., no, eso no serviría. El chico se daría cuenta de sus intenciones, y era capaz de ordenar a la bestia que atacase... Como resultado, algunas viudas de policías cobrarían pensiones. Aquel chico se estaba descarriando, no había duda. Era una pena ver cómo un buen muchacho podía tomar el mal camino para terminar con sus huesos en la cárcel.

No, lo que había que hacer era atraer al chico a la ciudad con cualquier excusa y cumplir la orden en su ausencia. Podían inducir al bruto a que dijese «ah» ofreciéndole comida..., o arrojándosela, rectificó Dreiser.

Consultó su reloj. ¿Hoy? No, antes quería escoger el arma y luego instruir bien a todos para que la cosa fuese como una seda. Mañana a primera hora. Lo mejor que po-día hacer era recoger al chico después del desayuno.

Lummox parecía contento de hallarse nuevamente en casa, y dispuesto a olvidar el pasado. Nunca dijo una palabra acerca del jefe Dreiser, y si comprendió que habían tra-tado de hacerle daño, nunca lo mencionó. Su disposición naturalmente bondadosa se mostró en el hecho de que quisiera poner la cabeza sobre las rodillas de Johnnie para que éste lo abrazase. Hacía mucho tiempo que su cabeza era demasiado grande para po-der hacerlo; se limitó a poner el extremo de su hocico sobre los muslos del muchacho, procurando no aplastarlos con su peso, mientras Johnnie le acariciaba la nariz con un pedazo de ladrillo.

Johnnie sólo era feliz a medias. Con el regreso de Lummox se sentía mucho más aliviado, pero comprendía que las cosas aún no estaban resueltas. El jefe Dreiser no ce-jaría hasta dar muerte a Lummox. Esta idea le causaba muchos dolores de cabeza.

Su madre aumentó su disgusto cuando lanzó un gran chillido al ver que

«¡esa bes-tia»! volvía a la mansión de los Stuart. John Thomas hizo caso omiso de sus exigencias, órdenes y amenazas, y llevó a su amigo al establo para darle pienso y agua; transcurrido cierto tiempo, ella volvió a entrar en la casa hecha una furia, diciendo que iba a telefo-near al jefe Dreiser. Johnnie ya lo esperaba, y estaba completamente seguro que nada sucedería. Y nada sucedió; su madre continuó encerrada en casa. Pero Johnnie se mostraba muy apenado por ello; siempre se había llevado muy bien con su madre, y era un hijo deferente y obsequioso. Le causaba mucha pena ponerla de aquel modo; en reali-dad, aún lo sentía más que ella. Cada vez que su padre se había marchado de casa (in-cluso aquella vez en que su nave no volvió) había dicho a Johnnie:

—Cuida a tu madre, hijo. No le des el menor disgusto.

Bien, él lo había intentado. ¡Lo había intentado hasta donde pudo! Pero estaba segu-ro de que su padre nunca habría imaginado que su madre quisiese librarse de Lummox. Su madre se había casado con su padre a sabiendas de que Lummox formaba parte del equipo, ¿no?

Betty nunca le haría una cosa semejante.

¿O tal vez sí?

Las mujeres eran unas criaturas muy extrañas. Quizás él y Lum harían mejor en quedarse solteros y no correr ese riesgo. Continuó sumido en sus cavilaciones hasta el anochecer, pasando el tiempo en compañía de la bestia estelar, y acariciándola. Los tu-mores de Lummie eran otra causa de preocupación para él. Uno de ellos parecía muy tierno y a punto de reventar: John Thomas se preguntó si no debería abrirlo con un bis-turí. Pero nadie podía saberlo mejor que él y él no sabía nada.

Por si no fuese bastante, ahora Lummox se le ponía enfermo... ¡Vamos, era el col-mo!

No se presentó a cenar. Su madre salió a buscarle con una bandeja.

—He pensado que tal vez te gustaría cenar aquí fuera con Lummox —le dijo con blandura.

—Sí, gracias, mamá, gracias.

—¿Cómo está Lummie?

—Oh, está bien, supongo.

—Tanto mejor.

Él la siguió con la mirada cuando ella entró en la casa. Su madre enfadada ya era bastante desagradable, pero con aquella expresión secreta y felina, toda dulzura y luz, aún le daba más miedo. Sin embargo, despachó la excelente cena con buen apetito, pues no había tomado nada desde el desayuno. Ella volvió a salir media hora después y dijo:

—¿Has terminado, querido?

—Ah, sí, gracias, estaba muy bueno.

—Gracias a ti, querido. ¿Quieres traerme la bandeja? Me gustaría que vinieses a ca-sa.

Y la puerta se cerró tras su madre.

La encontró en el piso de abajo, sentada en su sillón, haciendo unos calcetines de punto. Le sonrió y dijo:

—¿Y bien? ¿Cómo van los ánimos?

—Muy bien.

—Quítate el zapato, querido. Quiero probarte este calcetín.

Librodot

Contrariado, él empezó a quitarse el zapato. De pronto se interrumpió.

—Mamá, no me gustan los calcetines de lana.

—¿Qué dices, querido? Pero si a mamá le gusta mucho hacértelos.

—Sí, pero... Mira, es que me hacen ampollas en la planta del pie. ¡Me parece que ya te las he enseñado bastantes veces!

—¡No seas tontuelo! ¿Cómo quieres que esta lana tan suave te haga daño en los pies? Piensa lo que te costaría un par de calcetines de verdadera lana y hechos a mano, si tuvieses que comprarlos. Cualquier muchacho se mostraría agradecidísimo.

—¡Te digo que no me gustan!

Ella suspiró:

—A veces, hijo mío, no sé qué hacer contigo; verdaderamente no lo sé. —Enrolló su labor y la puso a un lado.

Él la miró fijamente y no dijo nada.

De pronto, su madre se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Johnnie..., Johnnie, hijo mío... Mírame, hijito. Es una lástima que nos hayamos dicho cosas desagradables... Estoy segura de que tu intención no era ofenderme. Pero mamá sólo piensa, ahora y siempre, en tu bien, ¿sabes?

—Sí, creo que sí.

—Mamá no piensa otra cosa, su mayor preocupación es tu bienestar. Tú eres joven, y cuando se es joven nos parecen importantes cosas que no lo son en absoluto. Pero cuando seas mayor, comprenderás que mamá sabía mejor que tú lo que te convenía. ¿Es que no lo comprendes?

—Bueno... Oye, mamá, hablemos de Lummox. Sólo con que pudiese...

—Por favor, hijito. Mamá tiene una jaqueca fenomenal. No hablemos más de eso ahora. Trata de dormir bien esta noche, y mañana verás las cosas de otro modo. —Le dio unas palmaditas en la mejilla, se inclinó y le dio un beso—. Buenas noches, hijo.

—Adiós.

Él permaneció allí sentado un buen rato, después que ella se hubo ido, esforzándose por comprender. Por último, terminó por levantarse, y salió fuera para ver a Lummox.

8 UNA SENSATA DECISIÓN

John Thomas no sabía de qué hablar con Lummox, así que no se quedó mucho rato jun-to a él. Lummox, consciente de su preocupación, le acosaba a preguntas. Finalmente, John Thomas hizo un esfuerzo y le dijo:

—¡No te oculto nada malo! Cállate y procura dormir. Y no se te ocurra moverte del patio; si lo haces, te haré poner de rodillas y te pegaré.

—Sí, Johnnie. No deseo salir. No quiero que la gente se meta conmigo.

—Pues a ver si no lo olvidas y no vuelves a hacerlo.

—No lo haré, Johnnie. Te lo prometo.

John Thomas regresó a casa, subió a su habitación y se echó sobre la cama. Pero no lograba conciliar el sueño. Al cabo de un rato se levantó, a medio vestir, y subió al des-ván. Aquella casa era muy antigua y tenía incluso buhardilla, a la que se accedía por una escalera de madera y una trampa abierta en el techo de un gabinete del piso alto. En otro tiempo hubo allí una escalera, pero fue suprimida cuando se construyó la terraza de aterrizaje en el tejado, pues se necesitó el espacio que ocupaba para colocar el ascensor.

Pero el desván seguía en el mismo sitio, y era el único retiro auténtico que tenía John Thomas. Su madre solía «limpiarle» a veces la habitación, si bien habitualmente lo hacía él. Cualquier cosa podía ocurrir cuando su madre le limpiaba la habitación. Sus papeles se perdían, eran destruidos o incluso leídos, porque ella era de la opinión de que entre padres e hijos no debe haber secretos.

Por lo tanto, todo aquello que quería tener bien guardado lo tenía en el desván; su madre nunca subía allí, pues las escaleras de mano le daban vértigo. El muchacho dis-ponía en aquel lugar de una habitación muy reducida, casi sin ventilación y enormemen-te sucia, que su madre suponía que utilizaba únicamente como cuarto de trastos viejos. Su verdadero uso tenía múltiples aspectos: había criado serpientes en ella algunos años antes; allí guardaba la pequeña colección de libros que todos los jóvenes forman a es-condidas de los padres; incluso tenía un teléfono supletorio conectado a la línea audio-visual de su dormitorio. Este aparato era el resultado práctico de las enseñanzas de física que recibió en la Escuela Superior, y le dio mucho trabajo su instalación, pues no sólo tuvo que montarlo aprovechando las ausencias de su madre y de tal modo que ésta no pudiera darse cuenta, sino que, además, tuvo que evitar que los técnicos de la compañía telefónica lo advirtiesen.

Pero el teléfono funcionaba, y él le añadió un circuito auxiliar que hacía encenderse una luz de aviso si alguien escuchaba desde los otros aparatos que había en la casa.

Aquella noche no sentía deseos de llamar a nadie, y ya había pasado la hora en que se podía telefonear a Betty. Simplemente quería estar solo, y revisar algunos papeles que llevaba mucho tiempo sin ver. Rebuscó debajo de su mesa de trabajo, accionó una palanca y se abrió una puertecilla en lo que parecía ser una pared lisa. En el armario así surgido, se veían libros y papeles que él se apresuró a sacar.

Entre aquellos tesoros había un libro de notas en papel biblia, el diario de su bis-abuelo durante el segundo viaje de exploración del «Rastro de Fuego». Tenía más de cien años y estaba muy manoseado. John Thomas lo había leído docenas de veces; su-ponía que su padre y su abuelo habían hecho lo mismo. Todas las páginas estaban en un estado muy precario, y algunas habían sido restauradas.

Empezó a hojearlo, volviendo cuidadosamente las páginas, y pasando

rápidamente la vista por ellas. Sus ojos se detuvieron en un párrafo que casi se sabía de memoria: «...algunos de los muchachos tienen pánico, especialmente los casados. Pero debieran haberlo pensado mejor antes de alistarse. Ahora todos sabemos lo que nos espera; sali-mos disparados y llegamos a un sitio bastante lejano. ¿Pero qué importa? Nosotros lo que queríamos era viajar, ¿no?»

John Thomas pasó unas cuantas páginas más. Conocía desde hacía tanto tiempo la historia del «Rastro de Fuego» que el releerlo no te producía asombro ni terror. Había sido una de las primeras naves interestelares, y su comandante y tripulación se habían convertido en modernos descubridores, con el mismo arrojo ante lo desconocido que señaló los días de oro del siglo xv, en que los hombres desafiaron mares no señalados en los mapas, aventurándose por ellos en frágiles navíos de madera. El «Rastro de Fuego» y sus naves hermanas siguieron el mismo camino, rompiendo la barrera de Einstein, en la presunción de que podrían regresar. John Thomas VIII se hallaba a bordo de aquella nave en su segundo viaje, y al volver a la Tierra se casó, tuvo un hijo y se estableció; fue él quien construyó la terraza de aterrizaje en el tejado.

Una noche oyó otra vez la llamada de lo desconocido, y se alistó de nuevo. Nunca más volvió.

John Thomas buscó la primera mención de Lummox en el diario: «Este planeta es muy similar a la Tierra, lo cual supone un alivio después de los tres últimos que hemos visitado, que eran repugnantes. Aquí la evolución ha hecho las cosas a doble escala; en lugar de la disposición de cuatro miembros, que entre nosotros se considera correcta, casi todo el mundo tiene por lo menos ocho patas. Hay "ratones" que parecen ciempiés, criaturas parecidas a conejos con seis patitas y un par de enormes patas saltadoras; y to-da clase de seres, hasta unos tan grandes como jirafas. Me apoderé de un animalito (si es que puede llamársele así..., la verdad es que se acercó y se encaramó sobre mis rodillas) y me quedé tan prendado de él que quisiera quedármelo como mascota. Me recuerda a un cachorro de basset, aunque mejor constituido. Cristy estaba de guardia en la escotilla estanca, de modo que pude llevarlo a bordo sin verme obligado a entregarlo a los biólo-gos».

El diario del día siguiente no mencionaba a Lummox, pues trataba de algo más se-rio: «Esta vez hemos dado en el blanco... Civilización. Mis compañeros están tan exci-tados que casi han perdido la cabeza. He visto desde lejos a un miembro de la raza do-minante. Tienen el mismo número de patas, pero fuera de esto, hacen que uno se pre-gunte qué le hubiera pasado a la Tierra si los dinosaurios hubiesen conseguido medrar».

Y más adelante: «Me he preguntado qué podría dar de comer a mi cariñoso cacho-rrillo. Le gusta de todo lo que logro coger para él de la despensa, pero también come cualquier otra cosa. Hoy se ha comido mi estilográfica Everlasting, y eso me tiene pre-ocupado. No creo que la tinta lo envenene, pero ¿qué efecto le producirán las partes de metal y plástico? Es como una criatura; se lleva a la boca todo cuanto cae en sus manos.

»Cada día es más listo. El muy pillín incluso parece que va a romper a hablar de un momento a otro; me mira y se pone a lloriquear, y yo le miro y hago lo propio. Después se sube a mis rodillas y me dice que me quiere, lisa

Librodot

y llanamente. Que me ahorquen si dejo que los biólogos le echen mano, aunque me descubran. Esos pájaros de cuenta serí-an capaces de abrirle la barriga para investigar en ella. Él me quiere y confía en mí, y yo no voy a abandonarlo».

El diario se saltaba un par de días; el «Rastro de Fuego» había tenido que efectuar un despegue de urgencia, y el ayudante de energía, J. T. Stuart, había estado demasiado ocupado para escribir. John Thomas sabía por qué: las negociaciones iniciadas con la raza dominante, bajo tan buenos augurios habían abocado al más completo fracaso..., sin que nadie supiera por qué.

El capitán tuvo que huir a escape para salvar su nave y la tripulación. Salieron dis-parados, rompiendo de nuevo la barrera de Einstein, sin conseguir obtener de la raza in-teligente los datos astronómicos que deseaban.

Había sólo unos cuantos párrafos más acerca de Lummox cachorrillo: John Thomas apartó el diario, pues no tenía ánimos para seguir leyendo las referencias a Lummox. Al poner de nuevo sus cosas en el escondrijo, su mano se posó sobre un librito impreso por cuenta del autor, titulado Algunas notas sobre mi familia. Fue escrito por su abuelo, John Thomas Stuart IX, y el padre de Johnnie lo había puesto al día antes de partir para siempre en su último viaje. Formaba parte de la biblioteca de la familia, donde figuraba también la voluminosa biografía oficial de John Thomas Stuart VI, pero Johnnie se lo llevó al ático sin que nadie lo advirtiese, y su madre nunca lo echó de menos. Se lo sabía casi tan de memoria como el diario, pero empezó a hojearlo para no pensar en Lummox.

El libro empezaba en 1880, con John Thomas Stuart. No se sabía quienes fueron sus padres y su familia, pues provenía de una pequeña población de Illinois, que en aquellos remotos tiempos no llevaba registro oficial de nacimientos. El mismo terminó de borrar la, pista de sus antecesores, enrolándose en un barco cuando tenía catorce años. Navegó por los mares de China en naves mercantes, sobrevivió a palizas y a la mala alimenta-ción, y por último terminó «echando el ancla», como capitán retirado, en las postrimerí-as de la navegación a vela. Fue él quien construyó la vieja mansión en que John Thomas vivía.

Su hijo, John Thomas, no sintió la llamada del mar. En lugar de eso, se mató volan-do en un extraño aparato al que denominaban «aeroplano». Eso ocurrió antes de la pri-mera de las guerras mundiales; después, durante varios años, la casa recibió «huéspedes de pago».

J. T. Stuart III murió cumpliendo fines más importantes; el submarino donde servía como oficial artillero penetró en el estrecho de Tsushima, en dirección al mar del Japón, pero nunca regresó.

John Thomas Stuart IV murió en el primer viaje a la Luna.

John Thomas V emigró a Marte; su hijo, el personaje famoso de la familia, no inte-resaba a Johnnie, que se saltó rápidamente las páginas que se ocupaban de él; hacía mu-cho tiempo que estaba harto de que le recordasen que llevaba el mismo nombre que el general Stuart, el primer gobernador de la Comunidad Marciana después de la revolu-ción. Johnnie se preguntó qué le hubiera ocurrido de haber fracasado la revolución. ¿Lo hubieran colgado, en lugar de erigirle estatuas?

En gran parte del libro, el abuelo de Johnnie se había propuesto

Librodot

reivindicar el nom-bre de su propio abuelo, porque el hijo del general Stuart fue todo lo contrario de un héroe; pasó los últimos quince años de su vida trabajando duramente en la colonia peni-tenciaria de Tritón. Su esposa volvió a la Tierra con su familia, tomando de nuevo su nombre de soltera, para ella y para su hijo.

Pero este último se presentó orgullosamente ante un tribunal el día que fue mayor de edad, y se hizo cambiar el nombre de Carlton Gimmidge por el de John Thomas Stuart VIII. Fue él quien trajo al encantador Lummox a casa, y utilizó el dinero que le proporcionó el segundo viaje del «Rastro de Fuego» para adquirir de nuevo la casa sola-riega. Al parecer, llevó a su propio hijo al convencimiento de que su abuelo había reci-bido un trato injusto; su hijo hacía mucho hincapié en esto en su libro.

El abuelo de Johnnie hubiera podido acudir a los servicios de un abogado para rei-vindicar su nombre mancillado. El libro decía simplemente que John Thomas Stuart IX abandonó el servicio y nunca volvió a viajar por el espacio, pues Johnnie sabía que le dieron a escoger entre la renuncia o un consejo de guerra; su propio padre se lo había dicho, diciéndole también que su abuelo hubiera salido del proceso con todos los hono-res, sólo con que hubiese querido declarar. Su padre añadió: «Johnnie, preferiría ver que te mantienes fiel a tus amigos, antes que verte con el pecho cubierto de medallas».

El viejo aún vivía cuando el padre de Johnnie le contó esto. Otro día, aprovechando que su padre estaba de patrulla, Johnnie le dio a entender que lo sabía.

El abuelo se puso furioso.

—¡Rayos y centellas! —gritó—. Me dieron la muerte civil.

—Pero papá dice que en realidad fue tu piloto quien…

—Tu padre no estaba allí. El capitán Dominic era el más cumplido piloto que jamás pisó acero. Descanse en paz su alma.

Johnnie trató de sacar algo más en claro después de la muerte de su abuelo, pero su padre le respondió con una evasiva:

—Tu abuelo era un romántico sentimental, Johnnie. Nunca tuvo instinto comercial ni comprendió el valor del dinero. —Sacándose la pipa de la boca, echó una bocanada de humo y añadió—: Pero nos divertimos mucho.

Johnnie guardó los libros y papeles, dándose cuenta oscuramente de que no le había hecho mucho bien leer la historia de sus antepasados; no podía quitarse a Lummox de la cabeza. Pensó que lo mejor que podía hacer era bajar e irse a dormir.

Se disponía a poner en obra esta idea, cuando el teléfono se iluminó; tomó el auricu-lar antes de que la luz se convirtiese en llamada acústica; no quería que su madre se despertase.

—¿Diga?

—¿Eres tú, Johnnie?

—Sí. No puedo verte, Betty; estoy en el desván.

—No es ésa la única razón. No he podido arreglarme la cara y, por lo tanto, he ce-rrado el video. Además, aquí en el vestíbulo está más negro que boca de lobo, pues a es-ta hora de la noche no me permiten telefonear. Oye, no estará escuchando la duquesa, ¿verdad?

Johnnie miró la señal de aviso.

—No.

—Voy a ser breve. Mis espías me comunican que el diácono Dreiser ha recibido la conformidad para llevar adelante su idea.

—¡No!

—Sí. ¿Qué vamos a hacer? Esa es la cuestión. No podemos quedarnos cruzados de brazos dejando que él haga lo que le plazca.

—No, claro. Lo que ocurre es que no sé qué hacer y...

En ese momento, se cortó la comunicación.

Trató de llamarla de nuevo, pero sólo recibió como respuesta una voz grabada que decía:

—Este aparato está fuera de servicio directo hasta mañana a las ocho de la mañana. Si desea grabar un mensaje, marque el...

Permaneció sentado con la cabeza entre las manos, y deseando estar muerto.

Siguió sentado allí, sin saber qué partido tomar. Cuanto más pensaba en ello, mayor disgusto sentía.

¡Al diablo el sentido común! ¡Ninguno de sus antepasados lo había utilizado! ¿Quién era él para inaugurar semejante práctica en la familia?

Ninguno de ellos había cometido acciones sensatas y correctas. Por ejemplo, el pa-dre de su tatarabuelo se encontró ante una situación que no le gustaba, y puso a todo un planeta patas arriba con una sangrienta guerra que duró siete años. Desde luego, lo con-sideraron un héroe..., pero ¿tiene algo que ver con el sentido común el desencadenar una revolución?

O por ejemplo... ¡Qué diablo, cualquiera de ellos! No había existido ni un solo «buen chico» en los Stuart ¿Hubiera su abuelo abandonado a su suerte a Lummox? Desde luego que no. Hubiera sido capaz de derribar la sala del tribunal con tas manos desnudas. Si su abuelo se encontrase en el mismo caso que él, estaría montando guardia al lado de Lummox, empuñando un rifle y desafiando al mundo a que se atreviese a hacerle el menor daño. Ultimó su plan. Poseía la virtud de no tener absolutamente ni pies ni cabeza; constaba de locura y riesgo a partes iguales. Pensó que a su abuelo le hubiera entusiasmado.

9 EL PATITO FEO

Descendió con cautela y se paró a escuchar a la puerta del dormitorio de su madre. Se trataba de un gesto instintivo, pues sabía que la estancia estaba insonorizada. Luego fue a su habitación y se preparó para la marcha;

Librodot

se vistió de montañero, con botas de clavos, y colocó sus útiles de acampada en sus bolsillos, sin olvidar el saco de dormir y su co-rrespondiente grupo electrógeno.

Contó su dinero y profirió un juramento; el resto se hallaba en su libreta de ahorros y no tenía tiempo de ir a retirarlo. Qué se le iba a hacer... Bajaba ya la escalera, cuando se acordó de algo importante, y volvió a su escritorio.

«Querida mamá —escribió—, Lum y yo nos vamos y será mejor que no tratéis de buscarnos. Lamento tomar esta decisión, pero no tengo otra alternativa.»

Releyó la nota, añadió «Te quiere» y la firmó.

Empezó a redactar otra para Betty, pero tras varios intentos se dijo que era mejor enviarle una carta cuando tuviese más cosas que decirle. Se dirigió al comedor y dejó la nota sobre la mesa. Luego fue a la despensa y cogió algunas cosas de comer. Pocos mi-nutos después, cargado con una gran mochila atestada de latas y paquetes, salió para di-rigirse al cobertizo de Lummox.

Su mascota dormía. El ojo vigilante lo reconoció, así que Lummox siguió durmien-do apaciblemente. John Thomas tomó impulso y atizó un tremendo puntapié en el cos-tado de Lummox.

—¡Eh, Lummox! Despierta.

La bestia abrió sus otros ojos, bostezó discretamente y dijo con su vocecita aflauta-da:

—Hola, Johnnie.

—Levántate. Nos vamos de excursión.

Lummox extendió sus patas y se incorporó, dejando que una ondulación corriese por su lomo, desde la cabeza hasta la cola.

—De acuerdo.

—Hazme un asiento; y haz sitio también para esto.

John Thomas izó la mochila hasta el lomo de la bestia y luego trepó él. Pronto se hallaron en la carretera.

A pesar de ser un inexperto mozalbete, John Thomas sabía que escaparse y ocultar-se con Lummox constituía un proyecto de casi imposible realización; Lummox llamaría la atención en todas partes. No obstante, había una cierta dosis de método en aquella lo-cura; no resultaba tan imposible ocultar a Lummox cerca de Westville, como lo hubiera resultado en otros sitios.

Westville se extendía en un valle montañoso muy abierto; inmediatamente al oeste, el espinazo de la cordillera elevaba sus agudos picachos hacia el cielo. A pocos kilóme-tros de la ciudad comenzaba una de las grandes zonas primitivas del país, constituida por miles de kilómetros cuadrados de accidentado terreno, que se encontraba casi en el mismo estado que cuando los indios dieron la bienvenida a Colón. Durante una breve temporada anual, bullían por la región los cazadores de chaqueta roja, que disparaban contra venados y alces, e incluso contra ellos mismos; la región estaba desierta la mayor parte del año.

Si podía llevar a Lummox allí sin que le viesen, era bastante posible que consiguie-sen evitar ser descubiertos..., por lo menos mientras le durasen las reservas alimenticias. Cuando llegase ese momento, viviría de lo que le diese la región, tal como haría Lum-mox; podía comer venado. O tal vez

Librodot

volver a la ciudad sin Lummox, y negociar enton-ces, desde la fuerte posición que representaría su negativa de decirles dónde se hallaba éste, hasta que ellos se aviniesen a entrar en razón. No se detenta a pensar en las posibi-lidades de realizar su plan; él intentaba simplemente poner a Lummox a cubierto de sus perseguidores; luego ya habría tiempo de pensar. ¡Ocultarlo en algún sitio donde aquel canalla de Dreiser no pudiese alcanzarlo y hacerle daño!

John Thomas podía haber ordenado a Lummox que se dirigiese hacia el oeste, para llegar a las montañas yendo a campo traviesa, pues Lummox podía caminar por todos los terrenos; pero dejaba un rastro en la tierra blanda tan visible como el de un tanque. Era necesario no salir de la carretera, que tenía un pavimento duro.

Johnnie acariciaba una idea que solucionaba perfectamente el problema. En otros siglos una carretera transcontinental cruzaba las montañas pasando al sur de Westville y serpenteando al ascender hacia la Gran Divisoria. Hacía mucho tiempo que había sido reemplazada por una moderna autopista movida por energía, que atravesaba la muralla rocosa por medio de un túnel, en lugar de encaramarse por ella. La vieja carretera aún existía, abandonada, cubierta por la vegetación en muchos trechos, con sus losas de ce-mento levantadas y agrietadas a causa de las heladas y el calor del estío; pero seguía siendo una carretera pavimentada, en la que el pesado avance de Lummox dejaría muy pocas huellas.

Condujo a Lummox por callejones apartados, evitando las casas y dirigiéndose hacia un lugar situado a unos cinco kilómetros hacia el oeste, donde la autopista pene-traba en el primer túnel, y la antigua carretera iniciaba el ascenso. No llegó hasta la bi-furcación, sino que se detuvo a un centenar de metros de ella, dejando a Lummox en un solar vacío y advirtiéndole que no se moviese, mientras él reconocía el terreno. No se atrevió a llevar a Lummox hasta la autopista para pasar desde ésta a la vieja carretera; no sólo podían verles, sino que además aquello podía resultar peligroso para Lummox.

Pero John Thomas consiguió encontrar lo que buscaba: una carretera secundaria que daba la vuelta a la bifurcación. No estaba pavimentada, pero sí recubierta de grava de granito perfectamente apisonada, y le pareció que no quedarían señalados en ella los pe-sados pasos de Lummox. Volvió junto a éste, y lo encontró comiéndose tranquilamente un rótulo que decía «en venta». Lo riñó y se disponía a alejarse con él, cuando lo pensó mejor y decidió que más valía librarse de aquella prueba. Volviendo al solar, esperó a que Lummox terminase de comerse el letrero.

Una vez en la antigua carretera, John Thomas respiró aliviado. Durante los primeros kilómetros estaba en buen estado, porque aún la utilizaban los moradores de las casas si-tuadas más allá del cañón. Pero el tránsito local aún no había empezado a aquella hora. Una o dos veces pasó sobre ellos un coche aéreo, conducido por personas que habían ido a una fiesta o al teatro y regresaban a sus casas, pero si sus pasajeros advirtieron la enorme bestia que avanzaba por la carretera debajo de ellos no lo demostraron.

La carretera zigzagueaba subiendo por el cañón, hasta que desembocó en una mese-ta; aquí el pavimento estaba obstruido por una barrera: CARRETERA CERRADA, PROHIBIDO EL PASO DE VEHÍCULOS MÁS ALLÁ

Librodot

DE ESTE PUNTO. Johnnie se apeó para exa-minar el obstáculo. Estaba constituido por un solo tronco, muy grueso, colocado trans-versalmente a la altura del pecho.

—Lummie, ¿puedes pasar por encima de este tronco sin tocarlo?

—Claro que sí, Johnnie.

—Muy bien. Despacio, ¿eh? No tienes que derribarlo. Trata de ni siquiera rozarlo.

—Ni siquiera lo rozaré, Johnnie.

Y así fue. En lugar de saltar por encima del obstáculo, como un caballo por encima de una valla baja, Lummox fue encogiendo sucesivamente sus diversos pares de patas, y se escurrió con presteza por encima del tronco.

Johnnie se arrastró por debajo de la barrera y se unió a Lummox en el otro lado.

—No sabía que fueses capaz de hacer eso.

—Ni yo tampoco.

La carretera estaba en muy mal estado desde aquel punto en adelante. Johnnie se de-tuvo para sujetar la mochila con una cuerda bajo el vientre de Lummox, sujetándose luego él mismo por los muslos.

—Muy bien, Lummie. A ver si podemos correr un poco. Pero no galopes; no quiero caerme.

—¡Sujétate, Johnnie!

Lummox adquirió velocidad, manteniendo la colocación normal de sus patas. Avanzaba a un trote rápido, y su marcha era suave y sin sacudidas gracias a sus nume-rosas patas, Johnnie se dio cuenta de que estaba muy cansado, tanto de cuerpo como de espíritu. Lejos de lugares habitados y de carreteras frecuentadas se sentía seguro, y la fa-tiga le dominó. Se recostó sobre el lomo de Lummox, y éste adaptó sus contornos al cuerpo de su amigo. El movimiento de balanceo y el rítmico rumor de las numerosas pa-tas de Lummox tuvieron sobre él un efecto calmante, y terminó por quedarse dormido.

Lummox continuó avanzando sobre las losas agrietadas con paso firme y seguro. Hacía uso de su visión nocturna y no corría el menor peligro de tropezar en la oscuri-dad. Se dio cuenta de que Johnnie dormía, y trató de que su marcha fuese lo más suave posible. Pero terminó por aburrirse y decidió descabezar también un sueñecito. No había dormido bien las noches que pasó fuera de casa; siempre se había visto envuelto en algo desagradable, y además le inquietaba no saber dónde estaba Johnnie. Por lo tanto, mon-tó ahora su ojo guardián, cerró los otros y pasó el control a su cerebro secundario, situa-do en la grupa. Lummox se entregó en brazos de un sueño apacible, dejando que aquella parte insignificante de sí mismo que nunca dormía se encargase de la sencilla tarea de vigilar la carretera y comprobar el incansable movimiento de sus ocho patas.

John Thomas se despertó cuando las estrellas empezaban a palidecer en el cielo ma-tinal. Sacudió sus músculos envarados y se estremeció. Por todas partes los rodeaban al-tas montañas, y la carretera discurría junto a una de ellas, con un precipicio cortado a pico al otro lado, que terminaba en un torrente, allá abajo, muy lejos. Incorporándose, gritó:

—¡Eh, Lummie!

No recibió respuesta. Volvió a gritar. Esta vez Lummie respondió con voz

Librodot

soñolien-ta:

—¿Qué pasa, Johnnie?

—Te has dormido —le acusó éste.

—Tú no me lo has prohibido, Johnnie.

—Bueno..., está bien. ¿Seguimos en la misma carretera?

Lummox consultó a su otro yo, y repuso:

—Sí. ¿Quieres ir a otra carretera?

—No. Pero tenemos que salir de ésta. Se está haciendo de día.

—¿Por qué hemos de salir?

John Thomas no supo cómo responder a aquella pregunta; no le hacía ninguna gra-cia tener que explicar a Lummox que se hallaba sentenciado a muerte y tenía que ocul-tarse.

—Tenemos que hacerlo, eso es todo. Pero tú sigue andando. Ya te lo contaré.

El torrente ascendía hacia ellos; después de recorrer cosa de un kilómetro y medio, la carretera estaba sólo a pocos metros por encima del mismo. Llegaron a un lugar don-de el lecho del torrente se ensanchaba, convirtiéndose en una extensión sembrada de grandes peñascos, cruzada por un hilillo de agua.

—¡Para! —gritó Johnnie.

—¿Vamos a descansar? —inquirió Lummox.

—Todavía no. ¿Ves esos peñascos?

—Sí.

—Quiero que pases sobre ellos sin poner tus pies sobre ese fango tan blando. Pasa desde la carretera a los peñascos directamente. ¿Me entiendes?

—¿No quieres que deje huellas? —preguntó Lummox dubitativamente.

—Eso mismo. Si viene alguien y ve tus huellas, tendrás que volver a la ciudad..., porque las seguirán y nos encontrarán. ¿Comprendes?

—No dejaré huellas, Johnnie.

Lummox bajó al lecho seco del torrente como un gusano gigantesco. La maniobra obligó a John Thomas a sujetarse fuertemente con una mano a su cuerda de seguridad, mientras que con la otra sostenía la mochila. Lanzó un grito agudo.

Lummox se detuvo y preguntó:

—¿Estás bien, Johnnie?

—Sí. Es que me has sorprendido. Sube ahora por el torrente, sin salirte de las rocas.

Siguieron el curso del torrente hasta que encontraron un punto por donde podían vadearlo, y luego siguieron por la otra orilla. El torrente giraba apartándose de la carre-tera, y pronto se hallaron a algunos centenares de metros de ella. Era ya de día y John Thomas empezaba a preocuparse ante un eventual reconocimiento aéreo, aunque era improbable que se hubiese dado tan pronto la alarma.

Frente a ellos, una ladera montañosa cubierta de abetos descendía hasta la orilla del torrente. El bosquecillo parecía bastante denso; aunque Lummox no resultase del todo invisible en su interior, si permanecía quieto parecería un enorme peñasco cubierto de musgo. Tenía que meterlo allí; no había tiempo de escoger un sitio mejor.

—Sube y métete entre esos árboles, Lum, y trata de no desmoronar la

Librodot

orilla. Pisa con cuidado.

Entraron en el bosquecillo y se detuvieron; Johnnie se apeó de su montura. Lum-mox arrancó una rama de abeto y empezó a comérsela. Eso recordó a Johnnie que él tampoco había probado bocado desde hacía mucho tiempo, pero estaba tan mortalmente cansado, que ni siquiera tenía hambre. Sólo quería dormir, dormir de verdad, no a me-dias y lleno de sobresaltos sujeto a una cuerda de seguridad.

Pero temía que si dejaba pastar a Lummox mientras dormía, el estúpido grandullón saldría a un lugar descubierto y sería visto.

—¿Lummie? ¿Vamos a echar una siestecita antes de desayunar?

—¿Por qué?

—Verás, Johnnie está muy cansado. Tú échate aquí, y yo pondré mi saco de dormir a tu lado. Después, cuando nos despertemos, desayunaremos.

—¿No comeremos hasta que tú te despiertes?

—Eso es.

—Bueno..., como tú quieras —dijo Lummox.

John Thomas sacó su saco de dormir del bolsillo, abrió de un golpe rápido la ligera membrana y le conectó el grupo electrógeno. Ajustó el termostato y dio vuelta al con-mutador; después, mientras se calentaba, infló la colchoneta. El tenue aire de las alturas convirtió aquella labor en un trabajo muy fatigoso; dejó la colchoneta a medio inflar y se despojó de todas sus ropas. Temblando bajo aquel aire helado, se deslizó en el inter-ior del saco y lo cerró hasta dejar únicamente un orificio por el que asomaba la nariz.

—Buenas noches, Lummie.

—Buenas noches, Johnnie.

Henry Kiku durmió mal y se levantó temprano. Desayunó sin molestar a su esposa y se dirigió a Asuntos Espaciales, adonde llegó cuando el gran edificio aún permanecía silencioso y sólo había en él el turno de noche. Sentado ante su mesa, trató de pensar.

Su subconsciente le había estado importunando toda la noche, diciéndole que se ol-vidaba de algo importante. Kiku sentía un gran respeto por su subconsciente, pues sus-tentaba la teoría de que la auténtica función pensante no se realizaba en la parte superfi-cial de la mente, que él consideraba simplemente como un escaparate donde se exhibían los resultados que llegaban de otra parte, como las ventanillas de la «respuesta» de una calculadora.

Algo que había dicho Greenberg..., algo relacionado con la creencia del rargiliano de que los hroshii, sólo con una nave, constituían una tremenda amenaza para la Tierra. Kiku consideró aquella afirmación como un burdo intento por parte del hombre de las serpientes para ver si conseguía salvar la honra y concluir satisfactoriamente las nego-ciaciones. En realidad, poco importaba; las negociaciones estaban casi concluidas, y el único detalle que quedaba por resolver era el establecimiento de relaciones diplomáticas permanentes con los hroshii.

Su subconsciente no lo creía así.

Se inclinó sobre su mesa y habló al supervisor nocturno de comunicaciones.

Librodot

—Kiku al habla. Llame al Hotel Universal. Se aloja allí un tal doctor Ftaeml, un rargiliano. Quiero hablarle en cuanto pida el desayuno. No, que no le despierten; todo el mundo tiene derecho al descanso.

Después de hacer todo cuanto podía por el momento, se consagró al trabajo rutina-rio que tenía ante sí, lo cual le sirvió de sedante.

Su bandeja de entrada estaba vacía por primera vez desde hacía muchos días, y el edificio empezaba a entrar en actividad, cuando en la pantalla del intercomunicador se encendió una luz roja intermitente.

—Kiku al aparato.

—Señor —dijo una cara ansiosa—, hemos llamado al Hotel Universal. El doctor Ftaeml no ha pedido el desayuno.

—Tal vez desea levantarse tarde. Puede hacerlo.

—No, señor. Quiero decir que no ha desayunado. Se dirige ahora al espaciopuerto.

—¿Hace mucho que se ha marchado?

—De cinco a diez minutos. Acabo de saberlo.

—Muy bien. Llame al espaciopuerto y dígales que no den la salida a esa nave. Ase-gúrese de que comprenden que se trata de un despacho diplomático y de que tienen que hacer algo, sin limitarse simplemente a garrapatear el despacho de aduanas en la pizarra para luego volver a dormirse. Después de localizar al propio doctor Ftaeml, preséntele mis respetos, y dígale que me conceda el honor de esperar unos minutos, pues deseo verle. Salgo inmediatamente hacia el espaciopuerto.

—Sí, señor.

—Si hace bien lo que le digo, procuraré que conste como una nota favorable en su hoja de servicios. Es usted Znedov, ¿verdad? Decida usted mismo el ascenso; quiero ver qué opinión tiene de sí mismo.

—Gracias, señor.

Kiku cortó la comunicación y llamó a Transportes.

—Soy Kiku. Salgo hacia el espaciopuerto tan de prisa como pueda subir al tejado. Proporcióneme un coche rápido y una escolta policíaca.

—¡Al instante, señor!

Se detuvo el tiempo justo para decirle a su secretaria adonde se dirigía y luego subió a su ascensor particular, que lo condujo a la azotea.

En el espaciopuerto, Ftaeml esperaba en el paseo para viajeros, contemplando las naves y pretendiendo fumar un cigarrillo. Kiku se acercó a él y se inclinó.

—Buenas días, doctor. Ha sido usted muy amable al esperarme.

El rargiliano tiró el cigarrillo.

—Es usted quien me concede un alto honor, señor subsecretario. Que una persona de su rango y con innumerables ocupaciones oficiales, condescienda a venir a despe-dirme…

Terminó la frase con un gesto que denotaba sorpresa y placer al mismo tiempo.

—No lo retendré mucho rato. Pero no quería privarme del placer de verle nueva-mente hoy, y no sabía que tenía usted intención de marcharse.

—Ha sido culpa mía, señor subsecretario. Sólo tenía intención de ir y volver en se-guida, para tener el gusto de verle esta tarde.

—Muy bien. Bueno, quizá mañana pueda ofrecer una solución aceptable

Librodot

a este pro-blema.

Ftaeml mostró una inequívoca sorpresa.

—¿Una solución favorable?

—Así lo espero. Los datos que usted nos proporcionó ayer nos han dado una nueva pista.

—¿Debo entender que han encontrado ustedes a la hroshia perdida?

—Es posible. ¿Conoce usted el cuento del patito feo?

—¿El patito feo? —El rargiliano parecía rebuscar en sus archivos—. Sí, conozco esa expresión.

—El señor Greenberg, siguiendo la pista que usted nos proporcionó, ha salido en busca de nuestro patito feo. Si por suerte resulta ser el cisne que andamos buscando, en-tonces...

Kiku hizo inconscientemente un gesto como el doctor Ftaeml.

El rargiliano no parecía dar crédito a lo que oía.

—¿Y usted cree que lo es, señor subsecretario?

—Veremos. La lógica nos dice que debe serlo; el cálculo de probabilidades nos dice que no.

—¿Puedo comunicárselo a mis clientes?

—Creo que será mejor que esperemos a tener noticias del señor Greenberg. Está fuera de la capital, investigando. ¿Podré ir a buscarle a usted con la nave exploradora, doctor?

—Desde luego, señor.

—Oiga, doctor..., aún hay algo más.

—¿Ah, sí?

—Anoche hizo usted una observación muy singular en presencia del señor Green-berg. Suponemos que se trata de una broma... o tal vez de una distracción. Dijo algo acerca de que la Tierra podía ser «volatilizada».

Durante un momento el rargiliano permaneció silencioso. Luego cambio de tema:

—Dígame, señor, ¿qué fundamento lógico hay para afirmar que ese patito feo es un cisne?

Kiku respondió midiendo cuidadosamente sus palabras:

—Una astronave terrestre visitó un planeta desconocido en la época a que se refie-ren los datos que usted nos dio. La raza dominante podía haber sido la de los hroshii; la identificación sólo es exacta en lo que se refiere al tiempo. Un ser vivo de ese planeta fue raptado y transportado a la Tierra. Ese ser aún sigue vivo, aunque hayan transcurrido más de ciento veinte años desde esa fecha: el señor Greenberg ha ido en su busca, para que los clientes de usted procedan a su identificación.

El doctor Ftaeml dijo en voz baja y reposada:

—Tiene que ser ése. Es increíble, pero tiene que serlo. —Prosiguió en voz baja y alegre—: Señor, me ha dado usted una gran alegría.

—¿De veras?

—Sí, una gran alegría. También ha hecho posible que le hable con entera libertad.

—Siempre ha podido usted hablar libremente, doctor; nadie se lo ha impedido. Ig-noro las instrucciones que le han dado sus clientes a ese respecto.

—No han ejercido ninguna coerción. Pero..., ¿se ha dado cuenta, señor,

de que las costumbres de una raza determinada se reflejan en su lengua?

—A veces he encontrado cosas que me han hecho creerlo así —respondió secamen-te Kiku.

—Efectivamente. Si visitase a un amigo suyo enfermo en un hospital, sabiendo que tiene que morir y que usted no puede hacer nada por evitarlo, ¿le hablaría de la suerte que le espera?

—No. A menos que él mismo abordase el tema.

—¡Exactamente! Al hablar con usted y el señor Greenberg, me vi constreñido a adaptarme a sus costumbres.

—Doctor Ftaeml —dijo lentamente Kiku—, vamos a hablar con franqueza, aun a riesgo de mostrarnos descorteses. ¿Debo creer que está usted convencido de que esa so-la nave extranjera puede causar graves daños a este planeta, a pesar de las defensas nada despreciables con que cuenta?

—Hablaré con franqueza, señor subsecretario. Si los hroshii llegasen a tener el con-vencimiento de que, debido a las acciones cometidas por este planeta o por algún miembro de su cultura, su hroshia había muerto o estaba perdida para siempre, la Tierra no recibiría graves daños; simplemente sería destruida.

—¿Por esa nave únicamente?

—Sin otra ayuda.

Kiku movió la cabeza dubitativamente.

—Doctor, estoy seguro de que está usted convencido de lo que dice. Pero yo no. La extensión y calidad de las defensas de este planeta, el principal de la Federación, posi-blemente le son desconocidas. Pero si se atreviesen a cometer esa locura, les enseñaría-mos que tenemos dientes y sabemos morder.

Ftaeml parecía apenado.

—En ninguna de las muchas lenguas civilizadas hallo palabras para convencerle. Pero créame, lo que ustedes pudiesen hacer contra ellos sería tan fútil como arrojar pie-dras contra uno de sus modernos barcos de guerra.

—Ya veremos. O mejor dicho, no lo veremos. Detesto las armas, doctor; son el úl-timo recurso de la mala diplomacia. ¿Les ha hablado del deseo de la Federación de aceptarlos como miembros de la Comunidad de Civilizaciones?

—He tenido grandes dificultades en hacerles comprender la naturaleza de su ofre-cimiento.

—¿Son entonces una raza decididamente belicosa?

—No son belicosos en absoluto. ¿Cómo le diría? ¿Es usted belicoso cuando aplasta a una mosca? Los hroshii son prácticamente inmortales para la medida humana del tiempo, e incluso para la nuestra. Son tan invulnerables ante todos los accidentes y aza-res, que tienden a contemplarnos..., ¿cuál es la expresión que usan ustedes?... «¡Olímpi-co!», eso es, a contemplarnos desde alturas olímpicas. No pueden ver ninguna utilidad ni finalidad en las relaciones con razas inferiores; por eso su proposición no fue tomada en serio, aunque me esforcé porque la considerasen seriamente.

—Me resultan unos perfectos estúpidos —respondió Kiku

Librodot

sarcásticamente.

—No es cierto, señor. Valoran altamente la raza humana y la nuestra. Saben que to-das las culturas que han alcanzado la navegación interplanetaria poseen al menos cierta habilidad en las artes menores, y por lo tanto son conscientes de que ustedes se conside-ran muy poderosos. Por tal razón proyectan una demostración de fuerza, para conven-cerles de que deben entregar inmediatamente su hroshia. Consideran esta acción como un puyazo a un animal de tiro, una señal que éste comprenderá bien.

—Vaya... ¿Conoce usted la naturaleza de esa demostración?

—La conozco. Mi viaje de hoy a su nave tiene por objeto tratar de persuadirles a esperar. Intentan tocar ligeramente la cara de la luna, dejando en ella una marca incan-descente de más de mil seiscientos kilómetros de longitud, para convencerles de que ellos... «no bromean».

—Eso no me impresiona en lo más mínimo. Podemos reunir una escuadrilla de na-ves y trazar la misma señal, si queremos.

—¿Pero podrían hacerlo con una sola nave, en pocos segundos, sin hacer el menor ruido y desde una distancia de cuatrocientos millones de kilómetros?

—¿Cree que ellos podrán?

—Estoy seguro de ello. Una demostración sin importancia. Señor subsecretario, en la parte del espacio que ellos ocupan han aparecido novas que no eran accidentes de la naturaleza.

Kiku vaciló. Si aquello era cierto, tal demostración podría servir a sus propios fines al obligar a los hroshii a mostrar de qué eran capaces. La pérdida de unas cuantas mon-tañas lunares sin valor alguno no tenía importancia, pero sería difícil evacuar una zona tan extensa, aunque hubiese en ella muy pocas personas.

—¿Les ha dicho que nuestra Luna está habitada?

—No está habitada por su hroshia, que es lo único que les interesa.

—Lo supongo. Doctor, ¿podría sugerirles, primero, que está a punto de dar con el paradero de su hroshia, y segundo, que ésta puede hallarse en algún lugar de nuestro sa-télite, siendo ésa la causa de que su búsqueda haya sido tan laboriosa?

El rargiliano simuló una amplia sonrisa humana.

—Señor, permítame que le felicite. Estaré muy contento de comunicarles lo que me sugiere. Estoy seguro de que no habrá demostración de fuerza.

—Buena suerte, doctor. Permaneceré en contacto con usted.

—Gracias, señor, y hasta la vista.

De regreso a su despacho. Kiku se dio cuenta de que no había experimentado nin-guna sensación de náusea en presencia del medusoide. Después de todo, aquel bribón era bastante simpático, aunque no dejaba de ser horrible. El doctor Morgan era cierta-mente un estupendo hipnotizador.

Su bandeja de entrada estaba repleta, como de costumbre; apartó a los hroshii de su pensamiento y se puso a trabajar activamente y lleno de contento. Muy avanzada la tar-de, le comunicaron que Greenberg estaba en circuito y deseaba hablar con él personal-mente.

—De acuerdo —dijo Kiku, pensando que por último se iban colocando en su lugar las piezas del rompecabezas.

—¿Jefe? —empezó a decir Greenberg.

—¿Eh? Sí, soy yo, Sergei. ¿Por qué demonios pone esa cara?

—Porque estoy considerando si me gustará mucho ir como simple soldado a la Le-gión Extranjera del Espacio.

—Deje de andarse con rodeos. ¿Qué ha pasado?

—El pájaro ha volado.

—¿Ha volado? ¿Adonde?

—Ojalá lo supiese. El lugar más probable es una reserva forestal al oeste de la po-blación.

—Entonces, ¿por qué pierde el tiempo contándomelo? Vaya a buscarlo en seguida.

Greenberg suspiró.

—Esperaba que dijese eso. Verá jefe, esa región tiene más de cuarenta mil kilóme-tros cuadrados, elevados árboles, altas montañas y no hay en ella carretera de ninguna clase. Además, el jefe de la policía local me ha tomado la delantera, llevándose a todos sus hombres y la mitad de los ayudantes del sheriff del condado. Les ha ordenado que lo maten en cuanto lo vean, y ha ofrecido una recompensa para la nave que consiga darle muerte.

—¿Qué?

—Lo que oye. Recibieron a su debido tiempo la autorización de usted para dar muerte a Lummox; pero su anulación se ha perdido; no sé adonde puede haber ido a pa-rar. Pero el jefe en funciones es un hombre anticuado con alma de chupatintas; se atiene a la orden y no hay quien le saque de ahí. Ni siquiera me ha permitido utilizar la fre-cuencia de la policía para llamarle a usted. Después de haber sido retirada nuestra inter-vención, yo no tengo la menor autorización para oponerme a él.

—Y usted acepta esa situación, ¿no es eso? —dijo Kiku con acritud—. Espera con lo brazos cruzados a que ese bicho reviente.

—Casi. He tratado de ver al alcalde, pero está fuera de la ciudad. He intentado que el gobernador me recibiese y está en una reunión a puerta cerrada muy importante. Tampoco he podido ver al jefe de los guardabosques; creo que se ha unido a los perse-guidores, para ver si consigue la recompensa. Tan pronto como termine de hablar con usted, iré a retorcerle el brazo al jefe hasta hacerle entrar en razón y...

—Ya tendría que estar haciéndolo.

—No tardaré mucho. Le he llamado para pedirle que hiciese algo, jefe. Necesito ayuda.

—La tendrá.

—No sólo para conseguir ver al gobernador e iniciar una nueva intervención. Inclu-so después de lograr echar mano a ese jefe de policía loco y persuadirle para que llame a sus sabuesos, seguiré necesitando ayuda. Cuarenta mil kilómetros cuadrados de terreno montañoso, significa hombres y naves. No es una tarea que pueda desempeñar un hom-bre, sólo con una cartera de negocios. De todos modos, ya sé que terminaré en la Legión Extranjera.

—Allí nos veremos —dijo Kiku sombríamente—. Muy bien, manos a la obra. An-dando.

—Ha sido una suerte haberle encontrado, jefe.

Henry Kiku cortó la comunicación, y empezó inmediatamente a hacer las oportunas gestiones, iniciando una nueva intervención departamental, y

envió mensajes urgentes y con carácter de excepción al gobernador del Estado, al alcalde de Westville y al tribunal del distrito de Westville. Una vez adoptadas estas primeras medidas, se sentó durante unos segundos para reflexionar acerca de lo que debía hacer... Levantándose, fue a decir al ministro que debían pedir ayuda a las autoridades militares de la Federación.

10 LA DECISIÓN DEL CISNE

Al despertar, John Thomas no acababa de comprender dónde se hallaba. Se sentía pere-zoso, aunque descansado. Cuando recordó los sucesos del día anterior, sacó la cabeza del saco de dormir. El sol era radiante y hacía calor. Vio a Lummox que le contemplaba.

—Hola, Lummie.

—Hola, Johnnie. Has dormido mucho. Y además roncabas.

—¿Ah, sí? —Salió a rastras del saco y se vistió. Desconectó el saco de dormir, lo dobló y se volvió hacia Lummox... Entonces se quedó mirando algo fijamente—. ¿Qué es eso?

Cerca de la cabeza de Lummox, despachurrado como si éste lo hubiese aplastado, se veía el cadáver de un oso pardo, un macho que pesaría unos doscientos cincuenta ki-los. De su hocico salía sangre, ya coagulada. Lummox le echó una mirada distraída.

—El desayuno —dijo a guisa de explicación.

El muchacho miró al oso con repugnancia.

—Lo que es para mí, no, desde luego. ¿Dónde lo encontraste?

—Lo capturí —respondió Lummox, sonriendo bobamente.

—No se dice «capturí», sino «capturé».

—Bueno, pues eso. Intentaba acercarse a ti, y entonces lo capturí.

—Bueno, está bien. Gracias.

John Thomas volvió a mirar al oso, se apartó y abrió su mochila. Sacó una lata de huevos con jamón, la abrió, vació su contenido en un recipiente y esperó a que se calen-tase.

Lummox consideró esta acción como indicio de que él también podía empezar a desayunar; en un santiamén se zampó el oso, y como postre un par de pequeños abetos, un puñado de grava y la lata vacía que había contenido el desayuno del muchacho. Des-pués, ambos fueron al arroyo. Lummox remojó su comida en el equivalente de algunos bidones de agua de

montaña pura y cristalina. Johnnie se arrodilló para beber, se lavó luego la cara y las manos y se las secó en la camisa. Lummox le preguntó:

—¿Qué haremos ahora, Johnnie? ¿Ir de paseo? ¿Buscar cosas, quizá?

—No —repuso Johnnie—. Nos esconderemos entre los árboles hasta que oscurezca. Tienes que simular que eres un peñasco. —Ascendió por la orilla, seguido de Lum-mox—. Échate aquí —le ordenó—. Quiero examinar esos bultos.

Lummox obedeció y Johnnie los examinó con creciente preocupación. Habían cre-cido y parecían tener bultos y protuberancias en su interior; trató de recordar si aquella clase de tumores eran malignos. La piel que los recubría estaba tirante y se había vuelto tan delgada que parecía tener sólo el grosor del cuero, sin que se pareciese en absoluto al resto de la coraza que recubría a Lummox, seca y cálida al tacto. Johnnie sobó con cuidado el tumor de la izquierda; Lummox se apartó vivamente.

—¿Tan tierno lo tienes? —le preguntó Johnnie ansiosamente.

—No puedo resistirlo —protestó Lummox. Extendió las patas y se dirigió hacia una gran conifera, contra la que empezó a frotar el tumor.

—¡Eh! —le gritó Johnnie—. ¡No hagas eso! Te harás daño.

—Pero es que me pica —dijo Lummox, sin dejar de rascarse.

John Thomas corrió hacia él, intentando mostrarse firme. Pero así que llegó a su la-do, el tumor reventó, y él lo contempló horrorizado.

Algo oscuro y húmedo surgía retorciéndose, se prendió en la piel desgarrada, para liberarse en seguida y empezar a danzar y oscilar como una serpiente colgada de una rama. Por un momento de agonía Johnnie pensó que se trataba de algún gigantesco gu-sano parasitario que trataba de salir de su desgraciado huésped. Pensó lleno de remor-dimiento que había obligado a Lummie a subir a las montañas, cuando probablemente aquello lo tenía enfermo de muerte.

Lummox suspiró y culebreó.

—¡Vaya! —exclamó satisfecho—. ¡Me encuentro mucho mejor!

—¡Lummox! ¿Estás bien?

—¿Por qué no tendría que estarlo, Johnnie?

—¿Por qué? ¡Por eso!

—¿Qué? —Lummox miró a su alrededor; la extraña excrecencia se inclinó hacía adelante y él le echó una mirada de reojo—. Ah, eso... —respondió, y ya no le hizo más caso.

El extremo de aquella cosa se abrió como el capullo de una flor y Johnnie compren-dió por último de qué se trataba.

A Lummox le había salido un brazo.

El brazo se secó rápidamente, se volvió de un color más claro y pareció adquirir firmeza. Lummox todavía no lo dominaba mucho, pero John Thomas ya veía cuál sería su forma definitiva. Tenía dos codos y una mano perfectamente definida con pulgares a ambos lados. Además de éstos, tenía cinco dedos, o sea siete en total. El dedo medio era más largo y extraordinariamente flexible, como la trompa de un elefante. La mano no se parecía mucho a una mano humana, pero no había duda de que era por lo menos tan útil como ésta..., o lo sería; de momento los dedos se retorcían en extraños movimientos.

Lummox le dejó que la examinase, aunque él no parecía especialmente

Librodot

interesado en lo que había brotado de su cuerpo; se comportaba como si aquello le sucediese todos los días después de desayunar.

Johnnie le dijo:

—Déjame echar una mirada al otro bulto —y dio la vuelta en torno a Lummox. El tumor del lado derecho aún estaba más hinchado. Cuando John Thomas lo tocó, Lum-mox se encogió e hizo el gesto de alejarse, como si se propusiese ir a frotarse otra vez contra el árbol.

—¡Espera! —le gritó Johnnie—. Estáte quieto.

—Tengo que rascarme.

—Podrías estropearte para toda la vida. No te muevas; voy a probar una cosa.

Lummox obedeció algo ceñudo; Johnnie empuñó su cuchillo de monte y pinchó de-licadamente el centro del tumor.

El bulto se rasgó y el brazo derecho de Lummox brotó casi en las narices de John-nie. Se apartó de un salto.

—¡Gracias, Johnnie!

—De nada, hombre, de nada.

Envainó el cuchillo y contempló con semblante pensativo los brazos recién nacidos.

No podía figurarse todas las consecuencias que tendría la inesperada adquisición de brazos de Lummox. Pero sí comprendía que cambiaría muchas cosas, aunque no sabía de qué manera. Tal vez Lummox no necesitaría tantos cuidados después de esto. Por otra parte, habría que vigilarle constantemente, para que no tocase cosas que no debía. Recordó con inquietud haber oído decir una vez que era una verdadera suerte que los gatos no tuviesen manos; bien, Lummie era diez veces más curioso que un gato.

Pero inconscientemente comprendía que aquello eran aspectos secundarios de la cuestión; lo importante era el hecho en sí.

De todos modos, decidió con sorda cólera, eso no cambiaría una cuestión: el jefe Dreiser no podría intentar nada contra él por segunda vez.

Escudriñó el cielo a través de las ramas, y se preguntó si podrían verlos.

—Lum...

—¿Dime, Johnnie?

—Recoge tus patas. Ha llegado el momento de representar el papel de peñasco.

—Oh, vamos a dar un paseo, Johnnie.

—Iremos a pasear esta noche. Pero hasta que oscurezca, quiero que te estés quiete-cito y sin moverte.

—¡Oh, Johnnie!

—Mira, ¿quieres volver hoy mismo a la ciudad? ¿Verdad que no? Muy bien; pues entonces, no discutamos más.

—Bueno, como tú quieras.

Lummox se acurrucó en el suelo lo mejor que pudo. John Thomas se sentó apoyán-dose en él, y empezó a meditar.

Tal vez él y Lummie podrían encontrar algún medio de ganarse la vida..., en un car-naval o algo parecido. Los seres extraterrestres eran muy apreciados en los carnavales; no podían pasarse sin ellos —aunque más de la mitad fuesen falsos—, y Lummox no era una falsificación. Probablemente

podría aprender a hacer juegos de manos, a tocar algún instrumento. Quizás un circo sería lo mejor.

No, eso a Lummie no le gustaría; las muchedumbres le ponían nervioso. ¿Qué podí-an hacer para ganarse la vida? Después de que aquel enojoso asunto con las autoridades hubiese quedado resuelto y zanjado definitivamente, desde luego. ¿Una granja, quizá? Lummie sería mejor que un tractor, y con sus manos podría ser también mano de obra. Tal vez era ésa la solución, aunque nunca había pensado en ser granjero.

Se imaginó a él y a Lummox cultivando grandes campos de trigo, de heno, de ver-duras y... Sumido en estos pensamientos, se quedó dormido.

Le despertó un crujido y supo vagamente que ya había oído varios en sueños. Abrió los ojos, miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba tendido junto a Lummox. La criatura no se había movido de allí, pero agitaba los brazos. Uno de ellos pasó junto a la cabeza de Lummox, algo cruzó los aires y se oyó otro crujido..., y un pequeño chopo si-tuado a cierta distancia cayó de pronto al suelo. Junto a él se veían tendidos otros.

John Thomas se puso trabajosamente en pie.

—¡Eh, deja de hacer eso!

Lummox se detuvo.

—¿Qué pasa, Johnnie? —preguntó con voz dolida. Frente a él había un montón de piedras, y en aquel momento se disponía a coger una.

—No tires piedras a los árboles.

—Pero si tú también lo haces, Johnnie.

—Sí, pero yo no los derribo. Está bien que comas árboles, pero no los estropees sin necesidad.

—Me los comeré. Iba a hacerlo.

—Bueno, de acuerdo. —Johnnie miró a su alrededor; dentro de pocos minutos ya no habría peligro, pues estaría oscuro del todo—. Anda, ve a buscarlos y cómetelos para cenar. Oye, espera un momento.

Examinó los brazos de Lummox. Tenían el mismo color que el resto de su cuerpo, y empezaban a volverse duros como una coraza. Pero el cambio más sorprendente era que tenían un grosor doble que al principio, tan gruesos casi como los muslos de Johnnie. La mayor parte de la piel suelta se había desprendido; Johnnie comprobó que podía arran-car muy fácilmente la que quedaba.

—¡Hale, a cenar!

Lummox engulló los chopos en menos tiempo del que tardó Johnnie en preparar y comer su sencillo refrigerio, y luego se zampó también la lata vacía como si fuese un bombón. Ya era de noche; se dirigieron a la carretera.

La segunda noche fue aún más tranquila que la primera. El frío aumentaba conside-rablemente a medida que iban ascendiendo; Johnnie conectó el grupo electrógeno a sus ropas. Pronto empezó a sentirse soñoliento bajo aquel reconfortante calorcillo.

—Lum..., si me quedo dormido, llámame cuando empiece a apuntar el día.

—De acuerdo, Johnnie.

Lummox pasó esta orden a su cerebro posterior, por si las moscas. El frío no le mo-lestaba, y ni siquiera lo sentía, pues el termostato de su cuerpo era más eficiente que el de Johnnie, incluso más eficiente que el que

Librodot

controlaba el grupo electrógeno.

John Thomas daba soñolientas cabezadas. Dormitaba cuando Lummox lo llamó, al advertir que los primeros fulgores del día iluminaban los distantes picachos. Johnnie se incorporó y empezó a buscar un lugar donde pudieran ocultarse. La suerte parecía haberle abandonado. A un lado de la carretera se elevaba un imponente farallón, y el otro estaba cortado a pico sobre un profundo y aterrador barranco. A medida que iban pasando los minutos y se iba haciendo de día, el pánico se apoderaba de él.

Pero no podían hacer otra cosa sino seguir avanzando.

A mucha altura cruzó una nave estratosférica. Oyó el silbido que producía, pero no la vio; lo único que podía hacer era esperar que no anduviesen buscándole. Pocos minu-tos después, mientras seguía escudriñando el cielo, distinguió una manchita que supuso sería un águila.

Muy pronto se vio obligado a admitir que era un ser humano con un helicóptero in-dividual.

—¡Alto Lummox! Arrímate a la pared. Eres un desprendimiento de tierras.

Con su vocecita, su enorme amigo preguntó:

—¿Un desprendimiento de tierras, Johnnie?

—¡Cállate y haz lo que te digo!

Lummox obedeció sin rechistar. John Thomas se deslizó al suelo y se ocultó detrás de la cabeza de Lummox, achicándose todo lo que pudo, en espera de que el volador pa-sara.

El individuo volante no pasó, sino que empezó a descender en una precipitada cur-va, cuyo estilo le era familiar a John. El muchacho respiró aliviado cuando Betty Soren-sen aterrizó en el lugar que él acababa de abandonar. Saludó amistosamente a Lummox y luego, volviéndose hacia Johnnie y poniendo los brazos en jarras, dijo:

—¡Vaya! ¡Qué bonito! ¡Conque escapándose sin decírmelo!

—Verás, yo quería decírtelo, Bella Durmiente, te lo aseguro. Pero no tuve ocasión de hacerlo. Lo siento.

—No importa. Ahora tengo mejor opinión de ti de la que tenía últimamente. Por lo menos has hecho algo Johnnie, temía que no fueses más que otro Lummox..., dejándote gobernar por el antojo de cualquiera.

John Thomas decidió no discutir, pues estaba demasiado contento de verla para enojarse por sus palabras.

—¿Cómo te las has arreglado para descubrirnos?

—¿Que cómo? Tienes que saber, cabezota, que a pesar de que lleváis dos noches de marcha, sólo estáis a pocos minutos de vuelo de la ciudad. ¿Cómo querías que no te descubriese?

—Sí, pero ¿cómo has sabido dónde tenías que buscarnos?

—Siguiendo la vieja regla: pensé como una mula, y fui a donde hubiera ido la mula. Sabía que seguiríais esta carretera; por lo tanto, me puse a volar sobre ella y sin perderla de vista. Y si no quieres que te descubran dentro de pocos minutos, haremos mejor en salir de aquí cuanto antes y ocultarnos en alguna parte. ¡Vamos! Lummie, muchacho, pon el motor en marcha.

Tendió la mano a Johnnie y éste subió a bordo: la caravana se puso en marcha.

—Yo quería salir de la carretera —explicó Johnnie con nerviosismo—,

pero no en-contraba el sitio por donde hacerlo.

—Comprendo. Bueno, no te preocupes, después de este recodo se encuentran las Cascadas de Adán y Eva, y podremos salir de la carretera justamente encima de ellas.

—Oh, ¿hasta aquí hemos llegado?

—Sí. —Betty se inclinó hacia adelante, en un fútil intento por ver al otro lado de un espolón rocoso. Al hacerlo, se apercibió por primera vez de los brazos de Lummox. Su-jetando fuertemente a John Thomas, gritó—: ¡Johnnie! ¡Hay una boa sobre Lummox!

—¿Qué? No seas boba; eso no es más que su brazo derecho.

—¿Su qué? Johnnie, tú no estás bien de la cabeza.

—Tranquilízate y no me aprietes de ese modo. He dicho brazo: lo que tomábamos por tumores eran brazos.

—¿Los tumores... eran brazos? —La joven suspiró—. Me he levantado demasiado pronto, y además no he desayunado aún. Esta clase de impresiones no me convienen. Muy bien, dile que se pare. Quiero verlos.

—¿Y si antes buscáramos un refugio?

—Oh, sí, tienes razón. Generalmente tienes razón, Johnnie..., con dos o tres sema-nas de retraso.

—Bueno, ya vale. Ahí están las cascadas.

Pasaron sobre ellas; el fondo del cañón contiguo subió a su encuentro. John Thomas descubrió el primer lugar adecuado para abandonar la carretera, un lugar semejante a aquel en que habían acampado el día anterior. Estaba mucho más tranquilo al tener a Lummox otra vez bajo los árboles. Mientras él preparaba el desayuno, Betty se dedicó a examinar los flamantes brazos de Lummox.

—Lummox —le dijo en tono de reproche—, no le habías dicho nada a mamá sobre esto.

—Tú no me lo preguntaste —repuso él.

—Excusas, siempre excusas. Y bien, ¿qué eres capaz de hacer con ellos?

—Sé tirar piedras. Johnnie, ¿está bien que lo haga?

—¡No! —se apresuró a responder Johnnie—. Betty, ¿cómo quieres el café?

—Solo —respondió ella distraídamente, y siguió inspeccionando los brazos. Una idea le daba vueltas en el cerebro, pero no conseguía verla claramente, lo cual la disgus-taba, pues quería que su mente trabajase con la precisión de una máquina calculadora y no admitía errores. Bueno, primero desayunaría.

Después de dar los platos sucios a Lummox, para que se los comiera, Betty se re-costó en la hierba y dijo a John Thomas:

—Criatura díscola, ¿te das cuenta de la que has armado?

—Sí, creo que debo de tener al jefe Dreiser echando espumarajos.

—Presunción acertada. Pero aún hay más.

—Mamá, desde luego.

—Naturalmente. Alterna el llanto por su niño perdido con la declaración de que ya no eres hijo suyo.

—Ya. Conozco a mamá —admitió con desazón—. Bueno, no me importa. Sabía que se enfadarían todos conmigo. Pero tenía que hacerlo.

—Claro que tenías que hacerlo, querido cabezota, aunque lo hiciste con

la gracia alada de un hipopótamo. Pero no me refiero a ellos.

—¿Ah, no?

—Johnnie, hay una pequeña población en Georgia llamada Adrian. Es demasiado pequeña para tener una fuerza regular de policía, y cuenta sólo con un alguacil. ¿Sabes cómo se llama ese alguacil?

—¿Yo? Claro que no.

—Pues es una lástima. Porque, según pude saber, ese alguacil es el único polizonte que no te busca, por lo cual me decidí venir a escape, a pesar de que tú, so cochino, te marchaste sin tomarte ni siquiera la molestia de advertírmelo.

—Ya te he dicho que lo siento.

—Y yo te he perdonado. Permitiré que lo olvides dentro de diez años o cosa así.

—¿Pero a qué viene hablarme de ese alguacil? ¿Y por qué tienen que andar todos tras de mí, además del jefe Dreiser?

—Porque éste ha dado la alarma general y ha ofrecido una recompensa para el que prenda a Lummie vivo o muerto..., mejor muerto que vivo. Se lo han tomado muy en se-rio, Johnnie, terriblemente en serio. Por lo tanto, hay que desechar cualquier plan que pudieses haber formado y trazar otro mejor. ¿Qué piensas hacer?

John Thomas palideció y respondió lentamente:

—Bien..., pensaba mantenerme así durante un par de noches más, hasta encontrar algo seguro.

Ella movió la cabeza.

—No sirve. A su torpe manera oficial, habrán llegado ya a la conclusión de que te dirigirás aquí, puesto que es el único lugar próximo a Westville donde puede ocultarse una criatura del tamaño de Lummox. Y además...

—¡Oh, pero hemos salido de la carretera!

—Desde luego. Y ellos buscarán en este bosque árbol por árbol. Están dispuestos a hacerlo, amiguito.

—No me has dejado terminar. ¿Conoces aquella vieja mina de uranio? ¿La Gloria y Energía? Hay que franquear el paso del Lobo Muerto, y seguir después al norte por una carretera de grava. Ahí es adonde nos dirigimos. En esa mina podré ocultar completa-mente a Lummox; la galería principal es muy espaciosa.

—En eso ya hay chispas de sentido. Pero aún no resuelve del todo el atolladero en que estáis metidos.

La joven permaneció silenciosa. Johnnie se agitó con desazón y dijo:

—Bueno. Si eso no sirve, ¿qué haremos?

—A callar. Estoy pensando. —Permaneció silenciosa y quieta, contemplando el profundo cielo azul de la montaña. Al poco, dijo—: No resolverás nada huyendo de ese modo.

—No..., pero así enredo más las cosas.

—Sí, y considerablemente. De vez en cuando hay que revolverlo bien todo; así en-tra luz y aire. Pero ahora lo que tenemos que hacer es tratar de que las piezas ajusten donde nosotros queremos. Para conseguirlo, tenemos que ganar tiempo. Tu idea acerca de esa mina no está mal del todo; nos servirá hasta que encontremos algo mejor.

—Veo muy difícil que lo descubran allí. Es un lugar completamente

solitario y apartado. No se puede pedir nada mejor.

—Y por esa misma razón puedes estar seguro de que lo registrarán. Desde luego, eso conseguiría engañar al diácono Dreiser; ése sería incapaz de encontrar su propio sombrero sin estar provisto de un mandato judicial. Pero ha formado una fuerza aérea del tamaño de un pequeño ejército; uno de sus esbirros terminará por encontrarte. Yo lo hice porque sé dónde te aprieta el zapato, pero ellos lo harán guiándose por la lógica, lo cual es más lento, pero igualmente seguro. Te encontrarán..., y eso será el fin de Lummox. Ahora no correrán riesgos innecesarios; probablemente arrojarán bombas contra él.

John Thomas consideró aquella triste perspectiva.

—Entonces, ¿qué se consigue con ocultarlo en la mina?

—Sólo ganar un día o dos, porque yo aún no puedo sacarlo.

—¿Eh?

—Naturalmente. Después lo ocultaremos en la ciudad.

—¿Cómo? Mi Bella Durmiente, creo que tienes el mal de las montañas.

—En la ciudad y a buen recaudo, porque allí es el único sitio de todo el ancho mun-do donde no lo buscarán. —Y añadió—: Tal vez en los invernaderos del señor Ito.

—¿Qué dices? Ahora estoy seguro de que te has vuelto loca.

—¿Puedes decirme un sitio más seguro? El hijo del señor Ito es un hombre que se aviene a razones: ayer mismo estuve hablando con él, y se mostró muy sensato. Uno de sus invernaderos resultaría el escondrijo perfecto, cómodo y abrigado además. No se puede ver a través del cristal esmerilado con que están construidos, y nadie soñaría ni por asomo que Lummox estuviese dentro.

—No comprendo cómo lo conseguirías.

—Tú déjame hacer a mí. Si no consigo el invernadero..., ¡pero lo conseguiré!, en-contraré un almacén vacío o algo parecido. Esta noche llevaremos a Lummie a la mina, después yo volveré volando y prepararé las cosas. Mañana por la noche Lummie y yo volveremos a la ciudad y...

—No puede ser. Tardamos dos noches en llegar hasta aquí, y tendremos que cami-nar casi toda esta noche para llegar a la mina. No conseguirás llevarlo a la ciudad en una sola noche.

—¿A qué velocidad puede ir?

—A bastante, pero nadie puede ir montado en él cuando va al galope. Ni siquiera yo.

—Yo no lo montaré, sino que volaré sobre él, dirigiéndole y haciéndole aminorar la marcha en las curvas. ¿Nos llevará tres horas, tal vez? Y hay que contar con otra hora para llevarlo a escondidas al invernadero y ocultarlo allí.

—Bien..., tal vez dé resultado.

—Lo dará, tiene que darlo forzosamente. Entonces, tú te dejas atrapar.

—¿Cómo? ¿Yo no volveré a casa?

—No, eso nos delataría. Te detienen, y tú dices que estabas haciendo una simple prospección de aficionado en busca de uranio; ya te traeré un contador para las radia-ciones. No sabes dónde está Lummox; le diste un beso de despedida y lo pusiste en li-bertad, y viniste aquí con el fin de olvidar tus penas. Tienes que mostrarte convincente. Y no permitas que

utilicen un detector de mentiras.

—Sí, pero... Escucha, Bella Durmiente, ¿de qué va a servir eso? Lummox no puede estar siempre encerrado en un invernadero.

—No hacemos más que ganar tiempo. Están dispuestos a matarlo así que lo vean, y lo harán. De este modo lo mantendremos invisible, hasta que podamos cambiar la situa-ción.

—No sé cómo vamos a lograr cambiarla —dijo Johnnie con voz compungida.

—No te desanimes tan pronto, cabezota. Mira, ¿te acuerdas de «La decisión del cis-ne»?

—¿La decisión del cisne? La dimos en Costumbres de Civilizaciones, grado ele-mental.

—Sí. Repítela.

—¿Qué significa esto? ¿Adonde quieres ir a parar? —John Thomas frunció el ceño y rebuscó en su memoria—. «Los seres que poseen habla y manipulación deben ser considerados como inteligentes, y por lo tanto poseerán derechos humanos innatos, a menos que se demuestre lo contrario de manera concluyente.» —Se enderezó)—. ¡Arrea! No pueden matar a Lummox..., ¡tiene manos!

11 ES DEMASIADO TARDE, JOHNNIE

—Frena tu entusiasmo —le previno Betty—. ¿Conoces el caso de aquel hombre al que su abogado aseguró que no podían encarcelarlo por aquello?

—¿Qué es «aquello»?

—¡Y eso qué más da! Su cliente le respondió: «Pero, señor abogado, le hablo desde la cárcel». Lo que quiero decir es que «La decisión del cisne» no es más que teoría; hemos de mantener a Lummox oculto hasta que el tribunal cambie de parecer.

—Sí, creo que tienes razón.

—Siempre la tengo —admitió Betty con gesto digno—. Johnnie, me muero de sed; pensar me deja la garganta reseca. ¿Tienes agua del arroyo?

—Pues, no.

—¿No has traído un cubo?

—Sí, pero no sé dónde lo tengo. —Rebuscó en sus bolsillos, lo encontró y lo sacó. Se puso a inflarlo hasta que adquirió cierta rigidez, y entonces dijo—: Yo iré a buscarla.

—No, iré yo. Me apetece estirar las piernas.

—¡Cuidado con los que vuelan!

—Niño, no quieras enseñar a la abuelita.

Descendió por la ladera con el cubo en la mano, ocultándose entre los árboles hasta llegar a la orilla del torrente. Johnnie vio cómo su esbelta figura recibía a raudales la luz que penetraba por entre las ramas de los pinos, como si fuesen las vidrieras de una cate-dral, y pensó que era muy guapa..., y su cerebro casi tan bueno como el de un hombre. Dejando aparte que le gustaba mandar, como a casi todas las mujeres, su Bella Dur-miente era un encanto. Cuando volvió, le dijo:

—¿Sabes, Betty, que si no fueras patizamba serías muy bonita?

—¿Quién es patizamba?

—Y además tu cara... —prosiguió risueño—. Con excepción de esas dos imperfec-ciones, es...

No pudo terminar..., ella se agachó y le dio un golpe. Johnnie estaba bebiendo y el agua se vertió sobre su cabeza. La lucha continuó hasta que él consiguió sujetarle el brazo derecho y doblárselo en la espalda, impidiéndole todo movimiento.

—Di: tengo bastante —le ordenó. —¡Me las pagarás, Johnnie Stuart! —¡Dilo!

—Está bien. Tengo bastante. Ahora, suéltame. —De acuerdo, lo haré.

Johnnie se puso en pie. Ella rodó hasta quedarse sentada, lo miró y se puso a reír. Ambos estaban sucios, llenos de rasguños y contusiones, pero se sentían maravillosa-mente bien. Lummox contempló la lucha simulada con interés, pero sin alarma, puesto que sabía que Johnnie y Betty nunca podían enfadarse de verdad. Su único comentario fue:

—Johnnie está todo mojado.

—Lo está, Lummie..., calado hasta los huesos. Deberíamos colgarlo de un árbol a secar.

—Estaré seco en cinco minutos, con un sol tan radiante.

—Pareces una gallina mojada, Johnnie.

—No me importa en absoluto. —Tendiéndose en el suelo, tomó una aguja de pino y se puso a mordisquearla—. Bella Durmiente, este sitio es encantador. Desearía quedar-me aquí y no ir a la mina.

—Si quieres, cuando hayamos resuelto este asunto y antes de empezar las clases, volvemos aquí a pasar unos días. Traeremos a Lummox, desde luego. ¿Te gustará, Lummie?

—Mucho —dijo Lummox—. Buscaré cosas. Tiraré piedras. Divertido.

John Thomas la miró con reprobación.

—Y provocaría comentarios en toda la ciudad. No gracias.

—No seas melindroso. ¿No estamos aquí ahora?

—Se trata de una situación de emergencia.

—¡Tú y tu intachable reputación!

—Verás, alguien tiene que pensar en esas cosas. Mamá dice que los chicos deberían preocuparse de ello cuando las chicas dejan de hacerlo. Dice que antes las cosas eran di-ferentes.

—Claro que lo eran..., y lo volverán a ser. Es un programa que se repite una y otra vez. —Parecía pensativa—. Johnnie, creo que prestas demasiada atención a todo lo que dice tu madre.

—Es posible —admitió él.

Librodot

—Sería mejor que pensases por tu cuenta. De lo contrario, ninguna muchacha se arriesgará a casarse contigo.

Él sonrió.

—Ésa es mi póliza de seguros.

Ella bajó los ojos y se sonrojó.

—¡No hablaba por mí! Yo no te quiero..., sólo te cuido para hacer práctica.

El muchacho resolvió que era mejor no seguir por aquel camino.

—Sinceramente —dijo—, lo cierto es que uno se acostumbra a actuar de un modo determinado, y después cuesta cambiar. Por ejemplo, tengo una tía... tía Tessie, ¿la re-cuerdas?, que cree en la astro logia.

—¡No es posible!

—Te lo aseguro. Parece que está en sus cabales, ¿verdad? Pues en realidad, está chi-flada, y resulta muy molesto porque siempre se empeña en hablar de su manía, y mamá insiste en que tengo que mostrarme cortés con ella y escucharla. Si me dejasen decirle que está más loca que una cabra, no me importaría soportar sus rollos. Pero, ¡oh, no! Tengo que escucharlos y tratarla como a una persona mayor juiciosa y responsable..., cuando la verdad es que no es capaz de contar hasta diez sin la ayuda de un ábaco.

—¿Un ábaco?

—Ya sabes..., un cuadro con bolas móviles para enseñar a contar. He dicho ábaco porque ella sería incapaz de aprender a manejar una calculadora. Le gusta ser un cerebro imperfecto, y yo tengo que dar pábulo a ese deseo.

—No lo hagas —dijo Betty de pronto—. No prestes atención a lo que diga tu ma-dre.

—Bella Durmiente, eres una influencia subversiva.

—Lo siento, Johnnie —respondió ella con mansedumbre, añadiendo—: ¿No te he contado nunca por qué dejé a mis padres?

—No, nunca. Es una cuestión de tu vida privada.

—En efecto. Pero voy a contártelo, porque tú podrás comprenderme. Acércate.

Sujetándolo por una oreja, le susurró algo.

Mientras John Thomas escuchaba, su rostro asumió una expresión de extrema sor-presa.

—¡No es posible!

—Lo es. Nunca trataron de rebatirlo, y por lo tanto nunca tuve que contárselo a na-die. Pero así fue.

—No comprendo cómo podías soportarlo.

—No lo soporté. Me fui ante un tribunal y pedí la emancipación; cuando la obtuve me asignaron un tutor que no tiene esas absurdas ideas. Pero mira, Johnnie, no he puesto mi alma al desnudo sólo para que te quedes con la boca abierta. La herencia no lo es to-do; yo soy yo, un individuo diferente. Tú no eres tus padres. No eres ni tu padre ni tu madre. Pero has tardado bastante tiempo en darte cuenta de ello. —Se enderezó—. De modo que sé tu mismo, cabezota, y ten el valor de echar a perder tú mismo tu vida. No imites los errores de los demás.

—Bella Durmiente, cuando dices esas cosas, haces que parezcan racionales.

—Eso es porque yo soy siempre racional. ¿Has traído muchas provisiones? Tengo hambre.

—Eres igual que Lummox. Aquí está la mochila.

—¿Vamos a comer? —inquirió Lummox, al oír su nombre.

—Oye, Betty, no quiero que empiece a derribar árboles en pleno día. ¿Cuánto tiem-po crees que tardarán en descubrirnos?

—No creo que lo consigan en menos de tres días; la región es enorme.

—Bien... Guardaré comida para cinco, por si acaso.

Escogió una docena de latas de conserva y se las dio a Lummox sin abrirlas, pues a éste le gustaba que las latas se calentasen de repente cuando les hincaba el diente. Las despachó antes de que Betty hubiese tenido tiempo de abrir las latas para ellos.

Después de comer, Johnnie abordó de nuevo el tema.

—Betty, ¿crees de veras que...? —se interrumpió súbitamente—. ¿Has oído?

Ella escuchó, y luego asintió solemnemente.

—¿A qué velocidad?

—No más de trescientos kilómetros.

El asintió a su vez.

—Están explorando. ¡Lummox! ¡No muevas ni un músculo!

—No lo moveré, Johnnie. Pero, ¿por qué no tengo que mover ni un músculo?

—¡Hazlo y verás!

—No te excites —le advirtió Betty—. Probablemente están extendiendo su cuadri-culado de búsqueda. Existe la probabilidad de que no puedan identificarnos ni en la pan-talla ni a simple vista, pues esos árboles deformarán la imagen. —Pero parecía preocu-pada—. Ojalá Lummie estuviese ya en la galería de la mina. Si alguien es lo suficiente-mente listo para recorrer la carretera, donde estaremos esta noche, con un detector selec-tivo...

John Thomas, en realidad, no la escuchaba. Estaba inclinado hacia delante, hacien-do pantalla con las manos detrás de ambas orejas.

—¡Silencio! —susurró—. Betty..., ¡vuelven!

—No te asustes. Probablemente es el otro lado de la cuadrícula de búsqueda.

Pero incluso mientras lo decía, sabía que se equivocaba. Aquel sonido se fue acer-cando, se cernió sobre ellos y después decreció en intensidad. Miraron hacia arriba, pero el espesor del bosque y la altura a que se hallaba el aparato les impidieron ver nada.

De pronto, brilló un resplandor tan vivo, que la luz del sol resultó mortecina cuando hubo pasado. Betty tragó saliva.

—¿Qué es eso?

—Fotografía con ultraflash —respondió él secamente—. Están comprobando lo que han descubierto con la televisión.

El sonido que se oía sobre sus cabezas aumentó en intensidad para decrecer luego; hubo un nuevo relámpago cegador.

—Lo toman con estéreo —anunció Johnnie solemnemente—. Ahora nos ven real-mente, y sus sospechas se han convertido en certidumbre.

—¡Johnnie, tenemos que sacar a Lummox de aquí!

Librodot

—¿Cómo? ¿Llevándolo a la carretera para que lo hagan papilla con las bombas? No, hijita, nuestra única esperanza es que decidan que se trata de una enorme roca... Me alegro de haberle obligado a estarse quieto y encogido. —Añadió—: Nosotros tampoco debemos movernos. Tal vez se vayan.

Ni siquiera esa esperanza se realizó. Uno tras otro, se oyeron hasta cuatro aparatos más. Johnnie los fue contando con los dedos.

—Ése se ha situado hacia el sur. El tercero va hacia el norte, creo. Ahora convergen hacia el oeste... Se trata de la guardia del molinete. Nos tienen rodeados, Bella Dur-miente.

Ella le miró, con el bello semblante mortalmente pálido.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó.

—La verdad es que nada... No, mira Betty. Tú baja ocultándote entre los árboles hasta el torrente. Llévate el helicóptero. Luego sigue por el torrente durante un buen tre-cho y emprende el vuelo. Mantente baja hasta que te encuentres fuera de su sombrilla. Te dejarán escapar..., tú no les interesas. —¿Y qué harás tú entretanto?

—¿Yo? Pues quedarme aquí.

—Si tú te quedas, yo también.

Johnnie dijo con displicencia:

—No me crees más dificultades. Tú te marchas.

—¿Pero qué crees que puedes hacer? Ni siquiera tienes un arma.

—Tengo ésta —respondió John Thomas sombríamente, tocando su cuchillo de monte—, y Lummox sabe tirar piedras.

Ella se le quedó mirando, para romper luego en incontenibles carcajadas.

—¿Qué dices? ¿Piedras? ¡Oh, Johnnie...!

—No nos cogerán sin lucha. Ahora hazme el favor de marcharte..., ¡y rápido! Si te quedas, no serás más que un estorbo.

—¡No!

—Mira, Betty, ahora no hay tiempo de discutir. Tú te vas, y asunto concluido. Yo me quedo con Lummox; ese es mi privilegio. Lummox es mío.

Ella rompió a llorar.

—Y tú eres mío, pedazo de zoquete.

Él trató de responder algo y no pudo. Su rostro empezó a contraerse con los espas-módicos movimientos del hombre que quiere contener las lágrimas. Lummox se agitaba inquieto.

—¿Qué pasa, Johnnie? —dijo con su vocecita de niña.

—¿Eh? —replicó John Thomas con voz ahogada—. Nada. —Se incorporó y dio unas cariñosas palmaditas a su mascota—.

Nada en absoluto, amigo, Johnnie está aquí contigo. Todo va bien.

—Todo va bien, Johnnie.

—Sí —asintió débilmente Betty—. Todo va bien, Lummie. —Añadió en voz baja, dirigiéndose a John Thomas—: Será rápido, ¿verdad, Johnnie? Espero que no nos de-mos cuenta.

—Creo que así será, en efecto... ¡Eh! Ni hablar, en menos de medio segundo te daré un buen sopapo... y después te arrojaré por la orilla del torrente. Creo que eso te prote-gerá de la explosión.

Ella movió lentamente la cabeza, sin ira ni temor.

Librodot

—Es demasiado tarde, Johnnie. Y tú lo sabes muy bien. No me riñas, dame única-mente la mano.

—Pero... —y se interrumpió—. ¿Oyes eso?

—Han venido más.

—Sí. Probablemente están trazando un octógono, para asegurarse de que no pode-mos escapar.

Un trueno repentino le ahorró la respuesta. Fue seguido por el agudo chillido de una nave que se cernía sobre ellos; esta vez pudieron verla, a menos de trescientos metros sobre sus cabezas. Entonces, una voz férrea retumbó en el cielo:

—¡Stuart! ¡John Stuart! ¡Salde tu escondrijo!

Johnnie desenvainó su cuchillo de monte, echó hacia atrás la cabeza y gritó:

—¡Ven a buscarme si puedes!

Betty le miró con rostro radiante, y le acarició la manga.

—¡Muy bien, Johnnie! —susurró—. ¡Así me gusta verte!

Los hombres que se ocultaban detrás de aquella voz gigantesca parecían tener un micrófono direccional enfocado hacia él, pues le respondieron:

—No queremos detenerte ni queremos hacer daño a nadie. Sal para que te veamos.

Él les contempló murmurando una palabra de desafío y añadió:

—¡No saldremos!

La voz atronadora prosiguió:

—Ultima advertencia, John Stuart. Sal con las manos vacías. Enviaremos un apara-to a recogerte.

John Thomas les gritó:

—¡Enviadlo y lo haremos pedazos! —Añadió con voz ronca, dirigiéndose a Lum-mox—: ¿Has recogido algunas piedras, Lummox?

—¿Cómo? ¡Claro! ¿Ahora, Johnnie?

—Aún no. Ya te lo diré.

La voz permaneció silenciosa; ningún aparato bajó a tierra. En lugar de ello otra na-ve que no era la del comandante se dejó caer rápidamente, cerniéndose a unos treinta metros sobre los abetos y aproximadamente a la misma distancia lateral de ellos. Inició entonces un lento recorrido circular, casi arrastrándose sobre las copas de los árboles.

Inmediatamente se escuchó un ruido como de algo que se desgarra, luego un crujido y un gigante del bosque cayó pesadamente al suelo. Otro lo siguió casi en seguida. Co-mo una gran mano invisible, un rastrillo desconocido que surgía de la nave aérea derri-baba los árboles y los apartaba a un lado. Lentamente fue despejando una ancha zona circular en torno a ellos como si tratasen de contener un incendio.

—¿Por qué hacen eso? —susurró Betty.

—Es un aparato del servicio forestal. Nos están aislando.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué no nos atacan y terminan de una vez?

Empezó a temblar, y él la rodeó con un brazo, protector.

—Lo ignoro, Bella Durmiente. Se están acercando.

El aparato cerró el círculo, luego se enfrentó con ellos y pareció ponerse en cucli-llas. Con el delicado cuidado de un dentista al arrancar una muela, el conductor se acer-có, escogió un árbol lo arrancó del suelo y lo echó a un

lado. Luego escogió otro..., y otro más. Gradualmente se fue abriendo un ancho sendero a través del bosque, en direc-ción al lugar donde se encontraban.

No podían hacer otra cosa sino esperar. La nave del guardabosque arrancó el último árbol que los ocultaba; el campo de energía los rozó mientras lo apartaba, hadando que se tambaleasen y provocando en Lummox un chillido de terror. John Thomas consiguió dominarse y dio unas palmadas en el costado de la bestia.

—Tranquilízate, muchacho. Johnnie está contigo.

El aparato maderero se retiró; una nave de combate ocupó su lugar. Descendió súbi-tamente aterrizando al extremo del corredor. Johnnie tragó saliva y dijo:

—Ahora, Lummox. Mira de dar a todo cuanto salga de esa nave.

—¿Qué te apuestas, Johnnie?

Lummox empezó a reunir municiones con ambas manos.

Pero nunca llegó a arrojar las piedras. John Thomas sintió como si estuviese hundi-do en cemento húmedo hasta el cuello; Betty daba boqueadas y Lummox chillaba. En-tonces dijo con su vocecita aniñada:

—¡Johnnie! ¡Las piedras están pegadas al suelo! John Thomas trató de hablar:

—Está bien, muchacho. No luches. Betty, ¿estás bien?

—¡Apenas puedo respirar! —dijo ella, dando boqueadas.

—No podemos luchar. Nos han atrapado.

Ocho figuras salieron por la puerta de la nave. Su aspecto no tenía nada de humano, pues iban recubiertos de pies a cabeza por una pesada armadura de metal. Cada uno de ellos llevaba un yelmo parecido a una máscara de esgrima, y transportaban a la espalda antigeneradores de campaña. Avanzaban confiadamente y a paso vivo en fila doble hacia el paso abierto entre los árboles; cuando llegaron allí aminoraron ligeramente su marcha, saltaron chispas y los rodeó un nimbo violeta. Pero siguieron avanzando.

Cuatro de ellos transportaban un gran cilindro de tela metálica, alto como un hom-bre y de anchura correspondiente. Lo balanceaban fácilmente en el aire. El hombre que iba delante gritó:

—No os acerquéis a la bestia. Primero sacaremos a los muchachos, después nos ocuparemos de él.

Su voz parecía bastante alegre y risueña.

El destacamento se acercó a ellos, dando un pequeño rodeo para evitar a Lummox.

—¡Cuidado! Cogedlos —ordenó el jefe.

La jaula en forma de tonel fue colocada sobre Betty y John Thomas, bajando lenta-mente hasta que el hombre que daba las órdenes metió la mano en su interior y accionó un conmutador... Entonces empezó a soltar chispas y se posó en el suelo.

El jefe les miró con una sonrisa en su rostro rojo y congestionado.

—Se está mejor sin la maleza, ¿verdad?

Johnnie le fulminó con la mirada mientras su barbilla temblaba, y soltó un taco, mientras se frotaba las piernas acalambradas.

—¡Vamos, vamos! —respondió el oficial sin animosidad—. No te pongas

así. Vo-sotros nos habéis obligado a hacerlo. —Echó una mirada a Lummox—. ¡Buen Dios! Vaya bicho. No me gustaría encontrármelo sin armas en un callejón oscuro.

Johnnie se dio cuenta de que las lágrimas corrían por su rostro, sin que pudiese evi-tarlo.

—¡Vamos, hombre! —gritó con voz entrecortada—. ¿A qué esperáis? ¡ Acabad de una vez!

—¿Eh?

—¡Nunca ha hecho daño a nadie! Así es que matadlo rápidamente y no le hagáis su-frir; no juguéis al gato y al ratón con él.

El oficial parecía apenado.

—¿De qué estás hablando, hijo? Nosotros no hemos venido para causarle daño. Te-nemos orden de llevárnoslo sin hacerle ni un rasguño, aunque para ello tengamos que perder algún hombre. Nunca he tenido que cumplir unas órdenes más descabelladas.

12 LUMMOX IMPONE CONDICIONES

Henry Kiku nunca se había sentido mejor. La úlcera no le atormentaba, y ni siquiera de-seaba hojear los folletos de África. La Conferencia Tripartita iba sobre ruedas y los de-legados marcianos empezaban a entrar en razón. Ignorando las diversas luces color ám-bar que requerían su atención, empezó a cantar: «Frankie y Johnnie eran amantes... Oh, cómo se amaban, jurándose eterna fidelidad...»

Tenía una hermosa voz de barítono, pero desafinaba lamentablemente.

Lo mejor de todo era que aquel desagradable y confuso asunto hroshiano se podía dar por concluido, y no había víctimas. El bueno del doctor Ftaeml parecía creer que aún existía la posibilidad de restablecer relaciones diplomáticas, tal era el contento de los hroshii al recobrar su hroshia perdida.

Era indispensable establecer relaciones diplomáticas con una raza tan poderosa co-mo los hroshii. Tenían que ser aliados, aunque esto pudiese tardar aún cierto tiempo. Quizá no mucho, pensó; la reacción de los hroshii al ver a Lummox había sido extraor-dinaria, casi idólatra.

Al reflexionar sobre lo ocurrido, comprendió que no era difícil ver lo que les había confundido ¿Quién hubiera podido pensar que un ser casi tan grande como una casa, y de más de cien años de edad, pudiese ser tan sólo un bebé? ¿O que aquella raza tenía manos únicamente cuando llegaba a la

Librodot

edad de usarlas? Y además, ¿por qué aquella hroshia era de un tamaño mucho mayor que sus semejantes? Su tamaño engañó a Greenberg y a él mismo casi tanto como todo lo demás. Haría que los xenólogos se ocupasen de su estudio.

Pero eso no importaba ahora. Lummox se hallaba en camino hacia la nave hroshia-na; el peligro había sido conjurado. ¿Hubieran podido, realmente, volatilizar la Tierra? Era mejor no haber tenido que comprobarlo. Como decía el viejo Shakespeare, a buen fin no hay mal principio. Y continuó cantando.

Aún seguía cantando cuando la luz de «urgente» empezó a parpadear, y él cantó los últimos versos en las propias narices de Greenberg: «¡…tan cierto como las estrellas que nos miran!» Añadió:

—Sergei, ¿tiene usted voz de tenor?

—¿Qué importa eso, jefe? De todos modos, usted no cantaba a tono.

—Lo que le pasa es que está celoso. ¿Qué quiere, hijo? ¿Ya se han marchado?

—Verá, jefe, ha surgido una pequeña dificultad. Tengo al doctor Ftaeml conmigo. ¿Podemos verle?

—¿De qué se trata?

—Ya se lo diremos cuando estemos solos. ¿En una de las salas de conferencia?

—Vengan a mi despacho —dijo Kiku, ceñudo. Cortó la comunicación y, abriendo un cajón, sacó una pildora y se la tomó.

Greenberg y el medusoide comparecieron en seguida. Greenberg se dejó caer en una butaca como si estuviese exhausto, sacó un cigarrillo, rebuscó en sus bolsillos y desistió. Kiku saludó ceremoniosamente a Ftaeml y luego preguntó a Greenberg:

—¿Qué ocurre, Sergei?

—Lummox no quiere irse.

—¿Cómo?

—Se niega a marcharse. Los otros hroshii no cesan de ir de un lado a otro, como hormigas locas. He hecho levantar barricadas y bloquear la zona del espaciopuerto don-de se encuentra la nave. Tenemos que hacer algo.

—¿Por qué? Lo ocurrido es sorprendente, pero no alcanzo a ver que seamos noso-tros los responsables de ello. ¿Por qué se niega a embarcar?

—Verá…

Greenberg miró con desamparo a Ftaeml.

El rargiliano dijo suavemente:

—Permítame que le explique, señor. La hroshia se niega a embarcarse sin su mas-cota.

—¿Su mascota?

—El muchacho, jefe. John Thomas Stuart.

—Exactamente —asintió Ftaeml—. La hroshia afirma que ha estado criando a John Thomas desde hace mucho tiempo; se niega a volverse a casa a menos que le dejen lle-varse a su John Thomas actual. Se muestra muy imperiosa a ese respecto.

—Comprendo —dijo Kiku—. Para decirlo en términos vulgares, el muchacho y la hroshia se han encariñado. Lo cual no es de extrañar, teniendo en cuenta que se criaron juntos. Pero Lummox tendrá que

resignarse a la separación, tal como ha hecho John Thomas. Si no recuerdo mal, armó un alboroto considerable; le obligamos a callar y lo enviamos a casita. Eso es lo que hay que hacer con la hroshia: decirle que se calle, obligarla si es necesario a subir a bordo de la nave, y enviarla a su planeta. Para eso vinieron sus compatriotas.

El rargiliano respondió:

—Permítame que le diga, señor, que al traducirlo a «términos vulgares», ha alterado usted el sentido de la frase. He discutido esta cuestión con ella, y en su misma lengua.

—¿Eh? ¿Ha podido aprenderla tan deprisa?

—La conoce desde hace mucho tiempo. Los hroshii, señor subsecretario, saben su propia lengua casi desde el cascarón. Uno podría aventurarse a afirmar que ese uso del lenguaje casi en un nivel instintivo es quizá la única razón de que encuentren tan difíci-les las otras lenguas y nunca lleguen a aprenderlas bien. La hroshia habla la lengua de ustedes como un niño de cuatro años, aunque según creo empezó a aprenderla hace un par de generaciones. Pero en su propio idioma habla con fluidez y soltura, según pude apreciar desgraciadamente.

—¿Ah, sí? Pues bien, dejémosla hablar. Las palabras no pueden hacernos daños.

—Ella ha hablado..., ha ordenado al comandante de la expedición que recobre en seguida a su mascota. De lo contrario, afirma, se quedará aquí para seguir criando otros John Thomas.

—Y —añadió Greenberg— el comandante nos ha entregado un ultimátum en el que nos ordena que entreguemos inmediatamente a John Thomas Stuart o de lo contrario...

—«O de lo contrario» significa lo que me imagino, ¿verdad? —dijo lentamente Ki-ku.

—Exactamente —respondió Greenberg lisa y llanamente—. Después de haber visto su nave no estoy muy seguro de que no puedan hacerlo.

—Debe usted comprender, señor —añadió Ftaeml con toda seriedad—, que el co-mandante lo lamenta tanto como nosotros. Pero él debe tratar de cumplir los menores deseos de la hroshia. Ese apareamiento fue acordado hace más de dos mil años de los vuestros; no desistirán con tanta facilidad. No puede permitir que ella se quede..., ni tampoco puede obligarla a irse contra su voluntad. Créame que está consternado.

—¿No lo estamos todos? —dijo Kiku, tomando dos píldoras más—. Doctor Ftaeml, voy a darle un mensaje para sus jefes. Le ruego que se lo traduzca exactamente.

—Así lo haré, señor.

—Dígales que rechazamos con desprecio su ultimátum. Que...

—¡Señor, se lo ruego...!

—Atienda. Dígaselo así mismo sin quitar un punto ni una coma. Dígales que hemos hecho todo cuanto hemos podido para ayudarles, consiguiéndolo al fin, y que ellos han respondido a nuestras atenciones con amenazas. Que su conducta es impropia de seres civilizados y que les retiramos nuestra invitación para ingresar en la Comunidad de Ci-vilizaciones. Dígales que les escupo a la cara..., o busque una frase igualmente fuerte. Y que preferimos morir de pie a vivir de rodillas.

Librodot

Greenberg mostraba una amplia sonrisa en su rostro, y juntó ambas manos en un viejo signo de aprobación. El doctor Ftaeml pareció palidecer bajo su piel quitinosa.

—Señor —dijo—, lamento profundamente verme obligado a comunicar tal mensa-je.

Kiku plegó sus labios en una sonrisa helada.

—Dígaselo tal como se lo he dicho. Pero antes de hacerlo vea de hallar una ocasión de hablar a solas con la hroshia Lummox. ¿Podrá conseguirlo?

—Con toda seguridad, señor.

—Dígale que el comandante de la expedición, llevado por su exceso celo, parece dispuesto a matar al ser humano, John Thomas Stuart. Consiga hacerle comprender cla-ramente quién es el amenazado.

El rargiliano dispuso su boca en una ancha sonrisa.

—Perdóneme, señor; no le apreciaba en lo que vale. Ambos mensajes serán entre-gados, en el orden correspondiente.

—Éso es todo.

—Deseo que siga bien, señor. —Volviéndose hacia Greenberg, el rargiliano rodeó los hombros de éste con uno de sus brazos de articulaciones libres—. Hermano Sergei, me parece que hemos encontrado el camino para salir de un atolladero. Ahora, con la ayuda de su padre espiritual, hallaremos la salida de otro, ¿no?

—Eso espero, doctor.

Ftaeml se marchó. Kiku se volvió hacia Greenberg, y dijo:

—Haga venir al chico Stuart. Vaya a buscarle usted personalmente y tráigalo sin pérdida de tiempo. Esto..., traiga también a su madre. El chico es menor de edad, ¿ver-dad?

—Sí. ¿Cuál es su plan, jefe? No irá a entregarlo a los hroshii después del magnífico rapapolvo que les ha dado.

—Claro que sí. Pero quien impondrá las condiciones seré yo. No tengo intención de dejar que esas mesas de billar animadas se figuren que pueden gobernarnos a su antojo. Usaremos esta baza para conseguir que se haga lo que nosotros deseamos. ¡Ahora, an-dando!

—Ya me voy.

Kiku siguió sentado ante su mesa, despachando los asuntos de trámite distraídamen-te, mientras su subconsciente seguía ocupado con el problema de Lummox. Tenía el presentimiento de que se acercaban momentos difíciles... para los humanos. Había que ver cómo capear el inminente temporal. Estaba sumido en sus cavilaciones cuando se abrió la puerta y Roy MacClure penetró en la estancia:

—¡ Ah, estás aquí, Henry!

Kiku empezó a hacer un informe completo de la nueva crisis hroshii. MacClure es-cuchaba sin hacer comentarios. Kiku terminó contándole de qué modo había rechazado el ultimátum.

Se volvió hacia Kiku y rezongó:

—Henry, has vuelto a dejarme colgado de un hilo. No tengo más remedio otra vez que seguir tu juego.

—¿Puedo preguntar qué habría hecho usted?

—¿Yo? —MacClure frunció el ceño—. Hombre, habría dicho exactamente lo mis-mo que tú, supongo..., pero en términos aún más duros. Admito que

probablemente no hubiera pensado en crear una escisión interna aprovechándome de ese Lummox. Eso ha sido muy hábil.

—Comprendo, señor ministro. Tratándose de rechazar un ultimátum formal, ¿qué acción defensiva hubiera emprendido usted? Debo añadir que quería evitar que el Con-sejo tuviese que advertir a las estaciones de combate de todo el planeta que estuviesen prevenidas.

—¿Qué estás diciendo? Nada de eso hubiera sido necesario. Hubiera ordenado a la Guardia Metropolitana que los expulsase, bajo mi propia responsabilidad. Después de todo, están en nuestra zona interior de seguridad y profiriendo amenazas... Se trataría de una simple acción policíaca.

«Eso —pensó Kiku— es lo que yo suponía que harías.» Pero lo que dijo fue:

—Suponga que no consiguiesen expulsar a su nave... y que ésta volviese.

—¿Qué dice? ¡Eso es absurdo!

—Señor ministro, lo único que he aprendido en cuarenta años de realizar este traba-jo es que cuando uno se enfrenta con algo de «Allá fuera», nada es lo bastante absurdo.

—Bueno, te concedo que... Henry, tú estás convencido de que podrían hacernos da-ño. Estabas asustado. —Escrutó la cara de Kiku—. ¿Me ocultas algo? ¿Tienes pruebas de que puedan cumplir su absurda amenaza?

—No, señor.

—¿Entonces?

—Señor MacClure, en mi país, hará poco más de trescientos años, vivía una tribu muy valiente. Un pequeño grupo de europeos armados les hicieron ciertas exigencias..., quisieron cobrarles impuestos, como ellos decían. El jefe era un hombre valeroso y sus guerreros eran numerosos y ejercitados. Sabían que los extranjeros tenían armas de fue-go, pero ellos también poseían algunas. Confiaban principalmente en su número y en su valor. Trazaron un astuto plan y tendieron una emboscada al enemigo en un desfiladero. Estaban seguros del triunfo.

—¿Ah, sí?

—Nunca habían oído hablar de ametralladoras. Se enteraron de su existencia a costa de su propia vida, porque eran muy aguerridos y avanzaban en oleadas. Aquella tribu ya no existe. Fue borrada del mapa.

—Si estás tratando de asustarme... Bueno, da lo mismo. Pero aún no me has propor-cionado esas pruebas. Después de todo, nosotros no somos una tribu de salvajes igno-rantes. No hay paralelo posible.

—Tal vez no. Sin embargo, la ametralladora de aquella época era sólo una pequeña mejora del fusil ordinario. Ahora poseemos armas al lado de las cuales la ametralladora parece un cortaplumas. Y sin embargo...

—Pareces querer sugerir que esos hoorussianos poseen armas que convertirían a nuestros últimos modelos en algo tan inútil como un garrote. Francamente, no quiero creerlo y no lo creo. La energía que se oculta en el átomo es la última energía posible que se puede hallar en el universo. Tú lo sabes y yo también. Y nosotros disponemos de esa energía. No dudo que ellos la posean también, pero les sobrepasamos en muchos mi-llones, y además estamos en nuestro planeta, en nuestra casa.

Librodot

—Así razonaba el jefe de la tribu.

—Bueno, pero no es lo mismo.

—Nunca nada es lo mismo dos veces —respondió cansadamente Kiku—. Yo no trato de imaginarme armas mágicas que ultrapasen lo que pueden concebir nuestros fisi-cos; me preguntaba únicamente qué mejoras se podrían introducir a un arma ya conoci-da; alguna nueva pieza que ya se encuentra implícita en la teoría. No lo sé, naturalmen-te. No entiendo una palabra de estas cosas.

—Tampoco yo, pero personas entendidas me han asegurado que... Mira, Henry, voy a ordenar que se lleve a cabo esa acción policíaca inmediatamente.

—Muy bien, señor ministro.

—No te quedes ahí con esa cara, diciendo «muy bien, señor ministro». Tú no sabes nada, ¿verdad? Entonces, ¿por qué no puedo hacerlo?

—No le hago ninguna objeción, señor ¿Quiere un circuito secreto? ¿O quiere que haga comparecer aquí al comandante de la base?

—Henry, eres sin ningún género de dudas el hombre más irritante de los diecisiete planetas. Te he preguntado por qué no puedo hacerlo.

—No veo ninguna razón, señor. Puedo decirle únicamente por qué le recomiendo que no lo haga.

—¿Y bien?

—Porque no sabía nada. Porque me basaba sólo en los temores de un ser no-humano que quizás era aún más tímido que yo, o que estaba desorientado por lo que po-dría llamarse terror supersticioso. Puesto que no sabía nada, no me atreví a jugar a la ru-leta con nuestro planeta como apuesta. Preferí luchar con la dialéctica tanto tiempo co-mo me fuese posible. ¿Quiere que dé esa orden, señor? ¿O que me encargue de sus deta-lles?

—Deja de fastidiarme. —Miró a su subsecretario con el rostro congestionado—. Supongo que tu próxima acción será amenazarme con dimitir.

Kiku sonrió entre dientes.

—Señor MacClure, no tengo por costumbre presentar dos veces la dimisión en un mismo día. —Añadió—: No, esperaré hasta que se haya llevado a cabo la acción poli-cíaca. Entonces, si aún estamos vivos, se habrá demostrado que me he equivocado en un asunto importante; mi dimisión será absolutamente lógica y necesaria. ¿Puedo añadir, señor ministro, que espero que tenga usted razón? Preferiría mucho más llegar a viejo sin sinsabores que ver mi memoria reivindicada a título póstumo.

MacClure movió la boca, pero no habló. Kiku continuó tranquilamente:

—¿Me permite el señor ministro que le haga una sugerencia de carácter estricta-mente oficial?

—¿Cómo? Desde luego. La ley te requiere a ello. Había.

—¿Puedo pedir que el ataque comience dentro de pocos minutos? Si actuamos rápi-damente, tal vez podremos conseguirlo, lo que no sucedería si nos demoráramos dema-siado. La Sección Astronómica puede proporcionarnos los datos relativos a la órbita de la nave enemiga. No olvide que la que se halla en tierra es sólo un pequeño aparato de desembarco.

Kiku se inclinó hacía el intercomunicador y llamó a la Sección

Astronómica.

—El jefe de balística, por favor..., inmediatamente. Ah, Cartier..., aisle su aparato; éste ya lo está. Y hable en voz baja. Quiero los elementos tácticos del...

MacClure alcanzó el aparato y cortó la comunicación.

—Muy bien —dijo encolerizado—, lo has conseguido gracias a tu desfachatez.

—No era desfachatez, señor.

—Bueno, bueno, has conseguido convencerme de que eres un hombre juicioso y prudente. No puedo arriesgar ciegamente las vidas de cinco billones de seres. ¿Quieres que me arrastre a tus pies?

—No, señor. Pero estoy mucho más tranquilo. Gracias.

—¿Estás mucho más tranquilo? ¿Y yo, qué? Ahora dime cómo piensas resolver es-to. Estoy aún a oscuras.

—Lo haré, señor ministro. En primer lugar, he mandado buscar al joven Stuart...

—¿Al joven Stuart? ¿Por qué?

—Para persuadirle de que vaya. Necesito su consentimiento.

El ministro no parecía dar crédito a lo que oía.

—¿Debo entender que después de rechazar de plano su ultimátum, el único plan que se te ocurre es capitular?

—Yo no lo diría así.

—No me importa cómo lo denominéis vosotros los diplomáticos. No entregaremos al muchacho. No quería correr un riesgo a ciegas, pero esto es distinto. No entregaré a un solo ser humano, sea cual sea la presión a que me sometan..., y puedo asegurarte que el Consejo estará de acuerdo conmigo. Hay una cosa que se llama la dignidad humana. Debo añadir que estoy sorprendido... y disgustado.

—¿Puedo continuar, señor?

—Bien, prosigue. Oigamos tu parte.

—Jamás me ha pasado por la cabeza la idea de entregar al muchacho. En la ciencia de la diplomacia, el apaciguamiento hace tiempo que ha dejado de ser una teoría válida. Si hubiese considerado la posibilidad de sacrificar al muchacho, comprendería su dis-gusto, y lo aplaudiría. Pero, en realidad, no lo comprendo.

—Pero tú has dicho...

—Por favor, señor. Sé perfectamente lo que he dicho. He mandado buscar al mu-chacho para sondear sus propios deseos. Por lo que sé de él es posible que acceda, in-cluso con entusiasmo.

MacClure movió la cabeza.

—Eso no podemos permitirlo, aun en el caso de que ese chico estuviese tan loco como para acceder a ir. ¿A novecientos años luz de los demás seres humanos? Antes ofrecería veneno a un niño.

—Es completamente diferente, señor. Si obtengo su consentimiento, puedo mante-nerlo en secreto durante el curso de las negociaciones; jugar con un as oculto en la man-ga. Puede salvarse mucho por medio de la negociación, y obtenerse mucho.

—¿Por ejemplo?

—Su ciencia. Su comercio. Todo un nuevo sector del espacio. Las

posibilidades que esto nos ofrece apenas pueden ser entrevistas.

MacClure se agitaba inquieto.

—Aún no estoy seguro de si lo mejor no sería desencadenar ese ataque. Si los hom-bres somos hombres, debemos correr algún riesgo. No me gusta arrastrarme a los pies de esas alimañas que vienen a amenazarnos.

—Señor ministro, si mis planes no surten el efecto apetecido... o no reciben su aprobación, entonces me uniré a usted para lanzar mi grito de desafío hacia los cielos. Tenemos que negociar, pero negociar como hombres.

—Bien..., prosigue. Dime el resto.

13 COMPLICACIONES

Cuando Henry Kiku llegó a su oficina la mañana siguiente, encontró a Wesley Robbins, encargado de relaciones públicas, dormido en su silla.

—Buenos días, Wes —dijo el subsecretario.

—¿Qué sabes de esto? —contestó Robbins entregándole un ejemplar del Capital Times.

Kiku leyó:

¡INVASORES EXTRATERRESTRES AMENAZAN CON LA GUERRA!

Piden rehenes

El ministro de Asuntos Espaciales ha revelado hoy que los visitantes llamados hroshii, actualmente en el puerto de la Capital, exigen de la Federación...

Kiku vio en esta noticia que MacClure se había ido de la lengua, distorsionando además la respuesta dada por el subsecretario a los hroshii.

Se inclinó sobre el interfono.

—¿Seguridad? —dijo—. Ah, O'Neill, Sitúe más policía antidisturbios alrededor de la nave de los hroshii.

Volviéndose a Robbins, dijo:

—Creo que debemos ver a MacClure.

Se dirigieron al despacho del ministro. Una vez allí, Robbins esperaba que Kiku hablase, pero éste mostraba un rostro impenetrable. Fue el ministro quién habló:

—¿Y bien Henry? Hoy estoy muy ocupado y...

—Pensé que desearía darnos instrucciones respecto al nuevo plan de acción, señor.

—¿Qué nuevo plan de acción?

—Respecto a los hroshii. ¿O no es cierto lo que dicen los periódicos?

—Pues... sí, sí que lo es; aunque han exagerado, desde luego. Simplemente he dicho al pueblo lo que tenía derecho a saber.

—Ah, claro, gracias por recordármelo —repuso Kiku—. Supongo que ahora debo reparar mí error, y contarle a la gente toda la historia.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, contarles cómo, debido a nuestra falta de respeto por los derechos de los demás, raptamos en el pasado a un miembro de una raza civilizada. Cómo éste sólo pu-do sobrevivir gracias a una increíble suerte. Y cómo a raíz de esto vemos ahora a nues-tro planeta amenazado con la destrucción.

MacClure le escuchaba con la boca abierta.

—¡Santo cielo Henry! —dijo. ¿Estás tratando de desencadenar disturbios?

—Señor, he tomado medidas para prevenirlos. La xenofobia siempre está dispuesta a atacar, y eso —señaló el periódico— desatará las pasiones de muchos.

El ministro se levantó y comenzó a recorrer su despacho de un lado a otro. Wes Robbins se limpiaba las uñas con una navaja. MacClure se volvió súbitamente hacia Ki-ku.

—Mira, Henry —le dijo—, no creas que vas a amedrentarme.

—¿Yo, señor ministro?

—¡Sí, tú! Sabes muy bien que si damos a la prensa todos esos detalles innecesarios, el alboroto que habrá en el Consejo podrá oírse desde Plutón. La Conferencia Tripartita podría tener resultados desastrosos. —Calló un instante para tomar aliento—. Pues bien, no vas a tener esa oportunidad, porque... ¡quedas despedido! ¿Me entiendes? ¡Despedi-do!

—Muy bien, señor ministro —dijo Kiku, dirigiéndose a su oficina. En ese momen-to, Wes Robbins se levantó y dijo:

—Un momento, Henry. Oye, Mac...

—No me llames Mac —saltó el ministro— y no te metas en esto. Es un asunto ofi-cial.

—No te muestres tan estirado conmigo —le dijo Robbins, irónico—. Hace mucho que te conozco, si bien entonces me gustabas, lo que no puedo decir ahora. Dime, ¿por qué tienes tanto empeño en perder tu puesto?

—¿Cómo se te ocurre... ?

—¿Qué crees si no que ocurrirá cuando Henry hable con los periodistas? —añadió Wes.

—¿Cómo? —exclamó MacClure—. Henry, te prohibo que...

—¿Puedo decir algo? —intervino Kiku—. No tengo la menor intención de hablar con la prensa. Sólo quería hacer ver que mantener a la gente informada puede ser desas-troso. Esperaba evitar más indiscreciones por su parte, señor, mientras se reparaban los daños.

—¿De veras? —dijo el ministro—. Lo siento Henry, me precipité. Olvida lo que he dicho y...

—No, señor ministro, lo siento —dijo Kiku, fríamente—. No resultaría.

En ese momento, volvió a intervenir Robbins.

—Henry puede ser un hombre honrado y leal —dijo—, pero yo no lo soy.

Pienso decírselo todo a la prensa a menos que presentes la dimisión, Mac, y rectifiques tus de-claraciones de ayer.

—Si ése es tu plan, Wes, ya puedes salir de aquí inmediatamente. Declararé a la prensa que tuve que echaros a los dos por deslealtad e incompetencia.

—Lo esperaba —dijo Robbins fieramente—. Tu cabeza caerá de todos modos, pero puedes largarte honrosamente o por las malas. Si digo todo lo que sé, el secretario gene-ral te echará a los lobos.

MacClure lo escuchó sin interrumpirle:

—Sólo tienes una opción —prosiguió Robbins—. Presentar ahora tu renuncia, que no se hará pública hasta dentro de dos semanas, en que estará solucionado el problema de los hroshii. Y desmentir la noticia que diste ayer a la prensa.

—Está bien —repuso MacClure mansamente.

A Greenberg le había costado mucho convencer a la señora Stuart de que ella y John Thomas le acompañasen a la Capital. Pero cuando volvió a la mañana siguiente, vio que no era bien recibido. La señora Stuart le mostró el periódico.

—¿Y bien, señor Greenberg —le espetó—, que tiene que decirme?

—Señora Stuart, ya sabe como son los periódicos. La noticia no tiene ningún fun-damento. No se ha hablado en absoluto de rehenes y...

—Mire, señor Greenberg, sabe que accedí a regañadientes. Pero usted me ha decep-cionado. Esto es un complot para entregar a mi hijo a esos monstruos.

—Mamá —le interrumpió Johnnie—, no seas absurda.

—Cállate, John Thomas. No hay más que hablar.

Fue imposible toda discusión.

Greenberg se dirigió a su hotel. Pensaba telefonear a su jefe, pero decidió que a él no le gustaría saber que no era capaz de solucionar el asunto por sí mismo.

Una vez en su habitación, el jefe Dreiser le telefoneó. El joven Stuart había desapa-recido, y su madre pensaba que podría encontrarle allí. Dreiser le recordó que era un ciudadano —pese a la importancia de su cargo—, y que como tal podía ser perseguido por la ley.

—Jefe —repuso entonces Sergei—, si me encuentra haciendo algo ilegal, no tiene más que cumplir con su deber.

—Lo haré, señor. No lo dude.

Y colgó.

De nuevo sonó el teléfono, y Sergei se halló ante el rostro de Betty Sorensen, que le sonreía.

—Le habla la señorita Sorensen —dijo.

—¿Cómo está, señorita Sorensen?—repuso Greenberg.

—Bien, gracias, aunque muy ocupada. Verá, tengo un cliente, el señor Brown, que ha sido requerido para hacer un viaje. La cuestión es que tiene un amigo en su ciudad de destino y desea saber si podrá verlo.

Greenberg pensó un momento y dijo:

—Dígale al señor Brown que lo verá.

—Bien —repuso Betty—. ¿Cuándo pasará a recogernos su piloto?

—Es mejor que hagan el viaje con una línea comercial. Por el dinero no

se preocu-pe, le haré un préstamo personal. A usted, no al señor Brown.

—Oh, estupendo —dijo Betty.

Greenberg esperó dos horas y llamó a la madre de Johnnie.

—Señora Stuart —le dijo—, he oído que su hijo ha viajado a la Capital por su cuen-ta. —Esperó a que se calmara y añadió—: ¿Quiere acompañarme allí? Mi nave es más rápida que las comerciales.

Media hora después salían hacia la Capital de la Federación.

El señor Kiku recibió primero a John Thomas. Lo trató como a un igual, pese a que tenía edad suficiente para ser su abuelo. Le explicó que Lummox no deseaba volver sin él, y que era muy importante que regresara tanto para los hroshii como para la Tierra.

Johnnie dijo, divertido:

—Es curioso que sea tan indispensable para ellos y que yo haya estado dominándo-le todos estos años.

—En cualquier caso —aclaró Kiku— no voy a pedirte que evites una posible gue-rra. Queremos establecer relaciones amistosas con los hroshii. ¿Qué te parecería ir con Lummox a su planeta? No necesitas contestar ahora.

—Iré, desde luego —dijo resueltamente Johnnie.

—No te precipites. Ten en cuenta que Hroshijud, el planeta de Lummox, está a casi mil años luz de la Tierra.

—Mi bisabuelo llegó allí, ¿por qué no habría de hacerlo yo?

—Muy bien. Disfruta de tu estancia aquí, mientras tanto.

Henry Kiku había recibido a Johnnie en su despacho, pero a su madre la recibió en una deslumbrante sala diseñada por los psicólogos para impresionar a los visitantes. Sa-bía que no sería fácil tratar con la señora Stuart.

Tomaron el té y enfocó la conversación hacia temas triviales. Finalmente, entró en materia.

—He estado hablando con su hijo. Le contaré todo brevemente. Vamos a enviar una misión cultural y científica al planeta de los hroshii. Quiero enviar a su hijo como ayuda especial. Él ha accedido a ir.

Esperó la explosión, que no tardó.

—¡Ni hablar! ¡Me niego rotundamente! Enviar a mi hijo como rehén de esos mons-truos...

—Se equivoca, señora. Los periódicos le han dado una visión falsa. El ministro ya ha desmentido las declaraciones de ayer. Su hijo sólo servirá de ayuda para establecer un puente cultural entre dos razas muy distintas. De hecho, la profunda amistad que existe entre Johnnie y Lummox parece una bendición del destino.

—Tonterías —exclamó ella—. Mi hijo va a ingresar en la universidad y...

—Si es la educación de su hijo lo que le preocupa, le acabaré de explicar el asunto. Además de una embajada, enviamos las mejores mentes dedicadas a la ciencia, la eco-nomía, la cultura. Nadie podría tener una educación como la de su hijo en el campo de la xenologia.

—El no va a estudiar xenología —repuso la señora Stuart, airada— sino derecho.

—Señora, esto es lo que él desea estudiar y es una oportunidad única. Para que se haga una idea de las diferencias entre nuestros pueblos, le

Librodot

hablaré algo más de esta raza. Su joven hroshia, es decir, Lummox, tiene un papel fundamental en un plan genético trazado hace dos mil años... ¿Se da usted cuenta? Son seres prácticamente inmortales. Por eso no estaban enfadados ni desesperados por la desaparición de su hroshia durante cien años; la consideraban simplemente extraviada. Otra característica es que aumentan de tamaño al comer, y se encogen al pasar hambre. Su hijo ha alimentado en exceso a Lummox...

—¡Se lo he dicho muchas veces! —intervino ella.

—Es igual, no ha habido perjuicio alguno, la están devolviendo a su tamaño normal. En fin, señora —concluyó—, su hijo ya es un hombre. Si intenta controlarlo, puede ver-se repudiada por él.

—Johnnie no haría tal cosa con su propia madre —repuso ella indignada—. Ade-más, es un menor.

—Quizá. Pero nuestros tribunales de menores saben del uso arbitrario de la autori-dad paterna. La coerción a la hora de elegir carrera es un tema recurrente. Si se opone demasiado a él, le perderá. Piénselo.

14 RELACIONES NO DIPLOMÁTICAS

De nuevo el estómago atormentaba al subsecretario, pero en lugar de prestarle atención, Henri Kiku se inclinó sobre el intercomunicador y dijo:

—Sergei, venga en seguida.

Greenberg entró y preguntó a su jefe:

—¿Qué tal va nuestro caso difícil?

—Ella no quiere dejarle ir.

—¿Ah, no?

—Pero él va.

—Esa mujer armará un gran escándalo en la prensa.

—Desde luego. —Kiku se inclinó sobre su mesa—: ¿Wes?

—El señor Robbins se halla en los funerales del ministro venusiano de Asuntos Ex-teriores —respondió una voz femenina—, con el señor ministro.

—Ah, sí. Dígale que pase a verme cuando vuelva, por favor.

—Sí, Señor Kiku.

—Gracias, Shizuko —El subsecretario se volvió hacia Greenberg—. Sergei, su nombramiento de oficial diplomático de primera clase fue hecho efectivo con carácter de permanente cuando fue asignado usted a este asunto.

—¿De veras?

—Sí. No tardará en recibir el nombramiento. Pero ahora será ascendido usted a primer oficial diplomático en activo. Retendré el nombramiento permanente durante noventa días, para evitar críticas y chismorreos inoportunos.

El rostro de Greenberg no demostró la menor emoción.

—Estupendo —dijo—. Pero ¿por qué? ¿Porque me limpio los dientes con regulari-dad? ¿O porque tengo siempre muy limpio y pulido mi portafolios?

—Irá usted a Hroshijud como delegado y jefe de misión. El señor McClure será nombrado embajador, pero dudo mucho que llegue a aprender el idioma, lo cual hará que sea usted quien tenga que cargar con el pesado fardo de mantener las relaciones con ellos. Por lo tanto, tiene que aprender su idioma en seguida, aunque sólo sea para salir del paso. ¿Me entiende?

Greenberg lo interpretó debidamente. MacClure tendría que hablar con ellos a tra-vés de él, con lo que se evitarían errores.

—Sí —respondió con aire pensativo—, pero ¿y el doctor Ftaeml? El embajador uti-lizará probablemente sus servicios de intérprete con preferencia a los míos.

Y añadió para sí: «Jefe, no puede usted hacerme esto. MacClure puede dejarme a un lado en beneficio de Ftaeml; y allí estoy yo, a novecientos años luz de toda posible ayu-da».

—Lo siento —respondió Kiku—, pero no puedo desprenderme de Ftaeml. Lo re-tendré conmigo para utilizarlo como intérprete con la misión hroshii que ellos dejarán aquí. Ya ha aceptado el empleo.

Greenberg frunció el ceño:

—Empezaré a exprimirle el cerebro en serio, pues; ya chapurreo un poco de hros-hija. Le queda a uno la garganta como papel de lija. ¿Pero cuándo han accedido a todo esto? ¿Se me ha pasado algo por alto? ¿Tal vez mientras estaba en Westville?

—Todavía no han accedido, pero accederán.

—Admiro su confianza jefe. Me parecen tan tozudos como la señora Stuart. A pro-pósito, Ftaeml y yo tuvimos una conversación mientras usted discutía con ella. Me dijo que insisten mucho en lo del chico Stuart. Ahora que usted sabe que se va, ¿no debería-mos tranquilizarlos a ese respecto? Ftaeml está muy nervioso. Dice que lo único que les retiene para no hacernos polvo es que eso disgustaría a nuestro amigo Lummox.

—No —respondió Kiku—, no se lo diremos. Ni a ellos ni a Ftaeml. Quiero que si-gan con esa duda.

—Jefe —dijo Greenberg lentamente—, ¿no será eso buscarnos más complicacio-nes? ¿O es que supone que no son tan invencibles como nos figuramos? Si llegásemos a la conflagración, ¿cree que podríamos derrotarlos?

—Lo dudo muchísimo. Pero el chico Stuart es mi triunfo.

—Lo supongo. Dios me libre de citar a quien usted sabe, pero si el riesgo es real-mente grande, ¿no tiene derecho a saberlo el pueblo?

—Sí. Pero no podemos decírselo. —¿Cómo es eso?

Kiku frunció el ceño.

—Sergei —dijo lentamente—, nuestra sociedad está en crisis desde el día en que el primer cohete llegó a la Luna. Durante tres siglos los científicos, ingenieros y explora-dores han irrumpido repetidamente en nuevas zonas,

Librodot

nuevos peligros, nuevas situacio-nes; cada vez los dirigentes políticos han tenido que afanarse en sostener el precario edi-ficio, como un malabarista con demasiados objetos en el aire. Es inevitable.

»Pero hemos conseguido conservar una forma republicana de gobierno y mantener unas instituciones democráticas. Podemos enorgullecemos de ello. Sin embargo, nuestra forma de vida actual no es la de una verdadera democracia, y no puede serlo. Pienso que es nuestro deber mantener unida esta sociedad, mientras se ajusta a un mundo extraño y amedrentador. Sería muy agradable poder discutir todos y cada uno de los problemas que se presentasen, someterlos a votación y retirarla más tarde si la decisión colectiva resultara errónea. Pero raramente las cosas se presentan tan fáciles. Con más frecuencia nos encontramos como pilotos de una nave en un trance de vida o muerte. ¿Es acaso el deber del piloto sostener charlas con los pasajeros en tales circunstancias? ¿O más bien su obligación consiste en utilizar su habilidad y experiencia para devolverlos sanos y salvos a sus casas?

—Sus palabras son muy convincentes, jefe. Es posible que tenga razón.

—Sí, es posible. —Kiku prosiguió—: Tengo intención de celebrar la conferencia con los hroshii mañana por la mañana.

—De acuerdo. Se lo diré a Ftaeml. Así se mantendrán tranquilos esta noche.

—Ya que se muestran tan inquietos, aplazaremos la conferencia hasta pasado ma-ñana y de ese modo aún lo estarán más. —Kiku meditó—. Que Ftaeml les diga esto: nuestras costumbres exigen que los forasteros que deseen entablar negociaciones con nosotros nos envíen antes regalos; por lo tanto, tienen que enviarnos regalos. Que les diga que regalos demasiado espléndidos comprometen la seriedad del asunto en discu-sión; pero un regalo demasiado mísero puede perjudicar su causa.

Greenberg frunció el ceño.

—Usted se trae algo entre manos, pero no consigo ver el qué. Ftaeml sabe que nues-tras costumbres no requieren eso.

—¿No puede usted convencerle de que se trata de una costumbre que él aún no co-nocía? O dele una muestra de confianza y dígale la verdad. Me doy cuenta de su con-flicto: lucha entre la lealtad que debe a sus clientes y sus simpatías, que parecen estar con nosotros.

—Creo que es mejor no engañarle. Pero hacer que un rargiliano mienta en el des-empeño de sus deberes profesionales como intérprete...; dudo que pueda hacerlo.

—Entonces dígaselo de manera que no sea una mentira. Dígale que se trata de una costumbre muy antigua, lo cual es cierto, y que sólo resurge en ocasiones importantísi-mas..., como la presente. Déjele una puerta abierta, permitiéndole entrever nuestro pro-pósito, y vea de conseguir una traducción indulgente.

—Eso ya es distinto. ¿Pero por qué quiere hacerlo, jefe? ¿Sólo para obtener una ventaja?

—Precisamente. Somos la más débil de ambas partes; es imperativo que empece-mos jugando con ventaja. Tengo la esperanza de que el simbolismo del suplicante tra-yendo presentes sea tan universal como hemos descubierto que lo era hasta hoy.

—¿Y si no aceptaran?

—Entonces nos mantendremos inflexibles, hasta que cambien de parecer. —Kiku añadió—: Empiece a escoger su equipo. Mañana veré la lista que ha formado.

Greenberg gruñó:

—Hoy pensaba acostarme temprano.

—Nunca piense en eso cuando esté ocupado. Ah, tan pronto como la conferencia haya terminado envíe a uno de sus mejores hombres, Peters tal vez, a la nave de ellos, para enterarse de qué cambios hay que introducir para acomodar pasajeros humanos. Después diremos a los hroshii lo que nos hace falta.

—Espere un minuto, jefe. Preferiría ir en una de nuestras naves. ¿Ya sabe si tienen sitio para nosotros en la suya?

—Nuestras naves irán después. Pero la hroshia Lummox va con ellos y el joven Stuart la acompaña; por lo tanto, nuestra misión irá en su nave para que el muchacho pueda gozar de la compañía de seres humanos.

—Comprendo. Lo siento.

—Habrá sitio. Piense que ellos dejarán aquí su propia misión, o de lo contrario na-die saldrá. Un centenar de hroshii, por decir una cifra, dejarán lugar más que suficiente para un centenar de los de nuestra especie.

—En otras palabras, jefe —dijo Greenberg con suavidad—, insiste usted en lo de los rehenes.

—Rehén —dijo Kiku con afectación— es una palabra que ningún diplomático de-bería emplear. Y regresó a su mesa.

Para celebrar la conferencia fue escogida la gran sala del piso inferior del edificio de Asuntos Espaciales, porque sus puertas eran lo suficientemente anchas y su piso lo suficientemente fuerte y sólido. Hubiera sido más seguro celebrarla en el espaciopuerto, como aconsejaba el doctor Ftaeml, pero Kiku insistió en que eran los hroshii los que te-nían que venir, por razones de protocolo.

Sus regalos les precedieron. Fueron amontonados a ambos lados del gran salón, y eran muy abundantes en número; se desconocía aún su valor y cualidad. Los xenologis-tas del departamento estaban tan ansiosos como un niño ante los regalos de cumpleaños, pero Kiku les ordenó que esperasen hasta que la conferencia hubiese concluido.

Sergei Greenberg se unió a Kiku en el saloncito situado detrás de la tribuna en el momento en que la delegación de los hroshii entraba en la sala. Parecía preocupado.

—Esto no me gusta, jefe.

Kiku le miró.

—¿Por qué no le gusta?

Greenberg miró al resto de los presentes... MacClure y el doble del secretario gene-ral. El doble, un hábil actor, asintió y se enfrascó de nuevo en el estudio del discurso que iba a pronunciar, pero MacClure dijo con aspereza:

—¿Qué ocurre, Greenberg? ¿Están preparando algo esos diablos?

—Espero que no. —Luego Greenberg se dirigió a Kiku—: He revistado las defen-sas aéreas, y me parecen buenas. Hemos levantado barricadas en la avenida de los So-les, desde aquí hasta el espaciopuerto, colocando a ambos

lados reservas suficientes pa-ra hacer una pequeña guerra. Después me situé sobre la cabeza de la columna de los hroshii, cuando ésta salió del puerto, y seguí volando sobre ella. Apostaron fuerzas a cada quinientos metros, colocando aparatos de forma extraña en todos los puntos estratégicos. Tal ve se trate de líneas de comunicación con su nave, aunque lo dudo. Más bien pienso que se trata de armamento.

—Yo también lo creo —convino Kiku.

El ministro dijo con expresión preocupada:

—Oye, Henry...

—Por favor, señor McClure, espere un momento. Sergei, el Jefe de Estado Mayor ya me lo había comunicado. Aconsejé al secretario general la conveniencia de no em-prender ninguna acción, a menos que tratasen de derribar nuestras barricadas.

—Podríamos perder a muchos.

—En efecto. ¿Pero qué haría usted, Sergei, si tuviese que entrar en un campamento extraño para parlamentar? ¿Confiaría por completo en ellos, o trataría de cubrirse la reti-rada? Por mi parte, considero esto como la señal más esperanzadora de cuantas hemos tenido hasta este momento. Si lo que han colocado son armas, como parece, quiere decir que nos consideran unos adversarios nada despreciables. No se coloca artillería para lu-char con ratones. —Miró a su alrededor—. ¿Vamos allá? Me parece que ya les hemos hecho esperar demasiado. ¿Está dispuesto, Arthur?

—Sí, señor. —El doble del secretario general puso a un lado su escrito—. Ese chi-co, Robbins, sabe escribir discursos. No recarga las frases con sibilantes, con lo que me evito tener que rociar de saliva las cinco primeras filas.

Entraron en la tribuna, el actor delante seguido por el ministro, y a continuación el subsecretario permanente seguido por sus auxiliares.

De la larga comitiva de hroshii que habían dejado el espacio-puerto, sólo una doce-na de ellos entraron en la sala, pero incluso aquel número tan reducido hacía que la sala pareciese atestada. Kiku los contempló con interés, pues era la primera vez que ponía sus ojos sobre un hroshiu. Era cierto, pensó, que aquellos seres no tenían el aspecto campechano y amistoso que presentaba la hroshia Lummox en las fotografías que él había visto. Se trataba de adultos, aunque más pequeños que Lummox. El que estaba si-tuado enfrente de la plataforma y flanqueado por otros dos, le miraba de hito en hito. La mirada fría y confiada. Kiku sintió que la mirada de aquella criatura le ponía nervioso; sentía deseos de apartar los ojos. Pero mantuvo la vista fija en él con firmeza, pensando que su hipnoterapeuta lo hacía tan bien o mejor que el hroshiu.

Greenberg le tocó en el codo.

—Han colocado armas aquí también —le susurró—. ¿Lo ve? Allá en el fondo.

Kiku respondió:

—No saben si nosotros sabemos que eso es un arma. Hagamos ver que creemos que se trata de un aparato para grabar la conferencia.

El doctor Ftaeml estaba de pie junto al primero de los hroshii; el subsecretario le di-jo:

—Indíqueles a nuestro secretario general y descríbaselo como el jefe de

diecisiete poderosos planetas.

El rargiliano vaciló.

—¿Y el presidente del Consejo?

—El secretario general representa ambos cargos en esta ocasión.

—Muy bien, amigo mío.

El rargiliano se puso a hablar en un lenguaje de tonos agudos, que recordó a Kiku el lloriqueo de un cachorro. Los hroshii le respondieron brevemente en la misma lengua, y de pronto Kiku dejó de sentir el temor que le había inspirado la mirada de la criatura. No era posible sentir temor de un ser cuya voz parecía la de un cachorro abandonado. Pero recordó también que en aquella lengua ridícula se podían dar órdenes de muerte.

Ftaeml hablaba ahora en inglés:

—Aquí, junto a mí, se encuentra... —y rompió en un múltiple chillido de aquella extraña lengua—, que es el comandante de la nave y de la expedición. Ella..., no, tal vez «él» sería mejor..., él es mariscal por herencia y... —El rargiliano se interrumpió, in-quieto—. Ustedes no poseen un rango equivalente. Tal vez debería decir «alcalde del palacio», o algo parecido.

Greenberg dijo de pronto:

—¿Qué le parece jefe, doctor?

—¡Una feliz sugerencia! Sí, es el jefe. Su posición social no es tan elevada, pero su autoridad práctica casi no conoce límites.

Kiku preguntó:

—¿Le permite esa autoridad actuar como ministro plenipotenciario?

—¡Ah, sí, ciertamente!

—Entonces pasemos ahora al discurso. —Se volvió hacia el actor, y éste asintió. Luego habló dirigiéndose a la mesa que tenía enfrente, utilizando un circuito particu-lar—: ¿Van grabando todo esto?

Una voz respondió solamente en sus oídos:

—Sí, señor. El aparato transmisor de imágenes tuvo una ligera avería, pero ahora ya está arreglado.

—¿Escuchan la transmisión el secretario general y el Jefe de Estado Mayor?

—Creo que sí, señor. Estamos conectados con sus despachos respectivos.

—Muy bien.

Kiku escuchó el discurso del secretario general. Era breve, pero fue pronunciado con gran dignidad, y el actor hizo las oportunas pausas para que Ftaeml pudiese irlo tra-duciendo. El secretario general daba la bienvenida a los hroshii a la Tierra, asegurándo-les que los pueblos de la Federación estaban muy contentos de que los hroshii hubiesen conseguido encontrar al fin a su vástago perdido, añadiendo que este feliz acontecimien-to daría ocasión a que los hroshii ocupasen el lugar que les correspondía en la Comuni-dad de Civilizaciones.

Sentándose, se quedó al poco tiempo prácticamente dormido, con los ojos abiertos y el rostro convertido en una máscara de tranquila dignidad. El doble podía sostener aque-lla pose de emperador romano durante horas enteras, sin que ni siquiera se diese cuenta del desfile o ceremonia a los que estaba asistiendo.

MacClure habló brevemente, abundando en los puntos de vista del

Librodot

secretario gene-ral y añadiendo que la Federación estaba preparada para discutir cualquier cuestión que pudiese plantearse entre la Federación y los nobles hroshii.

Greenberg se inclinó hacia Kiku y le susurró:

—¿Aplaudimos, jefe? Alguien tiene que empezar, y no creo que sean ellos quienes lo hagan.

—Cállese —le dijo Kiku amigablemente—. Doctor Ftaeml, ¿no tiene que pronun-ciar ningún discurso de salutación el comandante?

—Creo que no. —Ftaeml se dirigió al jefe de la delegación hroshii, y luego dijo—: La respuesta consiste en un comentario hecho con mucha seriedad a los dos discursos que hemos escuchado, antes que en una respuesta protocolaria, Afirma que los hroshii no tienen necesidad de relacionarse con otras… razas inferiores y dice que vayamos al grano sin más trivialidades.

—Si es cierto que no tienen necesidad de relacionarse con otros pueblos, pregúnte-le, por favor, por qué vinieron a nosotros y por qué nos trajeron presentes.

—Pero fue usted quien insistió en ello, amigo mío —respondió Ftaeml con sorpre-sa.

—Gracias, doctor, pero no quiero oír su comentario. Haga que me responda. Por fa-vor, no le diga más ni le aconseje.

—Lo intentaré. —Ftaeml cambió algunas frases que parecían agudos chillidos con el comandante hroshii, y luego se volvió de nuevo hacia Kiku—: Perdóneme, pero él di-ce que accedió a su chiquillada como el medio más sencillo de realizar su propósito. Desea que hablemos ahora de la entrega de John Thomas Stuart.

—Dígale, por favor, que este asunto viene más adelante en el orden del día. La agenda requiere que primero resolvamos la cuestión de las relaciones diplomáticas.

—Perdóneme, señor. «Relaciones diplomáticas» es un concepto muy difícil de tra-ducir. Hace días que lo estoy intentando.

—Dígale que lo que ahora ve es un ejemplo de relaciones diplomáticas. Pueblos li-bres negociando como iguales, animados de pacíficas intenciones, para su mutuo bene-ficio.

El rargiliano simuló una sonrisa.

—Cada uno de esos conceptos ofrece las mismas dificultades. Sin embargo, lo in-tentaré.

Al poco tiempo respondió:

—El mariscal hereditario dice que si lo que hacemos constituyen relaciones diplo-máticas, que ya las tenemos. ¿Dónde está el chico Stuart?

—No tan de prisa. Hay que seguir la agenda punto por punto. Tienen que aceptar una embajada y una misión mixta con finalidades científicas, culturales y comerciales. Tienen que dejar entre nosotros una misión y una embajada similares. Hay que estable-cer viajes regulares entre las dos potencias. Hasta que esto no haya sido resuelto satis-factoriamente, es imposible hablar del joven Stuart.

—Lo intentaré de nuevo.

Ftaeml habló extensamente dirigiéndose al «jefe» hroshiu, la respuesta de este últi-mo fue breve:

—Me ha dicho que les diga que rechaza de plano todos esos puntos,

como no dig-nos de consideración. ¿Dónde está el chico Stuart?

—En ese caso —respondió suavemente Kiku— dígales que nosotros no negociamos con bárbaros. Dígales que recojan los cachivaches..., asegúrese de traducir bien, con que han ensuciado nuestra casa, y que se vuelvan inmediatamente a su nave. Que suban en-tonces a su preciosa hroshia a bordo, por la fuerza si es necesario, si es que quieren vol-ver a verla..., pues no se les permitirá aterrizar nunca más.

Ftaeml parecía a punto de estallar en llanto, a pesar de que le era imposible verter lágrimas.

—¡Por favor! Le suplico que no los desafíe. Voy más allá de lo que me está permi-tido, me excedo en el cumplimiento de mis deberes profesionales, pero pueden destruir esta ciudad sin necesidad de volver a su nave.

—Traduzca mí mensaje. La conferencia ha terminado.

Henry Kiku se levantó, midió a sus oponentes con la mirada y se dirigió al saloncito adjunto, seguido por el doble. MacClure tomó a Kiku por el brazo y se colocó junto a él.

—Henry..., ya sé que eres tú quien lleva esto, pero, ¿no deberías decirles otra cosa? Son bestias salvajes. Quizá...

—Señor MacClure —dijo amablemente Kiku—, como dijo una vez un distinguido predecesor mío, al tratar con ciertos tipos hay que pisar fuerte hasta que terminen pre-sentándonos sus excusas.

Empujó al ministro hacia la puerta.

—¿Pero y si no lo hacen?

—Hay que correr ese riesgo. Por favor..., no discutamos en su presencia.

Entraron en el saloncito; la puerta se cerró tras ellos.

Greenberg se volvió hacia Kiku.

—Muy bien, jefe..., pero, ¿qué hacemos ahora?

—Esperar.

—De acuerdo.

Greenberg se dirigió nerviosamente a un relé de pared, conectado con la escena que se desarrollaba en el gran salón. Los hroshii no se habían marchado. Pudo distinguir con dificultad a Ftaeml, rodeado por criaturas mucho mayores que el medusoide.

El doble preguntó a Kiku:

—¿Me necesitará más, señor?

—No, Arthur. Lo ha hecho usted muy bien.

—Gracias. Tendré tiempo de quitarme el maquillaje y escuchar el segundo tiempo del partido.

—Muy bien. Tal vez sería mejor que cambiase de aspecto aquí.

—Oh, los fotógrafos ya lo saben. Están todos en el ajo.

Salió, silbando una cancioncilla. MacClure se sentó, encendió un cigarro, echó una bocanada y lo dejó.

—Henry, tendrías que avisar al jefe de Estado Mayor.

—Ya lo sabe. Esperemos.

Siguieron esperando. Greenberg dijo de pronto:

—Aquí viene Ftaeml.

Echó a correr hacia la puerta, e introdujo al rargiliano.

El doctor Ftaeml parecía presa de una gran tensión.

—Mi querido señor Kiku, el comandante hroshii dice que accederán a los

extraños deseos de ustedes con el fin de llegar a un pronto arreglo. Insiste en que les entregue ahora al joven Stuart.

—Dígale, por favor, que desconoce de medio a medio la verdadera naturaleza de las relaciones amistosas entre pueblos civilizados. Nosotros no cambalacheamos la libertad de uno de nuestros ciudadanos por sus indignos favores, del mismo modo que ellos no querrían hacer cambalaches con la libertad de su compatriota Lummox. Dígale que le ordeno que abandone inmediatamente este edificio.

Ftaeml dijo muy serio:

—Entregaré su mensaje contra mi voluntad.

A los pocos momentos estaba de vuelta.

—Acceden a sus condiciones.

—Bien. Venga, Sergei. Señor MacClure, no tiene usted necesidad de aparecer, si no lo desea.

Salió al salón, seguido por Greenberg y Ftaeml.

El «jefe» hroshii, según le pareció a Kiku, tenía un aspecto más amenazador que an-tes. Pero pronto se arreglaron los detalles: un número determinado de hroshii contra un número igual de humanos, que constituían respectivamente ambas misiones, pasaje en la nave hroshii, y uno de los presentes sería nombrado embajador ante la Federación. Ftaeml les aseguró que aquel hroshii seguía en rango al jefe de la expedición.

—Y ahora —dijo el comandante hroshii—, ha llegado el momento de que nos en-treguen a John Thomas Stuart.

Ftaeml añadió ansiosamente:

—Confío en que habrá tomado usted las medidas oportunas, amigo mío. No me gusta el aspecto que toma el asunto. Ha sido todo demasiado fácil.

Con una sensación de contento que calmaba su estómago enfermo, Kiku respondió:

—Yo no veo dificultades. El joven Stuart está dispuesto a ir, ahora que hay garantí-as de que tendremos relaciones civilizadas. Por favor, trate de hacerles comprender cla-ramente, y asegúrese de que lo han comprendido, que él va como un ser libre, no como un esclavo o una mascota. Los hroshii tienen que garantizar que se respetará este acuer-do y su pasaje de regreso, en una de sus propias naves, siempre que él lo desee.

Ftaeml tradujo y respondió:

—Todo es satisfactorio, con la excepción de algo que yo traduciría como un «deta-lle sin importancia». El joven Stuart formará parte de la familia de la hroshia Lummox. Naturalmente, traduzco con el mayor cuidado: la cuestión de que el muchacho regrese, si es que alguna vez regresa, se considera una prerrogativa personal de la antedicha hroshia Lummox. Sí ella se cansase de él y desease que regresara, se pondría una nave a su disposición.

Kiku respondió:

—No.

—¿No qué, señor?

—Una simple negativa. La cuestión del joven Stuart está acabada.

Ftaeml se volvió hacia sus clientes.

—Dicen —respondió— que no hay tratado.

—Lo sé. No se firman tratados con..., ¿tienen alguna palabra que

significue siervo?

—Tienen varias clases de siervos, unas más altas, otras más bajas.

—Utilice la palabra que designe a los de la clase más baja. Dígales que no hay tra-tado porque los siervos no tienen poder para hacerlos. Dígales que se vayan, y no per-damos más tiempo.

Ftaeml miró tristemente a Kiku.

—Le admiro, amigo mío. Pero no le envidio.

Se volvió al comandante de la expedición y gimoteó unos momentos.

El hroshiu abrió su bocaza de par en par, miró a Kiku y se puso a chillar como un cachorro apaleado. Ftaeml dio un respingo y se alejó.

—Palabrotas muy groseras, intraducibles... —El monstruo continuó profiriendo to-da suerte de extraños ruidos; Ftaeml se esforzaba frenéticamente por traducir—. Os desprecia... animales inferiores..., os comería con gusto..., se comería también a vuestros antepasados..., vuestra despreciable raza tendría que aprender urbanidad..., raptores de niños...

Se detuvo, presa de gran agitación.

El hroshiu se aproximó al estrado caminando pesadamente, y levantó la cabeza has-ta que su mirada se cruzó con la de Kiku. Greenberg deslizó una mano bajo su mesa y localizó un control que arrojaría un campo magnético sobre la platea; era una instala-ción permanente. La sala había presenciado otros disturbios.

Pero Kiku permanecía sentado en una pétrea inmovilidad. El macizo ser de «Allá fuera» y el frágil anciano se contemplaron fijamente. En el gran salón nadie se movió, y se hubiera podido oír el vuelo de una mosca.

Entonces se alzó en el fondo del salón un gran gimoteo, un lloriqueo como si todo un cesto de cachorros hubiese sido arrojado allí. El comandante hroshiu dio media vuel-ta, haciendo retemblar el piso, y dirigió agudos chillidos a los de su séquito. Éstos res-pondieron con otros chillidos, y él pareció darles órdenes imperiosas. Los doce hroshii se apelotonaron para dirigirse a la puerta de salida, por la que cruzaron con una rapidez increíble en unos seres tan pesados.

Henry Kiku se levantó pausadamente y contempló con mirada serena aquella huida. Greenberg le cogió del brazo.

—Señor Kiku, el jefe de Estado Mayor quiere hablar con usted.

Kiku se desasió.

—Dígale que no es preciso apresurarse. Es más conveniente que no tenga prisa. Salgamos.

Johnnie deseaba estar presente en la conferencia, pero se opusieron terminantemen-te. Estaba hospedado en el Hotel Universal, donde ocupaba una serie de habitaciones que le habían sido destinadas. Jugaba al ajedrez con su guardaespaldas, cuando se pre-sentó Betty Sorensen en compañía de la señorita Myra Holtz, agente de la Sección de Inteligencia del Departamento Espacial, que ocultaba su profesión policíaca bajo una agradable apariencia. Las instrucciones dadas por Henry Kiku respecto a Betty había si-do: «No le quite ojo de encima. Siente predilección por las emociones fuertes».

Los dos guardianes se saludaron; Betty dijo: —Hola, Johnnie. ¿Por qué no has ido a la reunión de jefazos?

—No me han dejado.

Librodot

—A mí tampoco. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está la duquesa?

—De compras. Y sigue sin hablarme. Se ha comprado diecisiete sombreros. ¿Que te has hecho en la cara?

Betty se volvió hacia el espejo.

—¿Te gusta? Se llama «Contorno Cósmico» y es la última moda.

—Pareces una cebra con el moquillo.

—Bah, eres un patán. Ed, a usted le gusta, ¿verdad?

Ed Cowen levantó la mirada del tablero y se apresuró a responder:

—Yo no entiendo de eso. Mi mujer dice que no tengo gusto.

—La mayoría de los hombres no lo tienen. Johnnie, Myra y yo hemos venido para invitaros a dar una vuelta por la ciudad. Cowen respondió:

—No apoyo esa idea, Myra.

—Fue de ella —respondió Holtz. John Thomas dijo a Cowen:

—¿Por qué no? Estoy harto de jugar al ajedrez.

—Verás..., es que tengo que mantenerme en contacto con la oficina. Pueden lla-marme en cualquier momento.

—Tonterías —intervino Betty—. Llevas un cuerpófono. Y Myra también.

Cowen meneó la cabeza.

15 SENTIMOS HABER ENREDADO LAS COSAS

—¿Acaso estoy arrestada? —insistió Betty—. ¿O lo está Johnnie?

—Pues..., no. Se trata de una custodia protectora.

—Entonces, puede seguir custodiándole protectoramente en cualquier otro lugar. Si no quiere, puede quedarse aquí. Vamos, Johnnie.

Cowen miró a la señorita Holtz; ésta respondió lentamente:

—Supongo que no hay nada que objetar, Ed; nosotros estaremos con ellos.

Cowen se encogió de hombros y se levantó. Johnnie le dijo a Betty:

—No voy a presentarme en público contigo mientras vayas pintarrajeada de ese modo. Lávate la cara.

—¡Pero, Johnnie! Tardé dos horas en maquillarme.

—Lo pagaron los contribuyentes, ¿no es verdad?

—Bueno, sí, pero...

—Lávate la cara. O no vamos a ninguna parte. ¿No le parece, señorita Holtz?

La agente especial Holtz sólo llevaba un dibujo floral que le adornaba la mejilla iz-quierda, además del color acostumbrado. Dijo con expresión

pensativa:

—La verdad es que Betty no lo necesita. A su edad no le hacen falta esos afeites.

—¡Oh, sois un par de puritanos! —dijo Betty con acritud, sacando la lengua a John-nie y metiéndose en el baño. No tardó en salir de él con el rostro colorado a causa del fregoteo a que lo había sometido—. Ahora ya estoy en cueros. Vamonos.

Hubo otra pelea en el ascensor, que ganó Ed Cowen. Subieron a la azotea para to-mar un taxi aéreo en lugar de bajar a la calle.

—Vuestras caras, chicos, han aparecido demasiado en los periódicos estos últimos días. Y en esta ciudad hay muchos chismosos y fisgones. No quiero que ocurran inci-dentes.

—Si no les hubiese dejado que me coaccionasen, mi cara hubiera sido irreconocible —saltó Betty.

—Pero la de él, no.

—Hubiéramos podido pintársela también. Cualquier cara de hombre mejora con el maquillaje.

Pero accedió a entrar en el ascensor, y tomaron un taxi aéreo.

—¿Adónde vamos? —preguntó el conductor.

—Oh —dijo Cowen—, dé unas vueltas por encima de la ciudad, y enséñenos vistas bonitas. Un paseito de una hora, ¿comprende?

—Usted manda. Puedo volar sobre la avenida de los Soles. Hay un desfile, o algo parecido.

—Ya lo sé. —Mire —intervino Johnnie—, llévenos al espaciopuerto.

—No —enmendó Cowen—. Allí no.

—¿Por qué no, Ed? Todavía no he visto a Lummox. Me gustaría echarle una mira-dita. Puede no estar bien.

—Eso es lo único que no puedes hacer —le dijo Cowen—. La nave de los hroshii está en la zona militar.

—Bueno, pero puedo verlo desde el aire, ¿no?

—¡No!

—Pero...

—No discutas —le aconsejó Betty—. Tomaremos otro taxi. Yo tengo dinero, John-nie. Hasta luego, Ed.

—Escuchen —se quejó el chófer—. Les llevaré a Timbuctú, si lo desean, pero no puedo estar parado sobre una azotea de aterrizaje. Los guardias me amonestarán si lo descubren.

—Diríjase al espaciopuerto —dijo Cowen resignado.

La extensa zona asignada a los hroshii estaba rodeada por una barrera, abierta úni-camente por el lugar por donde había salido su delegación para pasar a la avenida de los Soles, y aun allí la barrera continuaba en otras dos que se prolongaban paralelamente a ambos lados de la avenida, en dirección al edificio donde se había celebrado la confe-rencia. En el interior del recinto la nave de desembarco de los hroshii permanecía aga-zapada. Era de feo aspecto y casi tan grande como una astronave terrestre. Johnnie la miró y pensó cómo sería su vida en Hroshijud. Esta idea le producía desazón, no porque tuviese miedo ante la perspectiva, sino porque aún no le había dicho a Betty que se iba. Había empezado a decírselo un par de veces, pero en ninguna de ellas consiguió termi-nar.

Y puesto que ella no había abordado el tema, presumía que lo ignoraba.

Había otros mirones en el aire, y una multitud no muy compacta en la parte exterior de la barrera. Nada nuevo, por asombroso que fuese, retenía por mucho tiempo la aten-ción de los capitalinos; éstos se jactaban de estar de vuelta de todo y, en realidad, los hroshii no tenían un aspecto muy fantástico, comparados con una docena de otras razas amigas, algunas de ellas miembros de la Federación.

Los hroshii bullían en torno a la nave, realizando extrañas operaciones en los arte-factos que habían montado. Johnnie trató de calcular su número, pero le pareció tan di-fícil como calcular los guisantes que cabían en una botella. Docenas de ellos, segura-mente...

El taxi pasaba por delante de la zona de aparcamiento de los coches aéreos de la pa-trulla policíaca. Johnnie gritó de pronto:

—¡Eh! ¡Allí está Lummie!

Betty estiró el cuello.

—¿Dónde, Johnnie?

—Ahora aparece por el otro lado de la nave. ¡Allí! —Volviéndose al chófer, dijo—: Oiga, amigo, ¿no podría llevarnos al otro lado, tan cerca como se lo permitan?

El chófer miró a Cowen, el cual asintió. Dieron la vuelta pasando frente a los centi-nelas de la policía militar, y se acercaron a la nave hroshii por el otro lado. El chófer es-cogió un lugar situado entre dos coches de la policía, y se aproximó un poco más. Ahora se veía claramente a Lummox, rodeado por un grupo de hroshii que lo acompañaba a todas partes, y entre los cuales sobresalía.

—Ojalá tuviese unos gemelos —se quejó Johnnie—. No lo veo muy bien.

—Encontrará unos en la guantera —le dijo amablemente el chófer.

Johnnie se apoderó de ellos. Eran de óptica sencilla, sin amplificación electrónica, pero consiguió ver a Lummox como si estuviera mucho más cerca. Contempló la cara de su amigo.

—¿Qué aspecto tiene Lummie, Johnnie?

—Bueno. Algo flacucho me parece. Me gustaría saber si come lo suficiente.

—Según me dijo el señor Greenberg, no le dan nada en absoluto. Ya creía que lo sabías.

—¿Cómo? ¡No pueden hacerle eso a Lummie!

—No veo que nosotros podamos hacer nada.

—Vaya... —John Thomas bajó la ventanilla, tratando de ver mejor—. Oiga, ¿no podría acercarse un poco más? Y un poco más abajo también. Quiero examinarlo bien.

El chófer gruñó:

—No quiero líos con la policía.

Pero se acercó un poco más, hasta que estuvo en línea con los coches de la policía.

Casi inmediatamente el altavoz colocado sobre el coche más próximo atronó el es-pacio:

—¡Oiga, usted! ¡Número cuatrocientos ochenta y cuatro! ¿Dónde va a meterse con ese cacharro? ¡Salga de ahí en seguida!

El chófer masculló algo por lo bajo y se dispuso a obedecer.

John Thomas, que seguía aún con los gemelos pegados a los ojos, dijo:

—¡Atiza!... —y añadió—: ¿Podrá oirme? ¡Lummie! —gritó con voz estentórea—. ¡Eh, Lummox!

La hroshia levantó la cabeza y miró a su alrededor con estupefacción.

Cowen sujetó a John Thomas, tratando de cerrar al propio tiempo la ventanilla. Pero Johnnie se desasió de un tirón.

—¡Vayase a freír espárragos! —dijo con voz airada—. Ya me han manejado a su antojo demasiado tiempo. ¡Lummox! ¡Soy Johnnie! ¡Aquí! ¡Acércate!...

Cowen consiguió arrastrarle al interior, y cerró de golpe la ventanilla.

—Ya sabía que no debíamos haber venido. Chófer, salgamos de aquí.

—¡Ojalá fuese tan fácil!

—O mejor, manténgase detrás de las líneas de la policía. Quiero ver lo que pasa.

—Bueno, decídase de una vez.

No hacían falta gemelos para ver lo que pasaba. Lummox se dirigía hacia la barrera, avanzando en línea recta hacia el taxi, derribando a algunos hroshii a su paso. Al llegar a la barrera no hizo el menor intento de pasar sobre ella; simplemente, la perforó.

—¡Repámpanos! —dijo Cowen en voz baja—. Bueno, el campo magnético la de-tendrá.

No fue así. Lummox aminoró la marcha, pero sus poderosas patas seguían avanzan-do una tras otra, como si el aire cargado no hubiese sido más que un espeso fango. Con la tenacidad de un glaciar, la hroshia se dirigía al punto inmediatamente debajo del taxi.

Más hroshii surgían por la abertura. Luchaban con grandes dificultades para cami-nar a través del campo inmovilizador, pero también seguían avanzando. Cowen, que ob-servaba atentamente, vio que Lummox salía deja zona magnética y emprendía el galope, derribando a las personas que encontraba a su paso.

Cowen barbotó:

—¡Myra, pon el circuito militar! Voy a llamar a la oficina.

Betty le tiró de la manga.

—¡No!

—¿Eh? ¡Usted otra vez! Cállese, o le daré un cachete.

—Señor Cowen, hará usted el favor de escucharme. —Y prosiguió apresuradamen-te—: De nada le servirá pedir ayuda. Nadie puede hacer obedecer a Lummox excepto Johnnie.... y ellos no escucharán a nadie excepto a Lummox. Usted lo sabe. De modo que bájele hasta un sitio donde pueda hablar con Lummie..., o resultarán muchas perso-nas heridas, y después le echarán a usted la culpa de todo.

El agente secreto de primera clase Edwin Cowen la miró de hito en hito y revisó mentalmente su brillante hoja de servicios y su esperanzador futuro. Casi instantánea-mente, tomó una valiente decisión.

—Baje —barbotó—. Aterrice y déjenos salir al chico y a mí.

El chófer rezongó.

—Le cobraré doble por eso.

Pero hizo tomar tierra al coche con tanta brusquedad, que todos tuvieron que suje-tarse para no caer. Cowen abrió la puerta de un tirón, y él

y John Thomas se precipita-ron al exterior; Myra Holtz trató de detener a Betty, sin conseguirlo. La joven saltó a tie-rra cuando el coche volvía a elevarse.

—¡Johnnie! —chilló Lummox extendiendo sus poderosos brazos en un gesto uni-versal de bienvenida.

John Thomas corrió hacia la bestia estelar.

—¡Lummie! ¿Estás bien?

—Claro que sí —dijo Lummox—. ¿Por qué no tendría que estarlo? Hola, Betty.

—Hola, Lummie.

—Lo único que tengo es hambre —añadió Lummox, muy pensativo.

—Ya arreglaremos eso.

—No, déjalo. Dicen que ahora no tengo que comer.

John Thomas se disponía a responder adecuadamente a esta sorprendente afirma-ción, cuando observó a Myra Holtz, que se apartaba con aprensión de un hroshii. Otros se agolpaban junto a su compañero, como si no supiesen qué partido tomar. Cuando Johnnie vio que Ed Cowen sacaba su pistola y se interponía entre los hroshii y Myra, di-jo de pronto:

—¡Lummox! Esos de ahí son amigos míos. Di a tus compatriotas que los dejen en paz y se vuelvan allá dentro. ¡De prisa!

—Lo que tú digas, Johnnie.

La hroshia habló en su aguda lengua dirigiéndose a sus compatriotas; éstos la obe-decieron inmediatamente.

—Haznos una silla. Iremos contigo y hablaremos de todo.

—Desde luego, Johnnie.

Los dos jóvenes treparon al lomo de Lummox y éste se dirigió hacia la brecha abierta en la barrera. Cuando Lummox volvió a penetrar en el campo magnético se de-tuvo y dio unas órdenes perentorias a uno de los hroshii.

El interpelado llamó a otro del interior; el campo magnético desapareció como por ensalmo. Entonces penetraron en la zona acotada sin dificultad.

Cuando Henry Kiku, Sergei Greenberg y el doctor Ftaeml llegaron al espaciopuerto, se encontraron con una tregua entre los dos posibles oponentes, que se vigilaban con atención. La totalidad de los hroshii se encontraban tras la barrera rota; gran cantidad de aparatos militares habían reemplazado a la patrulla policíaca, y a bastante distancia, en un lugar que desde allí no podía verse, los bombarderos estaban preparados por si no había más remedio que convertir aquella zona en un desierto radiactivo.

El secretario general en persona, acompañado por el jefe de Estado Mayor, les reci-bió junto a la barrera. El primero mostraba un semblante grave.

—Ah, Henry. Parece que hemos fracasado. No es culpa tuya, desde luego.

Kiku miró a los apiñados hroshii.

—Tal vez.

El jefe de Estado Mayor añadió:

—Estamos evacuando lo más rápidamente posible la zona que sería afectada por la explosión. Pero si nos vemos obligados a bombardear, no sé qué podremos hacer por esos dos jóvenes.

—Entonces, no hagamos aún nada, ¿no le parece?

—Lo que me parece es que no se da usted cuenta de la gravedad de la situación, se-ñor subsecretario. Por ejemplo, pusimos un campo de inmovilización alrededor de toda esta zona. Ha desaparecido. Ellos lo han anulado. Y no sólo aquí. En todas partes.

—¿Ah, sí? Tal vez sea usted el que no se da cuenta de la gravedad de la situación, y no yo, general. De todos modos, unas cuantas palabras no pueden hacernos daño. Venga conmigo, Sergei. ¿Viene usted también, doctor?

Kiku se separó del grupo reunido en torno al secretario general y se dirigió hacia la brecha abierta en la barrera. El fuerte viento que recorría sin trabas el ancho campo, le obligó a sujetarse el sombrero.

—Me molesta el viento —se quejó al doctor Ftaeml—. Lo desordena todo.

—Hay un viento mucho más poderoso ahí enfrente —respondió el rargiliano con sobriedad—. Amigo mío, ¿cree que es prudente lo que hacemos? A mí no me harán na-da; estoy a su servicio. Pero usted...

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Lo ignoro. Pero hay situaciones en que el valor no sirve de nada.

—Posiblemente. Aún no me he encontrado en una de ellas.

—Uno sólo se encuentra en tales situaciones una vez en la vida.

En estos dimes y diretes se iban aproximando a la compacta masa de hroshii que rodeaba a Lummox. Distinguieron a las dos criaturas humanas colocadas sobre el lomo de la hroshia cuando se hallaban aún a un centenar de metros de distancia. Kiku se de-tuvo.

—Dígales que se aparten. Deseo aproximarme a la hroshia Lummox.

Ftaeml tradujo estas palabras. Nada sucedió, aunque los hroshii se agitaron inquie-tos. Greenberg dijo:

—Jefe, ¿y si pidiese a Lummox y a los chicos que se acercasen? Esa multitud no me parece muy amistosa.

—No. Me disgusta gritar con este viento. Haga el favor de llamar al joven Stuart, y dígale que les obligue a dejarnos paso.

—A la orden, jefe. Tendré algo que contar a mis nietos..., si es que llego a tenerlos. —Formando bocina con las manos, gritó—: ¡Johnnie! ¡John Stuart! Diga a Lummox que les obligue a dejarnos pasar.

—¡Muy bien!

Un camino lo suficientemente ancho para dejar paso a una columna de tropas se abrió, como bajo los efectos de una escoba gigantesca. La pequeña comitiva avanzó en-tre hileras de hroshii. A Greenberg los escalofríos le recorrían el espinazo, y notó que se le ponía la carne de gallina.

La única preocupación de Kiku parecía consistir en evitar que el viento le arrebatase el sombrero. Lanzaba tacos entre dientes, mientras con una mano se sujetaba fuertemen-te el sombrero. Se detuvieron al llegar frente a Lummox.

—¿Cómo está usted, señor Kiku? —le saludó John Thomas—. ¿Quiere que baje-mos?

—Tal vez sería mejor.

Johnnie se deslizó por el costado de Lummox, tomando después a Betty entre sus brazos.

—Sentimos haber enredado las cosas.

—Yo también lo siento. ¿Quiere presentarme a su amigo, por favor?

Librodot

—Oh, sí. Lummox, este es el señor Kiku. Es una excelente persona, y muy buen amigo mío.

—¿Cómo está usted, señor Kiku?

—Bien, ¿y tú, Lummox? —Kiku parecía pensativo—. Doctor, ¿no es el comandan-te ése que está junto a la hroshia? El que tiene esa expresión tan fea en la mirada.

El rargiliano asintió.

—Sí, es él, en efecto.

—Pregúntele si ha informado de la conferencia a su esposa.

—Está bien. —El medusoide habló con el comandante hroshii, y luego respondió—: Dice que no.

—John Thomas, hemos concluido un tratado con los hroshii con el fin de realizar todo cuanto hablé con usted. Pero de repente ellos cancelan el tratado, al descubrir que nosotros nos negamos a entregarles su persona sin garantías. ¿Quiere usted ayudarme a descubrir si son éstos los deseos de su amigo?

—¿Se refiere a Lummox? Desde luego.

—Gracias. Espere un momento. Doctor Ftaeml, ¿quiere usted comunicar los puntos esenciales del tratado a la hroshia Lummox..., en presencia del comandante? ¿O escapan a su comprensión tales conceptos?

—¿Por qué tienen que escapar? Ella tenía tal vez doscientos de los años terrestres cuando la trajeron aquí.

—¿Tantos? Bien, pues comuníqueselo.

El rargiliano empezó a emitir el curioso lloriqueo de la lengua hroshii, dirigiéndose a Lummox. Éste le interrumpió una o dos veces, permitiéndole luego continuar. Cuando Ftaeml hubo terminado, la hroshia habló con el comandante de la expedición. Ftaeml di-jo a los seres humanos.

—Le pregunta: ¿es cierto eso?

El comandante hizo abrir un círculo tan ancho como lo permitía el espacio y se arrastró ante ella, mientras el pequeño grupo que representaba a la Federación le dejaba paso libre. El comandante había encogido todas sus patas, y se arrastraba como una oru-ga. Sin levantar la cabeza del suelo, gimoteó algo en respuesta.

—Admite la verdad de esas afirmaciones, pero dice para disculparse que lo hizo impelido por la necesidad.

—Que se dé prisa —dijo Kiku malhumorado—. Me estoy helando.

Sus débiles rodillas temblaban.

—Lummox no acepta la explicación. Les ahorraré la traducción exacta de lo, que dice..., pero su retórica es soberbia.

De pronto Lummox lanzó un gran chillido, y luego se enderezó, levantando cuatro de sus patas del suelo. Encogiendo sus brazos, la enorme bestia bajó la cabeza y propinó al comandante un tremendo golpe en el costado, que levantó al hroshiu del suelo, arro-jándolo entre la multitud. El vapuleado comandante volvió a ponerse lentamente en pie, y se arrastró de nuevo ante Lummox.

Lummox empezó a hablarle otra vez.

—Le está diciendo..., ¡ojalá pudiesen oírlo en su rico idioma!, que mientras la Ga-laxia exista, los amigos de Johnnie son sus amigos. Añade que aquellos que no son ami-gos de sus amigos no son nada, menos que

nada, y que no quiere ni verlos. Le ordena en nombre de..., ahora se pone a recitar su árbol genealógico, con todas sus complicadas ramas, y la verdad, resulta algo aburrido. ¿Quieren que pruebe a traducirlo?

—No se moleste —le dijo Kiku—. «Sí» es «sí» en cualquier lengua.

—Pero lo dice de una manera muy bella —objetó Ftaeml—. Les recuerda aconte-cimientos terribles y maravillosos, que se pierden en la noche de los tiempos...

—Eso sólo me interesa en lo que pueda afectar al futuro..., y estoy harto de soportar este viento tan molesto. —Kiku estornudó—. ¡Ay, ya lo he pillado!

Ftaeml se despojó de su capa y la puso sobre los débiles hombros de Kiku.

—Amigo mío..., hermano. No sabe cuánto lo siento.

—No, no, que se resfriará usted.

—Eso no va conmigo.

—Utilicémosla a medias, pues.

—Es un honor —respondió amablemente el medusoide, mientras sus zarcillos tem-blaban de emoción. Se cubrió con parte de la capa y ambos se apretujaron bajo ella, mientras Lummox daba fin a su perorata. Betty se volvió hacia Johnnie:

—Nunca has hecho una cosa así conmigo.

—Ya sabes, Bella Durmiente, que yo te aprecio.

—Bien, abrázame, por lo menos.

—¿Delante de todo el mundo? Sube otra vez encima de Lummox.

Mientras hablaba, Lummox permaneció erguido. A medida que su discurso avanza-ba, los hroshii allí reunidos se fueron postrando, encogiendo las patas hasta que todos se hallaron en la humilde postura del comandante. Por último, Lummox pareció darse por satisfecho, terminando con una incisiva observación. Los hroshii se agitaron y empeza-ron a moverse.

—Ha dicho —tradujo Ftaeml— que ahora desea estar a solas con sus amigos.

—Pídale —le ordenó Kiku— que asegure a su amigo John Thomas que todo cuanto ha dicho es cierto y se cumplirá.

—Así lo haré.

Cuando los demás hroshii empezaron a alejarse a toda prisa, Ftaeml habló breve-mente con Lummox.

Éste le escuchó y se volvió luego hacia John Thomas. De la enorme boca brotó la vocecita infantil y aflautada.

—Todo lo que he dicho es verdad, Johnnie. Te lo juro.

John Thomas asintió solemnemente.

—No se preocupe, señor Kiku. Puede usted fiarse por completo. Es cierto.

Librodot

16 NOVENTA Y SIETE ENTREMESES VARIADOS

—Hágala pasar.

El subsecretario de Asuntos Espaciales echó una ojeada a la bandeja del té y se ase-guró de que el íntimo saloncito estuviera en condiciones. En ese momento, se abrió la puerta y entró Betty Sorensen.

—Hola, señor Kiku —dijo con dulzura.

Luego se sentó con gran compostura y circunspección... Kiku dijo: —¿Cómo está usted, señorita Sorensen?

—Llámeme Betty. Mis amigos me llaman así.

—Gracias. Desearía contarme entre ellos.

La contempló, y se estremeció. Betty estaba probando un nuevo maquillaje a cua-dros, que daba a su rostro el aspecto de un tablero de ajedrez. Además, se veía a la legua que había ido de compras, pues vestía unas ropas poco adecuadas para una muchacha de su edad. Kiku se vio obligado a admitir que las costumbres habían variado mucho.

—Mi querida señorita, el motivo que me ha hecho llamarla es algo difícil de expli-car.

—Tómese el tiempo que quiera. No tengo prisa.

—¿Quiere tomar el té?

—Permítame que lo sirve yo para los dos.

Kiku esperó a que la joven sirviese el té, y luego se recostó con la taza en la mano, en una actitud que contradecía su verdadero estado de ánimo.

—Espero que su estancia aquí le habrá sido agradable.

—¡Desde luego! Antes nunca había podido salir de compras sin tener que contar cuidadosamente lo que podía gastar. Todo el mundo tendría que tener una cuenta co-rriente para sus gastos.

—Disfrute de ella. Le aseguro que nunca figurará en el presupuesto anual... literal-mente. Es nuestro fondo secreto y discrecional. Es usted huérfana, ¿verdad?

—Desde el punto de vista jurídico, sí. Soy una Niña Libre. Mi tutor es el Hogar de Niños Libres de Westville. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Entonces, no es usted mayor de edad?

—Depende de cómo se mire. Yo opino que sí, pero el tribunal dice que no. Pero es-ta situación no durará mucho.

—Sí, claro. Tal vez debería decirle que ya estaba enterado de estos pormenores.

—Me lo figuraba. ¿Pero a qué viene todo esto?

—Bueno... Tal vez sería mejor que le contase antes un cuento. ¿No ha criado usted nunca conejos? ¿O ha tenido gatos?

—Sí, he tenido gatos.

—Ha surgido una dificultad con la hroshia que conocemos por el nombre

de Lum-mox. No es nada grave; no afecta a nuestro tratado con esa raza, puesto que ella ha dado su palabra. Pero..., si pudiésemos dar satisfacción a Lummox en una determinada cues-tión, eso repercutiría en una disposición más favorable, y en el mejoramiento de las re-laciones futuras.

—Supongo que así debe de ser, si usted lo dice. ¿De qué se trata, señor Kiku?

—Tanto usted como yo sabemos perfectamente que esa hroshia Lummox ha sido desde hace mucho tiempo la mascota de John Thomas Stuart.

—Desde luego. Qué divertido, ¿verdad?

—Pues, sí. Y que Lummox había sido antes la mascota del padre de John Thomas, y así sucesivamente durante cuatro generaciones.

—Sí, claro. Nadie hubiera podido encontrar un animalito más dócil y cariñoso, ni una mascota más original.

—Pero ahí está precisamente la dificultad, señorita Sorensen..., Betty. Éste es el punto de vista de John Thomas y sus antecesores. Pero en todas las cuestiones hay por lo menos dos puntos de vista a considerar. Desde el punto de vista de Lummox, ella..., él.,. no era una mascota. Por el contrario: John Thomas era su mascota. Lummox se de-dicaba a criar una serie de John Thomas.

Betty abrió desmesuradamente los ojos, y luego empezó a reír hasta casi ahogarse.

—¡Por Dios, señor Kiku! ¡No es posible!

—Le aseguro que hablo completamente en serio. Es una cuestión de puntos de vis-ta, que resulta muy razonable si se consideran las duraciones respectivas de nuestras vi-das y las de ellos. Lummox había criado varias generaciones de John Thomas. Esto constituía el único pasatiempo de Lummox y su principal ocupación. Muy infantil, cla-ro, pero Lummox era y es aún una criatura.

Betty consiguió dominarse lo suficiente, para hablar entrecortadamente:

—La mascota de John Thomas. ¿Lo sabe Johnnie?

—Pues sí, aunque se lo expliqué de manera algo diferente.

—¿Y lo sabe también la señora Stuart?

—No me ha parecido necesario decírselo.

—¿Puedo decírselo yo? Quiero ver la cara que pone. «Criando John Thomas» ¡Oh, es genial!

—Me parece que sería una crueldad —dijo Kiku con rigidez.

—Sí, supongo que sí. Bueno, pues no lo haré. Pero me permite que me lo imagine, ¿verdad?

—Todos podemos imaginarnos lo que nos venga en gana. Pero continuemos: Lum-mox parece haber sido perfectamente feliz con este inocente pasatiempo. Es intención de la hroshia continuar practicándolo indefinidamente. Ésta fue la razón que nos enfren-tó con el curioso dilema de vernos incapaces de hacer partir a los hroshii, después de que éstos recuperaron a su niño perdido. Lummox quiere continuar... criando a John Thomas.

Y vaciló.

Finalmente, Betty dijo: —Bien, señor Kiku. Prosiga.

—Esto..., ¿cuáles son sus propios planes, Betty..., señorita Sorensen?

—¿Mis planes? Aún no he hablado de ellos con nadie. —Perdóneme esta

Librodot

indiscre-ción. Verá usted, en toda empresa existen ciertos requerimientos, y Lummox, según pa-rece, se da cuenta de uno de los requerimientos... Digámoslo de otro modo, si tenemos un conejo... o un gato...

Se interrumpió, incapaz de continuar.

Ella escrutó el rostro desolado del anciano.

—Señor Kiku, ¿intenta decir que hacen falta dos conejos para tener más conejos?

—Pues bien, sí. Eso es una parte.

—¡Vamos, hombre! ¿Para qué darle tantas vueltas? Eso lo sabe todo el mundo. Su-pongo que el resto es que Lummox no ignora que la misma regla se aplica a los John Thomas, ¿no es eso?

Él sólo pudo asentir en silencio.

—Pobrecillo, ¿por qué no me lo ha comunicado por escrito? Hubiera sido menos violento para usted. Supongo que tendré que ayudarle a desembuchar el resto. Usted cree que yo puedo encajar en ese plan.

—No deseo inmiscuirme..., pero quería sondear sus intenciones.

—¿Que me case con John Thomas? Siempre ha sido esa mi intención desde luego.

Kiku suspiró.

—Gracias.

—Oh, no lo digo por complacerle a usted.

—¡Oh, no! Le doy las gracias por haberme ayudado a decirlo.

—Dé las gracias a Lummie, al buenazo de Lummie. A Lummox no se le engaña tan fácilmente.

—¿Debo comprender que ya está todo resuelto y acordado?

—Todavía no me he declarado a Johnnie. Pero lo haré... Esperaba a que faltase me-nos tiempo para la partida de la nave. Ya sabe usted cómo son los hombres..., nerviosos, tímidos y espantadizos. No quería dejarle tiempo para reflexionar. ¿Su esposa se le de-claró inmediatamente? ¿O esperó a que estuviese maduro para el sacrificio?

—Pues verá, las costumbres de mi pueblo son algo diferentes. Su padre arregló las cosas con el mío.

Betty pareció sorprendida.

—Esclavitud —afirmó lisa y llanamente.

—No lo dudo. Sin embargo, no lo he pasado tan mal. —Se levantó—. Me alegro de haber concluido nuestra conversación tan amistosamente.

—Espere un momento, señor Kiku. Hay un par de cosas más. ¿Qué se proponen hacer con respecto a John Thomas?

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero al empleo que le ofrecen.

—Tenemos intención de mostrarnos muy generosos en el plano económico. Dedica-rá la mayor parte del tiempo a su instrucción, pero yo había pensado darle un título no-minal en la embajada agregado especial, secretario auxiliar, o algo por el estilo.

Betty permaneció silenciosa. Kiku continuó:

—Y ya que usted le acompaña, he pensado concederle un cargo de rango semiofi-cial. ¿Qué le parece ayudante especial, con el mismo salario? Le permitiría reunir unos ahorrillos para la vuelta. si es que piensan volver.

Ella movió negativamente la cabeza.

—Johnnie no es ambicioso. Pero yo sí. —¿Ah, sí? —Johnnie tiene que ir como em-bajador ante los hroshii.

Kiku se quedó de una pieza. Por último consiguió tartamudear:

—¡Pero mi querida señorita! ¡Eso es imposible!

—Eso es lo que usted cree. Mire, el señor MacClure se amilano y le devolvió el nombramiento, ¿no es así? No me venga con evasivas; he conseguido tener ya mis co-nexiones con su departamento para enterarme de sus interioridades. Le repito que dimi-tió. Por tanto, el puesto está vacante. Y será para Johnnie.

—Pero, señorita —dijo débilmente—, ese cargo no puede ser ocupado por un mu-chacho sin experiencia y sin los conocimientos que requiere...

—MacClure no iba a ser más que un figurón. Es del dominio público. Pero Johnnie no será ningún figurón. ¿Quién sabe mas cosas acerca de los hroshii? Johnnie, sin duda.

—Señorita, admito que posee conocimientos especiales sobre la materia; le aseguro que los utilizaremos. Pero embajador, no.

—Sí.

—¿Encargado de negocios? ¿Qué le parece? Es un cargo extraordinariamente ele-vado. Pero el señor Greenberg tiene que ser el embajador. Nos hace falta un diplomático en ese puesto.

—¿Qué hay de difícil en el cargo de diplomático? O dicho de otra manera, ¿qué po-día hacer el señor MacClure que no pudiera hacer también mi querido Johnnie?

Kiku dejó escapar un profundo suspiro.

—Me ha colocado usted en un callejón sin salida. Lo único que puedo decir es que a veces me encuentro ante situaciones que me veo obligado a aceptar, aun a sabiendas de que son equivocadas y otras que no tengo necesidad de aceptar. Si usted fuese mi hija le daría una zurra. La respuesta es no.

Ella le sonrió.

—Me parece que no entiende usted la situación tal como es en realidad.

—¿No?

—No. Johnnie y yo somos muy importantes para ustedes en el asunto que se traen entre manos, ¿no? Especialmente Johnnie.

—Sí. Especialmente, Johnnie. Usted no es tan esencial..., ni siquiera para la... la cría de John Thomas.

—¿Quiere que hagamos una prueba? ¿Cree que podrá arrancar a John Thomas de este planeta si yo me opongo a ello?

—Lo dudo.

—Yo también. Pero soy lo bastante tozuda para hacer la prueba. Si gano, ¿cómo quedan ustedes? En un campo batido por el viento, tratando de salir del enredo con ar-gucias y subterfugios otra vez..., pero sin Johnnie para ayudarles.

Kiku se dirigió a una ventana y miró hacia el exterior. De pronto se volvió.

—¿Más té? —le preguntó Betty cortésmente.

—No, gracias. ¿Tiene usted alguna idea, señorita, de lo que es un embajador extra-ordinario y ministro plenipotenciario?

—Algo sé de ello.

—Tiene el mismo rango y paga que un embajador, excepto que se trata de un caso especial. El señor Greenberg será el embajador y ostentará la autoridad que confiere el cargo; el rango especial y puramente nominal corresponderá a John Thomas.

—Rango y paga —repuso ella—. Me gusta ir de compras.

—Y paga —convino Kiku—. Señorita, tiene usted la moral de un caimán y la cara más dura que la corteza de un coco. Muy bien, de acuerdo..., si consigue que su joven amigo esté de acuerdo también.

Ella soltó una risita.

—No tendré la menor dificultad.

—No quiero decir eso. Cuento con su sentido común y modestia natural frente a la codicia de usted. Creo que se conformará con ser secretario auxiliar de embajada. Ya verá usted.

—Oh, sí, ya veremos, a propósito, ¿dónde está?

—¿Eh?

—No está en el hotel. Lo tiene usted aquí, ¿verdad?

—Sí, está aquí.

—Bueno. —Se dirigió hacia él y le dio unas palmaditas cariñosas en la mejilla—. Usted me gusta, señor Kiku. Ahora haga venir a Johnnie y déjenos solos. Tardaré unos veinte minutos en convencerlo. No tiene que preocuparse por nada absolutamente.

—Señorita Sorensen —preguntó maravillado Kiku—, ¿cómo es que no ha pedido el cargo de embajador para usted misma?

Lummox fue el único ser no humano que asistió a la boda. Henry Kiku fue padrino de la novia. Observó que ésta no iba maquillada, lo que le hizo preguntarse si el joven secretario de embajada no terminaría por llevar los pantalones en su casa, después de todo.

Recibieron los acostumbrados noventa y siete entremeses variados, casi todos de extraños, y regalos muy valiosos que no pensaban llevarse, incluyendo un viaje pagado a Hawai, que no podían utilizar de ningún modo. La madre de Johnnie lloró, se dejó fo-tografiar y se divirtió muchísimo. Desde luego, fue una boda de mucho postín. Kiku vertió algunas lágrimas mientras los contrayentes daban el sí, pero es que era un hombre muy sentimental.

A la mañana siguiente estaba sentado en su despacho, con sus folletos agrícolas de Kenya extendidos ante él. Pero en realidad no los miraba. El doctor Ftaeml y él habían dado una vuelta por la ciudad después de la boda y Kiku lo recordaba sintiéndose tran-quilo y sosegado. A pesar de que le zumbaba la cabeza y le costaba coordinar las ideas, su estómago no le molestaba. Se sentía muy bien.

Se esforzaba por pasar revista a todo el asunto. Todo aquel ajetreo y todos aquellos sinsabores por culpa de un estúpido navegante estelar que cien años atrás no tuvo el su-ficiente juicio para no inmiscuirse en la vida indígena hasta que se hubiesen establecido las debidas relaciones. ¡Oh, los hombres, los hombres!

El bueno de Ftaeml había dicho algo anoche..., algo que... ¿Qué había dicho, en rea-lidad? Algo que, de momento, convenció a Kiku de que los hroshii jamás habían poseí-do armas capaces de destruir la Tierra o de causarle grave daño. Claro que un rargiliano no podía mentir, al menos en el

ejercicio de sus funciones de intérprete... pero, ¿no se podía soslayar hábilmente la verdad, con el fin de concluir satisfactoriamente una negociación que parecía abocada al fracaso?

Bien, ya que todo se había resuelto sin tener que acudir a la violencia, la duda se-guía en pie. Y quizás era mejor que así fuese.

Además, los próximos paganos que se presentasen tal vez no fanfarronearían. Eso ya sería más desagradable.

Escuchó la voz de su secretaria:

—Señor Kiku, la delegación de Randavia está esperando.

—¡Dígales que estoy mudando la pluma!

—¿Cómo, señor?

—No, nada. Dígales que les recibiré en seguida. Mándelos a la sala de conferencias del este.

Suspiró, ingirió una pildora y luego se levantó; se digirió a la puerta, dispuesto a se-guir en la brecha. Es una obligación inexcusable, pensó; una vez empezada no podía de-jarse.

Pero seguía sintiéndose contento, y se puso a tararear un fragmento de la única can-ción que sabía, mientras se dirigía a la sala de conferencias: «...esta historia no tiene moral, esta historia no tiene final. Esta historia nos demuestra que en el hombre sólo existe el mal».

A la sazón, en el espaciopuerto el ministro de Asuntos Espaciales despedía a los nobles hroshii. Su Alteza Imperial, la Infanta de aquella raza, la número 213 de su estir-pe, heredera del matriarcado de los Siete Soles, futura reina de nueve billones de subdi-tos de su propia especie, y más tarde apodada «La Lummox», embarcó en la nave impe-rial rebosante de satisfacción, en compañía de sus dos queridas mascotas.

Librodot